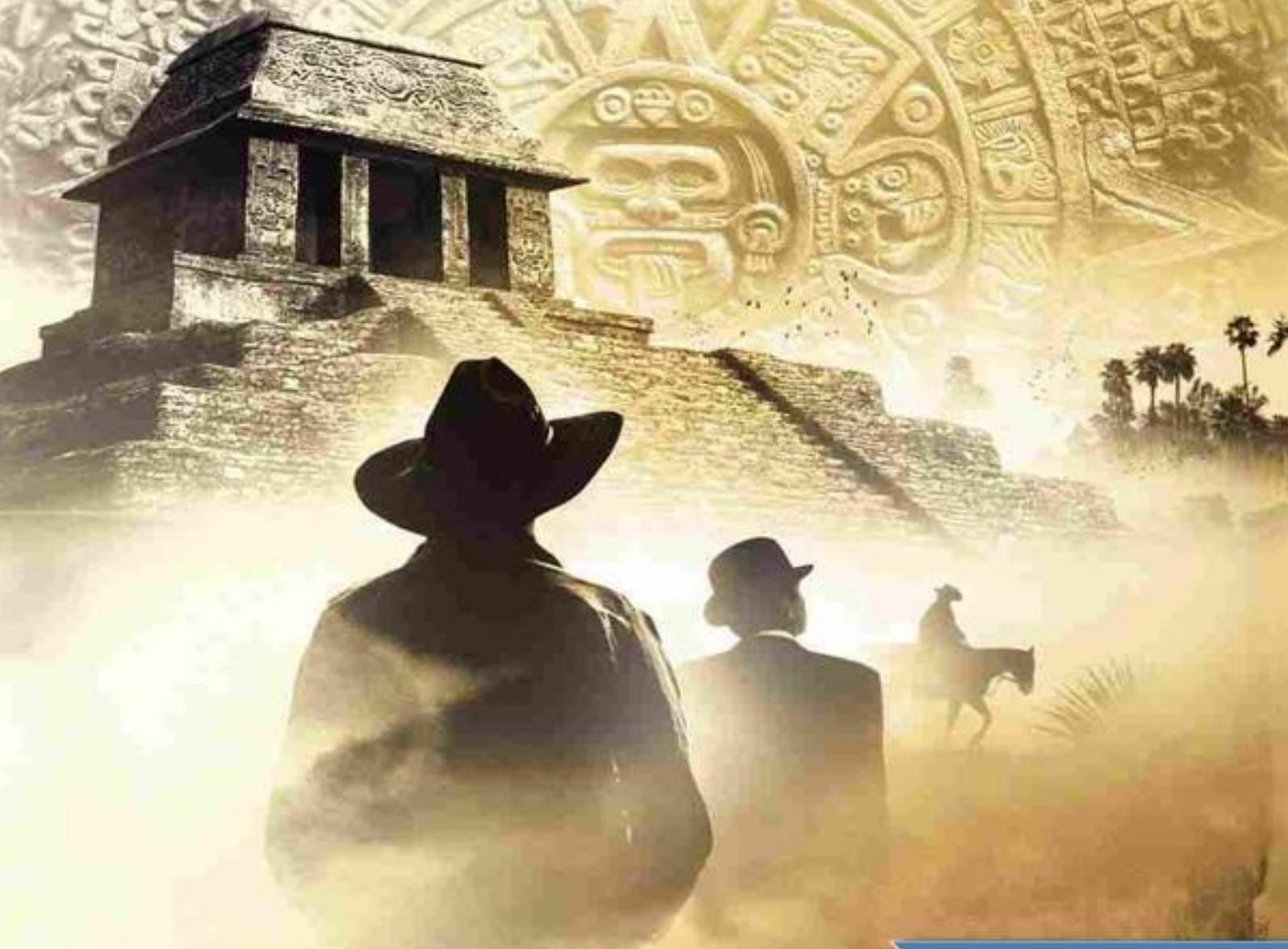


MARIO ESCOBAR

LA PROFECÍA DE AZTLÁN



La ciudad perdida de los aztecas encierra un laberinto de secretos que puede cambiar el rumbo de la historia.

Lectulandia

Mientras Londres está siendo bombardeada por el ejército del Káiser, Hércules Guzmán Fox, George Lincoln y Alicia Mantorella reciben el encargo de investigar la serie de macabros rituales aztecas aparentemente ligados a la desaparición de un códice del siglo XVI que habla sobre la legendaria ciudad de Aztlán. El misterio les llevará hasta México, inmerso en una violenta revolución. Winston Churchill, Sherlock Holmes, el Doctor Watson, Diego Rivera, Pancho Villa, Emiliano Zapata y la periodista norteamericana Alma Reed son algunos de los personajes de este apasionante thriller lleno de intriga, romance, peligro y secretos escondidos donde la historia, la pasión y la amistad se conjugan en un relato magistral.

Lectulandia

Mario Escobar

La profecía de Aztlán

Hércules Guzmán Fox - 4

ePub r1.1

XcUiDi 09.10.14

Título original: *La profecía de Aztlán*

Mario Escobar, 2009

Retoque de cubierta: XcUiDi

Editor digital: XcUiDi

Corrección de erratas: liete

ePub base r1.1

Este libro se ha maquetado siguiendo los estándares de calidad de www.epublibre.org. La página, y sus editores, no obtienen ningún tipo de beneficio económico por ello. Si ha llegado a tu poder desde otra web debes saber que seguramente sus propietarios sí obtengan ingresos publicitarios mediante archivos como este.

más libros en lectulandia.com

De dos vidas salieron cuatro
eso sí que es un milagro.
A mis dos ángeles y
al que está en camino.

«En nuestro país quienes se dedican al bandidaje son los terratenientes, los rurales y los generales de Porfirio Díaz. La gente humilde como yo lucha por la justicia y por una suerte mejor».

—PANCHO VILLA

«Esta pestilencia mató gente sin número y muchos murieron de hambre porque no había gente que pudiera hacer comida. Los que escaparon de esta pestilencia quedaron con las caras ahoyadas y algunos con los ojos quebrados».

—BERNARDINO DE SAHAGÚN

Agradecimientos

Escribir libros es un trabajo solitario y en ocasiones más duro de lo que parece a simple vista, por ello es de justicia agradecer a muchas personas la finalización de esta obra.

A Pedro Martín y Dolores McFarland, por la lectura paciente del manuscrito, sus aportaciones e ideas.

A mis tres editores, que apuestan en cada libro por las historias que escribo.

A la agencia Kerrigan, por vender mis libros por todo el mundo.

A mis críticos, muchas veces crueles, David Yagüe, María Covadonga Mendoza y Manel Haro.

A Paco Ignacio Taibo II, por su magistral biografía de Pancho Villa.

A la obra imperecedera de Prescott sobre México.

A los mexicanos, que nos han dado un legado imperecedero de tradición, fe y esperanza.

A mis jóvenes de la congregación Casa de Oración, que tantas alegrías me han proporcionado en estos dos años.

A mi esposa, la única fuente de mi inspiración.

A los compañeros lectores, que han recorrido conmigo estos cuatro años de aventuras y libros.

A Hércules Guzmán Fox, George Lincoln y Alicia Mantorella, que en muchos sentidos han dejado de ser personajes y se han convertido en amigos y confidentes.

Gracias.

Prólogo

Nueva York, 30 de abril de 1915

Con el corazón en un puño se dirigió hasta la salida del hotel. La multitud, que había huido al verle con el cuchillo en la mano, formó un pasillo y en unos segundos estuvo en la Cuarta Avenida. La gente caminaba indiferente por la calle, ajena al corazón caliente y palpitante que llevaba en la mano, como si cualquier cosa fuera posible en la Gran Manzana. Santiago Bocanegra se secó la sangre de la cara, aceleró el paso y se acercó al coche que lo esperaba junto a la acera. Allí, un hombre de bigote negro, con la piel color aceituna y los ojos oscuros, le hizo un gesto con la mano. El coche se puso en marcha con lentitud, pero en unos minutos estaba saliendo de la Gran Manzana y cruzando el túnel Holland hacia Nueva Jersey.

El coche comenzó a tomar velocidad y estuvo a punto de chocar con otro vehículo en dirección contraria. El conductor comenzó a gritar al resto de los coches con su fuerte acento mexicano.

—¡Güey, hijo de la gran chingada!

—Roberto, será mejor que no llamemos más la atención.

—¿Me lo dices tú? Acabas de andar con un corazón palpitante en la mano en medio de la Cuarta Avenida.

—Sabes que es para el ceremonial.

—¿Servirá?

—Todavía palpita —dijo Santiago levantando el corazón.

La masa de carne sanguinolenta se movía con lentitud. Los dos hombres miraron fascinados el corazón sangrante.

Al cruzar el túnel, los grandes rascacielos dejaron paso a las pequeñas casas del otro lado del río Hudson. El vehículo se adentró en uno de los grandes suburbios de Nueva Jersey y los dos hombres aparcaron el coche a la entrada de una casa de madera destartada. Se apearon del coche y corrieron hacia la puerta. Un hombre les abrió antes de que llamaran y los tres se dirigieron al salón.

En mitad de la habitación no había una mesa de madera para que la familia típica americana degustara el pavo de Acción de Gracias; en su lugar, una gigantesca piedra tallada y cubierta de sangre reseca ocupaba el centro del salón.

—Déjalo sobre el altar —dijo el hombre.

Justo cuando Santiago Bocanegra depositó el corazón sobre la piedra gris, éste dejó de latir. Los tres pronunciaron un pequeño cántico en una lengua muerta quinientos años antes.

Después del ritual se dirigieron a la cocina y se lavaron las manos.

—¿Cuántas víctimas más son necesarias para completar el ritual? ¿Eso será

suficiente para que el barco se hunda? —preguntó Santiago.

—Solo hacen falta dos —dijo el hombre. Después sacó un revólver de su bolsillo y disparó a sus compañeros. Unos minutos más tarde, el ritual comenzaba de nuevo.

PRIMERA PARTE

ELEMENTAL, QUERIDO HÉRCULES

Londres, 7 de mayo de 1915

Los cuatro indígenas vestidos de aztecas aparecieron al fondo de la calle y entraron sin problemas en la fiesta organizada para celebrar la inauguración de la exposición. La Royal Academy of Arts de Londres había reunido cientos de piezas únicas que jamás habían sido expuestas. Lo más granado de la sociedad londinense estaba aquella tarde presente en el museo. Desde la exposición de 1824 nadie había visto tantas piezas de los mexicas juntas en Europa.

Frente a la impresionante fachada de la Royal Academy los coches se amontonaban mientras las fortunas más brillantes de Inglaterra intentaban olvidarse por unos días de la guerra. El edificio, con sus contundentes formas cuadradas, parecía un poco ennegrecido por el clima y la espesa atmósfera de la ciudad, pero aquella tarde centelleaba por la iluminación de la fachada.

Dos hombres y una mujer parecían contemplar las vitrinas en la que se exhibía una de las joyas de la exposición. Se trataba del *Códice de Azcatitlán*; estaba colocado sobre una blanda superficie recubierta de terciopelo granate.

Los cuatro indígenas vestidos al modo azteca cruzaron sin dificultad la sala, se acercaron hasta la vitrina y de con golpe de maza destrozaron el cristal y recogieron el códice. El estruendo acalló las voces de los invitados y por unos segundos la multitud miró atónita a los cuatro hombres pequeños y morenos. Los disfraces rituales tapaban por completo sus rostros, tan solo sus labios carnosos sobresalían de la máscara de jaguar.

La gente abrió aterrorizada un improvisado pasillo y los cuatro indígenas caminaron tranquilamente desafiando a la multitud. Al aproximarse a la puerta, un bobby comenzó a soplar su silbato. En ese momento, uno de los aztecas extrajo de su cinto un cuchillo de obsidiana y se lo clavó directamente en el pecho. El policía observó asombrado como la sangre manaba de su uniforme. Con un rápido movimiento, el azteca arrancó el corazón palpitante del agente y lo sacó con la mano izquierda.

El pánico se extendió por todo el museo y la multitud corrió hacia la salida. En la estampida varias personas cayeron al suelo y fueron arrolladas por la multitud. Los cuatro indígenas aprovecharon la confusión para desaparecer por uno de los laterales de la sala y esfumarse en mitad del desconcierto.

El capitán William Turner observó las lejanas costas de la isla y suspiró aliviado. Durante toda la travesía el temor al ataque de algún submarino alemán le había rondado la cabeza. Las advertencias, unas semanas antes, de la embajada alemana en los Estados Unidos, habían sido concisas; el *Lusitania* podía ser interceptado y hundido antes de llegar a Liverpool.

Después se alejó del puesto de mando y se dirigió a su camarote, para intentar descansar un poco. Aquél era su primer viaje con el *Lusitania*, aunque conocía aquellas costas como la palma de su mano. Durante años había pilotado el *Mauritania*, el hermano gemelo de su actual barco.

Se acercó al escritorio y comenzó a escribir, pero uno de los marineros lo interrumpió.

—Señor, hemos entrado en unos bancos de niebla. ¿Mantenemos la velocidad y el rumbo?

—Diga al piloto que reduzca la marcha a quince nudos, no podemos arriesgarnos a chocar contra alguna roca.

El marinero salió del camarote y cerró la puerta. El capitán miró el papel a medio garabatear y decidió dejar la carta para otro momento. Se sentía cansado por la tensión de los últimos días. Se aproximó a la cama y después de desabrocharse la chaqueta se recostó en la cama. Apenas había cerrado los ojos cuando una fuerte explosión lo arrojó al suelo. El barco viró bruscamente. Se puso en pie de un salto, pero no había logrado recuperar el equilibrio cuando una segunda explosión lo lanzó contra el escritorio.

El capitán salió al pasillo y comenzó a correr hacia el puesto de mando, pero una tercera y violentísima explosión se lo impidió. El barco viró a estribor y el viejo oficial percibió como se hundía la proa. Entonces supo que solo le quedaba rezar y encomendar su alma a Dios.

Londres, 7 de mayo de 1915

Hércules se levantó del suelo y, tras poner a salvo a Alicia, corrió con su revólver en mano hacia la salida del museo. Su amigo Lincoln se puso en pie y lo siguió hasta las escalinatas. Los dos observaron la multitud que corría por Picadilly, y vieron a los cuatro indígenas que destacaban por sus suntuosos trajes. Corrieron tras ellos hasta llegar al parque St. James. Los cuatro hombres se perdieron entre los árboles.

—¿Dónde se han metido? —preguntó Hércules desconcertado, su amigo Lincoln se encogió de hombros. Hércules había perdido su sombrero en la carrera y su pelo blanco y largo caía sobre los hombros, mientras gotas de sudor perlaban su frente.

—Se han esfumado.

Un segundo antes de que desaparecieran de su campo de visión, Hércules los vio salir del parque.

—Se dirigen hacia el río —dijo Lincoln, y echó a correr de nuevo.

Los indígenas se acercaron a uno de los pequeños embarcaderos y se dirigieron a una de las barcas a motor fondeadas en el río.

Lincoln y Hércules llegaron justo antes de que subieran a bordo. Hércules se lanzó sobre uno de los indígenas y Lincoln hizo lo mismo con otro de los hombres. Desde el barco comenzaron a disparar sobre ellos y uno de los indígenas fue alcanzado, el motor de la embarcación se puso en marcha y una nube negra tiñó el cielo casi despejado. Hércules logró controlar al otro indígena mientras Lincoln intentaba responder a los tiros del barco con su pequeña pistola Beretta.

Cuando el barco desapareció río abajo, media docena de policías llegaron con sus porras en las manos.

—¿Se encuentran bien? —preguntó el sargento.

—Creo que este jaguar no está muerto —comentó sarcásticamente Hércules mientras seguía aferrando su presa, que, desenmascarada, ya no parecía tan feroz.

Londres, 7 de mayo de 1915

El perfil aguileño del detective se recortaba contra la ventana con visillos del estudio de Baker Street. El hombre observó a dos bobbys moviéndose hacia el río y cerró los visillos para dirigirse a por su gorro de cazador y su abrigo.

—Querido Holmes, ¿adónde va? Hace una hora le animé a que visitáramos la exposición de la Royal Academy of Arts y me contestó que prefería descansar, porque nuestro viaje desde Sussex le ha resultado agotador.

—Me dirijo justo allí, querido Watson —dijo Holmes enigmático.

—¿Vamos a la exposición? —preguntó sorprendido el doctor Watson.

—Me temo que alguien ha robado algo en la Royal Academy.

—Eso es imposible —dijo Watson levantándose pesadamente de su sofá preferido.

—Los indicios parecen irrefutables. Hace unos veinte minutos escuché los silbatos de la policía por toda la ciudad.

—¿Silbatos?

Sherlock Holmes arqueó la ceja, en algunas ocasiones el doctor Watson podía llegar a ser desesperante.

—Después escuché unos disparos por el sur, posiblemente cerca del río.

Los dos hombres descendieron por las escaleras y caminaron hasta llegar a Picadilly. Todavía se observaba a transeúntes despistados que intentaban curiosear cerca del cordón policial. En la entrada del museo el inspector jefe de Scotland Yard, Peter Krammer, charlaba con dos hombres, uno blanco de pelo largo y canoso y uno negro elegantemente vestido; a su lado una mujer pelirroja escuchaba atenta.

Holmes y Watson atravesaron el cordón policial, se aproximaron al grupo y se dirigieron directamente al inspector jefe.

—¿Qué han robado, señor Krammer? —preguntó incisivo Holmes.

—¿Por qué cree que han robado algo? —contestó molesto el inspector jefe. Todos conocían a Sherlock Holmes, el detective más famoso de todos los tiempos, pero llevaba años en su retiro de Sussex y prácticamente todos los policías con los que había trabajado estaban jubilados o muertos.

—Un museo, un cordón policial, un tiroteo y sangre en las escalinatas del edificio —dijo señalando las gotas que salpicaban el suelo.

Todos miraron hacia donde señalaba el dedo del detective.

—Por cierto, sus hombres están destruyendo todas las pruebas de los ladrones.

Los bobbys caminaban de un lado a otro sin el menor cuidado. El detective se agachó, examinó la sangre y cogió una pequeña muestra que guardó en un tubo.

Después recogió unos hilos y restos de huellas.

—¿Se escaparon en barco?

—¿Cómo lo ha adivinado? —preguntó Lincoln, sorprendido.

—No soy adivino. Simplemente analizo lo que veo, deduzco.

—¿Y qué deduce? —preguntó Hércules, incrédulo.

—Que los ladrones iban vestidos con algún tipo de pelaje, la piel de un animal. Calzaban botas de tacón, eran cuatro...

—¿Por qué dijo que se escaparon por el río? —preguntó Alicia, la mujer que hasta ese momento había estado callada.

—Barro, mejor dicho lodo del Támesis. Vinieron por el río y he deducido que también escaparon río abajo —explicó Holmes.

El inspector jefe puso un gesto hosco y ordenó a sus agentes que recogieran restos del suelo empedrado.

—Señor Holmes, muchas gracias por su ayuda, pero tenemos todo bajo control —dijo el inspector jefe antes de que las sirenas comenzaran a sonar anunciando la proximidad de los dirigibles de la muerte.

—Creo que los dirigibles del kaiser vienen para soltar su carga esta noche —dijo Watson señalando los inmensos monstruos aéreos que como motas de polvo comenzaban a manchar el horizonte.

—¿Puedo preguntarle qué se han llevado? —inquirió Holmes.

—Un código. Creo que se llama *Código de Azcatitlán* —contestó el inspector jefe mientras observaba el inquietante cielo de Londres.

Cerca de las costas de Irlanda, 7 de mayo de 1915

El capitán intentó subir a cubierta, pero el barco estaba casi en posición vertical, como si la proa se hubiera clavado en el fondo del mar. Se aferró a la baranda del pasillo y logró salir a la superficie.

Cuando miró hacia fuera, su mirada de pánico apenas pudo reflejar la angustia de su corazón. El barco se deslizó hacia abajo tragado por el océano. Cuando el capitán sintió el agua helada del Atlántico supo que aquél era su último viaje. Ahora tendría que cruzar un mar desconocido, el que separaba a los vivos de los muertos.

—Nos alegra que haya podido venir tan pronto —dijo el comandante Crichton al primer lord del almirantazgo.

Churchill apenas levantó la cabeza y con un gesto pasó a la sala de reuniones. El resto del gabinete de crisis los esperaba sentado.

—¿Tenemos ya datos fiables? —preguntó Churchill sin más preámbulos.

—Las noticias no pueden ser peores —contestó uno de los oficiales—. Hay mil ciento noventa y ocho pasajeros muertos, de los cuales ciento veinticuatro son norteamericanos, noventa y cuatro niños y treinta y cinco bebés.

—Dios santo —dijo Churchill encendiendo uno de sus puros habanos.

—Hemos logrado salvar a setecientos sesenta y un pasajeros.

—¿Cómo ha sucedido? —preguntó el primer lord del almirantazgo.

—El barco ha sido atacado por un submarino alemán cuando estaba próximo a las costas de Irlanda.

—¡Malditos submarinos alemanes! Esos teutones no tienen la más mínima consideración por la vida humana. ¿Cómo han podido atacar a un barco de pasajeros desarmado? —dijo Churchill mascando el humo del puro.

—Los alemanes advirtieron de que hundirían el *Lusitania* si se acercaba a las costas inglesas. Alguien debió de informar de que el barco transportaba armas y municiones —dijo el comandante Crichton.

—Si tuviéramos que impedir la circulación de cada barco amenazado por los alemanes ya habríamos perdido esta guerra —refunfuñó Churchill.

—Pero *lord*, el *Lusitania* vino sin escolta. ¿Por qué se retiraron los barcos que debían protegerlo hasta Inglaterra? —preguntó uno de los oficiales Churchill miró de reojo al hombre y después se tomó su tiempo para responder.

—Nadie pensó que se atreverían a hundir un barco con tantos norteamericanos. Prácticamente es una declaración de guerra a los Estados Unidos. ¿Qué ha dicho el presidente Wilson?

—Todavía no se ha pronunciado, señor.

—Pues tendrá que hacerlo. No entiendo a qué esperan para meterse en esta maldita guerra —dijo Churchill poniéndose en pie y caminando de un lado para el otro de la sala.

Irapuato (Guanajuato, México), 7 de mayo de 1915

Pancho Villa salió del edificio y se aproximó al pequeño parque frente a la iglesia. Aquella pequeña quinta bien cuidada había sido su cuartel general durante las últimas semanas, pero su derrota frente a los constitucionalistas en Celaya lo obligaba a replegarse hacia el norte, junto a la frontera norteamericana.

La batalla de Celaya había sido una verdadera sangría en cuanto a hombres y material. Las tropas del general Obregón habían resistido los envites de su caballería una y otra vez. Aquel maldito perro al servicio de los gringos debía tener asesoramiento militar, no era normal que resistiera de esa manera a la mejor caballería de América.

Pancho Villa se sentó en uno de los bancos, apoyó los brazos en el respaldo y echó la cabeza hacia atrás. Uno de sus lugartenientes se aproximó hasta él, pero no se atrevió a abrir la boca. Conocía a su jefe, podía ordenar que le fusilaran si le causaba alguna molestia.

—Ramírez, ¿qué sabemos del general Obregón? —preguntó Pancho Villa con los ojos cerrados.

—Se aproxima. Deberíamos ir hacia el norte hoy mismo.

—¿Hoy mismo? Prefiero quedarme esta noche aquí. Mañana saldremos hacia nuestras bases en el norte.

—Pero, Pancho, el general Obregón puede cerrarnos el paso. Los hombres están agotados, las municiones son escasas y los constitucionalistas nos acosarán hasta que lleguemos al norte.

—El viejo zorro de Carranza nos engañó a todos. En esta maldita revolución no se puede confiar en nadie —dijo Pancho Villa resignado.

—Entonces, Pancho...

—Nos marcharemos mañana, al carajo con Obregón y la madre que lo parió. Nadie me hace huir como un perro con el rabo entre las piernas. Soy Pancho Villa.

Londres, 8 de mayo de 1915

El timbre de la puerta sonó insistente en la residencia de Hércules y sus amigos. Habían alquilado una casa próxima a Hyde Park, a pesar de que Lincoln odiaba vivir en el centro de Londres. Durante todos aquellos años habían vivido en muchas ciudades: Madrid, Lisboa, Viena, Sarajevo, el Cairo y Atenas, pero sus continuos viajes no les habían permitido pasar mucho tiempo en ninguna de ellas. Lincoln prefería una pequeña villa a las afueras de la City, pero Hércules era un amante de las grandes urbes.

Uno de los sirvientes se aproximó a la biblioteca y entregó un sobre a Hércules. Sin mirarlo, lo depositó encima de la mesa y continuó leyendo el periódico.

—¿Qué dice del *Lusitania*? —preguntó Lincoln desde el sofá.

—Es terrible, al parecer un submarino hundió el barco. Han muerto casi dos mil personas —dijo Hércules.

—Es evidente que la caballeridad ya no existe.

Hércules levantó la vista del periódico y con una mueca irónica se dirigió a su amigo.

—Es usted un ingenuo incorregible. ¿Ha olvidado lo que pasó en Cuba hace diecisiete años?

—¿Cómo podría olvidarlo? —contestó molesto Lincoln.

—Allí el general Weyler masacró a cientos de hombres, mujeres y niños inocentes —dijo Hércules recordando su etapa en Cuba.

—Conozco perfectamente la naturaleza humana. No olvide que soy yo el que siempre le dice que el hombre es malo por naturaleza, mientras que usted se empeña en creer que es bueno.

—No quiero entrar en una discusión filosófica —dijo Hércules abriendo la nota que tenía sobre el escritorio. Después la leyó en silencio, mientras Lincoln le miraba expectante.

—¿De qué se trata? —preguntó Lincoln impaciente.

—Una invitación. Al parecer Scotland Yard quiere que colaboremos con ellos, necesitan alguien que hable español para interrogar al sospechoso del robo de ayer.

—¿Scotland Yard? —preguntó Lincoln sorprendido.

—Sí.

—Le aseguro, querido Hércules, que la Policía Metropolitana de Nueva York, a la que pertenezco durante cinco años, superaba a Scotland Yard en todo.

—Creía que la humildad era una virtud cristiana —bromeó Hércules.

—También lo es la sabiduría —remedó Lincoln. Los dos amigos sonrieron y se

prepararon para visitar las oficinas de la policía de Londres antes de la hora del almuerzo.

Londres, 8 de mayo de 1915

Alicia Mantorella escuchó el timbre de la puerta, pero se encontraba tan abstraída en sus pensamientos que se limitó a mirar por la ventana y regresar a la cama. Nunca hasta ese momento había experimentado esa sensación de frustración, miedo y ansiedad que le habían hecho perder el interés por todo lo que la rodeaba. Desde su regreso de Estambul, la recuperación de Hércules de sus heridas y la nueva etapa en Londres, apenas había pasado un día en el que no se sintiera sin fuerzas.

Se aproximó a la mesita y extrajo un pequeño álbum de fotos. Casi no tenía ninguna imagen de su madre, que había muerto cuando ella era todavía adolescente; en cambio, de su padre guardaba varias fotos en Madrid y La Habana, la ciudad en donde había nacido y vivido hasta los quince años.

Alicia achacaba su miedo y angustia al temor a perder a Hércules. Él era lo único que le quedaba, su amigo era la única persona que convertía su pasado en algo más que viejos recuerdos.

En las últimas semanas se había vuelto a distanciar de Lincoln. Parecía que los dos se habían separado definitivamente y ahora que él se mostraba más distante, ella no podía evitar sentirse más atraída. Sabía que eran muchos los obstáculos. El color de piel de Lincoln, su cultura norteamericana, la diferencia de edad y mentalidad..., pero el amor es siempre caprichoso e imprevisible.

Se miró en el espejo de la habitación y decidió bajar al salón. Mientras descendía por las escaleras encontró a Hércules y Lincoln a punto de salir de casa.

—¿Adónde van? —preguntó Alicia sorprendida.

—Tenemos que visitar Scotland Yard, nos han invitado a participar en la investigación del robo de la Royal Academy —dijo Hércules levantando la vista. Alicia permanecía en las escaleras con un vestido blanco que resaltaba las pecas de su cuerpo y sus rizos pelirrojos.

Alicia frunció el ceño y comenzó de nuevo a ascender las escaleras.

—Alicia —dijo Hércules, pero la mujer no hizo caso a las palabras de su mentor y amigo. Se deslizó de nuevo en su habitación y comenzó a llorar.

Londres, 8 de mayo de 1915

—¿Cuándo saldremos para México? —preguntó uno de los hombres.

Maldonado hizo oídos sordos a su camarada e intentó concentrarse en la partida de damas.

—Yo no aguanto más tiempo encerrado entre cuatro paredes, además este clima me está matando. ¿Cuántos días hace que no sale el sol?

—¡Cállate, maldito bastardo! Aquí estoy yo al mando y sabes lo que soy capaz de hacer con subordinados como tú.

El hombre se acercó a su sargento y clavó en él sus ojos marrones. Maldonado le devolvió la mirada y sacó su revólver de uno de los bolsillos de la chaqueta.

—Maldito indígena...

El sonido de los pasos del general Buendía relajó inmediatamente el ambiente.

—¿Qué sucede aquí, señores?

—Nada general, este malnacido tiene prisa por regresar a casa.

—Ya queda poco, no podemos volver hasta que logremos eliminar al testigo, no debemos dejar ni rastro de nuestra presencia aquí. ¿Entendido?

—Sí, general.

El general Buendía acarició su bigote negro y se dirigió a la otra sala. La humedad del puerto le calaba los huesos, pero aquél era el único lugar seguro donde podían guarecerse. Muy cerca de allí, su barco atracado esperaba la orden para regresar a México. Aunque las preocupaciones del general Buendía eran cómo entrar en Scotland Yard y deshacerse del imbécil que se había dejado atrapar por ese negro y por el hombre del pelo blanco.

El general Buendía se acercó a los cristales sucios y observó el cielo encapotado de Londres y los barcos que incesantemente circulaban por el Támesis día y noche. Aquél era el tipo de progreso que quería para México, pero mientras su enemigo los Estados Unidos, siguiera controlando la vida de su país, todo aquello sería imposible.

Londres, 8 de mayo de 1915

Al entrar al despacho, Hércules comprobó con sorpresa que no les esperaba ningún oficial de Scotland Yard. El pequeño habitáculo de paredes de madera y cristal estaba ocupado por una figura autoritaria, de cuello corto, ojos saltones y cara sonriente. El hombre se mantuvo sentado cuando entraron en el despacho y tardó unos segundos en reaccionar, como si sus pensamientos no le dejaran hablar.

—Queridos amigos, muchas gracias por venir con tanta celeridad. El caso es más grave de lo que pensábamos.

—Señor Churchill, es la última persona que esperábamos encontrar aquí —dijo Lincoln sorprendido. Unos meses antes habían coincidido en El Cairo, donde el primer lord del almirantazgo preparaba un ataque contra el Imperio otomano.

—Mis deberes me han traído de nuevo a casa, pero regreso al frente en dos días, estamos en medio de una de las operaciones más importantes de la guerra.

—No sabía que colaboraba con Scotland Yard —dijo Hércules.

—Lo cierto es que Scotland Yard es la que colabora con nosotros. Como sabrán, ayer se hundió un trasatlántico, el *Lusitania*.

—Algo he leído en los periódicos —dijo Hércules.

—El *Lusitania* transportaba material militar vital para la continuidad de la guerra en el continente, sospechamos que alguien informó de ello a los alemanes y que por eso hundieron el barco —dijo Churchill.

—¿Un espía? —preguntó Lincoln.

—Me temo que sí, posiblemente en connivencia con otros. Como primer lord del almirantazgo soy el responsable directo de lo sucedido al *Lusitania* y todos quieren mi cabeza. Tienen veinticuatro horas para averiguar quién o quiénes informaron a los alemanes de lo que llevaba el barco. Les he preparado unos pases para que accedan a cualquier edificio del gobierno como investigadores de la armada.

—Pero ¿por qué nosotros? Imagino que la Armada tiene su propio grupo de contra espionaje —dijo Hércules.

—No puedo fiarme de nadie de dentro —dijo Churchill con tono grave.

—Nosotros creíamos que nos llamaba por el caso del robo en...

—Ese robo es una cosa menor, un viejo código no pone en peligro la seguridad del Imperio británico, pero una red de espías en el corazón mismo del almirantazgo podría inclinar la balanza a favor de los alemanes.

Hércules hizo un gesto de aprobación y tomó los papeles de la mesa.

—Estimado Churchill, necesitamos algo más para continuar la investigación.

—Usted dirá, Hércules.

—Tiene que hacernos pasar por oficiales de la Armada, nadie confiará en dos extranjeros que investigan el hundimiento del *Lusitania*.

—Eso está hecho. No lo dude —dijo el primer lord del almirantazgo sonriente.

Londres, 8 de mayo de 1915

—¡Sherlock Holmes y el doctor Watson! —exclamó Lincoln a la salida de Scotland Yard.

La pareja de detectives saludó a Hércules y Lincoln, pero fue el doctor Watson el que se detuvo frente a ellos.

—Caballeros —dijo quitándose el sombrero.

Hércules y Holmes se lanzaron una mirada desafiante, pero al final se dieron la mano.

—Imagino que la policía les ha pedido que colaboren en el caso del robo —dijo el doctor Watson.

—Eso es lo que creíamos, pero... —comenzó a decir Lincoln.

Hércules le hizo un gesto y su compañero se calló sin terminar la frase.

—Es evidente que no investigarán el caso del robo —dijo Holmes.

Los tres hombres le miraron intrigados.

—La policía de Londres no es muy propicia a pedir la colaboración a personas ajenas a Scotland Yard, además ha sucedido algo mucho más grave e imagino que ésa es la causa de su visita.

Lincoln se quedó sorprendido por la sagacidad del detective.

—Me temo que las adivinanzas no me gustan —contestó Hércules con el ceño fruncido.

—¿Adivinanzas? Yo hago ciencia, querido Hércules. Imagino que su viaje por Europa y su persecución del manuscrito de Vasco de Gama no fueron fruto de la casualidad —dijo Holmes.

—¿Conoce nuestros viajes por Europa? —preguntó Lincoln extrañado.

—Hace un año que sus libros han sido traducidos al inglés. ¿No lo sabía? —preguntó Watson.

—No —contestó Lincoln sorprendido.

—Todo el mundo conoce sus andanzas por Cuba, Estados Unidos y Alemania —dijo Watson.

—Me gustaría invitarles a un té —dijo Lincoln—. ¿Serían tan amables de venir esta tarde a nuestra casa?

Holmes arqueó la ceja y miró el rostro impasible de Hércules; después, con una sonrisa forzada, afirmó con la cabeza.

—Estaremos allí a las cinco si les parece bien.

—Estupendo —dijo Lincoln.

Los detectives entraron en el edificio, mientras Hércules y Lincoln abandonaban

las escaleras.

—¿Por qué les ha invitado? —preguntó Hércules malhumorado.

—Son los detectives más famosos del mundo. Será muy interesante charlar con ellos.

—Ese Holmes es un sabiondo, no creo que pueda ayudarnos mucho en la investigación.

—Ya veremos, Hércules. Además, seguro que a Alicia le gustaría conocerles más a fondo.

Los dos hombres caminaron en silencio el resto del trayecto. Aquella aventura apenas estaba comenzando, pero oscuras fuerzas se movían en la sombra. Fuerzas que tendrían que detener antes de que consiguieran su objetivo.

Madrid, 8 de mayo de 1915

Las calles de la ciudad estaban repletas de gente. Eso ya le había sorprendido en su primer viaje a España. La vida cultural de París era más intensa, la seriedad de Londres lo abrumaba, pero Madrid era lo más parecido a México D. F. que conocía en Europa.

Diego Rivera cruzó la Puerta del Sol y ascendió por la calle Mayor hasta la Plaza Mayor, tenía que verse con un amigo mexicano que acababa de llegar de su país. La revolución avanzaba a pasos agigantados y Diego ardía en deseos de regresar, aunque en su fuero interno sabía que todavía era pronto. No había terminado sus estudios y antes de volver prefería consolidar su carrera internacional.

Cruzó la plaza y se dirigió a Las cuevas de Luis Candelas, uno de los mesones típicos de la ciudad. Alfonso Reyes Ochoa le esperaba sentado junto a un amigo común, Ramón del Valle-Inclán.

—Estimados amigos, me alegro de volver a verlos —dijo Diego Rivera abriendo sus brazos de oso bonachón.

Ochoa y Valle-Inclán se levantaron y saludaron efusivamente.

—¿Cuándo has llegado? —preguntó Ochoa.

—Hoy mismo, acabo de dejar las maletas en la pensión. ¿Qué es tan importante para que me pidieran que viniera en persona? —preguntó Diego sentándose.

—Tenemos noticias de un asunto importante que puede afectar a la revolución en México —dijo Ochoa.

—¿La revolución?

—Sí, Diego —dijo Ochoa.

—Fue algo casual —comentó Valle-Inclán—. Ya sabes que yo soy francófilo, pero uno de mis amigos, Ortega y Gasset, es germanófilo. El otro día lo vi en compañía de un compatriota vuestro, el general Huerta.

—¿Qué hace Huerta en España? —preguntó Diego.

—Al parecer primero fue a Estados Unidos, pero lleva un tiempo viviendo en Barcelona. Bueno, mi amigo Ortega me dijo que Huerta estaba en Madrid para ver a un alemán llamado Franz von Rintelen.

—¿Rintelen? —preguntó Diego sin llegar a entender.

—Al parecer Rintelen pertenece al servicio secreto. Según me contó Ortega se encarga de atacar los intereses norteamericanos en el mundo. Lo más preocupante es que me habló de una operación en México con Huerta y del hundimiento de un importante barco norteamericano.

—¿El *Lusitania*? No puede ser —dijo Diego Rivera.

—Cuando ayer me enteré de las noticias me quedé blanco. Ese alemán sabía lo que le pasaría al *Lusitania* —dijo Ochoa.

—Dicen que fue un submarino alemán —comentó Valle-Inclán.

—Pero ¿qué tiene eso que ver con Huerta? —preguntó Diego.

—No lo sé, pero Huerta está preparando algo con ese tal Rintelen en Madrid —dijo Ochoa.

Diego Rivera tomó un sorbo de vino y se quedó pensativo por unos instantes. Después se apoyó en la mesa, inclinándose hacia delante.

—¿Qué quieren que haga?

—Tú conoces a Huerta, tu familia y la suya eran amigas —dijo Ochoa.

—Únicamente conocí a su mujer cuando estuve en Veracruz, pero a él solo de vista.

—El caso es que desconoce tus simpatías por la revolución, podrías encontrarte casualmente con él y sacarle más información —dijo Ochoa.

Diego Rivera se quedó pensativo. Lo suyo era pintar, no se veía como espía.

—Creo que no soy su hombre.

—Huerta está en el Ritz. Te hemos reservado una habitación allí —dijo Ochoa.

—La oferta es tentadora, pero...

—No se hable más —dijo Valle-Inclán—. Vamos para allá.

Los tres hombres salieron de la bodega y se dirigieron hasta el Paseo del Prado. Aquella noche de mayo el cielo estaba despejado, la luna se reflejaba en la cuesta de la Carrera de San Jerónimo y se veían con nitidez las torres de la iglesia desde el paseo. Lo que los tres amigos desconocían era que dos extranjeros los seguían de cerca.

Tihuahua, 8 de mayo de 1915

La caballería de Pancho Villa entró en la ciudad en medio de la indiferencia general. La derrota es la peor enemiga de la popularidad. Nadie quiere seguir a caudillos fracasados, eso lo sabía muy bien Villa, pero le sorprendió lo rápido que se extendían las noticias en ese México en el que todo iba demasiado lento. Se apeó del caballo enfrente del edificio en el que había instalado su campamento general y se dirigió directamente a su habitación.

En la oscuridad del cuarto, con el susurro de sus hombres y el sonido de su propia respiración, Villa se acordó de sus años de mozo en Durango.

Muchos se preguntaban por su origen, todos sabían que realmente su nombre era Doroteo Arango Arambúla y circulaba el rumor de que era hijo de un tal Jesús Villa que no le había dado su apellido, pero lo cierto era que su verdadero padre había sido Luis Germán Gurrola, un rico hacendado de origen judío. Aunque la única persona a la que amaba y reverenciaba era a su madre, Micaela.

Villa se movió inquieto en la cama, aquella última derrota lo había vuelto temeroso, como si hubiera perdido el secreto de su fuerza. La fuerza que le había llevado desde su vida de cuatrero a la de líder revolucionario. En 1910 se había unido al movimiento de Madero, el que todos creían que era el único hombre capaz de salvar México, y ahora que Madero había muerto y la revolución parecía acabada, él se resistía a dejar las armas y retirarse, como otros habían hecho, a cambio de dinero o poder.

En el camino de la vida muchos le habían dado la espalda, pero su recuerdo más doloroso era el de Vitoriano Huerta, que por envidia le había denunciado por robo y encarcelado. La cárcel le enseñó mucho, aprendió a leer y escribir gracias a su amigo Gilbardo Magaña, pero sobre todo aprendió la fuerza que guardaba dentro de su corazón. Cuando se escapó de prisión pensó marcharse a Estados Unidos, pero el asesinato de Madero, ordenado por Huerta, le obligó a regresar para luchar contra el dictador.

Organizó un nuevo ejército para apoyar a Venustiano Carranza. En 1914 se había hecho con todo el norte y se había convertido en el gobernador de Chihuahua. Ahora llevaba un año enfrentado a Carranza y las cosas se estaban empezando a poner feas. Los gringos no querían venderle armas, les interesaba más un viejo cobarde en la presidencia de México que un revolucionario; el presidente norteamericano no quería un país fuerte que pudiera dar problemas o intentara recuperar los territorios robados a los mexicanos.

Villa intentó dejar la mente en blanco y dormir, pero el cansancio le mantenía en

una vigilia incómoda. Por primera vez sentía miedo a la derrota y el miedo es enemigo del sueño.

Alguien llamó a la puerta y Villa se incorporó.

—General, han llegado noticias de España.

—¿Noticias de España?

—Algo se está cocinando en España, parece que Huerta trama algo.

—¡Ese viejo tiene mil vidas! —exclamó Villa, furioso.

—Ochoa está investigando el caso, al parecer tiene algo que ver con los alemanes.

—Mándele la orden de que en cuanto sepa algo me informe, no podemos permitir a Huerta que vuelva a involucrarse en los asuntos de México.

—Sí, mi general.

Villa se levantó de la cama y se dirigió a la palangana de agua. Se mojó la cara, pero el agua estaba caliente. Fuera de la casa estaban a casi cuarenta y cinco grados de temperatura y los vientos calientes de abril se resistían a parar. Se puso las botas, se peinó y salió de la casa para caminar por la ciudad. Se le unió su guardia personal. En aquellos tiempos, nadie valía un céntimo en México. Muchos deseaban que la muerte se lo llevase, pero todavía tenía una última misión que cumplir antes de encontrarse con la negra dama.

Washington, 8 de mayo de 1915

El presidente Wilson terminó de revisar la correspondencia antes de la reunión extraordinaria con el gabinete de crisis. El hundimiento del *Lusitania* suponía una declaración de guerra.

Su ayudante entró en el despacho y anunció la llegada del secretario de Estado William Jennings Bryan y el secretario de Guerra Lindley M. Garrison.

—Señor presidente —saludó Bryan antes de sentarse en una de las butacas.

Lindley se acercó hasta Wilson y le estrechó la mano. Sus pequeños ojos brillaron detrás de las gafas redondas y el presidente le devolvió el saludo con una sonrisa.

—Caballeros, los hechos de los que vamos a hablar son muy graves. El hundimiento del *Lusitania* supone una clara provocación —dijo el presidente.

—Alemania no quiere que entremos en guerra contra ella, pero sabe que el Imperio británico no puede sobrevivir sin nuestros suministros. Además, me temo que los alemanes saben que no estamos preparados para entrar en guerra contra ellos —dijo Bryan.

—Secretario de Estado, nuestro ejército puede intervenir cuando lo desee. Hace menos de un año invadimos México con un rotundo éxito —dijo el presidente.

—No podemos comparar la capacidad militar de México con la de Estados Unidos —dijo el secretario de Estado Bryan.

—Por eso he propuesto al Congreso la instauración del servicio militar obligatorio —dijo el presidente.

—Con respecto a eso —dijo Lindley—, la mayoría del Congreso se opone. Movilizar a millones de norteamericanos está en contra de los valores republicanos...

—Lindley, conozco su postura con respecto a este asunto, pero no podemos tener un ejército de ciento cuarenta mil hombres. Necesitamos movilizar como mínimo a un millón.

—Presidente, no podemos armar a un millón de hombres. Nuestra industria armamentística no está preparada. Necesitaríamos dos años para formar un ejército tan numeroso.

—¿Cómo vamos a cambiar la situación con el Congreso en contra y las elecciones en menos de un año? —pregunto Lindley.

—Por primera vez, los norteamericanos se han posicionado a favor de la guerra. En menos de seis meses tendremos a la opinión pública de nuestra parte —dijo el presidente Wilson.

—El problema es que si nos posicionamos a favor de la guerra no ganaremos las elecciones —dijo Bryan.

—No estoy tan seguro de eso —comentó el presidente.

—Nuestra política debe concentrarse en Latinoamérica. Nuestros servicios secretos nos han informado que los mexicanos pueden intentar algo en la frontera —dijo Bryan.

—¿Qué pueden hacer? Están divididos e inmersos en una guerra civil —dijo el presidente.

—Pero con dinero y armamento alemán los mexicanos podrían hacernos mucho daño en el sur. No tenemos suficientes efectivos en la frontera —dijo Lindley.

El presidente se quedó pensativo. La política realista de sus secretarios chocaba frontalmente con su pensamiento idealista.

—Ordene que se refuercen los efectivos militares en la frontera con México.

—Sí, señor presidente —contestó el secretario de Guerra Lindley.

—Tendremos que acelerar la maquinaria de guerra. Destinaremos fondos adicionales para rearmarnos, seguiremos dando pasos para la creación de un ejército nacional fuerte.

—Entonces, ¿no entraremos en la guerra? —preguntó Bryan.

—Por ahora no, secretario, por ahora no.

Londres, 8 de mayo de 1915

Corría de un lado al otro de la casa dando órdenes a las dos criadas. En menos de media hora iban a llegar los invitados y la casa no estaba ordenada. Alicia se dirigió a la biblioteca y vio a sus amigos sentados tranquilamente mientras fumaban un cigarro.

—¡Invita al señor Holmes y al doctor Watson sin avisarme! ¡Al menos podrían haberles invitado a almorzar mañana! —refunfuñó Alicia.

—Surgió de repente —dijo Lincoln.

—Nuestro querido amigo —comentó Hércules mirando a Lincoln—, se empeñó en que vinieran a vernos. Tenemos apenas veinticuatro horas para averiguar qué pasó con el *Lusitania* y vamos a perder esta preciosa tarde charlando con el petulante señor Sherlock Holmes.

—¿Les han encargado la investigación del hundimiento del *Lusitania* y no me han dicho nada? —preguntó Alicia con los ojos desorbitados.

—Todo ha sido muy rápido. Esta mañana te vimos muy nerviosa, por eso no te pedimos que nos acompañaras —dijo Lincoln.

—No esperaba este comportamiento de ustedes. Creo que he demostrado durante estos años que estoy preparada para enfrentarme a cualquier peligro —dijo Alicia con un nudo en la garganta.

Hércules se levantó para abrazar a Alicia, pero ésta se apartó bruscamente.

—Son igual que el resto. Unos misóginos que piensan que las mujeres son meros floreros. Pues van a preparar el té y las pastas ustedes mismos, yo me marcho a España.

Alicia abandonó la sala con un sonoro portazo. Apenas les había dado tiempo a reaccionar cuando el timbre de la puerta anunció la llegada de sus invitados. Lincoln se apresuró a abrir; delante suyo se encontraba un marinero de cierta edad, con barba y un sombrero de la Armada.

—¿Qué desea?

—Estimado Lincoln, traigo noticias alarmantes —dijo el hombre pasando dentro de la casa.

Lincoln le miró intrigado.

—¿No me reconoce? Soy Holmes, me temo que han sucedido cosas terribles. Será mejor que esperemos al doctor Watson.

Londres, 8 de mayo de 1915

Abrió la cortina y observó el puerto, estaba seguro de que alguien les vigilaba.

—Deberíamos irnos —dijo Maldonado.

El general Buendía le lanzó una mirada indiferente desde la mesa mientras tomaba un tequila. Volvió a rellenar el vaso y lo bebió de un trago.

—Cada minuto juega en nuestra contra.

—No podemos dejar cabos sueltos, Maldonado. Primero tenemos que eliminar al compadre que está prisionero. Después nos iremos.

—Pero, general, está detenido en Scotland Yard.

—Tendrá que ir uno de nuestros hombres y asesinarle. Será mejor que enviemos a alguien hoy mismo. Mañana partiremos para México.

—Enviaré a mi mejor hombre. Creo que hay alguien que nos vigila.

—Eso es imposible —dijo el general.

—He visto a unos marineros merodeando por la casa.

—Pero ¿cómo iban a encontrarnos aquí? Son imaginaciones suyas, Maldonado.

Uno de los hombres, que había estado callado hasta ese momento, se acercó hasta ellos y, con los ojos temerosos, dijo:

—Son los espíritus de los tripulantes de ese maldito barco que vienen a vengarse.

—Pendejo supersticioso. ¿No ve, Maldonado? Éstas son la cosas que tienen paralizado a México. Nosotros queremos devolver a nuestro país la gloria del pasado, pero solo podemos hacerlo con educación. Una mente débil hace hombres débiles.

El hombre se apartó del general Buendía. Por sus venas corría sangre azteca, pero no quería caer en los errores de sus antepasados.

Madrid, 8 de mayo de 1915

El salón del Ritz estaba repleto cuando Diego Rivera bajó a cenar con su amigo don Ramón del Valle-Inclán. El mexicano buscó por las mesas al general Huerta, pero al no encontrarlo se sentó junto a su acompañante en una mesa para dos muy próxima al jardín iluminado.

—Hace una noche muy agradable. Casi hubiéramos podido cenar en el jardín —dijo Diego.

—A mi edad hay que evitar la humedad y el fresco —contestó Valle-Inclán.

—¿Su edad? Todavía le queda mucha guerra que dar.

—En este país te entierran pronto. A muchos no les gusta que no recorra los cafés o no me presente en todas las veladas literarias que se organizan. Piensan que es por prepotencia, pero únicamente se trata de aburrimiento.

—Su esposa también contribuirá a su retiro voluntario.

—Ella está muy liada con sus papeles de actriz —dijo Valle-Inclán.

—Ardo en deseos de conocer su tierra.

—Galicia es uno de los pocos sitios en los que me encuentro a gusto, aunque a causa de mis huesos solo voy en verano.

—¿Quiere cenar algo? —preguntó Diego cuando el camarero se acercó para tomar nota.

—¿A estas horas? Bueno póngame un pescadito.

—Pues yo también, merluza para los dos y un vino espumoso para acompañar.

El camarero se retiró. Por unos instantes los dos amigos permanecieron en silencio, con la vista perdida en el horizonte, hasta que una voz aguda y desagradable les sacó de su ensimismamiento.

—Diego Rivera y don Ramón —dijo el hombre—. No esperaba ver tanto bueno por aquí.

Diego Rivera levantó la cabeza y contempló la figura enjuta del general. No lo veía desde hacía más de tres años, y apenas pudo reconocerlo. Su piel apergaminada, sus ojos pequeños detrás de las lentes y su delgadez le confundieron por unos instantes.

—General Huerta, me alegra mucho verlo de nuevo —dijo Diego levantándose y abrazando al general.

—¿Puedo unirme a ustedes? —preguntó el hombre, acercándose una silla.

—Naturalmente —dijo Diego.

—México necesita a hombres como usted, Diego. Nuestra patria está en peligro constante, pero no hablemos de política esta noche. Cuénteme qué hace por Madrid.

¿Cómo marchan sus cuadros?

Diego respiró hondo, definitivamente no servía para espía. Era demasiado transparente para engañar a un hombre, y menos a uno de los más inteligentes de México.

Londres, 8 de mayo de 1915

Alicia escuchó ruido en la planta baja, los invitados ya debían estar en la casa. Se miró al espejo, recogió su pelo rojo en un moño y por unos instantes sus ojos verdes reflejaron la intensidad que bullía en su interior. Lincoln se había comportado fríamente con ella desde su regreso de Estambul. Su amistad se disipaba como la niebla de la ciudad al mediodía. Aunque lo peor de todo era que ella no tenía fuerzas ni ganas de cambiar las cosas.

Alicia descendió por la escalinata de madera hasta el recibidor y después entró con paso decidido al salón. Lincoln estaba sentado en uno de los sillones; a su lado se encontraba el doctor Watson, mientras que Hércules y un marinero al que no conocía permanecían en pie. Cuando la vieron entrar, el marinero inclinó la cabeza y dio un paso hasta ella.

—Señorita Mantorella —dijo con su penetrante pero fría voz.

—¿Señor Holmes? ¿Es usted? No le había reconocido con esa ropa —contestó la mujer levantando la mano.

El doctor Watson se levantó y repitió el saludo.

—El señor Holmes y el doctor Watson han venido a visitarnos para hablar del robo en la Roy al Academy of Arts y el hundimiento del *Lusitania* —dijo Lincoln.

La mujer hizo un gesto con la cabeza, como si realmente le interesara el asunto y se sentó en un sillón apartado, al fondo de la sala.

—Entonces, ¿a qué conclusión han llegado? —preguntó Lincoln al detective.

Holmes arqueó una de sus cejas y pidió permiso para encender su pipa.

—Espero que no les moleste el humo. El hombre se rodea de certezas cotidianas para sentirse más... seguro.

Hércules y Lincoln asintieron, Holmes encendió la pipa y un aroma dulce invadió la estancia. La tarde comenzaba a apagarse detrás de los ventanales y la luz, un bien escaso en Inglaterra, apenas dibujaba la silueta de Holmes cuando comenzó a hablar.

—Un robo, ¿estamos ante un robo? La naturaleza del delito es siempre el primer escollo en una investigación policial. Algunos creen que lo primordial es encontrar al culpable, pero lo realmente esencial es definir bien el delito.

—Es evidente que estamos ante un robo —dijo el doctor Watson.

—Un robo y unos ladrones que se han hecho con un botín —dijo Lincoln.

—Robo y botín, parece claro, pero hay muchos matices que me gustaría desgarnar con su ayuda —dijo Holmes mirando a todos, pero deteniéndose en Hércules.

—No es un robo —dijo tajante Hércules—. Esos hombres no eran ladrones.

—¿Por qué cree eso? —preguntó Holmes.

—Su fin no era robar para lucrarse, cumplían una misión.

—¿Usted cree?

—Sí.

—Pero ¿lo cree, lo intuye, lo sabe? —preguntó Holmes.

—Lo deduzco de varios factores. En primer lugar, esos hombres tenían preparación militar.

—¿Preparación militar? —preguntó Lincoln.

—Sí, actuaron como un comando. Su primer objetivo era pasar desapercibidos —dijo Hércules.

—¿Desapercibidos? Vestían como guerreros aztecas —dijo el doctor Watson.

—Sí, pero en una exposición azteca. Sabían que con esos disfraces entrarían en el edificio sin problemas —dijo Hércules.

Holmes se sentó en uno de los sillones y escuchó a sus colegas.

—Pero los ladrones también se disfrazan para conseguir sus objetivos —dijo Lincoln.

—Por lo poco que pude observarlos me di cuenta de que actuaban bajo un mando, un mando militar —dijo Hércules.

—Los ladrones también tienen un jefe al que obedecer —dijo el doctor Watson.

—Las botas —dijo de repente Alicia.

Todos se giraron y contemplaron a la mujer apoyada en el sillón. La única lámpara encendida de la estancia estaba en una mesa auxiliar a su derecha, por lo que su pelo rojo ardía delante de ellos.

—¿Cómo? —preguntó Holmes.

—Llevaban botas del ejército. No sé de que ejército, pero no eran botas civiles.

Holmes se puso en pie y se acercó hasta la mujer.

—Botas militares. Ésa es la primera pista. Pude tomar muestras de algunas pisadas. Las botas son unas Michael del ejército de los Estados Unidos de Norteamérica.

Todos miraron a Holmes intrigados.

—¿Botas norteamericanas? —preguntó Lincoln.

—Botas fabricadas para el ejército norteamericano —dijo Holmes.

—¿Eran norteamericanos? —preguntó el doctor Watson.

—Aunque no podemos descartar por completo esa opción, me inclino a pensar que más bien se trataba de un grupo de revolucionarios mexicanos —dijo Holmes.

—¿Revolucionarios mexicanos? —dijeron todos sorprendidos.

—Sí, el Gobierno de los Estados Unidos ha vendido material militar a los mexicanos. Esas botas pertenecen a una partida de ese material; si encontramos al suministrador de las botas encontraremos a esos hombres.

—¿Para qué iban a robar unas obras de arte azteca unos revolucionarios mexicanos en Londres? —preguntó Alicia.

—Me temo, señorita Mantorella, que eso tiene que declararlo el detenido. Los detectives somos científicos, no adivinos.

Washington, 8 de mayo de 1915

El coche de presidente Wilson se detuvo frente al teatro y los miembros del servicio secreto se desplegaron antes de que el presidente descendiera a la acera. Caminó hasta las escalinatas y después se dirigió al palco presidencial. Allí le esperaba Leonard Wood, el secretario de Estado, junto a Garrison, el secretario de Guerra. Al ver entrar al presidente se levantaron de sus butacas.

—Siéntense, por favor —dijo el presidente.

Los tres tomaron asiento y esperaron a que las luces se apagaran, después se dirigieron al pequeño salón anejo al palco y comenzaron a hablar.

—Señor presidente, ¿no cree que la prensa sospechará de nuestra repentina afición semanal al teatro? —preguntó Garrison.

—No, los chicos de la prensa tienen otras cosas en la cabeza, como el hundimiento del *Lusitania*, la guerra en Europa...

—Nuestro servicio de Inteligencia ha detectado movimientos extraños de revolucionarios mexicanos en Nueva York —dijo Wood.

—Mientras nosotros intentamos que Carranza se mantenga en el poder, otras potencias apoyan a los revolucionarios o a otros grupos reaccionarios como el del general Huerta —dijo Garrison.

—Huerta ya nos traicionó una vez —dijo el presidente.

—Sí, señor presidente, son más de fiar Carranza o Pancho Villa que ese viejo zorro. Los revolucionarios penetran constantemente en nuestro territorio, se saltan el embargo de armas y hay quien dice que quieren preparar una invasión de los estados del sur —dijo Garrison.

—Patrañas —contestó Wood.

—Deberíamos haber conquistado ciudad de México cuando intervenimos en Veracruz. No podemos dejar problemas en el patio de atrás antes de meternos de lleno en la guerra en Europa —dijo Garrison.

—¿Dónde se encuentra Huerta? —preguntó el presidente.

—En España, le han visto en Madrid —dijo Wood.

—¿En Madrid? —preguntó extrañado el presidente.

—Creemos que está intentando llegar a algún acuerdo con el gobierno alemán. Seguramente les pareció más discreto negociar algo así en Madrid —dijo Wood.

—Que le sigan y descubran qué está tramando —ordenó Wilson.

—Con respecto al *Lusitania*, Scotland Yard nos ha pedido algunos informes del barco. Carga exacta, listas de pasajeros, espías u otros agentes que pudieran encontrarse en el barco... —dijo Wilson.

—¿Qué piensan los británicos? —preguntó el presidente.

—Los alemanes han reconocido que fueron ellos, pero hay algunos cabos sueltos. ¿Por qué eligieron el *Lusitania*? ¿Por qué el barco no tenía ningún tipo de escolta? —dijo Garrison.

—¿Nos lo preguntan a nosotros? Ya les advertimos de las amenazas de los alemanes —dijo Wood.

—De lo que no hay duda es de que tienen una red de espías fuerte en los Estados Unidos, conocían la ruta del barco y creemos que también estaban al tanto de su carga —dijo Garrison.

—El hecho es que han muerto ciudadanos norteamericanos, la opinión pública está soliviantada y debemos actuar. Quiero que descubran la red de espías de Nueva York, sus informadores y contactos. No estamos en guerra abierta con Alemania, pero a partir de ahora actuaremos como si ya se hubiera declarado la guerra. ¿Entendido? —preguntó el presidente mirando fijamente a sus dos colaboradores.

Garrison y Wood asintieron con la cabeza, después los tres se dirigieron al palco y disfrutaron del final de la obra de teatro. Wilson no logró concentrarse en la representación. Sus preocupaciones internas y externas no le quitaban la palabra «guerra» de la mente. Pero ¿qué guerra era más urgente? ¿Invadir México y terminar de una vez por todas con el problema revolucionario o acudir en ayuda de Gran Bretaña en Europa?

Madrid, 8 de mayo de 1915

Las sabanas de seda no impidieron que Diego Rivera pasara toda la noche agitado. Se había acostado muy pronto, pero cuando miró el reloj apenas habían pasado un par de horas. Se dirigió a la ventana y observó la ciudad desierta. Madrid era más pequeña que París, pero conservaba algo que atraía a Diego, la sencillez rural de sus calles y habitantes. México era igual. Una mezcla de belleza, pobreza y vida en efervescencia.

Se dirigió a la mesa y sacó una de sus cuartillas, pensó que pintando podría recuperar algo de calma, pero no logró realizar más que un par de trazos y con la cabeza agachada dejó que su mente vagara de una idea a otra.

Huerta parecía menos temible sin el trono presidencial y la corte de matones que lo acompañaban a todas partes. Algunos contaban que en su huida de México en un acorazado alemán se había llevado una cantidad fabulosa de dinero, joyas y oro. Aquel mestizo era un tipo ladino y tramposo, uno no podía fiarse de su sonrisa sucia ni de sus ojos aguados por la edad.

Alfonso Reyes Ochoa esperaba demasiado de un pintor, un artista. Él amaba la revolución, quería servirle de embajador cultural, pero era otra cosa era llevar pistola y espiar a un tipo como Huerta. Había gente preparada para hacer ese tipo de cosas.

Era cierto lo que decía Alfonso; Huerta no se fiaría de un fulano que se acercara a él en una estación de tren o en un hotel, pero él era amigo de la familia de su esposa, no se había decantado públicamente por Carranza y lo único que le pedían era que tuviera los ojos y los oídos bien abiertos. Por otro lado, aquello lo entusiasmaba, lo que para un artista era toda una ventaja. Los pintores, escritores y poetas necesitaban emociones fuertes, sus obras eran el fruto de frustraciones, desamores, dudas y dolor. El miedo, la angustia ante la muerte y el peligro parecían alicientes suficientemente fuertes para romper la desidia en la que había caído en las últimas semanas.

Sintió un escalofrío, decidió meterse de nuevo entre las sábanas y pintar en su cabeza un cuadro mientras el sueño pincelaba las imágenes hasta difuminarlas en decenas de colores vivos.

Londres, 8 de mayo de 1915

Las luces de la sala iluminaron a los cinco personajes. Alicia se había aproximado al resto del grupo. La investigación del robo le hizo olvidar sus deseos de regresar a España y separarse definitivamente de sus dos amigos. Sherlock Holmes era un hombre francamente interesante. Con sus modales refinados y su aguda inteligencia era capaz de despertar la curiosidad en el ser más indiferente de la tierra.

—Entonces son cuatro militares, con botas del ejército norteamericano, mexicanos, vestidos de aztecas y robando un códice —resumió el doctor Watson.

—Eso se acerca mucho a la verdad, pero hay otro detalle que no debemos dejar escapar —dijo Holmes apurando su pipa.

—¿Cuál? —preguntó Lincoln. —Esos hombres le dieron un despiadado escarmiento al policía que intentó detenerles. Le arrancaron el corazón —dijo Holmes.

Hércules se puso en pie y con muestras claras de contrariedad se dirigió al resto del grupo.

—¿A qué juega? Arrancar el corazón a sus víctimas es una ceremonia común entre los aztecas y otros pueblos de América. Eso es del dominio público.

—Cierto —dijo Holmes.

—¿Se cree que nos vamos a quedar boquiabiertos ante sus deducciones?

—¡Hércules! —gritó Alicia.

—Lo siento, pero creo que es mejor que me retire —comentó Hércules con la cara desencajada.

—Veo que no está acostumbrado a que le lleven la contraria —dijo Holmes.

El español le miró fijamente a los ojos, pero al final salió de la sala y dio un fuerte portazo.

—Discúlpelo —dijo Alicia—. Hace unos meses sufrió una pérdida irreparable y estuvo a punto de morir.

—No se preocupe, me hago cargo.

Un molesto silencio invadió la sala hasta que Lincoln comenzó a hablar.

—¿En qué consistían esos rituales aztecas?

—Los aztecas sacrifican a seres humanos debido a sus creencias. Se piensa que habían adoptado esta costumbre de algunas de las culturas que les precedieron. Los olmecas, los teotihuacanos, los mayas y los toltecas hacían sacrificios humanos, aunque la forma y la práctica eran distintas —dijo Holmes.

—¡Qué crueldad! —apuntó Alicia.

—Es fácil criticar a otras culturas, pero su cosmología, la manera que tenían de

entender el universo y las fuerzas que lo mueven los llevó a esta clase de prácticas. Los olmecas sacrificaban niños para contentar a los dioses, especialmente a los de la fertilidad y las lluvias. Los mayas sacrificaban a sus prisioneros de guerra, como los aztecas, a los que solían decapitar. Los aztecas crearon un complejo sistema de sacrificios —dijo Holmes.

—Durante mi estancia en África varios misioneros me hablaron de prácticas parecidas entre los negros de Sudán —dijo el doctor Watson.

—Los mexicas o aztecas practicaban sacrificios humanos para venerar a uno de sus dioses más temidos: Tezcatlipoca, el señor del cielo y de la tierra. Éste era uno de los dioses creadores junto a Quetzalcóatl —dijo Holmes.

—Pero ¿siempre practicaron estas costumbres? —preguntó Alicia.

—No, el baño de sangre se introdujo tras la revelación que experimentó uno de sus sacerdotes llamado Tlacaélel. Éste fue uno de los sacerdotes supremos a finales del siglo xv. Tlacaélel predijo que el quinto sol se apagaría muy pronto y la única manera de retrasar su desaparición era a través de *atl-tlachinolli* —dijo Holmes.

—¿Qué significa eso? —preguntó Lincoln.

Holmes tardó unos segundos en contestar, como si intentara suavizar sus palabras.

—Sangre, querido amigo, sangre humana.

—Entonces, ¿la única manera de retrasar el fin del mundo era por medio de sangre humana? —preguntó Alicia.

—Sí, la sangre ha sido un elemento muy importante en las culturas. Siempre se la ha considerado un elemento purificador. En el cristianismo la sangre de un hombre ha salvado al mundo —dijo Holmes.

—Pero me temo que eso es diferente —dijo Lincoln, ofuscado; hijo de un pastor baptista y creyente, no le gustaban según qué comentarios.

—No quiero comparar el sacrificio de personas inocentes con el sacrificio de Jesucristo, simplemente apuntaba el hecho —dijo Holmes arqueando una ceja.

—De acuerdo.

—Sigamos; los aztecas creían que cuantas más víctimas desangraran en sus altares, más se retrasaría el final del mundo. Pero a los aztecas se les planteó el problema de conseguir tantas víctimas y crearon las guerras floridas —dijo Holmes.

—¿Las guerras floridas? —preguntó Watson.

—Se sucedieron las guerras para conseguir víctimas y los aztecas fueron uno de los pueblos más odiados de la época. Después de matar a sus víctimas las desollaban y los sacerdotes se ponían su piel —dijo Holmes.

—Qué asco —comentó Alicia.

—Todo el ritual comenzaba cinco días antes. Los sacrificadores se hacían cortes a sí mismos, como si con ello propiciaran la atención de sus dioses, después se realizaba una danza de los cautivos, en donde se obligaba a bailar a los prisioneros un

día antes de su sacrificio. La última noche, las víctimas la pasaban en vela junto a sus verdugos. También les cortaban mechadas de cabello como trofeo. El día del sacrificio se descubría el pecho de las víctimas, después subían de una en una la gran pirámide. El oficiante las colocaba sobre la piedra de sacrificio y mientras sus ayudantes las sujetaban, les extraía el corazón —describió Holmes.

—¡Qué canallas! —dijo el doctor Watson.

—En otros casos se las troceaba, y la sangre corría por los escalones de la pirámide hasta su base. Podían asesinar a sus víctimas de múltiples formas, pero la más común era la extirpación del corazón en vida. Los españoles también hablaron en sus libros de que los mexicas se comían a sus víctimas después de hervirlas, pero esto no está demostrado —apuntó Holmes.

—Los que asaltaron el museo practicaron algún tipo de rito ancestral —dijo Alicia.

—Exacto, fue mucho más que un robo. Observe esto —dijo Holmes sacando un periódico del bolsillo.

Alicia leyó en voz alta los titulares:

—«Se encuentran varias víctimas con el corazón extirpado en Nueva York y Nueva Jersey».

—¿Cree que son los mismos?

—Yo no creo, querido Watson, simplemente deduzco.

Madrid, 9 de mayo de 1915

La mañana se había levantado fresca pero agradable. Diego decidió escoger el jardín para desayunar, su trabajo de espía no le gustaba, pero no podía negar el placer que sentía al hospedarse en el mejor hotel de la ciudad, en lugar de en su pensión cerca de la Plaza Mayor.

Se sentó frente a uno de los rosales y contempló las flores con admiración. Nunca había conseguido esos efectos de color en sus cuadros, a pesar de que muchos le acusaran de chillón y amante de los tonos fuertes. París había sido un descubrimiento, aunque sus maestros estaban en España. Cuántas horas había permanecido en el museo del Prado frente a los cuadros de Goya, El Greco y Brueghel. En el taller de Eduardo Chicharro había aprendido las técnicas y la disciplina que le faltaban, pero ahora soñaba con establecerse en París. Los cambios políticos en su país le tenían en vilo, el dinero que recibía del gobernador de Veracruz podía desaparecer en cualquier momento.

Su llegada a España fue una mezcla de alegría y melancolía. Cuando el jefe de aduanas del puerto de La Coruña leyó su nombre, Diego María de la Concepción Juan Nepomuceno Estanislao de la Rivera y Barrientos Acosta y Rodríguez, hizo un comentario jocosos: «Un hombre tan grande necesitaba un nombre grande».

—Amito Rivera, veo que no ha perdido las costumbres de nuestro amado país —dijo una voz a su espalda.

Diego se giró y observó la figura delgada del general Huerta.

—El país siempre se lleva en los zapatos —contestó, invitando al general a que se sentara.

—¿Por qué amamos tanto nuestra tierra? Usted que es artista debe saberlo —dijo Huerta.

—Amamos lo conocido y tememos lo desconocido.

—Será eso. ¿Tiene algo que hacer esta mañana?

—No, llegué ayer y pensaba pasear e ir al museo del Prado.

—¿Al museo? ¿Le importa que le acompañe? Luego podría servirme de guía, es la primera vez que estoy en la ciudad —dijo el general Huerta.

—Será un placer.

—Pues no se hable más, será mejor que comamos antes de que se enfríe el desayuno.

Londres, 9 de mayo de 1915

—Le agradezco que nos ayude en los interrogatorios. Es mejor que lo haga usted que un simple traductor —le dijo Sherlock Holmes a Lincoln.

—Lamento que mi compañero no esté aquí, pero a veces es muy tozudo.

—No se preocupe, Lincoln, nos hacemos cargo —dijo el doctor Watson.

Los tres hombres esperaron en la sala de interrogatorios un buen rato a que llevaran al prisionero, hasta que dos guardias entraron con un hombre de tez morena encadenado con grilletes. Tenía el pelo negro, lacio y largo. Sus rasgos indígenas y su mirada feroz escondían la angustia del encarcelamiento.

—Señor..., bueno, da igual. Le llamaremos acusado —dijo Watson después de leer el informe.

—Señor acusado —dijo Holmes—, hasta ahora se ha negado a declarar, pero quiero advertirle que eso no le libraré de la horca. Ha matado a un agente de la ley, destrozado mobiliario público y robado un objeto de gran valor.

Lincoln tradujo las palabras, que apenas provocaron un leve pestañeo en el prisionero.

—Sabemos que es usted mexicano, perteneciente a un grupo militar y que fue enviado hasta aquí para cumplir una misión. Si confiesa su procedencia y quién lo envió, será tratado como prisionero de guerra y no como un simple malhechor —dijo Holmes.

El prisionero miró de reojo al inglés, pero siguió sumergido en su mutismo.

—Me temo que no va a ser fácil, habrá que emplearse a fondo —dijo Holmes.

El detective salió de la sala, el doctor Watson y Lincoln se miraron sorprendidos. Al poco tiempo volvió a entrar. En sus manos llevaba un extraño amuleto que Lincoln había visto en la exposición. Era algo parecido a una virgen, pero su rostro era una calavera. El prisionero miró la figura y se echó para atrás en la silla.

—Veo que causa el efecto deseado —dijo Holmes.

—¿Qué es eso? —pregunto el doctor Watson.

—La Señora de la muerte —dijo Holmes—, muchos le rinden culto en México desde antes de la llegada de los españoles.

El prisionero intentaba no dirigir la vista hacia la estatuilla, pero sus ojos negros no podían evitar mirarla de reojo.

—La santa muerte te quite su protección, las balas de tus enemigos te alcancen... —comenzó a decir en español Holmes.

—No, no, ¡no! —gritó el prisionero tapándose los oídos.

—Tu familia sufra la desgracia, se pudran tus huesos en la cárcel...

—¡No, basta!

Holmes paró al instante y dijo al prisionero:

—Si termino el conjuro quedarás desprotegido. Responde a unas preguntas y te enviaremos a una prisión militar.

Lincoln tradujo las palabras. El prisionero las siguió con interés.

—No puedo contarles mucho.

—¿Quién eres?

—Francisco Brajerés Arceo.

—¿A qué ejército perteneces? —preguntó Holmes.

—A las fuerzas federales.

—¿Cuál era vuestra misión?

—Recuperar el libro y llevarlo a México.

—¿Quién os envió? —preguntó Holmes.

El prisionero no pudo contestar, una gran explosión sacudió el edificio y la luz se apagó de repente; el ambiente se llenó de polvo y comenzó a escucharse una especie de alarma. Holmes se acercó al prisionero pero éste no estaba en la silla; abrió la puerta y salió al pasillo. Todo estaba en penumbra.

—¿Dónde está? —preguntó Holmes desesperado.

Watson y Lincoln le siguieron, en la sala principal de la comisaría reinaba el caos. Un gran boquete se abría en mitad de uno de los muros y los tres hombres corrieron hacia la calle. Apenas les dio tiempo a observar como un coche emprendía la huida. Holmes comenzó a correr tras el vehículo, pero este ya había ganado velocidad. —Es inútil Holmes, nunca lo alcanzará —dijo Watson.

—Un poco más y nos lo hubiera contado todo —dijo Holmes con la voz agitada por la carrera.

—Al menos sabemos de dónde procede, de México D. F. —dijo Lincoln.

Londres, 9 de mayo de 1915

Las oficinas del almirantazgo cumplían perfectamente los cánones del espíritu inglés: austeridad y discreción. Hércules subió las escaleras hasta la segunda planta, estaba citado con el responsable de los convoyes de protección, lord Fisher.

Las oficinas eran diáfanas, dividida por paneles de cristal y madera. Un soldado se levantó de una mesa al pie de las escaleras y lo acompañó hasta la puerta de Fisher. Un hombre algo grueso, de cara redonda y frente despejada, le recibió con gran cordialidad y le pidió que se sentara.

—El primer lord del almirantazgo me comunicó que vendría a verme —dijo Fisher.

—Nos ha encargado una investigación civil del caso. Lo ocurrido en el *Lusitania* ha sido una verdadera desgracia.

—Estamos todos consternados, no teníamos una crisis de este calibre en el departamento desde que comenzó la guerra. En el *Lusitania* viajaban algunos hombres importantes, como William Broderick Cloete.

—¿Broderick Cloete?

—¿No lo conocía? —preguntó lord Fisher. —No.

—Era un importante empresario minero en México, reunió una gran fortuna, algunos dicen que financiaba a los revolucionarios.

—Qué curioso. Cambiando de asunto, con respecto al barco, ¿por qué no llevaba escolta?

Lord Fisher tardó unos segundos en responder, él era uno de los responsables directos de la seguridad de los convoyes y le costaba asumir cierta responsabilidad.

—Lo cierto es que el *Lusitania* sí llevaba protección.

—¿Llevaba protección? —preguntó extrañado Hércules.

—El *Juno* era el barco encargado de proteger los buques de Irlanda a Inglaterra.

—Entonces, ¿qué sucedió?

—Alguien ordenó que regresara a la costa y abandonara su misión.

—¿Quién dio la orden?

—Es difícil determinarlo a ciencia cierta, tendría que hablar con Joseph Kenworthy.

—¿Quién es Joseph Kenworthy?

—Un agente del servicio secreto naval. Le avisaré para que le haga una visita en su residencia —dijo lord Fisher.

—Una última pregunta: ¿quién estaba al mando de las operaciones?

—¿No lo sabe? El primer lord del almirantazgo, Winston Churchill.

Hércules miró al militar, sorprendido. ¿Por qué les había pedido Churchill que investigaran el hundimiento del *Lusitania*, siendo él mismo uno de los responsables directos?

Londres, 9 de mayo de 1915

La casa estaba desierta. Hércules se había ido temprano sin avisar y Lincoln había partido con la idea de ayudar a Sherlock Holmes y el doctor Watson en sus investigaciones sobre el robo. No la habían invitado a unirse al grupo y Alicia era demasiado orgullosa para pedírselo directamente.

La mujer tomó un libro de la biblioteca y comenzó a leer, pero su cabeza regresaba una y otra vez al misterio del robo del códice. Sin duda aquel misterio era muy atractivo, pero los había separado. Dejó el libro sobre la mesita y se aproximó a la estantería. Los libros de la casa pertenecían al antiguo dueño, y fueron una de las razones por las que decidieron alquilarla.

En las estanterías había muchos libros de historia, pero pocos trataban de América. Extrajo un tomo de William H. Prescott y lo ojeó por unos instantes, pero antes de que comenzara a leerlo escuchó la puerta de la calle y a alguien que subía precipitadamente las escaleras. Por los andares pensó que se trataba de Hércules. Subió a la segunda planta y llamó a la puerta.

—Sí.

—¿Hércules?

—Adelante.

—Te oí llegar.

—Sí, he regresado más pronto de lo esperado.

—¿Dónde está Lincoln?

—Imagino que con ese charlatán de Sherlock Holmes.

—Creo que te estás comportando como un crío, ese detective es una celebridad, posiblemente el hombre más inteligente de nuestra era.

—Lo lamento, pero yo no soporto sus pretensiones.

Alicia observó por unos instantes a su amigo, lo conocía desde niña, cuando sus padres vivían en Cuba y Hércules era el mejor amigo de la familia. Sus canas apenas avejentaban sus rostro moreno de ojos oscuros, el pelo comenzaba a estar demasiado largo para un caballero, pero él siempre había sido un hombre que se comportaba al margen de reglas establecidas.

—Lincoln quiere resolver el caso del robo. ¿No tienes curiosidad? —preguntó Alicia.

—Churchill nos pidió que le ayudáramos en el caso del *Lusitania*. Yo creo que es más importante descubrir la causa de la muerte de cientos de personas que encontrar un códice.

—Tienes razón, pero por lo que contaron Holmes y Watson no se trata de un

código común, y tampoco es corriente la forma en la que actuaron los ladrones.

La puerta de la calle se cerró bruscamente y los dos se callaron. Sin mediar palabra descendieron a la planta principal. Lincoln entró en el recibidor con el rostro demudado.

—¿Qué sucede, Lincoln?

—Alguien ha atentado contra la sede de Scotland Yard, el prisionero ha huido.

Londres, 9 de mayo de 1915

Los cuatro hombres llegaron al almacén del puerto; el cielo había tomado tonos rosados y morados. El general Buendía les esperaba nervioso. El prisionero tenía una herida sangrante en la frente y la mirada perdida.

—General, hemos logrado liberar al prisionero antes de que la policía pudiera reaccionar.

—La policía inglesa no está acostumbrada a enfrentarse a militares organizados —comentó el general.

—Le sacamos del edificio en medio de la confusión, después intentaron seguirnos en coche pero logramos esquivar a nuestros perseguidores.

—Tenemos que partir cuanto antes, el barco ya está preparado —dijo el general.

Dos de los tres hombres salieron del almacén y se dirigieron al barco. El general se aproximó al prisionero y comenzó a interrogarle.

—¿Qué le dijiste a esos gringos?

—Nada, general.

—No me creo que en dos días no les contaras nada.

—Así fue. Había tres hombres, uno de ellos negro, el que hablaba español, aunque creo que era norteamericano. Los otros dos eran ingleses, uno delgado y alto, que parecía el jefe, otro más grueso y con bigote.

—Sé quiénes son, estúpido. Todo el mundo les conoce aquí. El detective Sherlock Holmes y el doctor Watson. ¿Insinúas que dos detectives tan importantes no lograron hacerte hablar?

—No les dio tiempo, el interrogatorio había comenzado poco antes de la explosión.

—Será mejor que me digas la verdad —dijo el general en tono amenazante.

El hombre se lo pensó un poco y después, con la cabeza agachada, dijo:

—Lo único que les conté fue la división a la que pertenecía y mi nombre.

El general le miró furioso.

—Suficiente para que nos encuentren en el infierno. Ahora tendré que dejar a alguno de mis hombres aquí para que termine con ellos.

—Lo siento, general.

—¡Lo sientes! ¡Un soldado federal prefiere morir antes de poner en peligro a sus compañeros!

La sala estaba envuelta en penumbra. El general sacó algo de su bolsillo, después se abalanzó sobre el hombre y logró tumbarle encima de una vieja mesa de madera. Introdujo el cuchillo entre las costillas y con un gesto rápido le arrancó el corazón. El

hombre lo miró con sorpresa, segundos antes de que su palpitante órgano se parara en la mano ensangrentada del general.

Londres, 9 de mayo de 1915

Las luces del teatro se apagaron y Hércules se recostó en la butaca. Después de mucho insistirle había accedido a ir al teatro con sus amigos. Le incomodaba compartir palco con los dos detectives, pero había decidido comportarse civilizadamente al menos por el momento.

Aquella noche se estrenaba una reposición del *Julio César* de William Shakespeare. Uno de sus autores favoritos. Aquel drama reflejaba la miseria y grandeza del ser humano, la valentía de Marco Antonio y la cobardía de los asesinos de César.

—Creo que vamos a disfrutar de la función —dijo Lincoln mirando a Hércules.

—Eso espero —contestó Hércules, indiferente.

Alicia los miró de reojo y les pidió que bajaran la voz. Su despampanante vestido verde resaltaba sus inmensos ojos. Tenía el pelo recogido y la nuca descubierta, su piel blanca brillaba en medio de la oscuridad.

—Está usted muy bella esta noche —dijo Holmes.

Lincoln frunció el ceño e intentó no dar mucha importancia al comentario. El detective era un hombre mayor, aunque aún conservaba aquella aura de misterio que tanto gustaba a las mujeres.

—Gracias, caballero.

Alicia sonrió a Holmes. Lincoln se la imaginó entre sus brazos. En dos ocasiones había estado a punto de pedirle matrimonio, pero en el último momento se había echado para atrás. La quería demasiado para hacerla sufrir, y casarse con un hombre negro suponía una vida difícil para ella y los hijos que tuvieran.

Mientras la miraba, Alicia giró la cabeza y sus ojos se cruzaron unos instantes. Lincoln sintió como el corazón se le aceleraba e intentó pensar en otra cosa y concentrarse en la función.

En el escenario, los enemigos de César planeaban su muerte. Buscaban excusas para matarle, pero a los hombres no les hacían falta muchas razones para matar a otros, pensó Lincoln.

Cuando terminó el primer acto, los cinco se dirigieron al salón principal. Allí Hércules vio a Churchill y se acercó hasta él.

—Querido Hércules, déjeme que le presente a algunos amigos.

Hércules saludó a las dos personas que estaban con el inglés, pero enseguida hizo un gesto para hablar con Churchill a solas.

—Si me disculpan.

Los dos hombres se pusieron en un rincón de la sala y Hércules fue directo al

grano.

—Fui a ver a su colaborador directo y me informó sobre la causas del hundimiento del barco, entre otras cosas me contó que fue usted el que ordenó la retirada de escoltas al *Lusitania*.

—Es imposible que le haya dicho eso. No es cierto en absoluto, alguien ordenó la retirada de la escolta, pero no fui yo.

—Las órdenes están firmadas por usted.

—¿Por qué cree que les pedí ayuda? Alguien dentro del almirantazgo emitió órdenes en mi nombre.

—¿Quién podría querer hacer algo así?

—Algún enemigo político. Las cosas en Galípoli no están marchando como esperábamos. La guerra se prolongará más de lo deseado y cada día se hace más necesario que los Estados Unidos entren en el conflicto.

—¿Está insinuando que un miembro del Gobierno permitió el hundimiento del *Lusitania* para provocar a Estados Unidos y destruirle a usted políticamente?

—Eso es lo que creo —dijo Churchill muy serio.

—Pero eso es imposible. Nadie sacrificaría cientos de vidas inocentes por sus propios intereses.

—Querido Hércules, el ser humano es capaz de las cosas más mezquinas. Por otro lado, el cargamento del barco no presagiaba nada bueno. Estaba cargado de material bélico para nuestros chicos.

—¿Armas?

—Sí, miles de fusiles, balas y todo tipo de armas.

—¿Por qué traer armas en un barco civil cargado de pasajeros?

—Fue una de las ideas de nuestros servicios secretos, nadie pensó que los alemanes hundirían el barco —dijo Churchill cruzándose de brazos.

—Pero, unos días antes de la partida del barco, Alemania advirtió de la posibilidad de hundirlo.

—No podíamos fiarnos de la amenazas, si hiciéramos caso a cada insinuación alemana no dejaríamos a ningún barco navegar.

—¿Sabía que en el barco viajaba William Broderick Cloete?

—No hasta que me llegó el informe de las víctimas.

—Este hombre tenía intereses en México, poseía las minas más importantes del país

—¿Qué importancia tiene eso en la investigación? —preguntó extrañado Churchill.

—Puede que sea mera casualidad, pero al parecer, por lo que me ha contado Lincoln, antes de la partida del *Lusitania* de Nueva York, murieron varios marineros víctimas de un ritual ancestral, les arrancaron el corazón en vida, lo mismo que le

hicieron al policía en el robo de la exposición.

—No veo la conexión.

—Las víctimas de Nueva York eran miembros de la tripulación del barco —dijo Hércules.

—¿Del *Lusitania*? —Sí.

—Puede que se trate de una coincidencia.

—Demasiadas coincidencias. Un grupo de mexicanos realiza sacrificios humanos en Londres y Nueva York, las víctimas en Estados Unidos eran miembros de la tripulación del *Lusitania*, alguien ordena que el barco se quede sin escolta, en él viaja un empresario inglés con intereses en México, el mismo día se produce un robo realizado por mexicanos revolucionarios y emplean el mismo método para asesinar...

—Dicho así, parece tener algún tipo de conexión, pero todos los hechos son meras conjeturas, tendrán que investigar más a fondo —dijo Churchill nervioso.

La campana llamando a la función resonó en toda la sala y la gente se dirigió rápidamente a sus palcos. Hércules acompañó a sus amigos por las escalinatas, pero su mente seguía dando vueltas a todo el asunto.

—¿Estás bien? —preguntó Alicia a Hércules.

—Sí, estoy bien. No te preocupes.

Se sentaron en el palco y esperaron en silencio hasta que todas las luces se apagaron. Apenas a unos metros de allí, dos hombres desenfundaban sus pistolas a la espera que la música amortiguara el ruido de las balas.

Washington, 9 de Mayo de 1915

El alemán se bajó del tranvía y caminó hasta los grandes jardines del mausoleo a Abraham Lincoln. Aquella ciudad, con sus inmensos monumentos, siempre le producía la misma sensación de desasosiego. Los norteamericanos eran capaces de hacer grandes cosas, aunque fueran incapaces de conseguir que sus obras fueran realmente inmortales.

El alemán se puso a los pies de la estatua y miró el estanque y los árboles cuajados de flores. Llevaban casi un año en guerra, pero él había viajado la mayor parte del tiempo, por eso «guerra» solo era una palabra lejana y sin sentido que le había ayudado a medrar. Ahora era uno de los agentes alemanes más importantes en América. El ejército alemán sabía de la importancia de preparar un segundo frente en el continente, los Estados Unidos podían ser la pieza que faltaba para desequilibrar las fuerzas en Europa. Su misión era informar sobre las ayudas de Norteamérica al Viejo Continente, intentar boicotear esas ayudas y crear problemas a los americanos en su propio patio trasero.

El mexicano apareció por uno de los laterales y se acercó sigiloso al alemán.

—¿Félix Sommerfeld?

—No pronuncie mi nombre en alto —dijo el alemán.

—¿Pero es usted?

El alemán frunció el ceño. No le gustaba la arrogancia de los mexicanos, en los últimos meses había viajado en varias ocasiones al país y estaba cansado de tanta insolencia.

—Será mejor que nos sentemos en un banco —dijo el alemán secamente.

Los dos hombres caminaron separados, como si no se conocieran de nada, después se sentaron en uno de los bancos.

—Esperamos que su ayuda se materialice muy pronto, sus palabras son muy bellas, pero los mexicanos necesitamos mucho más que bellas palabras.

—Nosotros siempre cumplimos lo prometido.

—Eso me decía siempre mi padre, «los alemanes son gente de palabra» —dijo en tono sarcástico el mexicano.

—Sus armas llegarán cuanto antes, no dude de nuestra eficacia.

—¿Quién será el contacto en México?

—Un funcionario de la embajada alemana en Ciudad de México se pondrá en contacto con ustedes cuando las armas estén en el país.

El alemán se puso en pie y sin despedirse ni mirar atrás se alejó del parque. Todo aquel asunto era demasiado sucio hasta para él, pero en momentos de guerra los

hombres tenían que tomar decisiones desagradables. La guerra y la muerte formaban parte de la vida, únicamente quedaba esperar, dentro de poco todo aquello terminaría y él volvería a ser un funcionario diplomático de alto rango destinado en alguna parte aburrida del mundo.

Londres, 9 de mayo de 1915

Abrieron la puerta con cuidado y entraron en la parte trasera del palco. Las cinco figuras apenas se movían. Uno de los hombres levantó la pistola y apuntó directamente a una de ellas, mientras el otro se acercaba un poco más. Justo cuando estaba a punto de apretar el gatillo, un paraguas salió de entre las cortinas golpeando la mano de uno de los asesinos y la pistola voló por los aires. El otro se giró, pero un segundo hombre salió de la otra cortina y se lanzó sobre él. Los dos forcejearon unos instantes hasta que la pistola cayó por la platea hasta el suelo.

—¡Maldito pendejo! —dijo una voz con fuerte acento mexicano.

Hércules intentó detener las manos del hombre, pero su fuerza era descomunal. Holmes se acercó por detrás y le golpeó. El hombre se precipitó por el palco en medio de un grito de horror general. La función se había interrumpido y la gente corría despavorida hacia las salidas.

Lincoln logró, con la ayuda de Watson, reducir al otro asesino, mientras que Holmes ayudaba a Hércules a incorporarse.

—Gracias, le debo la vida.

—Estimado amigo, no me debe nada —dijo Holmes circunspecto.

—¿Pueden echarnos una mano? —preguntó Lincoln, sentado encima del asesino.

Los cuatro acomodaron al hombre en una de las butacas y comenzaron a interrogarle.

—Me temo que tendrás que hablar si no quieres acabar como tu compañero. Esto no es una comisaría y no dudaremos en deshacernos de ti antes de que llegue la policía.

El hombre frunció el ceño. El pelo negro y sudado le tapaba la cara.

—¿No nos has oído?

—Mis compañeros ya están lejos de aquí. No importa lo que puedan hacerme.

Hércules le retorció uno de los brazos hasta casi descoyuntarlo, y el asesino pegó un alarido.

—Sabemos muchas cosas de vosotros, pero lo que no sabemos es para qué queríais el código —dijo Hércules.

El asesino le escupió en la cara. Entre los cuatro llevaron al hombre hasta el borde del palco y lo sujetaron por las piernas.

—No sé cuánto tiempo aguantaremos. Será mejor que nos digas lo que queremos saber.

—¡No, por favor! ¡No sé nada! ...Pertenece al ejército federal, estamos bajo el mando de Pancho Villa —consiguió articular el hombre, colgado en el vacío.

—¿Pancho Villa? —preguntó Lincoln.

—Es uno de los caudillos revolucionarios —explicó Sherlock Holmes.

—¿Por qué os interesaba el código? —preguntó Hércules.

—Yo solo cumplo órdenes, no sé nada más.

—¿A dónde lo lleváis? —preguntó Lincoln.

—A México D. F.

—Será mejor que nos digas la verdad —dijo Hércules.

—Lo juro por la Virgen de Guadalupe.

Apoyaron al hombre en la baranda, pero éste intentó escaparse y se les escurrió entre las manos, cayendo al patio de butacas. Miraron hacia abajo, el pobre diablo tenía el cuello partido.

—El presidente Carranza —dijo Hércules.

—Creo que ya tenemos al hombre que mandó robar el código —dijo el doctor Watson.

Los cuatro hombres se dirigieron a la puerta del palco. Alicia les esperaba en el pasillo.

—Afortunadamente se percató de que esos dos hombres vestidos de camareros tramaban algo —le dijo Alicia a Holmes.

—Les venía observando desde el primer acto, su aspecto despertó mi inquietud —dijo el detective.

—Colocar nuestros abrigos y sombreros en las butacas fue una buena idea —comentó Lincoln.

Varios policías subieron ruidosamente por las escaleras, detrás de ellos caminaba Winston Churchill. Cuando llegó frente a ellos se detuvo y con una sonrisa socarrona comenzó a interrogarles.

—Me temo que han terminado con el único testigo que teníamos. Por el amor de Dios, ¿no podían haber tenido más cuidado?

—Se soltó y no pudimos impedir que... —dijo Lincoln.

—¿Les comentó algo antes de morir?

—Únicamente que era del ejército federal y que llevaban el código a México D. F. —dijo Hércules.

—¿Un maldito soldado mexicano nos ha robado un código tan valioso? —dijo Churchill.

—Me temo que sí —contestó Lincoln.

—Les estaríamos muy agradecidos si pudieran recuperarlo. El Gobierno británico correría con todos los gastos, naturalmente.

—Pero ¿qué sucederá con la investigación del hundimiento del *Lusitania*? —preguntó Hércules.

—Me temo que nunca sabremos las causas reales. Se ha abierto un juicio y en él

se determinará si el capitán o el ejército actuaron negligentemente. Muchas gracias por su ayuda, amigos —dijo Churchill.

Sherlock Holmes y el doctor Watson se adelantaron unos pasos.

—Me temo que nuestra investigación también termina aquí. La mayor parte de nuestro tiempo lo pasamos fuera de Londres, estamos retirados de la ajetreada vida de las investigaciones. Ha sido un placer conocerles.

Churchill miró a Hércules, Lincoln y Alicia. Durante unos segundos, los tres permanecieron en silencio.

—En cuanto nos entrevistemos con Joseph Kenworthy iremos a México —dijo Hércules.

—¿Joseph Kenworthy? —preguntó Churchill.

—Ya le hablé de él, lord Fisher me comentó que él podría aclararnos por qué se quitó la escolta al *Lusitania* —dijo Hércules.

—Joseph Kenworthy fue encontrado muerto en su apartamento esta mañana, alguien le había arrancado el corazón. Además, ya le he dicho que es mejor que se centren en el robo —dijo Churchill.

Todos se miraron sorprendidos.

—Viajaremos mañana mismo a México —dijo Lincoln.

—Ordenaré que reserven pasajes en el próximo barco que salga para Veracruz —dijo Churchill complacido. Tenía que volver a El Cairo de inmediato, las noticias del frente otomano no eran buenas.

Madrid, 9 de mayo de 1915

Apenas podía mantener el ritmo del general Huerta. Aquel hombre delgado, apoyado en su bastón de plata y madera, caminaba a un paso endiablado. Diego Rivera le seguía con dificultad por la calle de Alcalá.

—Venga Diego, que no se diga. Usted es más joven que yo —dijo el general mirando hacia atrás.

—Lo lamento, pero no estoy acostumbrado a caminar.

—¿Sabe usted algo de alemán? —preguntó el general.

—Hablo francés e inglés, pero mi alemán es muy rudimentario.

—Vaya por Dios. Bueno, creo que ese tipo hablará francés.

—¿Qué tipo, general?

—El hombre al que vamos a ver. Tiene una pequeña librería cerca de la Plaza Mayor.

—¿Un librero?

—Exacto, Diego, un librero de origen alemán. Tiene una información que puede serme de utilidad.

Los dos hombres caminaron por la calle Mayor, después el general comenzó a callejear hasta unas escalinatas. Justo debajo, un escaparate sucio cubierto de periódicos resultó ser la librería que estaban buscando.

—¿Es aquí? —preguntó Diego Rivera extrañado. Aquello parecía más bien un almacén abandonado o una chatarrería que una librería.

—Ésta es la dirección.

Llamaron a la puerta y esperaron contestación, pero nadie acudió a abrirles.

—Nos hemos equivocado —dijo Diego.

—Es imposible, la dirección es correcta.

Los dos hombres se dieron la vuelta, dispuestos a marcharse, cuando una campanilla tintineó en la puerta. Un hombre pequeño de rostro cetrino, diminutos ojos azules y nariz aguileña los miró, curioso.

—¿Qué desean?

—¿Es la librería Leví? —preguntó el general.

—No vendemos libros al público, tan solo a ciertas personas, ciertos libros especiales —dijo el librero, mientras volvía a cerrar la puerta.

—Vengo recomendado por Hintze.

—¿Paul von Hintze?

—El mismo.

El librero entornó un poco la puerta dejando pasar a los dos hombres. Diego se

sorprendió de las lujosas estanterías y los libros encuadernados en piel.

—Paul von Hintze fue uno de mis alumnos en Alemania.

—¿Tiene los planos? —preguntó el general.

—Sí, no sea impaciente. Los planos no son exactamente documentos modernos con indicaciones claras. Aunque más que planos son mapas, fueron realizados hace casi quinientos años.

—Ya encontraré a alguien que me ayude a descifrarlos.

El librero se fue a la trastienda y regresó con dos largos tubos de cartón recubiertos de piel negra. Se los entregó al general y éste le dio varios bonos del Banco de Inglaterra.

—Los negocios me gustan así, rápidos y beneficiosos para todos —dijo el general con una sonrisa.

—Tiene que buscar a un especialista para descifrar los jeroglíficos —comentó de nuevo el librero.

Los dos hombres abandonaron la librería y subieron las escalinatas hasta el teatro de la Ópera. Después regresaron a la Puerta del Sol en silencio.

—General, ¿qué le ha comprado a ese judío alemán?

—Cuando lleguemos al hotel se lo enseñaré, usted como artista lo apreciará mejor que nadie —contestó enigmático el anciano.

—Le propongo que primero almorcemos, los misterios me dan un apetito tremendo —bromeó Diego Rivera.

—Buena idea.

Se acercaron al casino, era uno de los sitios más exclusivos de la ciudad, pero ser espía tenía que tener sus ventajas.

—Las balas no llegan y los hombres de Obregón están empezando a cercarnos. Están a punto de tomar el cerro de La Cruz y han recibido refuerzos desde la ciudad de Veracruz —dijo Pancho Villa malhumorado.

—Pero, general, seguro que no intentan acercarse tanto —comentó Valadés.

—Miren nomás, muchachitos, cuánta neblina de carranclanes —dijo Villa irritado.

Con el catalejo podían verse las columnas de Obregón aproximándose. El general Pancho Villa se sentó en su pequeño escritorio portátil y tomó un poco de café para calmar los nervios.

—Tendremos que enviar a la caballería del general José Rodríguez.

—Muy acertado, general —dijo Valadés.

—Hemos de hacernos con municiones. ¿Cómo va el acuerdo con los gringos?

—Mal, general. Pero el gobernador de Durango nos ha enviado treinta mil cartuchos de siete milímetros para Mauser y veinte mil de 30/30 —dijo Valadés.

—Hay que cerrar el contrato con los gringos o estamos perdidos, con eso no tenemos para nada.

—Los de Nueva York nos han dicho que pueden traer cinco millones de balas, pero piden ciento ochenta mil dólares.

—¿Has dicho ciento ochenta mil dólares? Hijos de Satanás.

—Los alemanes se conforman con un adelanto. Sommerfeld nos ha informado que para enviar el cargamento necesita una fianza de treinta y cinco mil dólares —dijo Valadés.

Pancho Villa se secó el sudor con la manga y se recostó en la silla.

—El banco de Saint Louis y el City Bank de Nueva York no quieren adelantar más dinero —dijo Valadés.

—Estamos jodidos —dijo Villa. Después se levantó de la silla, se estiró y con una amplia sonrisa observó el campamento—. Aunque peor hemos estado y de todas hemos salido. La Virgen de Guadalupe o los malditos dioses aztecas nos ayudarán. Ya sabes, Valadés, una vela a Dios y otra al Diablo por si acaso.

Londres, 10 de mayo de 1915

Mientras tomaban un frugal desayuno, la cara de Hércules reflejaba inquietud y nerviosismo. Sus ojeras denotaban la noche en vela, sus ojos negros parecían mirar al vacío y no había cruzado palabra con ninguno de sus amigos.

—¿Qué te sucede, Hércules? —preguntó Alicia.

—Nada.

—¿Quién era ese tipo que ha muerto? —dijo Lincoln.

—Un miembro del servicio secreto de la Armada, Joseph Kenworthy —contestó Hércules.

—¿Qué tiene que ver ese Kenworthy con lo que estamos investigando? —preguntó Lincoln.

—Eso es lo más extraño de todo. Dos hechos que no parecían tener relación alguna ahora comienzan a tenerla.

—¿El hundimiento del *Lusitania* y el robo? —preguntó Alicia.

—En efecto. En Nueva York mueren días antes de la partida del barco dos marineros mexicanos, alguien les extirpa el corazón, en el barco viaja un importante empresario minero inglés que financia a los revolucionarios, en el robo que se produce en el museo, los ladrones son mexicanos y también matan al policía de la misma manera...

—Y ahora lo del miembro del servicio secreto —dijo Alicia.

—¿También ha sido asesinado con el mismo ritual? —dijo Lincoln.

—No sabemos —comentó Lincoln.

—Demasiadas coincidencias —dijo Hércules.

—Pero ¿por qué unos mexicanos iban a hundir un barco británico? Y lo más importante, ¿por qué alguien ordenó que quitaran la escolta al *Lusitania*? —preguntó Lincoln.

—Eso es lo que más me preocupa. Todo apunta a que fue Churchill el que dio la orden —dijo Hércules.

Alicia y Lincoln miraron sorprendidos a su amigo.

—Por eso no estoy muy conforme con ir a México antes de aclarar este punto. Tengo la sensación de que el primer lord del almirantazgo prefiere que nos marchemos sin hacer más preguntas —dijo Hércules.

—Pero Churchill nos pidió que investigáramos el hundimiento del *Lusitania* —dijo Lincoln sorprendido.

—Lo que no pensaba era que íbamos a llegar tan pronto a conclusiones que le inculparan —comentó Hércules.

—¿Crees que Churchill permitió que hundieran el barco? —preguntó Alicia.

—Es posible, los ingleses están deseosos que los norteamericanos entren en la guerra, la muerte de varios compatriotas podría acelerar el proceso —dijo Hércules.

—La realidad es que los norteamericanos no parecen dispuestos —dijo Lincoln.

—Además, ¿qué tienen que ver con todo esto los mexicanos? —preguntó Alicia.

—Eso es precisamente lo que no encaja. Los mexicanos son enemigos de los Estados Unidos, pero no creo que atentaran gratuitamente contra un barco con bandera inglesa cargado de pasajeros.

—Entonces, nos quedamos como estábamos —dijo Alicia.

—El presidente Carranza es la clave —dijo Lincoln.

—El debe saber lo que hacían aquí sus hombres y qué conexión tiene todo con el hundimiento del barco —dijo Alicia.

—A propósito de barcos, si no nos apresuramos perderemos el nuestro —dijo Lincoln mirando el reloj.

Los tres tomaron un coche hasta el puerto y subieron a un barco mexicano llamado *Trinidad*. Unos minutos más tarde, dos hombres con aspecto alemán subieron a la cubierta sin perder de vista a los tres amigos que contemplaban el puerto mientras el barco se alejaba.

Washington, 9 de mayo de 1915

La cara de Edith expresaba preocupación. No era una mujer a la que le gustara ocultar sus sentimientos, aunque en público era comedida, tal vez por ser la segunda esposa del presidente. La Casa Blanca continuaba con la decoración elegida por su predecesora, lo que suponía una dura carga emocional para la primera dama. Todavía no había un año de la muerte de Ellen y muchos habían visto como una falta de tacto el que el presidente se volviera a casar. Ella también era viuda y la buena gente de Washington no tenía nada que reprocharles, pero Wilson había preferido una boda sencilla y discreta.

Edith se acercó a su marido y lo rodeó con sus brazos.

—No has almorzado, querido.

—Tengo que tomar una decisión urgente, la opinión pública quiere una respuesta clara ante la agresión del *Lusitania*.

—No era un barco americano.

—Pero iban en él más de un centenar de nuestros compatriotas.

—Ésa no es razón suficiente para comenzar una guerra.

—La guerra la han comenzado ellos, Alemania y el Imperio austrohúngaro representan la decadencia, es la hora de las democracias.

—El sacrificio de vidas humanas no se puede justificar en ningún caso; además, Rusia no es precisamente un país democrático.

—El zar Nicolás quiere dar pasos hacia una democracia más formal, pero tiene que hacer ciertos cambios primero.

—¿Crees que estamos preparados para una guerra?

—Lo cierto, querida, es que aunque nuestra industria está acelerando la producción, todavía nos encontramos lejos de poder hacer frente a una guerra. Los británicos y franceses necesitan munición y armas, las armas necesarias para ampliar nuestro ejército.

—Entonces lo más sabio sería esperar.

—Pero los ciudadanos quieren la guerra.

—Los ciudadanos te eligieron a ti, tú debes de tomar las decisiones por ellos.

Wilson permaneció pensativo por unos instantes. No le gustaban las guerras aunque había tenido que intervenir en México y posiblemente iba a tener que hacerlo en Haití y en la República Dominicana.

—Hemos perdido un buen cargamento de armas destinado a Inglaterra.

—¿Armas?

—Sí, el *Lusitania* estaba cargado.

—¿El *Lusitania*? Pero eso ha sido una temeridad, era un barco de pasajeros.

—Recibimos varios avisos para que el barco no regresara a Inglaterra, pero nadie pensó que...

—Querido, eso es muy grave.

—Alguien sabía lo de las armas y decidió hundir el barco para impedir que llegaran, pero eso significa que hay un miembro del Gobierno que los informó. Muy pocos sabían de la existencia de las armas.

—¿Un espía? —preguntó Edith sorprendida.

—Un traidor, pero hay otra cosa turbia en todo esto.

—¿El qué?

—Alguien ordenó retirar la escolta del barco, un miembro del gobierno británico —dijo Wilson.

—Los traidores están en las más altas esferas —dijo Edith.

—Eso suma más dudas a mi intervención, hay que limpiar la casa antes de exponerla a los invitados.

Edith se abrazó de nuevo a su marido. Aquellas semanas juntos habían sido las más felices de su vida. Sabía que la decisión que tomara sería la mejor, aunque para ello tuviera que traicionar sus propios intereses.

Londres, 9 de mayo de 1915

El primer lord del almirantazgo levantó el teléfono y llamó a su secretaria. Tenía que regresar a Egipto, las cosas estaban poniéndose feas en Galípoli. Las tropas neozelandesas y australianas no lograban avanzar y se esperaba una ofensiva de los turcos.

—Ruth, quiero que mandes un informe secreto a nuestro consulado en México.

—Sí, señor —dijo la secretaria tomando nota.

—Ordeno vigilancia discreta de Hércules Guzmán Fox, George Lincoln y Alicia Mantorella. Informen de todos sus movimientos. Asunto de seguridad nacional.

Churchill hizo un gesto para que se retirara. Tenía que andarse con pies de plomo, muchos querían su cabeza en una bandeja de plata, pero él no estaba dispuesto a permitir que sus enemigos lo sacaran del almirantazgo. Si la batalla de Galípoli era un éxito e invadían Estambul, el Imperio otomano se hundiría. Grecia entraría en la guerra y los austríacos se verían atrapados en la tenaza entre Rusia y ellos. Los Estados Unidos tenían que entrar cuanto antes en la guerra. Era vital para acelerar su final, los franceses soportaban bien las embestidas de los alemanes, pero corrían rumores de que las tensiones sociales crecían en Rusia; si esta salía de la guerra, la balanza estaría a favor de las fuerzas centrales y el Reino Unido estaría en peligro. Por eso estaba dispuesto a hacer lo que fuera para que los norteamericanos entraran en la guerra, costara lo que costara.

En algún lugar del océano Atlántico, 10 de mayo de 1915

—El capitán me ha dicho que haremos escala en las Islas Bahamas —dijo Lincoln a sus amigos.

Después de un día de navegación el cuerpo comenzaba acostumbrarse a los bamboleos del barco. Hércules era un marinero experimentado que había servido en la armada española, Alicia había viajado varias veces a Cuba, su tierra natal. El que llevaba peor la travesía era Lincoln.

—Es lógico, las islas pertenecen a los británicos —dijo Alicia.

—Aunque harán una corta escala de un día en La Habana —comentó Lincoln.

—¡La Habana! —exclamó Alicia ilusionada—. Llevo un siglo sin ver la ciudad.

Hércules frunció el ceño, la isla le traía muchos recuerdos desagradables. La muerte de su prometida casi veinte años antes, su degradación en el ejército y el recuerdo de Helen, la periodista que les había ayudado a descubrir las causas del hundimiento del Maine, convertían La Habana en una ciudad llena de fantasmas.

—Creo que me quedaré en el barco —dijo Hércules.

—Llevas semanas taciturno, apartándote de todos, ¿se puede saber qué es lo que te sucede? —preguntó Alicia.

—No lo sé. Me estaré haciendo viejo, ya tengo cincuenta años.

—¿Cincuenta años? Te conservas en perfecto estado, has escapado decenas de veces de la muerte —dijo Alicia.

—Creo que ésta será mi última aventura —dijo Hércules.

Madrid, 9 de mayo de 1915

El general Huerta no enseñó a Diego Rivera de qué trataban aquellos misteriosos planos del librero alemán. Habían pasado dos días y el pintor sabía exactamente lo mismo: nada.

Alfonso Reyes Ochoa llamó a la puerta de Diego y éste tardó un rato en abrirle. Se estaba dando un baño relajante de espuma cuando escuchó que alguien llamaba a la puerta.

—Alfonso, pasa —dijo Diego con el albornoz a medio anudar.

El hombre se acomodó en el salón de la habitación y esperó pacientemente a que su amigo terminara de arreglarse.

—¿Sabes algo de los planes de Huerta? —preguntó Alfonso cuando Diego entró en la habitación. Éste lo miró nervioso y le ofreció una copa.

—El viejo general no abre la boca, me hizo acompañarle a una vieja librería cerca de la Plaza Mayor, allí le dieron unos planos de algo, pero todavía no he podido verlos.

—Nos hemos enterado de que el viejo sale en unos días para Lisboa, seguramente después viaje en barco a Nueva York o Florida. Tienes que averiguar algo hoy mismo.

—No es fácil, Alfonso. El general es muy desconfiado.

—Pero no sospecha de ti. Intenta sonsacarle, lo máximo que puede pasarte es que no te conteste.

—Tienes razón —dijo Diego, asintiendo con la cabeza—. Hoy mismo lo intentaré.

—Con lo que averigües vienes a verme a esta dirección esta noche —dijo Alfonso tendiéndole una tarjeta a Diego—. No lo olvides, México te necesita.

Cuando se quedó solo de nuevo respiró tranquilo. No estaba acostumbrado a tanta presión. Se acercó de nuevo al baño y metió la mano para comprobar la temperatura del agua. Todavía estaba caliente. Decidió meterse de nuevo, pero cuando ya estaba tumbado, alguien llamó de nuevo a la puerta.

—No voy a poder relajarme nunca —se quejó, saliendo del agua.

Abrió la puerta, pero antes de que pudiera decir nada, un individuo le golpeó en la cabeza y perdió el conocimiento al instante.

Chihuahua, 9 de mayo de 1915

El mensajero dejó la carta del presidente Carranza en la mesa de la tienda y Pancho Villa se demoró en abrirla. Sabía lo que ponía, por enésima vez el presidente le pedía una alianza, pero él sabía en qué consistían las alianzas de gente como el viejo militar. Todos los profesionales del ejército eran igual de ambiciosos. Carranza había traicionado el espíritu de Madero y se había hecho con el poder en contra de la voluntad de la mayor parte de los líderes de la revolución. El presidente era una marioneta en manos de los norteamericanos y las compañías extranjeras.

Villa abrió la carta y se la pasó a su secretario, que comenzó a leerla a la luz del farol de queroseno.

Estimado Francisco,

La guerra nos ha convertido en enemigos a pesar de ser hermanos e hijos de la misma revolución. Madero soñaba con un país repleto de escuelas, sin campesinos pobres ni viudas tiradas en la calles. Ese sueño es ahora posible. Obregón está cercando a tus fuerzas, sé que no tienes armas suficientes para enfrentarte a nuestras tropas. Hermano, abandona esta lucha fratricida y caminemos juntos por la senda constitucional. Si entregas las armas te nombraré ministro de mi gobierno. Si no te rindes, te mataré y exhibiré tu cuerpo en México D. F. como ejemplo para los que se oponen al avance de México.

El Primer Jefe Venustiano Carranza.

Pancho Villa se levantó de la silla como si tuviera un resorte.

—¡Será hijo de la gran chingada!... Me amenaza con matarme, que se cree que me voy a quedar con los brazos cruzados. Ya logré echar a ese cabrón de Huerta, también le quitaré la silla presidencial a él. Es un coyote cobarde y traicionero. Escribe:

Estimado Carranza,

La única voz que escucho es la del pueblo, el mismo al que tus hombres avasallan y roban. Todo el mundo sabe cómo actúas y cuáles son tus verdaderas intenciones. La única revolución que apoyas es la de tu familia. No cederé ni a tus ofertas ni a tus amenazas. Podrás tener pistolas y balas, pero yo tengo huevos. Que Dios te pille confesado cuando entre en ciudad de México. Con respecto a Obregón, volverá a ti con el rabo entre las piernas. Todos los cobardes sois iguales.

Viva la Revolución, Viva México Libre.

Pancho Villa.

Villa se acercó al secretario y le pidió que se retirara. Se recostó sobre la cama portátil e intentó relajarse. Los hombres de Carranza estaban muy cerca y sus fuerzas estaban diezmadas, pero de otras peores había logrado salir con vida. Si llegaban las armas a tiempo salvaría la situación. Sabía que de alguna manera estaba predestinado a morir por México y no temía lo que pudieran hacerle.

Recordó sus primeros años, su vida había corrido siempre pareja a la muerte. Las cartas, las mujeres y el tequila fueron siempre su perdición. No tenía orden ni control, era hijo de la tierra y no podía ser de otra manera. Aquella tierra dura y áspera le había criado, era su madre y su esposa. Estaba casado con México. El ansia por la justicia le había nacido el día que el cacique de su pueblo, Agustín López Negrete, se quiso llevar a su hermana Martina para pagar las deudas familiares. Cuando escuchó los lamentos de su madre y su hermana, tomó la pistola de su primo Reynaldo y sin mediar palabra le pegó dos tiros a Negrete. Su madre gritó horrorizada, sabía que la justicia en México tenía nombres y apellidos. Pero todo aquello formaba parte del pasado.

Intentó olvidar sus preocupaciones y por primera vez en muchos meses durmió solo. Aquella noche no tenía humor para nada.

El color esmeralda del agua recordó a Hércules sus años como marinero en El Caribe. Había nacido para surcar los mares del mundo y en cambio en los últimos quince años apenas había viajado en barco. La vida era imprevisible. Alicia lo tomó del brazo y juntos pasearon por el puerto de Nassau. El tiempo parecía haberse detenido en aquellas islas apartadas. Los negros caminaban pausadamente y los blancos, tostados por el sol, parecían relajados, ajenos a cualquier preocupación.

—Los colores son increíbles, se me había olvidado la luz del mar Caribe —dijo Alicia mientras se acercaban a la playa. La arena, blanca como la harina, parecía virgen, apenas uno o dos pescadores sentados juntos a sus barcas remendando sus redes.

—Nunca creí que volvería a ver estas tierras —dijo Hércules pensativo.

—Pero ¿a que ahora estás contento?

Hércules permaneció pensativo unos momentos. Llevaba mucho tiempo sin sentirse plenamente feliz. Creía incluso que la felicidad era un insulto contra la inteligencia. La muerte, la pérdida y la injusticia lo habían vuelto un cínico. Alicia todavía conservaba la frescura de los ideales.

—¿Cómo va tu relación con Lincoln?

—¿Mi relación? No tenemos ninguna relación. Lincoln dejó muy claro en nuestro último viaje que no podíamos estar juntos. Hay demasiadas diferencias entre él y yo.

—Ya sabes que Lincoln siempre intenta escudarse en eso. En el fondo tiene miedo de entregarse demasiado. Los hombres somos muy egoístas con esas cosas.

—Ya lo sé, pero no puedo estar esperando eternamente a que se decida a comprometerse. Hay que seguir adelante —dijo Alicia intentando animarse.

Los dos permanecieron un instante en silencio, mientras el ruido de las olas y la brisa del mar les llevaba hasta años más felices, cuando la vida era mucho más que el paso del tiempo.

Desde aquel ángulo los objetivos parecían claros, pensó el general Buendía. Sería muy fácil eliminar al hombre y la mujer y después ocuparse del negro. Había sido una suerte atracar en aquel puerto después de la penosa travesía y la avería del barco. Ahora tenían enfrente a sus perseguidores. Dejó el rifle en cubierta y encendió un puro. Tenía ganas de llegar a México.

Aspiró el aroma del puro, cerró los ojos e intentó no pensar en nada. Tenían el códice, ahora encontrar Aztlán sería fácil. Muchos lo habían intentado antes y habían fracasado, pero ellos eran los hombres j aguar. Los herederos de los aztecas, los que devolverían a su orgulloso pueblo el honor perdido.

Miró de nuevo por el objetivo del rifle y vio como el hombre y la mujer se detenían a contemplar el mar. Apoyó el dedo en el gatillo, sintió su leve resistencia y comenzó a tirar de él suavemente.

SEGUNDA PARTE

REVOLUCIÓN

La espesa lluvia ennegrecía aquella noche sin luna ni estrellas. Hernán Cortés envió a dos hombres para deshacerse de los guardias que vigilaban el palacio de día y de noche. Los víveres estaban a punto de terminarse y necesitaban escapar antes que la inanición y la desesperación los volvieran locos. Salieron en pequeños grupos hacia el puente de canoas de Tabuca. La humedad de aquella noche calaba los huesos, pero Cortés caminaba erguido, con la mirada puesta en el oscuro horizonte.

Los caballos relinchaban ahogadamente, a pesar de que sus dueños les tapaban las bocas. Los cañones repicaban con sus ruedas de madera y hierro sobre los tablones del puente, pero llegaron hasta la mitad del camino sin percance alguno. Muchos de los hombres cargaban el tesoro de Moctezuma II, a pesar de que Cortés había advertido de que se recogiera solo lo necesario. Doña Marina caminaba a su lado, con la mirada perdida y su bella cabeza cubierta por una pequeña capucha. Cortés se acercó a ella e intentó animarla.

—No os preocupéis, de peores que ésta nos libró el Señor. La Virgen nos protegerá, Dios sabe que lo único que queríamos era cristianizar a esta gente sanguinaria.

Doña Marina, que era mujer de palabras francas, miró al hombre del que extrañamente se había enamorado y suspiró. Sus mentiras eran tan bellas como sus verdades, tal vez porque en el fondo las creía de igual modo.

—¿Cómo pensabas que iban a reaccionar? Su rey prisionero, su pueblo masacrado y sus dioses derribados. Son hombres, Hernán, no animales.

—La matanza no la ordené yo, fue Pedro de Alvarado, pero ellos planeaban terminar con todos nosotros.

—Lo conseguirán. Aunque tu astucia sea como la del jaguar y tus aliados terribles como serpientes, este pueblo es fiero y sanguinario, y no se dejará domesticar sin lucha.

—Pues la habrá, la más fiera que hayan conocido, mil mexicas por cada castellano muerto en esta noche triste.

En aquel momento se acercaron barcazas cargadas de guerreros y los españoles aceleraron el paso, pero muchos perdían el equilibrio o eran alcanzados por lanzas y flechas, cayendo al lago y hundiéndose por el peso del oro y las armas. Cortés mandó disparar y el cielo se iluminó por unos instantes, mientras el olor a pólvora se desparramaba como incienso sobre las aguas. Después, las filas se rompieron y cada uno corrió para salvar su vida. Al lado de Cortés corría el capitán Alonso de Ávila, que viendo las lágrimas de su general intentó animarle.

—No desfallezcáis, en la guerra siempre mueren los mejores.

—Capitán, no llores por los que han caído, más bien lo hago porque en una noche pierdo un reino, una ciudad y si Dios no lo remedia, la vida de mis hombres.

Muchos de los soldados arrojaban al agua el oro y la armadura para ir más ligeros, algunos murieron ricos aquella jornada. Cuando estuvieron en tierra firme, los guerreros se retiraron, pues sabían que los españoles se reorganizaban muy pronto y serían temibles.

Cortés reunió a sus hombres, contabilizaron los muertos y desaparecidos, y tomaron posiciones para resguardarse hasta que despuntara el día. Doña Marina se le puso al lado y él le susurró:

—¿Salvamos el mapa?

Ella asintió con la cabeza, los soldados se sentaron alrededor del fuego. Llevaban las ropas empapadas y tiritaban de frío.

—Señor, hemos perdido a más de seiscientos españoles —dijo el capitán Alonso de Ávila.

—Pues tendrán que morir seiscientos mil paganos —contestó, frío, Cortés.

El nuevo emperador Cuitláhuac reunió a sus consejeros, sacerdotes y nobles en el palacio. Algunos de los jefes estaban ojerosos después de la noche de lucha, pero todos se encontraban animados.

—El perro ha escapado, pero le daremos caza. No quedará un castellano vivo, lo juro por el sagrado nombre de Quetzalcóatl.

Hubo un murmullo general de aprobación.

—No les dejaremos escapar. Organizaremos un ejército para exterminarlos.

—Disponemos de más de cuarenta mil hombres.

—Pues organizadlo todo, yo mismo marcharé al frente del ejército. Ahora retiraos todos menos el maestro de los guerreros jaguar.

Todos abandonaron la amplia sala y el maestro de los guerreros jaguar se aproximó al emperador.

—Se han llevado el mapa —dijo el emperador.

—¿El mapa de Aztlán?

—Sí, esa maldita mujer debió hablarle al español de la profecía de Aztlán.

—¿Qué vamos a hacer?

—Tenemos que recuperarlo. Si Cortés consigue llegar a la ciudad nada le podrá detener.

—Mandaré a mis hombres a recuperar el mapa.

—Quiero que matéis a Cortés y a la mujer.

—Se hará como desees.

—Puedes retirarte.

Cuando el emperador se quedó solo se levantó del trono y se dirigió a una de las paredes de la sala. En ella se representaba Aztlán, la mítica isla de la que eran originarios los mexicas. Allí se ocultaban su más terrible pasado, lo que Itzcóatl intentó borrar de la historia de los mexicas: el final del quinto sol y la destrucción de su pueblo.

La detonación sonó cercana, como el zumbido afónico de una avispa, pero Hércules reaccionó lanzándose con Alicia en la arena y sacando su pistola. Intentó localizar al tirador, pero la playa estaba prácticamente desierta. Con un gesto ordenó a la mujer que se resguardara detrás de unas rocas y reptó por la arena hasta una barca de pescadores.

Un segundo impacto astilló el casco de la barca. Hércules se agachó, y al volver a incorporarse pudo ver de dónde provenían los disparos. Se levantó y corrió hasta el francotirador. Dos balas le pasaron rozando, pero logró salir de la playa. El francotirador observó como Hércules se acercaba y recogió los bártulos lo más rápidamente que pudo, después se subió a un coche y desapareció por la carretera.

Hércules lo vio partir, apenas lo había podido ver un minuto. Su apariencia era occidental, pero poco más podía hacer para identificarle. Se agachó y observó los casquillos, sin duda eran de un rifle norteamericano. Tomó uno para que lo examinara su amigo Lincoln. Después observó la funda de unas gafas. Era de terciopelo rojo, pero no tenía ninguna inicial o signo que pudiera identificar al dueño.

—¿Estás bien, Hércules? —preguntó Alicia cuando llegó hasta él. —Sí, al parecer alguien no quiere que lleguemos a México con vida.

—Pero ¿quién puede estar interesado en eliminarnos?

—Los norteamericanos, los ingleses, los revolucionarios, el presidente Carranza ¿quién sabe?

—Será mejor que volvamos al barco. Lincoln debe estar comenzando a preocuparse.

—Sí, regresemos.

Cuando retornaron al barco, Hércules mostró a Lincoln los casquillos del fusil.

—Se trata de casquillos de un fusil norteamericano —dijo sin dudar.

—¿Está seguro? —preguntó Hércules.

—Son balas del M1915 Browning. Una de las armas más eficaces que se haya inventado nunca. Aunque dicen que los norteamericanos están diseñando un nuevo rifle para usar en la guerra de Europa.

—¿Cualquiera puede conseguir un Browning? —preguntó Alicia.

—No, son rifles de precisión caros. Es raro que un civil los pueda comprar, normalmente pertenecen al ejército de los Estados Unidos —dijo Lincoln.

—Eso significa que el que disparó era un soldado norteamericano —dijo Alicia.

—Probablemente. Aunque alguien puede haberlo comprado en el mercado negro; todo tiene un precio —dijo Lincoln.

—¿Por qué un soldado norteamericano querría eliminarnos? —preguntó Alicia.

—Está claro que está relacionado con el hundimiento del *Lusitania* —dijo Hércules.

Lincoln miró a su amigo y negó con la cabeza, él no lo tenía tan claro.

—Se puede tratar de un mexicano revolucionario. Los Estados Unidos han vendido muchas armas a México —dijo Lincoln.

—¿Armas tan sofisticadas? —preguntó Alicia.

—No podemos saberlo a ciencia cierta —dijo Lincoln.

—Me temo que volveremos a tener noticias de nuestro tirador muy pronto —dijo Alicia.

Hércules dejó el camarote y se dirigió a cubierta. Percibió como el barco se ponía en marcha. El azul turquesa del mar le recordó su juventud en La Habana, la época en que parecía destinado a vivir en el ejército, formar una familia y recorrer los cinco continentes como capitán de un barco. Todo aquello formaba parte del pasado, pero a medida que se acercaban a La Habana, sus fantasmas se alborotaban en su cabeza. Llevaba tanto tiempo alejado de su pasado que simplemente había olvidado que existía. Ahora tendría que volver a enfrentarse a todo aquello que temía, al vacío de una vida sin sentido.

Madrid, 13 de mayo de 1915

Sintió el frío de la madrugada y se encogió en el colchón. Su cabeza comenzó a darle vueltas, se sentó en la cama e intentó recordar dónde estaba. No lo sabía a ciencia cierta, alguien lo había sacado de su hotel y lo había llevado a aquel cuchitril frío, sucio y oscuro. Apenas le habían dirigido la palabra en aquellos días, como si intentaran ablandarle un poco antes de comenzar el interrogatorio, pero él estaba preparado para decir todo lo que sabía. No se sentía cobarde, pero no estaba dispuesto a renunciar a la vida.

Se levantó de la cama y notó como los huesos le chasqueaban. Se estiró y se dirigió hacia la puerta. Era de madera, no parecía muy sólida, pero desconocía lo que había al otro lado y si alguien le vigilaba de día y de noche. Después observó el pequeño tragaluz que estaba a unos dos metros y medio de altura. Pensó que si se subía y miraba por él, al menos se aseguraría que el mundo permanecía en su sitio.

Arrastró la cama y se subió en ella. Se puso de puntillas, pero todavía quedaban unos centímetros para que pudiera ver algo. Dio un par de saltos, sin conseguir llegar al ventanuco.

—¡Será posible! —dijo en alto.

Un ruido en el pasillo le hizo bajar de la cama. Se sentó en silencio y esperó sin respirar hasta que la puerta se abrió.

—Señor Rivera, siento haberle retenido en estas condiciones, pero sospechamos que está espionando para el gobierno mexicano —dijo una voz con acento norteamericano.

—¿Espía? Nunca había escuchado algo tan absurdo —dijo Diego.

—¿Conoce a Alfonso Reyes Ochoa?

—Naturalmente, es un amigo y un compatriota. Le vi al regresar a Madrid después de una estancia en París.

—Su amigo trabaja para los servicios secretos del presidente Carranza.

—¿Alfonso es espía?

—Efectivamente.

—Me deja petrificado —mintió Diego.

—No se haga el listo conmigo. Usted sabe que Alfonso trabaja para el gobierno mexicano, de hecho él le paga su habitación en el Ritz.

—Eso es cierto, pero es por un trabajo que me ha encargado el gobierno mexicano. En unos meses tengo que regresar a México para pintar al presidente, estoy en Madrid estudiando los retratos de Goya y Velázquez antes de volver para realizar el encargo.

—Y el general Huerta le ayuda a elegir los pinceles —dijo el norteamericano enfadado.

—El general es un viejo amigo de mi familia, nos vimos por casualidad en el hotel y hemos salido juntos a ver la ciudad.

—¿Cree que voy a creerme toda esa basura? Usted y el general fueron a una librería cerca del teatro de la Ópera. ¿Es cierto?

—Me pidió que lo acompañara, temía que su interlocutor hablara en alemán y como yo tengo algunas nociones de ese idioma, el general me solicitó que le ayudase.

—¿Qué se llevó el general de la tienda?

—Era una librería, pero le dieron unos rollos de cartón forrados de piel, como si llevara planos o algo parecido.

—¿Los vio?

—No, el general me prometió enseñármelos, pero alguien me golpeó y me trajo aquí —refunfuñó Diego Rivera.

El norteamericano se acercó al rayo de luz y su pelo rubio se iluminó.

—Le vamos a soltar con una condición. Tendrá que informarnos de lo que descubra. Si no lo hace, aténgase a las consecuencias —dijo el norteamericano.

Diego Rivera asintió con la cabeza, qué otra cosa podía hacer. De la noche a la mañana se había convertido en espía, y ahora era un espía doble. Tenía que ver lo que había en esos malditos tubos y salir corriendo para México.

—Los caballos galopaban hasta las posiciones de Obregón. La caballería de Villa era la mejor de México. Sus hombres se acercaron con los caballos medio reventados y disparando las carabinas sin soltar las riendas. Cuando se quedaron sin balas se ataron las riendas y vaciaron el cargador de los revólveres. La caballería de Obregón corrió despavorida. Apenas estaban llegando a la hacienda de La Loza cuando las ametralladoras abrieron fuego. Los jinetes, que apenas dominaban a las bestias aterrorizadas, se lanzaban a los costados de las líneas enemigas, pero las ametralladoras barrían los laterales y cuando los jinetes intentaban alejarse, los hombres de Obregón disparaban a la espalda de los villistas. Cuatro veces intentó la caballería romper las líneas, pero las cuatro veces se estrellaron como olas en los riscos de un mar embravecido. Uno pocos llegaron hasta las ametralladoras, pero eran abatidos después de pegar un par de tiros que rebotaban en la cerca de piedra de la hacienda —le narró Amado Aguirre a Villa, que seguía el relato con los ojos como platos.

—Cobardes, no salieron a luchar como machos —dijo Villa poniéndose en pie.

—Los de Obregón lucharon con fiereza...

—Esos coyotes cobardes están escondidos en su guarida.

—Esto es una guerra, también nosotros...

—Nosotros somos revolucionarios, no lo olvides Amado.

—No lo olvido, general.

—Puedes retirarte.

Pancho Villa regresó a la mesa y se puso las manos sobre la amplia frente morena. Sus malditos enemigos les estaban cercando. Por primera vez desde que dejara su vida de bandolero presentía que las cosas se iban a torcer. Recordó su primera conversación con Abraham González y cómo le convenció para luchar a favor de los antireeleccionistas; por primera vez alguien le ofrecía hacer algo bueno por los demás. Ahora sentía que la fatiga del largo viaje de la revolución consumía sus últimas fuerzas. Solo un milagro podía salvarlos a México y a él de la derrota.

El perfil de la ciudad se reflejaba en el horizonte. La noche comenzaba a cubrir los bellos rasgos de la capital cuando el barco de Hércules y sus amigos entró en el puerto. Los colores vivos de los edificios se potenciaban con aquella luz mortecina del atardecer, como si la ciudad le sonriera a Hércules, cuyo corazón se aceleró al contemplar la torre de la catedral. Imaginó lo que debió pensar Ulises al regresar a Ítaca después de su largo viaje. Sin duda su primera reacción fue de miedo al sentir que ya no pertenecía a ningún sitio. Notó la garganta seca y pensó en un buen trago de ron.

—Ahí está, parece como si el tiempo se hubiera detenido —dijo Alicia, abrazándose a Hércules. Los recuerdos de su madre, muerta muchos años antes, la pérdida de su padre hacía menos de un año, el cansancio de un viaje interminable que habían emprendido en Madrid en el verano de 1914... Quería creer que volvía a su casa, pero aquel ya no era su hogar.

—Es la ciudad más bella del mundo —comentó Lincoln—. Recuerdo el primer día que nos vimos.

—Parece que le estoy viendo aparecer con ese traje blanco y sus andares de caballero estirado mientras entraba en el hotel. Seguro que todavía hablan de ello en la ciudad —bromeó Hércules.

—Aquella gente no estaba acostumbrada a ver a un negro sentado en una mesa, preferían verla sirviéndola —refunfuñó Lincoln.

—No se preocupe, yo tampoco dejé un gran recuerdo en la ciudad. Todos conocían mi fama de mujeriego, borracho, cliente de prostíbulo y además traidor.

—No sé cómo me mezclo con gente como vosotros —dijo Alicia con una sonrisa.

—¿Cómo estará el profesor Gordon Acosta?

—Le mandé un telegrama desde las Bahamas, mientras ustedes jugaban a esquivar balas. Creo que nos espera en el puerto.

Cuando el barco terminó sus maniobras de aproximación y atracó, los tres desembarcaron con la sensación de pisar tierra sagrada. A unos metros esperaba muy erguido un caballero que pasaba los sesenta años. Su cara era morena, su bigote, totalmente blanco, era largo y parecía relajar su semblante serio. Se mantenía delgado, con la vitalidad de un hombre que ha sabido controlar todas sus pasiones y dominar su alma. Cuando les vio bajar del barco sonrió, dejando que su mirada brillara como la de un niño. Hércules fue el primero en acercarse y abrazarle. El profesor Gordon besó la mano de Alicia y saludó con un fuerte apretón de manos a Lincoln.

—Parece que fue ayer —dijo el profesor Gordon con una voz cargada de nostalgia.

—Eso parece —dijo Hércules.

—Cuántos recuerdos. Tienen que contarme muchas cosas. Han pasado...

—Diecisiete años —dijo Lincoln.

—Todo sigue igual —dijo Hércules señalando el puerto.

—Todo es distinto. No es que sea un nostálgico, pero la independencia todavía es una quimera. Aunque será mejor que hablemos en otro sitio —dijo el profesor, mirando inquieto a ambos lados.

Abandonaron el puerto en un coche pequeño conducido por el propio doctor Gordon, ante la mirada atenta de dos hombres. Los Estados Unidos extendían sus tentáculos por toda la isla, nadie podía entrar o salir de ella sin que los servicios secretos lo supieran. Tres extranjeros sospechosos y el profesor Gordon, un declarado enemigo del régimen, eran elementos sospechosos en la Cuba presidida por Mario García Menocal, pero esta vez las órdenes de vigilarles no venían de Washington.

La Habana, 14 de mayo de 1915

—Ustedes se marcharon hace años, pero las cosas no han sido fáciles para lo que nos quedamos en Cuba después de la guerra —dijo el profesor Gordon bajo la luz de unas bombillas mortecinas.

—Después de una guerra siempre hay atropellos —comentó Lincoln.

El profesor observó el rostro de Lincoln, las canas que perezosamente recorrían sus sienas rizadas, y sonrió.

—No me importa lo que puedan hacerme a mí, pero sí a mi familia. Mi hijo dejó su cátedra en la universidad cuando me echaron de la mía.

—Debió de ser duro —dijo Alicia.

—Me gustaba la docencia, pero me era imposible mirar para otro lado ante los atropellos de los norteamericanos y sus compinches cubanos. La constitución se hizo a medida, para que no cambiara nada. Según la constitución de 1901 Cuba era independiente, pero en el Senado de los Estados Unidos se aprobó la enmienda Platt, por la cual los norteamericanos se otorgaban el derecho a intervenir en la isla cuando les pareciera necesario.

—No estaba enterado de eso —dijo Lincoln.

—Perdóneme, amigo, pero sus compatriotas se consideran los dueños de todo el continente —dijo el profesor Gordon.

—Pero al contribuyente norteamericano también le costó mucho dinero liberar Cuba —se defendió Lincoln.

Hércules frunció el ceño. No entendía el empeño de los norteamericanos en defender a capa y espada a su gobierno.

—¿Independencia y libertad? Son dos burlas en Cuba. Tomás Estrada Palma era una mera marioneta de los estadounidenses, cuando no pudo mantenerse en el poder pidió ayuda a los norteamericanos que volvieron a ocupar el país en 1906. Después de tres años de ocupación, el gobierno se puso en manos de José Miguel Gómez, un tipo corrupto que arruinó al país y aplastó las revueltas de los negros pobres que pedían más justicia social. Ahora, el nuevo presidente, Mario García Menocal, es un hombre joven, pero sigue la estela de los Estados Unidos —dijo el profesor Gordon.

—Pero ¿qué puede hacer? Si se rebela contra Estados Unidos, éstos no tardarán en volver a intervenir —dijo Alicia.

—Eso es cierto, tal vez la esclavitud del pueblo cubano no tenga solución —dijo el profesor Gordon.

—¿A qué se dedica ahora profesor? —preguntó Hércules.

Una camarera les sirvió la cena en la discreta cantina, todos miraron con ansia el

plato de frijoles, la yuca con mojo y el arroz.

—¿La cena les parece muy fuerte? —preguntó el profesor Gordon—. Después de tantos años sin comer comida cubana pensé que les apetecería.

—Excelente —dijo Hércules comiendo a dos carrillos.

Gordon los observó unos instantes mientras devoraban los platos.

—Bueno, mi vida ha sido tranquila. Ejercí la medicina durante años en mi clínica y me dediqué a abrir varios orfanatos.

—¿Por qué le apartaron de la docencia? —preguntó Alicia.

—Intenté salvar a varios estudiantes que iban a ser fusilados por el simple hecho de no haber apoyado la independencia.

—Lo lamento —dijo Alicia.

—Un verdadero profesor antepone la vida de sus alumnos a su carrera. Hay muchos mercachifles en las universidades que buscan títulos, poder y posición, pero la mayor virtud de un buen maestro es enseñar a sus alumnos dando ejemplo con su propia forma de llevar la vida.

—¿Qué tal su familia? —pregunto Alicia.

—Mis hijos viven independientes hace tiempo, aunque vienen a comer a casa todos los domingos, ¡y soy abuelo! Puede decirse que he vivido una vida plena, pero ¿qué les trae a ustedes por estas tierras?

—Estamos de paso —contestó Lincoln—. Realmente nos dirigimos a México.

—¿México? Creo que las cosas no están bien en el país, continúan con su guerra civil.

—Perseguimos a unos ladrones —explicó Lincoln. Robaron un códice en Londres y el gobierno británico nos pidió que lo recuperáramos.

—¿Qué códice? —preguntó el profesor.

—Códice de Azcatitlán —dijo Hércules.

—Que interesante. ¿Por qué robarían una obra así?

—No lo sabemos —dijo Lincoln.

—Hay una vieja leyenda que a lo mejor conocerán, me la contó un colega mexicano, Manuel Gamio —dijo el profesor Gordon.

—No conocemos la historia —dijo Hércules.

El profesor sonrió con un brillo en la mirada. Se atusó el bigote largo y cano y comenzó a hablar muy bajito, como si las palabras le resultaran pesadas.

—¿Han oído hablar de los hombres jaguar? —preguntó el profesor.

Todos negaron con la cabeza.

—Los hombres jaguar eran la élite de los guerreros mexicas, vestían con la piel de los jaguares y eran temidos por todos. Su fiereza les hizo célebres, pero muy pocos saben su origen. Su oscuro origen —dijo el profesor alargando las palabras hasta que la atención de sus amigos estuvo totalmente concentrada en su relato—. Siempre

dejaban la misma huella, extirpaban el corazón a sus enemigos o los decapitaban. De esa forma tomaban toda su energía e impedían que el muerto resucitara. Se dice que ellos eran los guardianes de la ciudad de Aztlán, los únicos que conocían su ubicación real y los que han protegido su secreto desde hace más de quinientos años.

Ciudad de México, 14 de mayo de 1915

Rudolf von Kardorff miró el reloj de pulsera y comenzó a moverse inquieto por el salón de la embajada. El agente Félix Sommerfeld llevaba más de quince minutos de retraso, algo inadmisibles para un alemán. Se sentó en la butaca e intentó aclarar sus ideas. Sus contactos con el presidente Carranza no terminaban de fructificar, el presidente tenía demasiado miedo a los norteamericanos y pedía unas cifras desorbitadas para dar nuevas concesiones petrolíferas a su país; con Pancho Villa la situación era radicalmente distinta. Villa no era un cobarde, odiaba a los norteamericanos, pero no terminaba de fiarse de las intenciones del gobierno alemán. Emiliano Zapata no daría un paso a su favor si no lo hacía Villa, la única solución era provocar que los revolucionarios les pidieran ayuda.

El criado llamó a la puerta y anunció la llegada de Sommerfeld.

—Señor —dijo el agente al entrar en la sala.

Von Kardorff no se levantó, se limitó saludar levemente con la cabeza.

—Lamento el retraso, pero los medios de transporte mexicanos no son muy puntuales.

—Hay que adelantarse a los problemas, Sommerfeld.

—En México es imposible.

—Yo siempre soy puntual —dijo von Kardorff.

—Lo lamento.

—¿Qué tal su misión en los Estados Unidos? —preguntó von Kardorff, cambiando de tema.

—No nos podemos quejar, hemos conseguido avances significativos.

—¿La red de informadores está creada?

—Sí, señor. Disponemos de informadores en casi todos los departamentos de Washington, especialmente en el Departamento de Guerra. No olvide que hay buenos alemanes viviendo en los Estados Unidos.

—¿Cuánto tiempo calcula que queda antes de que el presidente Wilson declare la guerra a Alemania?

—Si fuera por él, ya la habría declarado, pero no tiene la unanimidad del Congreso, además, su ejército todavía es pequeño y la industria armamentística insuficiente, no creo que logren una producción adecuada hasta dentro de un año.

—¿Cómo ven el asunto mexicano? —preguntó Von Kardorff.

—Hay disparidad de opiniones, pero el secretario de Guerra Garrison quiere una intervención directa, incluso una invasión de México, y el secretario de Estado Wood parece más reacio, aunque muchas de las compañías petroleras piden la intervención.

No quieren pagar tantos impuestos al gobierno mexicano.

—Entiendo. ¿Cómo van los sabotajes?

—Sutiles, casi imperceptibles, pero retrasan los planes de los norteamericanos.

—Estupendo, Sommerfeld, debemos provocar un enfrentamiento entre mexicanos y norteamericanos, de esa forma se lo pensarán mucho antes de intervenir en Europa. ¿Qué saben del *Lusitania*?

El agente se quedó callado unos momentos. En ese punto la administración era mucho más impermeable, no había logrado colocar muchos topes en los servicios secretos.

—Piensan que alguien facilitó información sobre la carga que transportaba el *Lusitania*, un norteamericano.

—¿Solo eso?

—También sospechan que algún miembro del gobierno inglés ordenó intencionadamente que se retirara la escolta.

—Todavía se les ve muy perdidos, mejor. Procure que se mantengan así. Deben ignorar nuestra colaboración con los mexicanos en este asunto. ¿Cuándo saldrá para entrevistarse con Villa?

—Mañana mismo. La situación de Villa en el norte no es muy buena, Obregón lo está acorralando.

—Villa necesita armas, los Estados Unidos están cerrando el grifo, es nuestro momento —dijo von Kardorff.

—¿Cómo van los acuerdos con el general Huerta?

—Avanzan muy lentamente, ese viejo zorro no hace más que pedir dinero, pero no estamos seguros de que logre reunir un gran ejército. Aunque nos interesa producir el mayor caos posible, de esa manera nos aseguraremos la intervención norteamericana.

—¿No es peligroso intentar llegar a un acuerdo a tres bandas, con el presidente Carranza, Villa y Huerta?

—Es la única manera de asegurarnos los contratos petrolíferos y la intervención contra los Estados Unidos. ¿Qué importa quién gane? —dijo von Kardorff.

—Muy bien, ¿algo más, señor?

—Una cosa más. Nos han informado de la inminente llegada de tres extranjeros a México: Hércules Guzmán Fox, George Lincoln y Alicia Mantorella. Quiero que los eliminen en cuanto pisen tierra mexicana, uno de nuestros agentes en las Bahamas lo ha intentado, pero ha fracasado. No quiero más errores.

—De acuerdo, me encargaré personalmente.

Rudolf von Kardorff se quedó solo en la sala. Se levantó y se acercó a unos planos de México. Una de las condiciones del general Huerta para intervenir en la guerra habían sido unos viejos planos aztecas que se conservan en el museo

arqueológico de Berlín. Habían decidido ceder en este punto, el viejo general chocheaba y se creía un nuevo Moctezuma que iba a liberar a su pueblo de los extranjeros, pero aquello no le dejaba de inquietar. ¿Qué tenían esos planos para que fueran tan importantes? México era un país estratégico para Alemania, llevaban casi cien años intentando influir políticamente en la región. Necesitaban su petróleo y sobre todo concentrar a los Estados Unidos en los problemas domésticos, para que no se preocupara tanto por lo que sucedía en el Viejo Continente. Aquel viejo tablero era muy complicado, pero si sabía jugar sus piezas podría poner en jaque mate al gobierno norteamericano.

Washington, 14 de mayo de 1915

—Señores, entiendo sus temores, pero todo está controlado en México —dijo el presidente a los reunidos. Varios industriales se levantaron para protestar y Wilson tardó unos segundos en acallar las voces—. Sus intereses están seguros en México. Saben que mantenemos un pequeño contingente en Veracruz, en unos días podemos estar en Ciudad de México. Hemos reforzado el ejército en la frontera y estamos firmando acuerdos con el presidente Carranza.

—Pero Carranza no es el mayor problema. Ese Pancho Villa está atacando constantemente nuestras instalaciones o robando el dinero de las nóminas. ¿No puede hacer nada el Gobierno? —preguntó Edward Donnell, de la Mexican Petroleum Company.

—El Gobierno de México es autónomo, no podemos intervenir cada vez que un cuatrero roba un tren —dijo el presidente.

—¿Un cuatrero? Villa tiene un ejército considerable y está a un día de la frontera con los Estados Unidos, existe el peligro de que ataque el país —comentó Henry Clay, de la Standard Oil.

—Villa tiene sus días contados. Estamos reforzando al ejército de Carranza y complicando el suministro de armas y municiones a Villa, en unos meses no tendrá una bala para resistir y se rendirá —dijo el secretario de Guerra Garrison.

—Pero secretario, usted proponía una invasión preventiva —dijo Edward Donnell.

—Tenemos que esperar, no podemos concentrar más fuerzas en la zona, no olviden que en Europa hay una guerra —contestó el secretario Garrison.

—¿Europa? No tenemos intereses en Europa —dijo Henry Clay.

—Los intereses de los Estados Unidos no son meramente económicos, señor Clay —contestó el secretario de Guerra Garrison—. Tenemos un deber con nuestros aliados y con el mundo libre.

El presidente hizo un gesto con las manos para que se calmara el debate.

—Tienen que confiar, Villa está acabado, un México estable nos interesa a todos, ustedes tienen que contribuir a esa estabilidad. Dejen de dar dinero a todos los revolucionarios para debilitar el gobierno de Carranza, puede que no les guste pagar impuestos, pero si el estado mexicano vuelve a hundirse, el caos se apoderará del país y saldrán perdiendo. Nosotros nos encargamos de la política exterior, ustedes límitense a colaborar con el Gobierno.

Aquella jauría de hienas era capaz de despedazar a su propia madre para defender sus intereses, pensó el presidente.

—Esperaremos —dijo Edward Doheny.

El grupo de empresarios salió del despacho. Edward Doheny y Henry Clay dejaron que sus coches se fueran y caminaron por la ciudad.

—¿Cómo lo ves, Henry? —preguntó Edward.

—La misma basura política de siempre. Actuar cuando las cosas ya no se pueden cambiar, mientras nuestras compañías sufren una sangría por parte de Carranza y otra por esos malditos revolucionarios.

—¿Cuál es la solución?

—Divide y vencerás. Deberíamos apoyar a Emiliano Zapata, intentar enfrentarle con Villa. En contra de lo que dice el presidente, a nosotros nos interesa, la confusión y la guerra. Un gobierno fuerte en México querrá nacionalizar el petróleo o subirá aun más los impuestos. Varias facciones enfrentadas se conformarán con las migajas. El único problema son las compañías alemanas. Hay que impedir que se establezcan —dijo Henry.

—Entonces nos conviene la guerra con Alemania. ¿Por qué le dijiste al presidente que no fuéramos a la guerra en Europa?

—No nos interesa una guerra total. Tenemos intereses en Turquía, pero allí los alemanes nos llevan ventaja. Deberíamos luchar solo contra Alemania, al fin y al cabo fueron ellos los que hundieron el *Lusitania*, pero no contra los austríacos —dijo Henry.

—¿Entonces?

—Nuestro objetivo es el caos, pero quiero la cabeza de Villa, es el único que no se deja comprar y no lo entiendo, antes de la revolución era un bandolero y un asesino —dijo Henry.

—La gente se reforma.

—Desgraciadamente sí, Henry. Desgraciadamente sí.

—Los hombres jaguar —continuó explicando el profesor Gordon— fueron un símbolo en las distintas culturas de Mesoamérica. El jaguar o *Panthera onca* es el depredador más grande de nuestro continente. Una de esas culturas fue la maya, en la que el jaguar era un símbolo del poder de las fuerzas del inframundo y de la fertilidad. En la actualidad sigue siendo un símbolo en las comunidades aztecas, en las que se ha perpetuado por medio de mitos y cuentos.

—Pero ¿quiénes son los hombres jaguar? —preguntó Hércules.

—Los hombres jaguar eran considerados los primeros hombres creados por los dioses y se creía que eran antepasados de la clase gobernante y los padres de muchas culturas, entre ellas la cultura maya. Todas las familias nobles buscaban identificarse con el jaguar —dijo el profesor Gordon—. Aunque todo eso se lo explicará mucho mejor mi colega Manuel Gamio.

Lincoln intentó imaginar algo equiparable a los hombres jaguar, pero no lograba asimilarlos a nada.

—Entonces, ¿se trata de una secta o sociedad secreta? —preguntó el norteamericano para aclararse.

—Desconozco cómo los consideran en los mitos aztecas, pero en el mito quiche que aparece en el *Popol Vuh*, tres de los cuatro primeros hombres creados por los dioses tienen nombre de jaguar: *Balam Quitzé*, *Balam Akab* e *Iqui Balam*. Pero son hombres jaguar no solo por sus nombres, sino también por su forma de cazar a sus víctimas y su forma de ofrecerlas para el sacrificio. En el mito de los *ch'oles*, el padre primigenio del pueblo *ch'ol* es un jaguar —dijo el profesor.

—¿Las culturas de Mesoamérica creían que provenían de animales sagrados? —preguntó Alicia.

—Sí, en el caso del jaguar siempre está asociado con los guerreros y los chamanes, a los que se les otorgaban poderes sobrenaturales, entre los cuales destacaba el de poder transformarse en un jaguar, entre otros animales salvajes —dijo Gordon.

—¿Como el mito occidental de los hombres lobo? —dijo Hércules.

—Es lo más parecido que tenemos los occidentales. Aunque el mito del hombre lobo no está reglado por la sociedad, para las culturas que creen en el hombre lobo, éste es un monstruo asocial que asola las zonas rurales. En el hombre lobo se da una especie de posesión, el hombre lobo no tiene control sobre sí mismo, en cambio el hombre jaguar sí lo tiene —dijo Gordon.

—Son dos cosas muy distintas —apuntó Lincoln.

—No tan distintas para los aztecas; como el jaguar tenía hábitos crepusculares y nocturnos, formaba parte del inframundo, el reino de las tinieblas, como nuestros hombres lobo. También era un símbolo de la naturaleza salvaje, de la otra forma de la racionalidad y de la muerte —dijo el profesor Gordon.

—Por lo que tengo entendido el mito del hombre lobo occidental viene de los griegos —dijo Alicia.

—Es cierto, aunque es algo que mucha gente desconoce. Se dice que el primer hombre lobo fue el rey de Arcadia, Licaón. Este rey, a pesar de ser muy piadoso, hacía sacrificios humanos a Zeus. Un día, Zeus se presentó en su reino en forma de vagabundo. Licaón se comportó adecuadamente, pero al descubrir que quien le visitaba era el mismo Zeus, decidió gastarle una broma. Pidió que le trajeran un niño para comer, Zeus se encolerizó y lo convirtió en hombre lobo —dijo el profesor Gordon.

—Es una historia increíble —dijo Lincoln.

—Plinio el Viejo y otros filósofos creyeron en la leyenda de los hombres lobo, pero también Herodoto o Virgilio afirmaron que existían —dijo el profesor Gordon.

—Pero ¿los hombres jaguar no tienen nada que ver con esa visión de los hombres lobo? —preguntó Alicia.

—No, precisamente uno de los valores simbólicos del jaguar está relacionado con la sexualidad, la fertilidad, las ideas de reproducción, vida y renovación del universo. Muchas culturas se deformaban el cráneo para parecerse a los jaguares. Los nobles eligieron la deformación tabular oblicua. Algunos creen que esto demuestra que este grupo de los hombres jaguar no solo querían vestirse, llamarse y actuar como jaguares, sino también convertirse, literalmente, en jaguares.

—Pero ¿qué tiene que ver eso con los hombres jaguar aztecas? —preguntó Hércules.

—Se cree que los aztecas adoptaron esta costumbre de admirar al jaguar de los olmecas. Los olmecas creían que un jaguar copuló con una mujer humana y de esa unión nacieron los hombres jaguar —comentó el profesor Gordon.

—Entonces, ¿los hombres jaguar no serían un tipo de hombres lobo? —preguntó Hércules.

—No, es una especie de identificación con un animal. Aunque creo que el profesor Manuel Gamio podrá ayudaros mucho más. Es el inspector general de Monumentos Arqueológicos de la Secretaría de Educación Pública. Además es una de las personas más honradas que he conocido en toda mi vida. ¿Hasta cuándo se quedarán? —preguntó el profesor Gordon.

—Me temo que tenemos que irnos mañana mismo. Nuestro barco parte al amanecer —dijo Hércules.

—Entonces les dejo que descansen. He buscado alojamiento para ustedes.

—Muy amable, doctor —dijo Alicia.

Los cuatro salieron de la cantina y se dirigieron hacia la catedral. Allí mismo llamaron a la puerta de una de las casas de los soportales, les abrieron y los cuatro entraron en un gran patio.

—Pensé que preferirían esto a un hotel —dijo el profesor Gordon.

—Una buena casa colonial. Es un verdadero regalo, profesor.

—Ha sido un placer volver a verles después de tantos años.

El profesor abrazó a sus amigos y con un nudo en la garganta se dirigió hacia la salida.

—¡Profesor! —exclamó Alicia.

—¿Sí?

—Muchas gracias por todo. ¿Si quiere acompañarnos? —lo invitó Alicia.

—Cuando has llegado a mi edad, la última aventura que te queda por vivir tienes que vivirla tú solo.

El profesor abrió la puerta, pero justo antes de desaparecer por ella se giró y levantó la mano para despedirse. Sus amigos contemplaron como se alejaba con un nudo en la garganta. Creían que nunca más lo volverían a ver, pero estaban equivocados.

Londres, 15 de mayo de 1915

El oficial se acercó hasta Churchill, le saludó y se puso firme. El primer lord del almirantazgo lo observó unos instantes y después le hizo un gesto con la mano para que hablara.

—Han llegado a La Habana, se han reunido con un viejo profesor llamado Gordon Acosta.

—¿Gordon Acosta? —dijo Churchill, recordando sus años en La Habana y al viejo profesor.

—Sí, señor.

—¿Qué más?

—Alguien les está siguiendo, creemos que son los alemanes.

—¿Los alemanes? Quiero que confirmen ese dato. Utilicen los medios necesarios, pero tengo que estar informado en todo momento. ¿Entendido?

—Sí, señor.

—Puede retirarse.

Churchill miró el mapa de la península de Galípoli en la pared y notó como el corazón se le aceleraba. Llevaban algo más de un año de guerra y él había prometido que la toma de Estambul aceleraría el final del conflicto. Ahora se daba cuenta que las cosas no serían tan sencillas. Los turcos eran mucho más peligrosos de lo que parecían. Ese maldito barco, el *Lusitania*, podía ser la clave para ganar la guerra. No entendía a qué esperaba el presidente Wilson, los acontecimientos le habían puesto la posibilidad de entrar en la guerra en bandeja. Levantó el teléfono y pidió a su secretaria que escribiera un telegrama al secretario de Guerra de los Estados Unidos. Los norteamericanos debían entrar en el conflicto cuanto antes o todo estaría perdido.

Cuando Lincoln se despertó no sabía dónde se encontraba. Llevaba tanto tiempo viajando que apenas podía recordar su vida en los Estados Unidos. Sus padres eran muy mayores y sabía que cualquier día se enteraría de que estaban muertos. Su padre estaba jubilado y había dejado el cargo de pastor de la iglesia bautista de Washington para hombres de color. Su familia siempre había pensado que terminaría su vida de aventurero y vagabundo y regresaría para hacerse cargo de la iglesia, pero él notaba que su tiempo no había llegado todavía. Había visto muchas cosas y necesitaba reflexionar antes de tomar una decisión tan importante, aunque lo que realmente le impedía volver era su amistad con Hércules y sus sentimientos hacia Alicia. Él la había rechazado pocos meses antes, tenía miedo de que ella pudiera sufrir por los prejuicios de una sociedad en la que los negros seguían siendo ciudadanos de segunda. A pesar de todo no lograba quitársela de su cabeza. Seguía sintiendo como su corazón se aceleraba cuando ella se aproximaba a él. Estaba dispuesto a pedir su mano antes de encontrar el código, solo quería esperar el momento propicio.

Se levantó de la cama y contempló la plaza. La Habana era lo más parecido al paraíso que conocía. Rezó una breve oración y se vistió sin prisa. De repente alguien llamó con urgencia a su puerta; dio dos zancadas y abrió todavía a medio vestir.

Alicia le contempló con la cara desencajada.

—¿Qué sucede?

—No encuentro a Hércules por ninguna parte.

—Habrás salido a tomar un café —dijo Lincoln.

—¿Sin decirnos nada? Su cama está hecha, como si no hubiera dormido en ella.

—No nos alarmemos, ya sabemos cómo es. De vez en cuando necesita estar solo —dijo Lincoln, quitado importancia a la ausencia de su amigo.

—Pero el barco parte en una hora.

—Aparecerá. ¿Qué tal si tomamos un abundante desayuno? —preguntó Lincoln con una amplia sonrisa.

Alicia se tranquilizó, Lincoln terminó de abotonarse la camisa, se colocó la chaqueta y salieron a la luminosa mañana habanera. La ciudad bullía como diecisiete años antes. La ocupación norteamericana no parecía haber influido en la forma de vida de los cubanos. Atravesaron varios puestos de frutas callejeros y entraron en un café. Era una mañana perfecta para perder el tiempo; aunque en una hora tendrían que proseguir su viaje a México, un pequeño respiro les vendría bien.

La nota lo decía claramente. El profesor Gordon lo esperaba frente a la catedral en una hora. Al principio le extrañó, acababan de verle, ¿por qué le pedía que se reuniera con él en plena noche? No se había desvestido por completo, por lo que tomó la chaqueta y salió de la habitación. La plaza estaba desierta, la iluminación eléctrica apenas alumbraba los arcos y la figura alargada de la catedral. Se quedó quieto frente a la torre y esperó.

Unos pasos lejanos se acercaron por el fondo de la calle. Un hombre de pequeña estatura, que cojeaba al andar, se acercó hasta él. Apenas lo reconoció al principio, pero a medida que su pálida figura se aproximaba, Hércules sintió un escalofrío por la espalda.

—Viejo amigo, no esperaba volver a verte nunca más, pero los caminos del Señor son inescrutables —dijo el hombre con su voz estridente.

—¿Hernán?

—No has olvidado a tu viejo amigo. Las cosas no han sido fáciles estos años. Nuestros nuevos amos intentaron abolir la prostitución y el alcohol en la isla, pero el dinero es capaz de conseguir muchas cosas.

—¿Por qué me has citado aquí? Según la nota...

—Creía que si ponía mi nombre no acudirías, sé que soy esa parte de tu pasado que preferirías olvidar. ¿Quién te recogió cuando eras un pobre borracho? Ahora eres un caballero, pero a mí no me puedes engañar.

—Lo siento, Hernán, pero mañana tengo que irme. No puedo decir que haya sido un placer volver a verte, los fantasmas dan miedo o parecen patéticas sombras del pasado. Adiós.

Hércules dio un paso, pero antes de que pudiera seguir su camino sintió un fuerte golpe en la cabeza y cayó desplomado.

—No tan deprisa, querido amigo —dijo Hernán mientras sus matones arrastraban el cuerpo de Hércules hasta un coche. Había esperado aquel momento durante diecisiete años. Hércules lo había humillado, por su culpa había perdido su burdel, se había visto vagabundeando por las calles de La Habana, y su madre había muerto al enterarse de sus sucios negocios, pero ahora iba a cobrar su deuda y no descansaría hasta verle suplicar misericordia.

Madrid, 15 de mayo de 1915

El café Gijón estaba abarrotado a última hora de la tarde. Diego Rivera miró por las vidrieras y observó a los tertulianos que se agolpaban en las mesas junto a los curiosos. Entre la multitud vio a su amigo Valle-Inclán sentado en una de las mesas del fondo, solo y con cara de aburrimiento. Decidió entrar para charlar un poco con él, llevaba dos días buscando al general Huerta y la situación comenzaba a ser preocupante.

Atravesó el salón y se acercó a la mesa de mármol blanco. Don Ramón permanecía con la mirada perdida, por lo que Diego tuvo que carraspear para que su amigo advirtiera su presencia.

—Querido Diego, pensaba que había regresado a París o México —dijo Valle-Inclán invitando a su amigo a sentarse.

—¡Ojalá!, pero las cosas se han complicado extraordinariamente —contestó Diego mirando a un lado y al otro.

—¿Qué sucede?

—Llevo dos días buscando al general Huerta, pero se ha esfumado.

—Pero ¿no estaban en el mismo hotel? Alfonso Reyes lo preparó todo para que se encontraran.

—No me lo recuerde, maestro. Quién me manda a mí meterme en juegos de espías. A Reyes tampoco lo he vuelto a ver.

—Yo tampoco, creo que ha regresado a México.

—¿A México? No puede ser. ¿Quién va a pagar la habitación del hotel? —dijo Diego Rivera con la voz temblorosa.

—No se preocupe, que no hay mal que por bien no venga.

—Maestro, estoy en peligro. Unos norteamericanos me han amenazado de muerte si no les informo sobre lo que el general Huerta tenía en su poder.

—No entiendo a qué se refiere —dijo Valle-Inclán confuso.

—¿Qué voy a hacer ahora? El caso es que en la recepción del hotel me han comunicado que el general sigue ocupando la habitación. ¿No le parece extraño?

—¿Por qué no se marcha a México y pone tierra de por medio?

—Tiene razón, pero no puedo dejar una deuda en el hotel Ritz.

—Pida dinero a algún amigo, yo se lo prestaría, pero ya sabe que los libros no dan para muchos dispendios.

—Me hago cargo.

—Hay una recepción en la embajada alemana esta noche, estoy invitado, aunque no sé por qué, ya que siempre me he declarado francófilo, pero Ortega y Gasset debe

haber insistido. Al menos cenaré algo decente. Venga si quiere. Puede que veamos a su amigo allí.

—No tengo nada que perder, deje que me cambie y nos vemos a las ocho en la puerta de la embajada —dijo Diego resignado.

—Anímese, la vida tiene sentido por las piedras del camino, quítele las piedras y qué nos queda; un monótono paseo de domingo.

Diego se levantó, caminó hasta la puerta y salió a las calles primaverales de Madrid. La ciudad estaba preciosa, el aire de mayo era templado y brillaba un sol luminoso. Llevaba dos semanas sin tomar un pincel, sintió ganas de correr hasta el hotel y ponerse a dibujar, pero al final se conformó con caminar por el Paseo de Recoletos hasta Cibeles y mirar con asombro las fachadas de la amplia avenida.

Esperaron impacientes en la casa hasta que la proximidad de la hora de partida del barco les hizo presagiar lo peor. Alicia se movía de un lado para otro, inquieta. Lincoln miraba distraídamente la plaza desde el balcón. La mujer se acercó hasta él y con el ceño fruncido comenzó a increparle.

—¿No tiene sangre en la venas?

—¿De qué sirve caminar de un lado para otro?

—Estoy preocupada, pero veo que a usted le da lo mismo.

—Hércules sabe cuidar de sí mismo. Seguro que ha surgido algún inconveniente o alguna pista...

—¿Una pista? No se hubiera ido sin decir palabra —dijo Alicia, frenética.

—Tranquila, ya regresará.

—Será mejor que lo busque yo misma —dijo Alicia, saliendo de la habitación.

Lincoln la siguió, alcanzándola justo antes de que bajara las escaleras. La agarró del brazo y ella intentó zafarse.

—¡Suélteme!

—Alicia, por favor —dijo el hombre sin soltarla.

—No puedo quedarme encerrada esperando.

—¿Dónde va a buscarle?

—La Habana no es tan grande, alguien lo habrá visto.

—Venga por favor, intentemos pensar en qué puede haber sucedido.

Alicia dejó de moverse y le siguió. Lincoln entró en la habitación de Hércules, pero no vio nada extraño. Después registró el equipaje.

—No hay nada —comentó el hombre.

—¿Ha mirado los cajones del escritorio?

—Sí, nada.

Alicia abrió el cajón de un tirón y se quedó con él en la mano. Un papel se deslizó hasta el suelo y Lincoln se agachó para cogerlo.

—¿Qué es? —preguntó Alicia.

—Parece una nota. No reconozco la letra, pero estoy seguro de que no es de Hércules.

—¿Qué pone?

—Alguien lo citó anoche en la plaza, frente a la catedral. Según la firma se trata del profesor Gordon.

—¿El profesor Gordon? Si lo habíamos visto poco antes —dijo Alicia, sorprendida.

—Está claro que era una trampa. Será mejor que vayamos al lugar de la cita — propuso Lincoln.

Los dos abandonaron la habitación, bajaron las escaleras y cruzaron la plaza. Al mediodía el sol era tan fuerte que la calle estaba casi despejada. Se acercaron a la fachada examinando el suelo.

—No se ve nada —comentó Alicia.

—Esperaba que Hércules nos hubiera dejado una pista.

Examinaron el suelo detenidamente. Lincoln vio unos pequeños restos de sangre y un papel con una única letra «M».

—¿La letra es de Hércules? —preguntó Alicia.

—Juraría que sí. —Pero ¿qué quiere decir la «M»?

—No sé, tendremos que meditarlo detenidamente —dijo Lincoln mirando a su amiga.

Alicia contuvo el aliento, Hércules había sido secuestrado por alguien y podía estar en peligro. Tenían que encontrarle cuanto antes.

Madrid, 15 de mayo de 1915

La embajada alemana en Madrid era una hermosa villa situada cerca de la calle Serrano. Diego Rivera decidió ir caminando, para despejar un poco su mente. En México no solía caminar mucho, el calor y las calles mal empedradas dificultaban el paso de los viandantes, pero Madrid era una ciudad para pasear. Llegó a la plaza de Colón y se adentró por la calle Salamanca cuando empezaba a anochecer. Se acercó a la fachada y esperó a su amigo Ramón del Valle-Inclán. El escritor llegó puntual, los dos se dirigieron a la entrada y facilitaron sus documentos a un ujier que recibía a los invitados en la puerta. Subieron por una escalinata, caminando por la alfombra roja hasta un gran salón acristalado, con las paredes cubiertas de espejos. La luminosidad de la sala, las elegantes invitadas y el gran cóctel preparado terminaron por animar al pintor.

Rivera y Valle-Inclán se situaron cerca de una gran balconada. La música comenzó a sonar y los invitados se dispusieron a bailar.

—Salgamos —dijo Valle-Inclán.

La terraza daba a un frondoso jardín, con una fuente y un pequeño paseo que se retorció entre farolas recién encendidas. Alguna pareja deambulaba por los jardines o se sentaba en alguno de los bancos de piedra.

—Hace una noche perfecta —dijo Diego.

—Estas noches de primavera solo pueden darse en Madrid. Aunque yo prefiero Galicia.

—Todos los que estamos en esta ciudad en realidad pertenecemos a otro lugar —contestó Diego.

—Es cierto.

Entre los árboles vieron aparecer la figura delgada y morena del general, que caminaba junto a un hombre alto y rubio. Valle-Inclán hizo un gesto con la mano a Diego. Los dos hombres bajaron hasta el jardín y siguieron discretamente al general Huerta y a su acompañante. Los vieron entrar en un invernadero, se aproximaron hasta una de las puertas de cristal e intentaron escuchar la conversación.

—Ya tiene los mapas, tiene el dinero, ¿qué más quiere? —dijo el alemán, con un fuerte acento.

—Necesito que me faciliten un medio de transporte a Estados Unidos. Algunos de mis partidarios me esperan allí, otros están organizando una revuelta desde dentro —dijo el general Huerta.

—¿Cuándo comenzaría la revuelta?

—Tal vez en junio, no es fácil levantar en armas a un país.

—¿Cuándo se enfrentarían a los Estados Unidos? —preguntó el alemán, cansado de las evasivas del mexicano.

—Eso es más difícil de determinar, en México no está solo Carranza, también hay que vencer a Pancho Villa y Emiliano Zapata.

—El acuerdo era que se aliara con ellos —dijo el alemán decepcionado.

—Son demasiado astutos, no tardarán en darse cuenta de nuestras intenciones. Es mejor terminar con ellos desde el principio.

—General, ha dado su palabra de honor de que revocará todos los contratos concedidos a los Estados Unidos y firmará nuevos acuerdos con nosotros. Alemania necesita el petróleo mexicano y a cambio podemos ayudarles a recuperar los territorios que los norteamericanos les arrebataron.

—No será fácil. ¿Podrían enviar tropas para apoyar la guerra en el sur de los Estados Unidos? —preguntó el general Huerta.

—No podemos enfrentarnos directamente con los norteamericanos, por lo menos al principio. Pero ya ha visto nuestras intenciones, hemos respondido a todas sus condiciones. Los planos que le hemos facilitado estaban en la biblioteca nacional de nuestro país.

—Son mexicanos —refunfuñó el general Huerta.

—Llevan casi cien años en Alemania.

—Eso da lo mismo.

—¿Por qué son tan importantes para usted?

—Representan un símbolo de poder. Fueron dibujados por uno de los aztecas que acompañaron a Cortés hasta Aztlán, donde encontraron un fabuloso tesoro de los antepasados de los mexicanos. Recuperar ese tesoro podría ayudarme a armar a un poderoso ejército unido por la fuerza de nuestros antepasados —dijo el general Huerta, emocionado.

—Pero, eso no es nada más que una leyenda —contestó el alemán, incrédulo.

—Eso decían hace poco de Troya y de Micenas, y hoy son realidades históricas. Los españoles nos robaron el mayor de nuestros tesoros, nuestra identidad. Los mexicanos nunca hemos estado unidos, ahora es nuestra oportunidad, mientras la estrella de los Estados Unidos se apaga, México tomará el control de Centroamérica y volveremos a ser un imperio.

El alemán miró con incredulidad al general, se conformaba con que tuvieran entretenidos a los norteamericanos y retrasaran lo más posible su entrada en la guerra de Europa.

—Podemos llevarle a Estados Unidos en un barco con bandera Colombiana que parte en dos días de Lisboa.

—Estupendo.

—Acuérdese de que ha firmado un acuerdo con nosotros.

—¿Duda de mi palabra? —preguntó el general enfadado.

No era la primera vez que el general Huerta les traicionaba, pero era el único elemento que podían controlar en México, Villa y Carranza eran imprevisibles. Particularmente, pensaba que era tirar el dinero, pero no tenían mucho que perder.

Los dos hombres se dispusieron a salir del invernadero, Diego y Valle-Inclán se alejaron y volvieron a la fiesta. El general Huerta se dirigió al salón y vio a su compatriota.

—Amigo Diego, llevo días sin verle, pensé que había regresado a París.

—No, general, de hecho tengo que retornar urgentemente a México, pero me está costando encontrar un pasaje.

—Yo regreso en un par de días, creo que podré encontrar un hueco para usted.

—Eso sería fantástico, aunque espero no causarle muchas molestias.

—El único inconveniente es que primero pasaré por Estados Unidos, pero será una estancia corta.

—Desde allí me será más fácil conseguir un barco a México.

—Pues sea, mañana tomo un tren a Lisboa. Le espero por la mañana en la recepción del hotel. Maestro don Ramón, Diego —dijo despidiéndose de los dos hombres.

—Buenas noches, general —dijo Valle-Inclán.

El general salió de la sala. Diego y Valle-Inclán se miraron sorprendidos. Aquél había sido un golpe de suerte, pero introducía aun más a Diego Rivera en la boca del lobo.

—Querido amigo, creo que acaba de convertirse en espía profesional —susurró Valle-Inclán a su amigo.

El mexicano sintió un escalofrío que le recorrió la espalda. Al menos regresaría a casa y se alejaría de los norteamericanos que le perseguían en Madrid, pensó mientras apuraba la copa de champán.

La doble vida de Félix Sommerfeld tenía sus compensaciones. Durante muchos años se había dedicado exclusivamente al periodismo, pero la vida de espía era infinitamente más emocionante. No se sentía especialmente patriota, sus ideales y su sentido del deber estaban extrañamente ligados al placer que le producía vivir cada día al límite. No era la primera vez que viajaba al norte, al territorio de la frontera, pero este viaje era especial. Su gobierno estaba interesado en explotar el petróleo de México y dispuesto a cualquier cosa para conseguir su objetivo. Habían intentado llegar a acuerdos con el gobierno de Carranza pero siempre se encontraban con el mismo problema, el acuerdo previo de las empresas petroleras norteamericanas. Si conseguía poner a una o varias facciones revolucionarias en contra de los Estados Unidos obtendrían un doble beneficio: paralizar la entrada de los norteamericanos en la guerra de Europa y obtener la concesión del petróleo mexicano. Pancho Villa era una figura clave para conseguir sus objetivos. El revolucionario odiaba a los Estados Unidos, que desde hacía unos meses lo acosaban y se negaban a venderle armas. La situación del ejército del norte era tan desesperada que Félix Sommerfeld esperaba que el líder de la revolución se echara en sus brazos, aunque con un mexicano nunca se podía saber. Eran orgullosos, desconfiados y no tenían miedo a nada. Un valor que Sommerfeld admiraba y temía al mismo tiempo. No sería el primer enviado alemán en ser colgado, apaleado o abandonado en mitad del desierto sin agua ni cabalgadura.

Se asomó por la ventanilla de la diligencia y observó el valle que señalaba la proximidad de la ciudad. Tras tantas horas recorriendo el desierto, aquellas serranías parecían un vergel, a pesar de los pocos árboles y plantaciones. Estaba famélico, pensó en saborear un burrito, una torta de maíz rellena de carne o queso y un buen trago de tequila. Al parecer el invento del burrito se debía a un vecino de Ciudad Juárez, pero se había hecho popular en todo el norte de México en unos pocos años.

La diligencia se detuvo en la plaza de la catedral. Félix Sommerfeld tomó su equipaje y se dirigió a una pequeña cantina cercana. En la ciudad no había alojamientos decentes, pero en algunas casas se podía hospedar uno de manera relativamente cómoda. La ciudad estaba en plena efervescencia revolucionaria y muchos burgueses intentaban pasar desapercibidos ante los cambios sociales del gobierno de Villa, por eso era raro ver a gente con traje por la calle.

El alemán dejó su equipaje, bajó al salón y comió algo antes de buscar a su contacto. Sabía que las negociaciones con Huerta en España no terminaban de cuajar, Villa no debía enterarse del acercamiento alemán al antiguo dictador, los dos hombres se odiaban a muerte. Huerta había acusado a Villa de robar un caballo, lo que había

provocado su destierro y deshonra. El líder revolucionario también sabía que ellos, los alemanes, habían ayudado a Huerta a huir de México con una parte del oro federal. Tendría que ganarse su confianza, pero Sommerfeld conocía una palabra mágica para cambiar la actitud de Villa hacia los alemanes; esa palabra era «armas».

El reloj retumbó en la casa. Lincoln miró la esfera, eran las doce en punto de la madrugada. Alicia estaba junto a él, sentada sobre la cama, mirando el papel que Hércules había escrito antes de ser secuestrado. Algunos mechones de pelo pelirrojo se le habían soltado del moño y sus ojos verdes centelleaban a la luz de las velas. El norteamericano sintió un deseo irrefrenable de tomarla entre sus brazos entre sus brazos y besarla, pero al final intentó mantener la mente fría y concentrarse en la búsqueda de su amigo.

—¿Quiénes son los enemigos de Hércules? —preguntó Alicia.

—Tiene muchos, pero no creo que nos hayan seguido hasta Cuba.

—Nunca se sabe, el odio humano es la fuerza más poderosa del mundo.

—¿Usted cree? —preguntó Lincoln, mirando a los ojos a Alicia.

La mujer notó el ahogo de sentirse observada por su amigo. Seguía amándole a pesar de su rechazo.

—Centrémonos en el tema. ¿Quién puede desear la muerte de Hércules? —preguntó Alicia.

—Por una lado están los mexicanos, llevamos siguiéndolos desde Londres, aunque no creo que hayan venido a La Habana.

—Entonces los descartamos, pero no olvide que alguien nos disparó en las Bahamas.

—Sin duda nos siguen desde Londres, pero si no son los mexicanos, ¿quién puede ser?

—¿Los británicos?

—No creo —dijo Lincoln—. Puede que estén interesados en lo que podamos averiguar, pero lo normal sería que no actuaran hasta que hubiéramos recuperado el código.

—¿Los norteamericanos?

—Puede ser, sin duda están interesados en el hundimiento del *Lusitania*. Aunque sería mejor que nos centráramos en la nota y la «M» que escribió Hércules.

—Está bien —dijo Alicia.

—Veamos, la nota está firmada por el profesor Gordon. El que la escribió debía saber de nuestra relación con él.

—Un espía podría haberse informado —dijo Alicia.

—Llevábamos unas horas en La Habana y nuestra relación con el profesor se remonta a hace diecisiete años.

—Lo que quiere decir es que el que secuestró a Hércules le conocía de aquella

época —dijo Alicia.

—Podemos pensar que sí. —¿Qué significa la «M»?

—El nombre de una persona o lugar, está claro —dijo Lincoln.

—¿Qué le hace pensar eso?

—Es lo más lógico. ¿Qué personas conocía Hércules en La Habana cuyo nombre empezara con esa inicial?

—Mi padre, su apellido era Mantorella.

—Es cierto, pero creo que su padre no es sospechoso.

—Pues no sé, dejé esta isla cuando tenía unos catorce años.

—Nombres de La Habana que empiecen por «M».

—El castillo del Morro —dijo Alicia.

—Es una posibilidad.

—No se me ocurre nada más.

Lincoln se quedó pensativo por unos instantes, habían pasado muchos años desde su visita a la ciudad, los nombres de algunas calles habían cambiado y la ciudad había crecido notablemente. Entonces un nombre le vino de súbito a la mente. Uno de los lugares más sórdidos de la ciudad.

—La Misión, ¿cómo no lo he pensado antes? —dijo Lincoln dándose un golpe en la frente.

—¿La Misión?

—Sí, era un barrio marginal a las afueras de la ciudad. Un sitio poco recomendable, Hércules y yo nos escondimos allí en el burdel que regentaba un tal Hernán. Un tipo deleznable que nos vendió...

—¿Hernán?

—Era un delincuente de poca monta que sabía más de lo que nos quería decir sobre el hundimiento del *Maine* en el puerto de La Habana. Ese tipo odiaba a Hércules —dijo Lincoln.

—Entonces, ¿qué vamos a hacer? —preguntó Alicia.

—Iré hasta allí y traeré a Hércules.

—Yo voy con usted —dijo Alicia frunciendo el ceño.

—No es un sitio muy recomendable para una mujer.

—Creo que eso no será un impedimento, con la ropa adecuada nadie notará la diferencia.

Lincoln observó el cuerpo escultural de la mujer y no pudo evitar pensar que nadie se tragaría que era un hombre, pero sabía que era inútil discutir con Alicia. Si ella había decidido ir, nada la detendría en su empeño.

Cuando Hércules recuperó el conocimiento tuvo la extraña sensación de que el tiempo se había detenido, como si los últimos diecisiete años hubieran sido un sueño y él no se hubiera movido de aquel burdel. Percibió el olor a alcohol y orín de la habitación. Intentó ponerse en pie y recorrer a tientas la sala oscura, pero no pudo. Afinó el oído y escuchó el sonido monótono de las prostitutas gimiendo sin pasión. Sin duda estaba en la Misión. Había hecho bien en garabatear aquella letra para que Lincoln y Alicia la encontraran. En cuanto vio a Hernán supo que iba a tener problemas. Aquel proxeneta tullido y mezquino era incapaz de olvidar una ofensa aunque hubieran pasado tantos años.

Se aproximó a la puerta y la palpó con las manos, parecía demasiado firme para intentar derrumbarla. Después se sentó en unas cajas e intentó idear un plan. En algún momento irían a buscarle y entonces tendría la oportunidad de escapar.

Hernán era el típico producto de una época convulsa. Las guerras de España con los independentistas cubanos habían empujado a muchos hombres a la clandestinidad, algunos con el deseo de luchar por sus ideales y otros con la intención de saltarse la ley. Hernán era de los segundos. Miembro de una familia burguesa importante, se dedicaba a explotar mujeres por el placer de destruir sus vidas. Él había visto con sus propios ojos muchas veces cómo trataba a sus trabajadoras. Durante casi un año había vivido en aquel antro, alcohólico e intentando olvidar la muerte de su novia, degradado del ejercito y apátrida en una tierra que no era la suya.

Mantorella, el padre de Alicia, le había sacado de todo eso al elegirle para investigar el hundimiento del *Maine*. Ahora debía enfrentarse de nuevo a todos sus fantasmas. La muerte de Helen Hamilton, la periodista que los había ayudado en la investigación, Cuba y su vida anterior. Todo parecía formar parte del pasado, pero se hacía terriblemente presente en aquel apestoso lugar.

Escuchó un murmullo y el sonido de unas llaves que abrían la habitación. Se alejó de la puerta, intentó afinar la vista y esperó su oportunidad.

—Hércules Guzmán Fox, viejo amigo. Después de tanto tiempo nos volvemos a ver, la vida es absolutamente impredecible, ¿no crees? —dijo la voz afeminada de Hernán.

—¿Hernán? ¿Qué quieres de mí?

—Tenemos una deuda pendiente, pero no te preocupes, hoy la podrás saldar de sobra.

A las afueras de la ciudad se mantenían en pie las casas bajas que habían compuesto la Misión. No era tan populosa como unos años antes, pero Lincoln y Alicia pudieron comprobar que los marineros de diferentes países entraban y salían de allí con la misma naturalidad de diecisiete años atrás. Ahora no eran españoles con sus trajes a rayas, eran marineros norteamericanos con sus uniformes azulados y sus gorros blancos.

Alicia se había vestido de hombre, con unos pantalones anchos, una chaqueta gris, un gorro que le tapaba la mayor parte de la cara y donde escondía su pelo largo. Él había insistido en que no lo acompañara, pero había sido inútil. Lincoln apretó su revólver dentro del bolsillo de la chaqueta para asegurarse de que seguía allí. Unos segundos más tarde estaban rodeados de un grupo de niños harapientos que les pedían unas monedas, pero justo antes de entrar en los límites de la Misión, el grupo se dispersó por sí solo. Muchos niños desaparecían en las calles de aquel gueto. La mente retorcida de muchos hombres era capaz de destruir cualquier vida inocente.

En la calle había muchas prostitutas de todas las razas y colores, aunque la mayoría eran negras y mulatas. La pobreza endémica de gran parte de la sociedad cubana llevaba consigo la triste realidad de los isleños. Ahora ya no gobernaban los españoles, pero los norteamericanos y los presidentes cubanos apenas habían cambiado nada.

Lincoln vio el edificio con la fachada pintada de rosa, sin duda se trataba del mismo que había visto minutos antes. Subieron un par de escalones y entraron en el porche de madera. Cuando miraron en el interior, vieron a una veintena de hombres repartidos por las mesas del local, mientras varias mujeres les servían y se dejaban sobar por unos dólares. Lincoln entró mascullando una oración, la suerte estaba echada.

Le dejaron en una silla de la habitación personal de Hernán. Las cosas no parecían haberle ido muy bien todos aquellos años. El mobiliario era el mismo que la última vez que estuvo allí, pero los muebles de terciopelo estaban ahora ajados y muchos de los objetos de valor faltaban.

—Mi humilde morada ha sufrido, podríamos decir, una merma —dijo Hernán al observar la cara de Hércules.

—Ya era un antro repugnante hace años.

—Muy gracioso. Pues no le hacías ascos cuando te encontré tirado en la calle.

—¿Me has traído para hablar de los viejos tiempos?

Hernán sonrió, pero su gesto se torció y pidió a sus guardaespaldas que les dejaran solos.

—Veo que no has perdido tu orgullo español. Estos años no han sido fáciles, sobre todo desde que vuestra investigación me relacionó con el hundimiento del *Maine*. Tuve que estar oculto un tiempo, además a los norteamericanos, ya sabes la vena puritana que tienen, les dio por limpiar la ciudad de maleantes y cerraron la Misión, pero ya ves, el oficio más viejo del mundo está otra vez en alza.

—¿Por qué me has secuestrado? Creo que hace años que saldamos nuestras deudas.

—¡Saldamos! —gritó furioso Hernán—. Mi madre murió a causa del escándalo, al enterarse de a qué se dedicaba su hijo. He vivido como una rata todo este tiempo, ¿sabes qué es lo que me ha mantenido con vida? El deseo de hacerte pagar hasta el último peso de lo que me hiciste.

—Yo no te hice nada, fuiste tu mismo.

Hernán se puso en pie, se acercó a un paragüero y extrajo un paraguas alargado de color negro. Después tiró con dureza y una fina hoja de metal brilló en la habitación iluminada.

—Quiero que sufras, nada puede causarme más placer que oírte gritar, pero tengo una clientela que cuidar, primero te cortaré la lengua y después ya veremos.

Hernán se aproximó a su víctima con el arma en la mano. Hércules empezó a mover la cabeza para impedir que le cortara la lengua, pero Hernán logró sujetarle la cabeza y abrirle la boca. Justo en ese momento unos disparos le hicieron detenerse en seco. Miró a la puerta y unos segundos más tarde dos hombres entraron a toda prisa, uno de ellos le era vagamente familiar. Colocó la hoja metálica en el cuello de Hércules y se dirigió a los intrusos.

—Han llegado justo a tiempo para ver el espectáculo.

—Suéltele —dijo Lincoln apuntando con la pistola.

—¿Soltarle? Llevo esperando este momento diecisiete años —dijo Hernán con los ojos desorbitados.

Hércules logró separar el cuello de la fría hoja metálica unos segundos y se lanzó con la silla hacia atrás. Los dos perdieron el equilibrio, cayendo al suelo. Lincoln se aproximó y apuntó al hombre, pero éste logró colocar de nuevo su arma en el cuello de su amigo. Un disparo retumbó en la habitación. Lincoln miró sorprendido la cara de terror del hombre. Un hilo de sangre comenzó a correr por las comisuras de la boca de Hernán. Alicia se mantuvo con los brazos extendidos, le temblaban las manos, pero el humo todavía salía de su pistola. Era la primera vez que mataba a un hombre. La idea le revolvió el estomago, bajó el arma y comenzó a vomitar.

Lincoln liberó a su amigo, que estaba cubierto de sangre.

—No podemos dejarle solo ni cinco minutos —bromeó.

Hércules miró el cadáver mientras se incorporaba.

—Pobre diablo, era tan desgraciado que solo tenía capacidad para odiar.

—Ese cerdo ha vivido demasiado tiempo —comentó Lincoln.

Escucharon las arcadas de Alicia. Tenía la cara pálida y parte de su pelo se había salido del gorro y caía sobre uno de sus hombros. Hércules se acercó a ella y lo abrazó.

—Lamento que hayas tenido que pasar por esto.

Alicia lo miró, mareada, apoyándose en su hombro. Lincoln comprobó que Hernán estaba muerto y después salió al pasillo.

—Está despejado, será mejor que nos marchamos antes de que llegue alguien más.

Los tres salieron corriendo por el pasillo. Las puertas estaban abiertas, los clientes, asustados por los tiros, habían huido dejando parte de su ropa tirada por el suelo. El salón estaba despejado. Caminaron por las calles de tierra, adentrándose de nuevo en la ciudad. Salieron de la Misión para no regresar nunca más, pero eran conscientes que una parte de ellos mismos se quedaría siempre en aquellas sucias calles, esos pedazos de alma que se desprenden cuando el hombre tiene que luchar contra el mal sin poder evitar hacerlo él mismo.

Chihuahua, 17 de mayo de 1915

El cuartel general de Pancho Villa se encontraba en un pequeño palacete a las afueras de la ciudad. Las paredes pintadas de blanco, las grandes rejas negras y el patio interior, con un pozo y repleto de plantas, daban al lugar el aspecto de una tranquila villa de recreo.

Pancho Villa era un hombre sencillo, aunque le gustaba estar rodeado de comodidades. A pesar de todo, era el revolucionario menos ostentoso que Félix Sommerfeld había conocido. Por eso sabía que era muy difícil comprarle, Villa no ambicionaba nada y su apego al dinero era casi nulo.

Entró en el despacho de Villa custodiado por dos de sus hombres. Allí estaba el general con varios de sus consejeros, pero en cuanto llegó, despidió a todos para que se quedaran a solas.

—Señor Félix Sommerfeld, es una sorpresa verle por aquí. La mayoría de los extranjeros no se aventura a viajar tan al norte. Creo que hay un miedo irracional hacia los mexicanos —dijo Pancho Villa sonriente.

—Se escuchan muchas cosas en la capital: robos, asaltos y todo tipo de peligros —contestó el alemán mientras se acercaba a la amplia mesa de trabajo.

El general permaneció sentado, sin invitar en ningún momento al alemán a que se sentara.

—Los extranjeros han hecho mucho daño a nuestro país. No hace tanto tiempo que los franceses intentaron imponernos un emperador, los españoles nos han gobernado durante siglos, los ingleses nos han robado buena parte de la costa caribeña y los norteamericanos..., de esos mejor ni habla r.

—No puede decir que los alemanes hayamos perjudicado alguna vez a los mexicanos.

—Eso es cierto, por ahora no han intentando chingarnos, espero que continúe así por mucho tiempo.

El alemán se aproximó un poco más a Villa. Su rostro moreno parecía amenazador, pero debajo de su bigote negro y su expresión feroz, tenía los ojos de un niño travieso.

—Mi gobierno quiere llegar a acuerdos comerciales con México —dijo Félix Sommerfeld intentando ir al grano.

—Pero el presidente de México es el señor Carranza —dijo Pancho Villa con sorna.

—Eso me han dicho —dijo el alemán con una media sonrisa.

—Nosotros somos simples servidores del pueblo de México.

Félix Sommerfeld pensó por unos momentos cómo dirigirse al general. Si lo hacía francamente podía malograr sus planes, a los mexicanos les gustaba dar vueltas antes de abordar un asunto importante.

—El kaiser ha dejado de confiar en la palabra del presidente Carranza; cuando llegó al poder nos hizo muchas promesas, pero al final solo ha llegado a acuerdos con los norteamericanos, a pesar de que Wilson fue uno de los que apoyó al general Huerta.

—Ustedes también apoyaron a Huerta y le ayudaron a huir con el dinero del pueblo.

El alemán se quedó unos momentos en silencio. Si negaba las acusaciones de Pancho Villa le dejaría por mentiroso, pero si las afirmaba mostraría a su gobierno como una panda de traidores al pueblo mexicano.

—Me temo que el pueblo mexicano no fue el único engañado por el general Huerta.

Villa comenzó a reírse a carcajadas, aquel alemán sabía lo que se hacía, pensó mientras se ponía en pie y se servía un tequila.

—¿Quiere uno? —dijo el general alargando el vaso.

—Sí, por favor.

Bebieron de un trago el amargo licor y Villa le hizo un gesto para que salieran al patio.

—La historia de México es la historia de un quiero y no puedo. Cuando Madero se levantó contra el general Porfiriano Díaz todos creímos que la recuperación del país estaba próxima. Las tierras se repartirían a los campesinos, se redactaría una constitución en la que todos los mexicanos pudieran participar, pero Madero no supo cambiar las cosas ni ritmo que los demás le pedíamos. Después el traidor general Huerta lo asesinó, entonces apoyamos a Carranza, parecía que él lograría hacer lo que no hizo Madero, pero ahora nos persigue y quiere eliminarnos. Emiliano Zapata y yo somos los únicos supervivientes de la revolución, todos se han vendido o están muertos, pero a nosotros no pueden comprarnos. ¿Comprende?

El alemán miró directamente a la cara del mexicano. Tenía la sensación de que era imposible engañarle, como si aquel hombre inculto y salvaje tuviera un sexto sentido.

—Los alemanes necesitamos petróleo. Estamos dispuestos a pagarlo mejor que los norteamericanos. No queremos influir en el gobierno de México ni en su revolución, pero sin duda nuestro dinero y armas podrán ayudarle a terminar lo que comenzó.

Pancho Villa miró de arriba abajo al alemán. Después sonrió como un niño y con su voz ronca le dijo:

—Sé que tienen una importante partida de armas y municiones, sé que está cerca

de la frontera. Ignoro cómo han sacado esas armas a los gringos, pero las tienen.

—Las armas están a buen recaudo, pero si llegamos a un acuerdo no tardarán ni una semana en estar en Chihuahua.

La revolución necesitaba esas armas, pero Villa no estaba dispuesto a obtenerlas a cualquier precio.

—¿Qué quiere su kaiser?

—Tenemos información sobre las intenciones del gobierno norteamericano. El secretario de Guerra Garrison y una buena parte del Senado están pidiendo una nueva intervención, como la del año pasado.

—¿Una nueva intervención?

—No confían en el gobierno de Carranza, creen que no va a cumplir sus promesas y que pretende nacionalizar el petróleo.

—Carranza es un cobarde, no se tiraría ni un pedo sin pedir permiso a los Estados Unidos.

—Simplemente le informo de lo que han descubierto nuestros servicios secretos —dijo Félix Sommerfeld.

—¿Cuál es el precio de su amistad? —preguntó Villa.

—La amistad no tiene precio, el petróleo sí —comentó sonriente el alemán.

Pancho Villa comenzó a reírse a carcajadas, aquel tipo era muy astuto, pero necesitaba las armas si no quería terminar colgado de alguna soga de los norteamericanos o los federales. Los alemanes eran el diablo, pero si tenía que pactar con el diablo para salvarse, no dudaría en hacerlo.

La casa del profesor Gordon era una pequeña villa en la parte más lujosa de la ciudad. Allí vivía con su mujer, aunque los nietos pasaban la mayor parte del tiempo con ellos. Hércules, Lincoln y Alicia decidieron ir a verle para pedirle ayuda. No había ningún barco hacia México en la próxima semana, la única posibilidad que tenían era ir a Florida y recorrer por tierra toda la costa del Caribe hasta la frontera, pero eso podía demorar su viaje una semana más.

—Si viajamos por tierra, los ladrones del código nos sacarán demasiada ventaja y será imposible dar con ellos —dijo Hércules al profesor.

—No encuentro otra posibilidad —respondió el profesor Gordon.

—¿No hay barcos a Guatemala, Honduras o Costa Rica? —preguntó Alicia.

—En ese caso tendrían el mismo problema. Los viajes en barco a México están muy restringidos por la guerra civil del país. El puerto de Veracruz sigue dominado por los norteamericanos —dijo Gordon.

—Pues tendremos que viajar a Florida —concluyó Lincoln.

El profesor Gordon se quedó pensativo por unos momentos, después sonrió y les dijo:

—Hay una forma, pero no sé si será de su agrado.

—¿Cuál? —preguntaron a coro los tres.

—Hay un alemán en la ciudad que tiene uno de esos aparatos voladores llamados dirigibles.

—¿Un dirigible? —preguntó Hércules.

—Sí, al parecer son capaces de recorrer largas distancias en un tiempo récord. Podrían hablar con él, posiblemente estaría dispuesto a llevarles a México por una modesta cantidad.

—¿Volar? —dijo Lincoln nervioso. Pensó que si se mareaba en un barco, ir en un aparato volador sería una experiencia terrible.

—Yo no he montado nunca en uno, pero dicen que si tienen buen tiempo apenas se darán cuenta de que están volando —dijo el profesor Gordon.

—Me parece una idea fantástica —dijo Alicia.

—Puedo acompañarles a ver al alemán —dijo el profesor.

—No se hable más, si hay que volar, volaremos —dijo Hércules recuperando su ánimo.

El dirigible brillaba bajo la luz del atardecer. Era de tamaño pequeño, nada que ver con los monstruos que surcaban los cielos de Londres sembrando de bombas la ciudad, pero al estar en tierra su tamaño impresionaba. El grupo pasó frente a él y se acercó a la casa que había justo al lado. El profesor Gordon llamó a la puerta y esperaron unos segundos hasta que un hombre alto, de pelo corto, con un pequeño flequillo rubio y brillantes ojos azules les recibió con una sonrisa.

—Profesor Gordon, ¿a qué debo el honor? —preguntó el alemán invitándoles a pasar.

—Deje que le presente, Samuel Schwarz, a mis amigos Hércules Guzmán Fox, George Lincoln y Alicia Mantorella.

—Un placer —dijo Samuel Schwarz inclinando la cabeza al estilo germánico—. Adelante, por favor.

Entraron en la casa, llegaron al salón y su anfitrión les sirvió unos licores.

—Es increíble el aparato de la entrada —dijo Lincoln.

—¿Le gusta? La verdad es que creía que sería un buen negocio en América, pero a mucha gente le da miedo volar —dijo Samuel.

—Samuel Schwarz es hijo de uno de los pioneros de los dirigibles. Su padre, David Schwarz, inventó un prototipo que se ha usado durante muchos años en Alemania —dijo el profesor Gordon.

—Realmente mi padre era croata. Se trasladó a Alemania para patentar su invento —puntualizó Samuel.

—Entonces lo lleva en la sangre —dijo Alicia.

—Se puede decir que sí.

—¿Su intención es establecer un negocio de transporte de pasajeros? —preguntó Hércules.

—Sí, pero por ahora no estoy teniendo mucho éxito. Mi idea fue volar de La Habana a Florida y Lusiana, pero no tengo muchos clientes.

—Las innovaciones tardan en imponerse —dijo Hércules.

—¿Cómo puede volar ese aparato tan grande? —preguntó Lincoln.

—Es complejo de explicar, ¿conoce el principio de Arquímedes?

—Todo cuerpo sumergido en un fluido sufre una fuerza de abajo hacia arriba equivalente al fluido desplazado —dijo Hércules.

—Pues la combinación de gases es lo que hace que el aparato flote —dijo Samuel.

—¿Qué gases? —pregunto Lincoln.

—Usamos helio, aunque es altamente inflamable.

—Es increíble —dijo Lincoln.

—Si no es indiscreción, ¿por qué vino a América? —preguntó Alicia.

—La guerra; no quería que mis aparatos sirvieran para matar personas. Como sabrán, Alemania utiliza zepelines para bombardear ciudades y objetivos militares.

—Le entiendo —dijo Alicia.

Samuel se puso en pie y miró a través del ventanal el dirigible. Después se dio la vuelta y observó a sus invitados.

—Pues nosotros queríamos alquilarle el aparato, pero nuestro destino no es Florida, es México —explicó Hércules.

—¿México? Pero si están enfrascados en una guerra civil, podría ser peligroso.

—En principio vamos a México D. F., creo que la guerra está mucho más al norte —dijo Hércules.

El alemán se quedó pensativo, después les miró directamente a los ojos y dijo:

—¿Qué sería de la vida sin un poco de emoción?

Todos se rieron, menos Lincoln, que comenzó a sentir como el corazón se le aceleraba.

—¿Cuándo podemos partir? —preguntó Hércules impaciente.

—Mañana al amanecer, no podemos volar por la noche —dijo Samuel.

—Pues mañana volaremos —dijo Hércules levantándose del sillón.

Cuando abandonaron la casa, un hombre rubio les siguió discretamente. Tenía que conseguir viajar en aquel aparato de alguna manera, no podía perder de vista a sus objetivos, pensó el hombre mientras Hércules y sus amigos se alejaban.

Cuando subieron a bordo, cada uno se dirigió a su camarote para dejar el equipaje. Después habían quedado en verse en uno de los salones privados que tenían en aquella planta. Diego Rivera había pensado muchas veces en declinar la oferta del general. Tenía miedo a que éste descubriera sus verdaderas intenciones, pero prefería regresar a México a tener a esos norteamericanos pisándole los talones.

Entró en el minúsculo aseo de su camarote, se lavó la cara con agua fría y empezó a reaccionar. Se miró al espejo y contempló su rostro carnosos, sus ojos negros y grandes. Llevaba casi una semana sin coger un pincel, su estado de nerviosismo se lo impedía, pero ese bloqueo momentáneo pasaría en cuanto regresara a la normalidad.

Salió del camarote y se dirigió al salón. El general Huerta se encontraba recostado en un asiento, con un puro en la boca y la mirada perdida. Aquel dictador cruel y sanguinario parecía un tierno abuelo incapaz de hacerle daño a nadie. Diego se acercó, sentándose junto a él.

—Diego, tenía ganas de regresar a México, aunque todavía tendré que esperar unas semanas en Estados Unidos. México es como el primer amor en la vida de un mexicano. No importa lo linda que sea la muchacha, su inteligencia o simpatía, el amor lo llena todo.

—Tiene razón, general, a mí me sucede algo parecido con la pintura.

—Esa energía interior es la que me anima a regresar, nuestro país nos necesita, Diego.

—A mí no. Soy un simple pintor que intento mejorar su arte.

—Pero la pintura es una forma de patriotismo —dijo el general después de expulsar una gran bocanada de humo.

—El arte no tiene bandera, general. Lo más bello del arte es que es universal. Cualquiera puede entenderlo. Los símbolos del arte son libres y cualquiera puede interpretarlos.

—La política también es un arte. Tener contentos a todos a la vez, intentar construir un país, es el oficio más difícil que he conocido.

Se produjo un silencio hasta que el general se levantó de un salto, como si hubiera recuperado toda su agilidad.

—Le voy a enseñar los mapas que compré a ese alemán.

—Será fantástico —dijo Diego sin poder disimular su ansiedad.

El general salió de la sala y tardó un par de minutos en regresar. Cuando entró de nuevo su rostro brillaba con una extraña energía que Diego no hubiera podido definir. Abrió el tubo metálico y extrajo con cuidado un gran rollo, después lo extendió sobre

la mesa.

—Usted es de los pocos hombres que lo ha visto, es una de las últimas obras de nuestro pueblo mexicana.

Diego miró atento el mapa, después levantó la vista y observó el rostro frenético del general.

—El mapa de Aztlán —dijo Diego casi sin aliento.

—La tierra primigenia de nuestros antepasados. Por fin hemos encontrado el camino de vuelta a casa.

El dirigible estaba preparado para volar. Hércules y sus amigos habían llegado temprano, para colocar su equipaje. El aparato era mucho más grande por dentro de lo que habían imaginado. Un amplio salón, diez camarotes privados, una bodega y el puente de mandos. Samuel Schwarz gobernaba la nave, pero tenía dos ayudantes para tareas de mantenimiento.

Después de preparar el viaje y trazar una ruta, Hércules, Lincoln y Alicia se despidieron del profesor Gordon.

—Me temo que esta vez no hay marcha atrás —le dijo Hércules al profesor—. Nos vamos, ha sido un placer volver a verle. Gracias por su ayuda.

El profesor Gordon se adelantó y estrechó con fuerza la mano de su amigo.

—El placer ha sido mío, su estancia en Cuba me ha rejuvenecido veinte años.

—Profesor, muchas gracias por todo —dijo Lincoln.

—Muchas gracias —dijo Alicia sonriente.

El profesor Gordon le besó la mano e inclinó la cabeza.

—Espero que tengan un buen vuelo. Qué extraño resulta decir eso, ¿verdad?

Todos rieron menos Lincoln. Él no le veía la gracia. ¿Qué pasaría si el artefacto aquel se estropeaba en pleno vuelo? El hombre no había sido creado para volar, o de otro modo Dios les habría dado alas, pensó Lincoln mientras subían a bordo de nuevo.

—Señores, bienvenidos a bordo. Espero que la travesía sea cómoda y confortable. Mientras realizamos el despegue será mejor que permanezcan sentados, después se pueden levantar con total normalidad. Estimo que llegaremos aproximadamente mañana a mediodía, aunque el tiempo de vuelo puede variar según el viento.

Hércules sonrió emocionado; desde que se enteró de la posibilidad de volar, había querido montar en uno de aquellos aparatos. Alicia parecía también entusiasmada.

—Ya conocen sus camarotes, les serviremos la comida en el salón. Espero que disfruten de las fabulosas vistas del vuelo —dijo Samuel.

El capitán de la nave desapareció y un par de minutos más tarde percibieron el movimiento del aparato.

—¡Dios bendito! —dijo Lincoln con el corazón en la boca.

—Tranquilo —lo animó Alicia, posando su mano sobre el pecho del hombre.

—¿No están nerviosos? —preguntó Lincoln.

—¿Nervioso? No, emocionado. La vida hay que disfrutarla con intensidad, cada segundo cuenta.

El dirigible comenzó a flotar y a tomar altura lentamente. Un par de minutos

después, Hércules y Alicia estaban asomados al gran ventanal.

—Cielo santo, eso es La Habana —dijo Hércules señalando las minúsculas casas del suelo.

—Es increíble, nunca imaginé que vería La Habana desde el aire —dijo Alicia eufórica. Después se dio la vuelta y observó a Lincoln aferrado al sillón—. Lincoln, se está perdiendo una vista espectacular.

—Estoy bien aquí, gracias.

La Habana brillaba con las primeras luces de la mañana. El mar azul resplandecía dorado a sus pies. La mezcla de colores era impresionante: verdes, rojizos, turquesas, amarillos... Una paleta increíble, en donde la vida se expresaba a través del brillo y la luz. Poco a poco se alejaron de la costa y se adentraron en el desierto azul. El agua parecía un espejismo lejano. Alicia se abrazó a Hércules. Se sentía agradecida y fascinada. Podría observar el mundo como lo hacía Dios, desde arriba. Miró al horizonte y pensó que al otro lado estaba México, su destino.

Comieron una exquisita mariscada y brindaron por el éxito del viaje. Lincoln estaba indispuerto por el mareo y apenas había probado bocado. Hércules habló animadamente, como si hubiera recuperado durante el viaje todas sus fuerzas. Lo sucedido en La Habana había sido una manera de reconciliarse con su pasado, de cerrar un círculo que se había abierto diecisiete años antes.

—Hércules, ¿cuánto tiempo estuviste sirviendo en la Armada? —preguntó a Alicia.

—Durante quince años.

—¿Quince años? Creía que había sido menos tiempo —dijo Alicia.

—La mayor parte del tiempo serví en Cuba, pero antes tuve otros destinos. Incluso pasé una temporada en Filipinas.

—Me encantaría conocer Asia —dijo Alicia.

—¿Hay que ir en barco? Prefiero no viajar más en barco —dijo Lincoln con la cara pálida.

—¡Cómo es, Lincoln!, tiene que tomarse la vida menos en serio —comentó Alicia.

—¿Menos en serio?

Lincoln frunció el ceño y pasó el resto de la conversación abstraído. Cada día pensaba más en regresar a Washington o Nueva York para instalarse definitivamente.

—En cuanto llegemos a México tenemos que ponernos en contacto con Manuel Gamio, puede que él nos explique más sobre el código robado y los hombres jaguar —dijo Hércules.

—Gracias a este artilugio vamos a recuperar dos días de viaje. Si los ladrones se dirigen a ciudad de México llegaremos antes que ellos, si van a otro lado, por lo menos el profesor nos orientará para saber adónde dirigirnos —dijo Hércules.

—Nunca había estado tan a ciegas —dijo Alicia.

—Estamos ante el mayor misterio al que nos hemos enfrentado, pero creo que lograremos ver las cosas más claras cuando llegemos a México.

Un ruido sobre sus cabezas les hizo callarse al instante.

—¿Qué es eso? —preguntó Alicia.

—Este aparato se va a desplomar —dijo Lincoln.

Un nuevo crujido les hizo levantarse de la mesa.

—Parece como si alguien estuviera caminando por el techo —dijo Hércules sacando su pistola.

Los tres se dirigieron a la trampilla que daba acceso al gran globo aerostático. El

ruido provenía de ese lugar. Hércules respiró hondo y empujó la trampilla. Tenían que descubrir de qué se trataba.

Washington, 18 de mayo de 1915

—¿Qué? —preguntó el presidente Wilson con los ojos desorbitados.

—Los alemanes han enviado a uno de sus hombres para llegar a un acuerdo con Villa, sospechamos que le ofrecerá armas a cambio de prospecciones petroleras —dijo el secretario de Estado, Leonard Wood.

—Es increíble, esos alemanes están llegando demasiado lejos. Primero hundieron el *Lusitania* y ahora quieren meterse en el patio trasero de nuestra casa. No lo consentiré. América para los americanos.

—Presidente, la situación es delicada. Debemos abortar el acuerdo —dijo Leonard Wood.

—Quiero que manden una fuerza expedicionaria hasta Chihuahua, que se vistan de civiles para no levantar sospechas. Que no regresen hasta que traigan la cabeza de Pancho Villa en una bandeja. ¿Han entendido? —preguntó el presidente.

—¿No sería más fácil ocupar el norte de México? —preguntó el secretario de Guerra Garrison.

—No podemos desviarnos de nuestros objetivos. Inglaterra nos pide ayuda desesperadamente y las cosas se complican en el frente. Nuestro servicio secreto nos ha informado de que los alemanes preparan un golpe de mano para el otoño. La lucha en Galípoli tampoco marcha bien, los turcos están siendo más efectivos de lo que se creía en un principio —dijo el presidente.

Los dos secretarios se quedaron en silencio. El presidente Wilson era un hombre enérgico y autoritario, aunque a veces pasaba largos periodos de inseguridad y depresión, como si su energía se agotara de repente.

—Mandaremos algunos hombres de caballería para eliminar a Pancho Villa —dijo el secretario de Guerra Garrison—, pero eso puede suponer comenzar una guerra con México. Esos malditos mexicanos suelen unirse en el momento más inoportuno.

Wilson miró a través de sus lentes al secretario directamente a los ojos. Aquella mirada era una orden directa. Pancho Villa podía considerarse hombre muerto.

El general Huerta dejó a Diego Rivera examinar el mapa todo el tiempo que quiso, pero el pintor le aseguró que era imposible observar todos los detalles y le pidió permiso para estudiarlo detenidamente en su camarote. Cuando estuvo solo sacó sus lápices e hizo una copia fidedigna del mapa. Sin duda aquél era el mapa que había usado Cortés para llegar a Aztlán. A Diego le habían contado la historia de niño, pero nunca se la había creído del todo. Al parecer, uno de los hombres jaguar había traicionado su juramento y había dibujado ese mapa para Hernán Cortes, y el español le había pagado matándole después del viaje. Ahora veía ante sus ojos aquel mapa y estaba estupefacto. Lo que no entendía era por qué era tan importante para el general Huerta. Aquel enfermizo dictador no era precisamente un enamorado del arte o de la historia.

Alguien llamó a la puerta y Diego corrió a esconder su dibujo.

—Diego, ¿puedo entrar? —preguntó el general Huerta.

—Adelante, general —dijo el pintor con la voz temblorosa.

—He intentado dormir la siesta, pero noto demasiado el movimiento del barco. Espero que el tiempo no empeore más.

—El Atlántico es imprevisible —dijo Diego.

—No me acostumbro, le juro que es la última vez que piso Europa. No quiero más viajes.

—Entonces, ¿se instalará definitivamente en Estados Unidos?

—No, tengo mucho que hacer antes de morirme. No quiero vivir rodeado de gringos el resto de mi vida. México necesito recuperar la calma.

Lleva demasiados años en guerra. Carranza no ha conseguido hacerse con el control. Nuestro país, ya lo sabe, solo funciona con mano dura.

—Pero para armar un ejército necesita mucha plata.

—¿Plata? La plata está, únicamente hay que pedirla en los lugares adecuados. Los alemanes me han adelantado una gran suma, pero lo más gracioso es que los norteamericanos nos han adelantado una buena cantidad también. Algunos industriales no hacen mucho caso de su gobierno —dijo el general, sonriente.

—Es increíble. ¿Para qué quiere este mapa? —preguntó Diego mientras le devolvía el tubo forrado de piel.

—No puedo decírselo todavía. En malas manos podría ser un desastre para México, en buenas será el renacer de nuestro pueblo —contestó enigmático el general.

Hércules asomó la cabeza y contempló el gran globo vacío. Después miró al otro lado y pudo ver que una sombra se movía hasta esconderse detrás de un aparato metálico. La luz del sol se filtraba a través de la lona del globo produciendo la sensación de estar en la barriga de un gran pez.

El español subió por la escalerilla, seguido de Alicia y Lincoln. Se aproximaron hasta el lugar donde habían visto la sombra, pero no había nadie.

—Hubiera jurado... —dijo Hércules.

—Puede que se trate de algún pájaro, se habrá colado antes del despegue —dijo Lincoln.

—Era algo más grande y no volaba —dijo Hércules.

—Es imposible, estamos a una gran altura —dijo Lincoln. —Será mejor que revisemos bien la nave.

Descendieron a la sala principal y fueron a hablar con el capitán. Samuel Schwarz se encontraba sentado en un cómodo asiento de piel. El piloto los miró asustado cuando entraron en la cabina y Hércules se percató de que llevaba todavía la pistola en la mano.

—Lo siento. Hemos oído un ruido arriba, pero cuando hemos revisado la zona no hemos encontrado nada —dijo Hércules.

—¿Arriba? ¡Qué extraño! —dijo Samuel poniéndose en pie.

—¿Hay alguna manera de salir del globo sin bajar por la trampilla del salón? —preguntó Alicia.

—Esa zona está comunicada con la bodega.

—¿La bodega? Seguro que se ha escondido allí —dijo Lincoln.

—¿Quién? —preguntó Samuel.

—No lo sabemos —dijo Lincoln.

—¿Los están persiguiendo? Creía que solo eran unos comerciantes que necesitaban llegar a México lo antes posible —dijo Samuel, molesto.

—Nuestra misión no es comercial, pero no podíamos contarle los pormenores —se disculpó Hércules.

—Será mejor que echemos un vistazo a la bodega —dijo Samuel.

El cielo comenzó a teñirse de púrpura y las luces del dirigible se encendieron. Samuel ordenó a uno de sus hombres que abriera la puerta de la bodega y los cuatro entraron en la amplia sala. Había cajas apiladas, algunas herramientas y otros trastos viejos. Hércules y Lincoln se separaron de Samuel y Alicia, dirigiéndose a uno de los laterales. De repente una figura surgió de la nada, tiró a Alicia y salió corriendo por la puerta. Fue tan rápido que apenas les dio tiempo a reaccionar.

—¡Ha escapado! —grito Samuel.

Hércules y Lincoln corrieron hasta la puerta. Alicia seguía en el suelo agarrándose un brazo.

—¿Estás bien? —preguntó Lincoln extendiéndole la mano.

—Sí, cogedle —dijo Alicia con un gesto de cabeza.

Los tres hombres corrieron a la cubierta principal y registraron las habitaciones, el salón y las cocinas.

—No está por ningún lado —dijo Samuel.

—¿Y la sala de mandos? —preguntó Hércules.

Se dirigieron allí, pero la puerta estaba cerrada. Hércules comenzó a golpearla con el hombro, pero fue inútil, era una gruesa plancha de hierro.

—¿No tiene una llave maestra? —preguntó el español mientras tocaba su brazo dolorido.

—Sí —dijo Samuel, y desapareció unos minutos.

Abrió la puerta y unos disparos silbaron sobre sus cabezas. Hércules respondió disparando al vacío. Después se lanzó al interior y se situó detrás de unos paneles. Cuando logró sacar la cabeza vio que el tripulante que llevaba el timón había sido asesinado. Un hombre con el pelo rubio, casi albino, apuntaba con una pistola alemana. Hércules apuntó, disparó y el hombre cayó desplomado al suelo.

—Entren —dijo Hércules.

El intruso estaba tumbado en el suelo hecho un ovillo y con un gesto de dolor. Samuel se aproximó al piloto, pero no respiraba. El intruso le había disparado en el pecho.

—Está muerto —les dijo Samuel a Hércules y Lincoln.

Entre Lincoln y Hércules transportaron al alemán hasta la silla de piel y lo sentaron allí. Sus ojos, de un azul intenso, se abrieron unos segundos, dando a su rostro un aspecto fantasmagórico.

—¿Quién te envía? —preguntó Hércules.

El alemán permaneció callado, con los ojos cerrados, hasta que el español

presionó su herida y el intruso lanzó un bramido de dolor.

—No me obligues a hacerte daño —dijo Hércules.

El hombre abrió los ojos y lo miró con odio. Samuel se acercó.

—Déjenme a mí, a lo mejor no habla inglés.

Hércules dio un paso atrás.

—¿Quién te envía? —preguntó Samuel en alemán.

El intruso le miró sorprendido, como si no esperara que alguien le hablara en su lengua, pero permaneció en silencio. Hércules le dio un puñetazo en la herida y el tipo aulló.

—Será mejor que hables, estos hombres te harán sufrir mucho —dijo Samuel.

—Soy Otto Mann, miembro del servicio secreto alemán. No puedo decirles más.

Los tres se miraron sorprendidos.

—¿Los servicios secretos alemanes? —preguntó Lincoln extrañado.

—Llevamos vigilándolos desde su estancia en Londres.

—¿Por qué? —preguntó Hércules.

—Eso no se lo puedo decir.

Hércules se acercó hasta el hombre y le puso una pistola en el cuello.

—No se atreverá —dijo el alemán en inglés.

—Será mejor que no me pongas a prueba.

Alicia llegó en ese momento. Se acercó a Lincoln y éste lo animó a que se sentara.

—Estoy bien, gracias.

Hércules apuntó con su pistola a la pierna derecha del alemán. Éste le miró con temor, pero no dijo nada. Entonces Hércules apretó el gatillo y el sonido de la bala se mezcló con los gritos del intruso.

El hombre agarró con su mano buena la rodilla, mientras no dejaba de gritar.

—Espero que ahora comiences a hablar —le amenazó Hércules.

—¡Hércules! —exclamó Alicia sorprendida.

El español la miró enfadado, no quería que se inmiscuyera en el interrogatorio.

—Lincoln, por favor, ¿pueden salir todos? —le dijo para quedarse a solas con el intruso.

Alicia salió refunfuñando acompañada de Lincoln, pero Samuel se quedó con Hércules.

—Ahora será mejor que empieces a hablar.

—Los alemanes tenemos intereses en México, el hundimiento del *Lusitania* tiene que ver con esos intereses, no sé mucho más sobre ese asunto, pero el gobierno alemán teme que ustedes puedan descubrir la red de espías que tenemos en Estados Unidos e Inglaterra. El barco pudo ser hundido porque alguien nos ayudó desde dentro y quitó la escolta.

—¿Alguien quitó la escolta? —preguntó Hércules.

—Sí, un importante miembro del gobierno británico, su nombre en clave es J}.

El dirigible dio un violento giro, Hércules perdió el equilibrio y Samuel se acercó a los mandos.

—Una tormenta, será mejor que vuelva a su asiento —dijo Samuel tomando los mandos.

Los rayos iluminaron la noche, mientras el aparato crujía mecido por la fuerza del viento y el eco de los relámpagos.

—¿No creerá esa leyenda sobre Aztlán? —dijo Diego Rivera asombrado.

—No solo la creo, es absolutamente cierta. ¿Ha leído el códice de fray Bernardino de Sahagún? —preguntó el general.

—No.

—Fray Bernardino de Sahagún era un fraile que llegó a América muy joven. Vivió en Texcoco y enseguida se interesó por la lengua y las costumbres de los mexicas. El códice que escribió estuvo perdido durante siglos hasta que un investigador español lo encontró en la Biblioteca Nacional de Madrid a finales del siglo, pero alguien había arrancado una parte del códice, que estuvo perdida hasta hace poco.

—¿Una parte perdida? —preguntó Diego.

—Sí, precisamente la que narra las semanas del 30 de junio al 14 de julio.

—No entiendo —dijo Diego extrañado.

—Fray Bernardino de Sahagún narra en la parte de la crónica perdida el viaje a Aztlán. Al parecer el códice fue mutilado por su descubridor, posiblemente con la intención de viajar luego a México y encontrar la isla, pero el fragmento desapareció y también el mapa.

—Es increíble.

—El mapa apareció hace años en Berlín, después fue vendido al librero que fuimos a ver a España, aunque en eso yo tuve parte.

—¿Cómo? No le entiendo.

—Fue unas de las condiciones que puse al gobierno alemán para apoyarles en una operación contra los Estados Unidos.

—Ellos le dieron el mapa a cambio de su apoyo militar.

—Bueno, el mapa fue tan solo una parte del acuerdo. Los alemanes desconocen su valor, ignoran los secretos y tesoros que oculta Aztlán.

Diego Rivera observó el rostro exaltado del general. Sin duda él se creía todas aquellas patrañas. Después pensó en el mito de Aztlán, una tierra idílica, el origen de su pueblo, un lugar que era mejor dejar como estaba, porque era mejor que los mitos siguieran siendo tan solo eso, mitos.

La noche estaba poblada de estrellas, el despejado cielo de México tenía algo especial, como si la mano de Dios lo hubiera cuajado de estrellas para compensar el sufrimiento de los mexicanos. Aunque algunas veces pensaba que los mexicanos tenían el país que se merecían.

Félix Sommerfeld miró a su alrededor. Una gran fogata resplandecía en el centro del patio, y junto a ella veinte soldados revolucionarios y muchas mujeres bebían alcohol o bailaban rancheras al son de la música. Aquella fiesta tenía algo de salvaje y ancestral, de mágico y demoníaco, pero no podía negar que le atraía.

El alemán apuró su tequila y decidió levantarse para descansar un poco. Negociar con Pancho Villa no era fácil. Con él, uno siempre tenía la sensación de ser observado y examinado con lupa, lo que le obligaba a mantener una tensión agotadora durante toda la entrevista.

Apenas había dado un paso cuando una mujer morena de ojos negros se acercó hasta él, cruzándose en su camino.

—¿A dónde vas, gringo?

Félix Sommerfeld se quedó mudo. Nunca había visto tanta belleza y frescura juntas. Sus ojos negros le escrutaron y su sonrisa de labios carnosos y rojos le dejó sin aliento.

—No soy gringo, soy alemán —intentó explicarse.

—¿Acaso hay alguna diferencia? Para mí, los que no son mexicanos son gringos. ¿Por qué no tomas un último tequila conmigo?

—Mañana tengo que levantarme temprano —se excusó el alemán. Aunque lo que sucedía realmente era que se sentía abrumado por aquella mujer explosiva.

—¿Mañana? ¿Quién te dice que mañana estarás vivo? Ven.

La mujer lo cogió de la mano y lo llevó hasta una de las puertas del patio, lo introdujo en una sala, después subieron por unas escaleras hasta un cuarto. La cama estaba deshecha, y unas cortinas rojas eran mecidas por la brisa nocturna. Ella le empujó a la cama y le quitó los zapatos y la chaqueta. Lo tumbó, y, cuando él intentó quejarse, ella le hizo un gesto para que se callara. Después se fue a una de las mesitas y sirvió dos pequeñas copas de tequila.

—Dicen que el tequila lo crearon los dioses para hacer felices a los hombres —comentó la mujer antes de darle el vaso.

Félix Sommerfeld la miró extasiado, aquella mujer tenía un misterioso poder que le impedía reaccionar.

—Mi nombre es Yohualticitl^[1], pero todos me llaman Sara. Dicen que soy bruja

desde que nací, pero no es cierto, soy sacerdotisa.

—¿Sacerdotisa?

—Hay dioses que viven ocultos desde que llegaron los españoles, pero que algún día regresarán.

El alemán sonrió y la mujer frunció el ceño.

—¿No me crees?

—Yo no creo en ningún dios —dijo el alemán con la mirada turbada por el alcohol y la excitación.

La mujer tiró el vaso y se puso a horcajadas sobre él. Se le derramó la copa, y al final la dejó caer también. Ella comenzó a besarlo con pasión, mientras él notaba como la cabeza le daba vueltas. Ella le desabrochó la camisa y tiró de su camiseta. La piel blanca del alemán brillaba bajo la luz mortecina que entraba por la ventana. Ella se quitó la blusa, su piel morena pareció explotar cuando el alemán la abrazó. Los dos giraron por la cama, hasta que sus cuerpos se entremezclaron. En ese momento Félix sintió un placer que nunca había experimentado antes, percibió el animal que llevaba escondido en su interior. Al principio sintió temor, pero después se dejó llevar por sus instintos.

En algún punto sobre la península de Yucatán, 19 de mayo de 1915

El dirigible se estremecía sacudido como una liviana hoja movida por el viento. El capitán apenas podía hacerse con el aparato. Sujetaba el timón con todas sus fuerzas, pero éste lo arrastraba y los bruscos movimientos de la nave lo arrojaban al suelo. Hércules se acercó para ayudarlo a sujetar el timón, pero el viento los volvía a empujar. Era imposible controlar la nave.

—Tenemos que aterrizar —dijo Samuel, angustiado.

—¿Podemos hacerlo con estas condiciones?

—Sí, será mejor que nos pongamos detrás de aquella montaña —dijo el capitán señalando unas rocas.

La nave logró virar hasta ponerse al resguardo del viento y aterrizó con un brusco golpe. Los ocupantes permanecieron por un momento desconcertados por el impacto y por el viento que no dejaba de golpear contra la nave.

—Espero que no hayamos sufrido muchos daños —dijo el capitán, poniéndose en pie.

—Parece que el dirigible ha aterrizado de manera muy brusca —dijo Lincoln, que se había acercado al resto del grupo.

—En cuanto amanezca saldremos a comprobar los desperfectos —dijo Samuel.

—¿En dónde nos encontramos? —preguntó Hércules.

—En algún lugar cercano a Puebla, aunque puede que el viento nos haya desviado de nuestra ruta —dijo el capitán.

Hércules se acercó para comprobar el estado de Alicia. La mujer estaba todavía tumbada en el suelo con los ojos cerrados.

—¿Qué tal estás?

—Mareada, esto me recuerda a una vez que subí a una noria en Barcelona, después estuve varias horas con la cabeza dándome vuelas.

Lincoln se puso a su lado y le tendió una mano. Alicia se agarró y se puso en pie, pero volvió a tambalearse y el norteamericano la abrazó.

—Mi cabeza —dijo Alicia con la mano en la frente.

—La acompaño hasta su habitación.

Cuando los dos desaparecieron, Hércules se dirigió al capitán.

—¿Puede su ayudante encerrar al intruso?

—Sí.

Samuel dijo algo en alemán y el tripulante se llevó al prisionero. Cuando los dos hombres se quedaron solos, Samuel le ofreció una copa a Hércules.

—Qué mala suerte, mi primer viaje a México y sufrimos un accidente.

—No es culpa suya, el viento era demasiado fuerte.

—Sí lo es, mi deber es comprobar los vientos de la zona en la que vamos a volar, pero con la premura del viaje no pude hacerlo —se lamentó Samuel.

—Lo importante es que no le ha sucedido nada a nadie.

—En este aparato he invertido todo el dinero que me quedaba. Renuncié a mi parte de la herencia en Alemania. Mi familia ha preferido colaborar con el kaiser, pero yo detesto la guerra.

—Lo entiendo.

—Pero ellos tenían razón, la vida no es un estado ideal en el que lo más importante es estar en paz con tu conciencia.

—Señor Samuel, yo no me considero un idealista, pero si no actuamos en función de nuestra propia conciencia, nos convertimos en esclavos de la conciencia de los demás.

—¿Usted cree? Me pregunto si no debí haber servido a mi país.

—Yo tuve que traicionar a mi país cuando comenzó a asesinar a gente inocente. Luché en la guerra de Cuba, pero hubo un momento, en que lo más importante era ganar a toda costa, aunque miles de inocentes tuvieran que morir.

—Comprendo.

—Le aseguro que no fue fácil dejarlo todo, pero ahora no me arrepiento de haberlo hecho.

—Debería descansar un poco —dijo el alemán. —¿Cree que mañana el aparato volverá a volar? —Espero que sí. Será mejor que rece alguna oración—. No creo en Dios —dijo Hércules muy serio.

—Pues acaba de entrar en sus dominios —dijo Samuel, mirando a los ojos del español.

Amozoc, México, 19 de mayo de 1915

Por la mañana los destrozos del dirigible parecían menos importantes. La aeronave había aterrizado en un sembrado en medio de una inmensa llanura. Al fondo se veían unas montañas, las que había atravesado la nave en plena tormenta, pero ni rastro de un pueblo o ciudad. Samuel y su ayudante se pasaron el día arreglando los desperfectos, mientras que Hércules y Lincoln exploraron la zona.

México era todo lo contrario de lo que habían imaginado. Al menos aquel lugar era fértil, verde y el agua corría por todas partes. Se aproximaron a un arroyo y pudieron asearse un poco. Después dejaron sus ropas en una roca y descansaron bajo el sol.

Un ruido los sacó de su tranquila siesta. Procedía de la zona donde habían aterrizado. Se pusieron la camisa y subieron por el pequeño barranco. A unos trescientos metros observaron como un grupo de jinetes se paraba junto al dirigible. Llevaban rifles en la mano y parecían estar discutiendo con Samuel. Afortunadamente, Alicia no estaba fuera del aparato.

—¿Qué hacemos? —preguntó en un susurro Lincoln a Hércules.

—Esperemos un instante, a lo mejor se marchan tranquilamente.

—Parecen bandidos.

—Puede que sean revolucionarios —dijo Hércules.

—¿Es que acaso hay alguna diferencia? —preguntó Lincoln.

Los jinetes se bajaron de los caballos. Uno de ellos se dirigió a Samuel, después lo empujó y el alemán cayó al suelo. El ayudante del alemán se asustó y comenzó a correr. Uno de los jinetes apuntó con su rifle y disparó. El pobre diablo se quedó parado y después se desplomó en el suelo.

—Serán... —dijo Hércules. Comprobó sus bolsillos, pero no llevaba el arma encima.

—Tenemos que hacer algo —insistió Lincoln.

Hércules se puso en pie y se dirigió hacia el dirigible. Lincoln lo siguió unos pasos por detrás. En aquellos momentos Hércules lamentaba no creer en nada. Dios era el único que podía hacer milagros y aquel asunto requería un milagro para solucionarse.

El dolor de cabeza era tan intenso que apenas podía soportar la intensa luz del día. Se tapó los ojos con la mano e intentó observar la habitación. No era tan mágica como la había imaginado la noche anterior. Oía a sudor y alcohol, las sábanas estaba renegridas y una gallina paseaba a sus anchas por el suelo de baldosas de barro. Miró su pecho blanco y desnudo. Tenía arañazos y moratones por todo el cuerpo, pero a pesar de la resaca, aquel lugar apestoso y las ganas de vomitar, sentía algo parecido a la euforia.

Se levantó desnudo de la cama, comenzó a recoger la ropa dispersa por el suelo y miró al patio. Varios revolucionarios estaban tumbados totalmente ebrios en el suelo. El sol pegaba con fuerza, era uno de los encantos y las torturas de México. Se vistió y comprobó su cartera, pero no parecía que faltara nada.

Salió de la habitación y se dirigió a uno de los salones, pidió a una de las mujeres que le diera un poco de café y después de la segunda taza comenzó a despejarse.

—Señor Félix Sommerfeld, veo que anoche disfrutó de la hospitalidad mexicana —dijo una voz que le retumbó en los oídos.

El alemán se volvió lentamente, como si le costara girar el cuello. Era uno de los tenientes de Pancho Villa, un joven con aspecto europeo que servía de traductor al revolucionario.

—No estoy acostumbrado al tequila —dijo el alemán.

—Ya se acostumbrará.

—No estoy seguro de que pueda hacerlo algún día.

El otro se rió. No era el primer gringo que veía con aquel aspecto después de una fiesta mexicana.

—Ayer le vi muy bien acompañado —bromeó el mexicano.

—¿Sí?

—Creo que estaba con Sara. Muchos creen que es una bruja y por el hechizo que le lanzó anoche, estoy empezando a pensar que es verdad.

—No creerá en todas esas tonterías —dijo el alemán.

—En México todo es posible. No olvide que está en la tierra de los aztecas.

—Supersticiones.

—Será mejor que tenga cuidado con Sara, no sería el primero que pierde la cabeza por ella. Es más peligrosa de lo que parece.

—¿Es una advertencia? —preguntó el alemán, enfadado.

—Tómelo como quiera —dijo el mexicano.

—¿Algo más? —preguntó el alemán con un tono de voz más alto.

—Pancho Villa quiere verle de inmediato, pero será mejor que antes se quite ese olor a hembra.

Cuando Félix Sommerfeld se quedó solo, pensó en las palabras del teniente. Sin duda tenía razón, pero ¿cómo podía resistirse a una mujer así? Nadie podía hacerlo y no perder completamente el juicio.

Amozoc, México, 19 de mayo de 1915

—Alguien viene —dijo uno de los jinetes. Todos giraron sus cabezas mientras Hércules y Lincoln se acercaban a ellos.

Al aproximarse vieron a Samuel de rodillas, con el labio partido y los ojos amoratados. Se aproximaron al que parecía el cabecilla y Hércules se quitó el sombrero.

—Caballeros, creo que se trata de un malentendido. Este hombre es un emisario del gobierno alemán enviado para hablar con Emiliano Zapata.

Los hombres se miraron confundidos. Aquel gringo hablaba perfectamente español.

—¿Quién es usted?

—Disculpen, mi nombre es Hércules Guzmán Fox, español. Este hombre es mi criado —dijo señalando a Lincoln.

—¿Se puede saber qué diablos es eso? —dijo el mexicano que estaba al mando.

—Es un dirigible, un aparato volador. Su uso podría ayudarles a ganar la guerra.

Los cuatro hombres se reunieron en un corrillo unos segundos, después el jefe se dirigió a Hércules.

—¿Puedes hacer que vuele?

—El único que puede hacer que vuele es el capitán —comentó Hércules señalando al alemán.

—Suelten al gringo —dijo el jefe, enseñando sus dientes podridos—. Cuando nos vean aparecer en ese cacharro se quedarán asombrados.

—Subamos —dijo Hércules.

—¿Se pueden cargar los caballos? —preguntó el jefe.

—Pueden asustarse. ¿Dónde tienen su cuartel? —preguntó Hércules.

—En Morelos, cerca de aquí.

—Pues envíe a uno de sus hombres con los caballos.

—Ramón, hazte cargo —ordenó el jefe.

Subieron a bordo del dirigible y Samuel se dirigió a la cabina de mandos. Intentó poner los motores en marcha, pero éstos no respondieron a la primera. En el segundo intento el ruido de los motores rompió el silencio del valle. El aparato se elevó lentamente, hasta que comenzó a tomar velocidad.

Alicia se encontraba escondida en la bodega, había observado la pelea desde el aparato y había decidido esconderse cuando los mexicanos subieron a bordo. De nuevo tenían que desviarse de su objetivo, pero algo inesperado estaba a punto de sucederles.

Morelos, 19 de mayo de 1915

Las fuerzas de Emiliano Zapata habían ocupado Puebla un año antes, pero ante el acoso del general Álvaro Obregón se habían instalado en Morelos, una ciudad al sur de Puebla; era un verdadero experimento revolucionario. La región estaba gobernada por los campesinos, con la ayuda de los intelectuales. El presidente Carranza les había dejado en paz de momento, más interesado en terminar con las peligrosas tropas de Villa, que cada día se hacían más fuertes. Zapata le había pedido ayuda a Villa para asaltar la capital federal, pero Villa no creía que con sus fuerzas pudieran hacerse con el control del país.

Alma Reed miró al cielo y le pareció ver una pequeña mota de polvo que iba creciendo. Buscó en su macuto unos prismáticos y observó el cielo. Un dirigible avanzaba hacia la ciudad. Intentó calcular su posición, sin duda aquella era una de las exclusivas del mes. Ya lo podía ver en los titulares: «Los revolucionarios toman el vuelo».

—¿Qué sucede, Alma? —preguntó su ayudante el fotógrafo.

—Vamos, Henry. Vas a hacer la foto más importante de tu carrera —dijo la reportera, corriendo hacia las afueras de la ciudad.

Cuando llegaron a un campo de maíz esperaron a que el aparato tomara tierra. De él bajaron un hombre negro, un grupo de revolucionarios y un rubicundo y herido gringo. El último de todos fue un hombre de porte aristocrático, con el pelo largo y gris, un sombrero de ala blanco y un traje también blanco con un lazo. Alma Reed se acercó al extraño grupo y se dirigió directamente al hombre del pelo gris.

—¿Quiénes son? ¿Han venido a apoyar la causa revolucionaria?

El hombre la miró sorprendido, como si la conociera de algo.

—No, venimos a ver a Emiliano Zapata, mi nombre es Hércules Guzmán Fox.

—Encantada —dijo la mujer extendiéndole la mano.

—Yo soy George Lincoln —se presentó su amigo.

En ese momento Alicia bajó del dirigible para sorpresa de todos.

—No os olvidéis de mí. Mi nombre es Alicia Mantorella.

—¿De dónde han sacado ese aparato?

—El capitán Samuel Schwarz es su inventor y dueño —dijo Hércules, presentando al alemán.

—Dios mío, ¿quién le hizo eso?

El responsable agachó temeroso la cabeza.

—Esto lo vais a pagar. Se lo diré a Emiliano Zapata, sabéis que él ha dado orden de que se trate bien a todos los extranjeros que encontréis en la región —dijo furiosa

Alma Reed, dándose la vuelta.

—Creíamos que eran espías —se explicó el jefe.

—¿Espías? Fuera de mi vista.

Los tres hombres desaparecieron. La periodista les sonrió y comenzó a presentarse.

—Soy Alma María Sullivan, aunque todos me conocen por Alma Reed, corresponsal del *New York Times*. Éste es mi ayudante y cámara Henry Perry.

—He oído hablar de usted. Leía su columna cuando estábamos en Londres, y debo decirle que es demasiado optimista con respecto a estos salvajes —dijo Lincoln en inglés.

—Se nota que es compatriota mío. Creemos que podemos venir aquí e imponer nuestra forma de vivir, de pensar y hacerles ver a los mexicanos que somos superiores a ellos, pero cuando toman la decisión de autogobernarse, de mejorar como nación, entonces nos molestan. Aunque por otro lado les damos las armas para que se maten y les robamos su petróleo —dijo Alma muy alterada.

—Disculpe a mi amigo, es norteamericano hasta la médula, pero que yo sepa es libre de opinar lo que quiera —dijo Hércules, cortando a la mujer.

—Perdonen, creo que no hemos empezado con buen pie. Déjenme que les lleve hasta Emiliano, seguro que estará interesado en conocerles.

El grupo se dirigió hasta el centro de la ciudad y entró en el antiguo casino. Allí los revolucionarios aparecían dispersos por todas partes, sin ningún tipo de orden. Llegaron a una inmensa sala y en una mesa enorme un hombre delgado de grandes bigotes negros despachaba con un par de secretarios.

—¡Alma, qué gusto verte! ¿Quiénes son tus amigos?

—Hércules Guzmán Fox, George Lincoln, Alicia Mantorella y Samuel Schwarz.

—¿Cuál es ese aparato del que todo el mundo habla? —preguntó Zapata.

—Un dirigible —dijo Alma.

—Un globo de éstos —dijo Zapata quitándole importancia.

—¿Adónde se dirigen?

—Si le digo la verdad estamos buscando unos objetos robados en Londres, queríamos llegar a México D. F. para hablar con Manuel Gamio —dijo Hércules.

—¿Manuel Gamio?

—Es un arqueólogo —comentó Alma.

—¿Cómo puede ser que conozcas a todo el mundo? —preguntó Zapata.

—Ya sabes que estuve en las ruinas mayas en el Yucatán, allí conocí a Gamio.

—Piedras. ¿A quién le importan? Nosotros estamos construyendo un nuevo México.

—Uno de sus hombres mató a uno de los miembros de la tripulación —dijo Alicia.

—¿Qué?

—Sí, le pegó un tiro sin más.

Emiliano Zapata se puso rojo y mandó llamar a los cuatro soldados. Un minuto más tarde, sus hombres formaban en fila.

—¿Cuál de ellos fue? —preguntó Zapata con el ceño fruncido.

Alicia señaló a uno de los hombres. Zapata sacó su pistola y le pegó un tiro en la cabeza. Los otros tres tomaron el cadáver y salieron con el cuerpo dejando un reguero de sangre.

—Dios mío, es horrible —dijo Alicia.

—No es horrible, es justicia, ojo por ojo —dijo Zapata.

—Pero sin juicio —dijo Alicia.

—Yo soy el tribunal y el juez, mis hombres saben lo que se juegan si no cumplen mis órdenes —dijo Zapata molesto—. ¿Qué más quieren?

—Marcharnos y seguir nuestro camino —dijo Hércules.

—Les daré provisiones, un guía y un salvoconducto por si entran en la zona dominada por Pancho Villa.

Uno de los secretarios le pasó un papel, Zapata lo firmó y se lo entregó a Hércules.

—Emiliano, me voy con los extranjeros. Mi periódico me ha pedido que entreviste a un par de personas en México y además quiero volar en ese cacharro.

—Bueno, Alma, ya sabes que eres libre de ir a donde quieras.

El grupo salió del despacho y caminó por el pueblo. Todo estaba ordenado y limpio, los campesinos no se parecían a los pobres miserables de otras partes de México, tal vez era necesaria tanta violencia para cambiar las cosas, pensó Hércules mientras dejaban las casas y subían al dirigible.

—Espero que no juzguen precipitadamente a Emiliano, las cosas no son fáciles aquí y tiene que mantener la disciplina a toda costa —dijo Alma.

—Lo que ha hecho es injustificable —dijo Lincoln.

—Tal vez en nuestro país sí, pero sabe perfectamente que la justicia en Estados Unidos no es igual para los ricos y para los pobres. Todavía tenemos que cambiar algunas cosas antes de erigirnos en jueces de los demás —dijo Alma.

—Parece que los defiende —dijo Lincoln.

—No, pero cuando has estado a su lado en la batalla y les has visto repartir comida a campesinos hambrientos o devolver las tierras robadas a las comunidades indígenas, te preguntas si no merece la pena un poco de barbarie.

El dirigible se puso en marcha. El cielo estaba gris y las grandes nubes negras anunciaban una lluvia nueva que rompería los terrones secos de una tierra muerta.

México D. F., 20 de mayo de 1915

El general Buendía se bajó del automóvil y entró en la casa. Allí lo esperaban varios caballeros. Le invitaron al salón y el general dejó sobre la mesa el códice. Todos se quedaron mirando el libro forrado de piel blanca. Ninguno dijo palabra hasta que un hombre de barba gris y largas patillas se aproximó.

—Ha pasado mucho tiempo, pero lo hemos recuperado.

—Sí —comentó.

—La orden de los hombres jaguar ha recuperado de nuevo el secreto de Aztlán. Cuando el general Huerta nos dé el mapa, podremos recuperar la fuerza de nuestros antepasados —dijo uno de los presentes.

El grupo formó un círculo e hizo una plegaria en un idioma ancestral. Después encomendaron al general una nueva misión.

—Tiene que eliminar a sus perseguidores, al español y sus amigos. No podemos dejar pistas.

El general Buendía asintió con la cabeza. Nunca una misión le había causado tanto placer.

Washington, 19 de mayo de 1915

El capitán Ulises Brul entró en el despacho del secretario de Guerra y se quitó el sombrero. Garrison lo miró a través de sus anteojos redondos, hizo un gesto para que se sentara en la silla y continuó examinando unos papeles. Después comenzó a hablar.

—No me iré por las ramas, capitán. Usted y un grupo de hombres que ya están dispuestos en la ciudad de El Paso tendrán que encontrar y eliminar a Pancho Villa. En esta carpeta tiene toda la información que necesita, tendrá que memorizarla y destruirla. La mayor parte de sus hombres son de origen mexicano, es conveniente que no levanten sospechas. Usted fue elegido por su carácter mestizo. Afortunadamente para esta misión, ha sacado los rasgos de su madre mexicana.

—Sí, señor secretario.

—Espero que no fallen en la misión. En la entrada tiene dispuesto un vehículo para que le lleve a un barco que saldrá esta misma tarde. El barco le llevará hasta Galveston, desde donde saldrá inmediatamente para El Paso. No podrá detenerse hasta llegar a la ciudad. Tememos que Pancho Villa esté a punto de llegar a un acuerdo con los alemanes, tenemos que eliminarle antes de que se rearme.

—A sus órdenes.

—Puede retirarse.

Ulises Brul dejó el despacho y bajó las escaleras de mármol hasta el coche. La última cosa que quería hacer era regresar a México, le había costado años conseguir que lo aceptaran como norteamericano, para que ahora tuviera que volver a ser mexicano. Aunque, sin duda, aquélla era una oportunidad única para ascender. Decidió dejarse bigote desde aquel día; convertirse en mexicano por unas semanas era el sacrificio que tenía que pagar a la diosa libertad. Pues lo pagaría con gusto, pensó mientras divisaba el barco que le llevaría a Texas.

México D. F., 20 de mayo de 1915

La ciudad era un hervidero de gente aquella mañana. La plaza mayor estaba a rebosar. Algunos con sus puestos de fruta o vendiendo toda clase de cacharros, otros entrando en la gran catedral o mendigando por las esquinas de la ciudad. La plaza era una pequeña muestra del país. Indígenas, criollos y extranjeros se juntaban por las calles, pero sin mezclarse, ignorándose unos a otros.

Cuando el dirigible comenzó su maniobra de aproximación, nadie se percató de que en el cielo de la ciudad una gran figura blanca se acercaba lentamente, pero cuando la mancha se convirtió en un gigantesco globo, todo el mundo se paralizó, comenzó a hacer corrillos y señalar al cielo.

El dirigible comenzó a descender lentamente, la gente se apartó hasta que la gran cabina descansó sobre la plaza empedrada. Nadie se atrevió a acercarse al aparato, ni siquiera la autoridad pertinente. Esperaron alrededor, sin casi respirar, hasta que los viajeros comenzaron a descender del aparato. Entonces, de manera espontánea, todos comenzaron a aplaudir.

Hércules y sus amigos intentaron ignorar a la gente, pero al final Alma Reed les dijo que era mejor que saludaran al público.

—Queridos ciudadanos de México —empezó Hércules—, es para nosotros un honor visitar la ciudad que fue el centro de América y es hoy capital de la gran República Federal de México. Deseamos muchos años de prosperidad para esta bendita tierra. ¡Viva México!

La multitud comenzó a aplaudir hasta que un grupo de soldados llegó al lugar y comenzó a dispersar a la gente.

—Soy el capitán Ayala, bienvenidos a México. Varios de mis hombres escoltarán el aparato, ustedes deben acompañarme para un interrogatorio.

Hércules se dio la vuelta y se dirigió al capitán.

—Quédese en su nave, si necesitamos algo de usted nos pondremos en contacto. Muchas gracias por todo.

El capitán Samuel asintió con la cabeza. El grupo se alejó escoltado hasta el Palacio Nacional. Una vez en el edificio, un coronel comenzó a interrogarles.

—¿Cuáles son sus intenciones? ¿Para qué han venido a México?

—Estamos de paso —dijo Hércules intentando no entrar en detalles—. Admiramos la cultura mexicana y queríamos ver algunos de sus monumentos.

—Entiendo. Mis hombre registrarán el aparato. Si encontramos armas o cualquier otro tipo de mercancía ilegal tendrán que responder ante la justicia mexicana —dijo el coronel.

—Necesitamos que se hagan cargo de un herido, un polizón que intentó estrellar el aparato —dijo Hércules.

—No se preocupen.

—No transportamos nada, hemos venido para conocer México —dijo Alicia enfadada.

—Señorita, estamos en guerra, no podemos abrir nuestras puertas a cualquiera sin controlar su procedencia.

—Ha comprobado nuestros papeles y todo está en regla —dijo Lincoln.

—Sí, pero quiero que sepan que durante su estancia en el país tendrán una escolta de protección. El capitán Ayala los escoltará, cualquier cosa que necesiten pídanla a él.

—Entendido —dijo Hércules.

Se levantaron y saludaron al coronel, pero justo en el momento en el que se disponían a salir, un hombre vestido de militar, con una larga barba gris y unos largos bigotes, se paró enfrente de ellos. El coronel se puso firme y el hombre le hizo un gesto para que descansara.

—¿Son ustedes los que han venido en el dirigible?

—Sí —contestó Hércules.

Alma Reed dio un paso al frente y saludó al hombre.

—Presidente Carranza, reciba un saludo de...

EL hombre frunció el ceño. Reconoció al instante a la periodista y se dirigió a ella alzando la voz.

—¿Cómo se atreve a venir a Ciudad de México? Sus crónicas incendiarias ponen en nuestra contra al pueblo norteamericano.

—Simplemente narro lo que veo —se defendió Alma.

—¿Lo que ve? No sabe nada de México y sus verdaderos problemas —dijo el presidente Carranza, que comenzaba a ponerse rojo.

—Por eso estoy aquí, para que me dé su versión de los hechos.

El presidente dio la espalda a la mujer y se dirigió al resto del grupo.

—Están ustedes invitados a una cena de gala que tendremos esta noche. Estoy seguro que la buena gente de la ciudad querrá conocerles.

Después se dirigió a la periodista y le dijo:

—Usted también puede venir, pero espero que sea imparcial, de lo contrario la pondremos de patitas en la frontera. ¿Entendido?

Alma no se inmutó, se limitó a quedarse en silencio.

—Será un honor, aunque tendremos que buscar ropa adecuada —dijo Hércules agarrando su chaqueta.

—El capitán les llevará a mi sastre particular. Pídanle cualquier cosa que necesiten. Bienvenidos a México.

El presidente desapareció por la puerta y el grupo abandonó la sala. Se dirigieron a la gran plaza.

—¿Dónde quieren alojarse? —preguntó el capitán Ayala.

—Creo que seguiremos en el dirigible de momento —dijo Hércules.

—Les llevaré al sastre y después pueden comer algo.

—Me parece estupendo —dijo Hércules.

Los cuatro acompañaron al capitán y dos soldados por las calles del centro de México. Tenían poco tiempo, pero querían disfrutar de su estancia en la ciudad al máximo.

Muy de cerca les seguían otros tres hombres; uno de ellos era el general Buendía. Sabría esperar el momento para cumplir su misión, los hombres jaguar habían perseguido y cazado a sus presas durante siglos; solo tenía que buscar el momento oportuno.

México D. F. 20 de mayo de 1915

El embajador alemán Bernstorh miró por la ventana y observó a la multitud que se agolpaba alrededor del dirigible, después cerró las cortinas y pensó que aquella ciudad no dejaba nunca de sorprenderle. Su destino en México al principio lo había tomado como una especie de castigo, pero cada día disfrutaba más su exilio forzado. Las cosas en Europa no marchaban bien y, aunque en México continuaba la guerra civil, los mexicanos vivían como si las cosas no les afectaran realmente. Lo único que ensombrecía su trabajo era el regreso de Hintze al país. Aquel viejo zorro siempre estaba urdiendo alguna conspiración y criticaba su supuesta pasividad.

Naturalmente, el viejo de Hintze era incapaz de entender las nuevas sutilezas de la diplomacia. Él había enviado a Félix Sommerfeld a negociar con Pancho Villa, mientras el encargado de los negocios, Rudolf von Kardorff, el engreído aristócrata, seguía tratando con el presidente Carranza.

—Señor embajador, el honorable Hintze pide ser recibido —dijo el secretario, sacando al embajador de sus pensamientos.

—Hágale pasar.

El viejo Hintze entró en la sala cojeando. Sus huesos comenzaban a fallarle, pero su gélida mirada azul no parecía endulzarse con la edad.

—Embajador —dijo el anciano sin extenderse en el protocolo.

—Querido Hintze, me alegro de verle por aquí.

—Preferiría estar en cualquier otro lugar, este clima tan seco me mata, pero un alemán tiene que vivir para su kaiser, no lo olvide, Bernstorh.

—Todos nosotros estamos aquí para servir a Alemania —refunfuñó el embajador.

—La guerra no se gana únicamente en las trincheras, eso lo sabe cualquier idiota. En la retaguardia es donde nuestro enemigo es más débil. ¿Sabe algo de Félix Sommerfeld?

—Llevamos tres días sin recibir ninguna comunicación, pero es un hombre muy capaz y sé que logrará convencer a Pancho Villa.

—¿Muy capaz? Ese tipo adora México, es una especie de mestizo.

—Su madre era norteamericana, pero no creo que eso sea ningún problema —comentó el embajador.

—Usted no ve ningún problema en nada —contestó el viejo Hintze.

—Por ahora ha cumplido con su deber.

—¿Sabe cómo va el cargamento?

—Está en camino. La verdad es que ha sido una jugada maestra, no pensé que pudiéramos hacerlo, pero nuestros servicios secretos funcionan a la perfección.

—No nos confiemos, los británicos y los norteamericanos no se van a quedar de brazos cruzados.

—Estaremos atentos —dijo el embajador.

—Ha llegado a la ciudad el grupo de extranjeros en un dirigible. Será mejor que estemos atentos, creía que nuestros hombres se iban a ocupar de ellos.

—Algo debe haber fallado. Los tendremos vigilados.

Hintze se dirigió a la puerta cojeando. Justo en el umbral se volvió, y mirando a los ojos de Bernstorh, le dijo:

—Las cosas en Alemania no van bien. La guerra se prolonga más de lo esperado. Si no impedimos que los Estados Unidos entren en guerra, podríamos perder. No lo olvide.

—Lo tengo presente cada día, pero es difícil confiar en los mexicanos. Lo estamos intentando con el general Huerta, pero me temo que nos ha vuelto a engañar y Pancho Villa no es mucho mejor. Los mexicanos anteponen sus intereses a su palabra de honor.

—Ya lo sé, por eso hemos de actuar con astucia. El kaiser nos ha pedido personalmente que desencadenemos una nueva guerra mexicano estadounidense antes del otoño y eso es exactamente lo que vamos a hacer.

México D. F., 20 de mayo de 1915

Alicia estaba frente al espejo. Su figura esbelta destacaba en el vestido azul de terciopelo. Se recogió el pelo rojo y miró sus mejillas pecosas y pálidas. Lincoln parecía prestarle de nuevo un poco de atención. No eran señales claras, pero el norteamericano no era un hombre directo y seguro de sí mismo.

Una fiesta era lo último que pensaba que harían en México, se había acostumbrado a vivir bajo la tensión de perseguir algo o a alguien, pero no podía negar que le alegraba la oportunidad de lucir un bonito vestido y por unos momentos recuperar su vida normal. Escuchó un ruido en el pasillo y abrió la puerta. Hércules y Lincoln discutían sobre la conveniencia de entregar a su prisionero o no entregarlo.

—Es un asesino y es mejor que lo entreguemos a las autoridades mexicanas —dijo Hércules.

—Las autoridades mexicanas no tienen jurisdicción sobre él, en cuanto le entreguemos le soltarán y acudirá a los que le enviaron —dijo Lincoln.

—Es lo único que podemos hacer. Además ya están advertidos y a esta hora ya estará entre rejas —dijo Hércules.

—Le soltaremos cuando hayamos encontrado al profesor Gamio y abandonemos la ciudad.

Alicia se acercó a sus amigos y se puso del lado de Lincoln.

—Aquí está a buen recaudo, antes de marcharnos le soltaremos.

—Pero es un asesino —dijo Hércules.

—Lo dejaremos en manos de la justicia mexicana, si es lo que desea —dijo Lincoln—, pero cuando nos vayamos a ir. Puede que las autoridades nos hagan preguntas incómodas sobre nuestra verdadera misión.

—Está bien —se resignó Hércules—. Entonces será mejor que se lo digamos al capitán Ayala.

—Estás guapísima —le dijo Hércules a Alicia al observar su vestido.

—Gracias.

—El capitán Ayala no te quita ojo —bromeó Hércules.

Lincoln frunció el ceño y miró a Alicia. Estaba realmente hermosa. Sintió deseos de abrazarla y dar el paso definitivo, pero pensó que necesitaría tomar una copa para reunir el valor necesario.

—¿No vamos? —preguntó Hércules.

Los tres se dirigieron a la fiesta. Aquella noche debían olvidarse de todo y disfrutar, pero alguien tenía otro plan para ellos.

México D. F., 19 de mayo de 1915

—La jugada es maestra —dijo uno de los hombres.

—¡Colosal! —exclamó el otro emocionado. —Mientras Carranza y Villa se aplastan, nuestra marioneta, el general Huerta, tomará el poder en México. Cuando hayamos pacificado el país, ya no lo necesitaremos y nos enfrentaremos a nuestros enemigos, los Estados Unidos. Tenemos que recuperar lo que es nuestro —dijo el hombre.

—Los alemanes nos pedirán la concesión de las prospecciones petrolíferas —dijo el otro hombre.

—No quiero injerencias extranjeras en México, llevamos demasiados años dependiendo de los extranjeros. Nacionalizaremos el petróleo.

Los dos hombres se ajustaron el esmoquin. Aquella fiesta era la demostración de su poder, pero el presidente Carranza estaba convirtiéndose en un estorbo. El poder de los hombres jaguar era grande, pero todavía no lo suficiente. Debían actuar con precaución.

—El general Buendía me ha propuesto un plan perfecto para deshacernos de los extranjeros. Lo llevará a cabo esta misma noche —dijo el hombre.

—Estoy impaciente —comentó su compañero.

Los dos salieron al gran salón. Estaba repleto de gente. La alta sociedad de la ciudad se había reunido en el palacio. En los últimos años, la guerra y el terror habían impedido aquel tipo de celebraciones. Los revolucionarios no defendían el México ancestral en el que los hombres nacían y morían en el puesto que los dioses les habían designado, defendían los derechos de los campesinos, pero en el verdadero orden, cada uno ocupaba un lugar. La revolución era una peste que había que exterminar antes de que terminara de matar el tejido social de México.

México D. F., 20 de mayo de 1915

Alicia se asombró de la belleza de las mujeres mexicanas. Rubias, morenas, castañas, con los tonos de piel más variados, desde la palidez extrema hasta el tono más cobrizo. Sus vestidos de seda de vivos colores contrastaban con la sobriedad del Madrid en donde había pasado su juventud; en el fondo le recordaban a su vida en Cuba, antes de que su padre tuviera que volver a España.

El gran salón albergaba a más de quinientas personas, la alta sociedad de México que, después de décadas escondiéndose de los revolucionarios, de nuevo volvía a salir a la luz. Todos los miraban, especialmente a ella. Era la única mujer pelirroja de la fiesta y en muchas culturas el pelo rojo era símbolo de brujería. Lincoln también llamaba la atención, en aquella cultura criolla y mestiza en parte un negro seguía siendo una figura exótica en la alta sociedad.

Los tres se dirigieron a uno de los amplios sofás pegados a la pared y se sentaron juntos.

—Creo que somos el centro de la fiesta —bromeó Hércules.

—Es normal, no todos los días ven llegar a unos extranjeros en dirigible —dijo Alicia.

—No creo que sea solo el dirigible. Para ellos somos un grupo singular. Un español, un norteamericano y una bella cubana —dijo Hércules.

—Querrá decir un negro —comentó Lincoln incómodo.

—Ya está otra vez. Sus prejuicios son más profundos que los del resto del mundo —dijo Alicia enfadada.

—¿Prejuicios? No sabe de lo que habla —dijo Lincoln subiendo el tono de voz.

—Por favor, nos miran. Será mejor que se relajen y disfruten. Seguramente será la última vez en este viaje que podamos hacerlo —dijo Hércules.

El presidente Carranza entró en la sala y la música paró por unos instantes. Después volvieron a sonar los violines y la gente continuó bailando, charlando y comiendo.

—Señores y señorita, me alegra verlos aquí esta noche —dijo el presidente dirigiéndose a los tres.

—Es un honor —comentó Alicia.

—No somos amigos de las fiestas, pero una ocasión así lo merecía —dijo Hércules.

—Nuestro país está atravesando un momento difícil, pero México siempre ha sabido resurgir de sus cenizas —dijo el presidente.

—Nos alegra su optimismo —dijo Alicia.

—¿Conocen el origen de nuestro pueblo?

—Vagamente, señor presidente —dijo Hércules.

—El pueblo de los mexicas es uno de los más jóvenes de Centroamérica. Somos un pueblo peregrino, en eso nos parecemos un poco a los judíos, eso sí, sin su amor desmedido al dinero —bromeó el presidente.

—¿Un pueblo de peregrinos? —preguntó Lincoln—. Como los norteamericanos.

—Sí, pero con la diferencia de que nuestro pueblo emigró unido en el algún momento de los siglos XI y XIII de nuestra era. Se desconocen las causas reales, pero al parecer huían de unos señores tiranos que reinaban en la isla de Aztlán.

—¿Aztlán? —preguntó Lincoln, como si nunca hubiera escuchado ese nombre.

—Nunca nadie regresó de Aztlán ni volvió allí, por eso muchos creen que se trata de un mito. Una especie de Atlántida americana —dijo el presidente.

—Es increíble —dijo Alicia.

—Dicen que la isla perdida de Aztlán es una de las más ricas del mundo y que allí se oculta el secreto del origen del pueblo mexicano.

—Fascinante —dijo Alicia.

—Pero el que sabe realmente de eso es nuestro eminente profesor Manuel Gamio, aunque desafortunadamente no está en la ciudad, se encuentra en una excavación arqueológica en Durango, al norte de aquí —dijo el presidente—. Discúlpenme, el deber me llama.

El presidente Carranza les dejó y se dirigió a un grupo cercano.

—El profesor Gamio no está en la ciudad —dijo Hércules.

—Pues será mejor que nos marchemos cuanto antes. Él es el único que puede hablarnos del código robado y de esos hombres jaguar —dijo Lincoln.

—Mañana mismo saldremos para esa ciudad —dijo Hércules.

—¿Iremos en el dirigible? —preguntó Alicia.

—Si el capitán acepta —dijo Hércules.

—Tengo la sensación de ser un prisionero más que la de ser un invitado —comentó Lincoln—. ¿Cree que nos dejarán ir sin más?

—Me temo que no. La conversación del presidente no me ha parecido casual, sabe lo que estamos buscando —dijo Hércules.

El español observó la sala y contempló la presencia discreta de soldados en todas las salidas. El capitán Ayala los observaba desde el otro lado de la sala con su traje de gala.

—Tendremos que buscar una salida —dijo Lincoln.

En ese momento una mujer se acercó hasta ellos. Al principio no la reconocieron. Era Alma Reed.

—Bonita jaula de oro. ¿No les parece? —preguntó la periodista con una copa de champán en la mano.

—De eso estábamos hablando —dijo Hércules.

—El profesor Gamio no está en la ciudad —dijo la periodista.

—Ya lo sabemos —comentó Alicia.

—Tenemos que salir cuanto antes. Saben que venimos del campamento de Emiliano Zapata. Es probable que cuando termine la fiesta nos encierren en una de sus celdas, y las cárceles en México no son ninguna broma —dijo la periodista.

En ese momento, un hombre vestido de negro se acercó discretamente hasta ellos. Sacó una pistola y disparó contra el presidente.

TERCERA PARTE

LA TRAICIÓN DEL HOMBRE JAGUAR

—Valeroso Gutiérrez, me gustaría ir yo mismo a descubrir la tierra de Aztlán, pero Dios me ha encomendado la labor de conquistar este fabuloso imperio —dijo Hernán Cortés a su capitán.

Los españoles parecían fieras feroces con sus barbas espesas y sus ojos ojerosos y fríos. Desde su llegada al continente, los días claros no habían sino apagado su mirada hasta convertirla en tinieblas. Demasiada sangre cubría sus manos peludas y sus uniformes desgastados.

—¿Nos podemos fiar de ese hombre jaguar? —preguntó el capitán, mirando de reojo al azteca.

—Querido Gutiérrez, en esta vida solamente podemos fiarnos de la bendita Virgen —contestó Cortés con la media sonrisa que tanto atemorizaba a sus hombres.

—Señor, preferiría que enviarais a otro, yo quiero permanecer con vos en la batalla.

—Tu viaje nos dará la victoria, tenlo por seguro. Por eso solo dispones de siete días para encontrar la fabulosa isla y regresar.

—¿Siete días? Es imposible.

—Lo único imposible es no obedecer una orden de tu comandante —dijo Cortés molesto—. Os he prometido oro, riquezas y títulos, pero a cambio exijo obediencia. ¿Es mucho pedir, capitán?

—No, pero me resisto a separarme de vos —dijo el capitán, temeroso.

—Yo tengo ojos en todas partes —dijo amenazante Cortés.

El capitán miró a la docena de españoles que le acompañarían en su viaje, al centenar de indios y al hombre jaguar. Sintió un escalofrío en la espalda, sabía que se enfrentaba a fuerzas ocultas. Había escuchado muchas leyendas sobre aquel maldito lugar de Aztlán y lo último que deseaba era ir en su búsqueda.

La bruma se abrió de repente y algo parecido a un formidable río apareció delante de sus ojos. La fiebre apenas le daba tregua. Durante un par de días le habían transportado en una litera improvisada, pero al menos hoy se sentía con fuerzas para caminar por sí mismo.

El hombre jaguar señaló al horizonte, pero el español únicamente vio una fabulosa catarata y un gran lago.

—¿Qué señalas? —preguntó enfadado.

—Aztlán —dijo el hombre jaguar con su acento áspero.

—No veo ninguna isla, ni siquiera el mar.

—Aztlán —dijo de nuevo el indio señalando el horizonte.

Las lagunas había devorado a varios de los españoles y media docena de indios, pero el capitán no había perdido la esperanza, temía más a Cortés que a la muerte.

Camaron un hora más antes de llegar frente a la colosal catarata. El sonido del agua era ensordecedor, pequeñas gotas les salpicaban el rostro como en una lluvia interminable. El capitán miró temeroso la cortina de agua, después se dirigió al hombre jaguar.

—¿Dónde está esa maldita isla?

—Aztlán —repitió el indígena señalando la inmensa cascada.

El español rezó una breve oración entre dientes cuando las débiles barcas se acercaron a la catarata. El agua tronaba hasta casi reventarles los tímpanos y la corriente les llevaba a pesar de remar con todas sus fuerzas. Cuando llegaron a la base misma de la gran catarata, las barcas comenzaron a inundarse. Dos de ellas se volcaron y los cuerpos de varios indios flotaron en el agua hasta que la corriente se los tragó. El capitán remó con todas sus fuerzas mientras su cuerpo, calado hasta los huesos, comenzaba a flaquear. De repente atravesaron la muralla de agua y un sol brillante le cegó los ojos. Cuando pudo ver de nuevo observó una gran isla en mitad de un gigantesco cráter.

—Aztlán —dijo el hombre jaguar señalando la frondosa isla.

México D. F., 20 de mayo de 1915

La música del vals apenas amortiguó el sonido de la bala que atravesó la sala e impactó en el pecho de uno de los invitados. Dos guardaespaldas sacaron del salón a toda prisa al presidente. El disparo había salido del lado donde Hércules y sus amigos estaban, pero cuando se dieron la vuelta no vieron a nadie.

El capitán Ayala se dirigió hacia ellos con un revólver en la mano, escoltado por dos soldados. Hércules se dio cuenta enseguida de lo que había sucedido.

—Lincoln, por la terraza —dijo el español señalando la balconada.

Alicia se movió torpemente con el inmenso traje, pero los cuatro llegaron al balcón y se lanzaron al jardín. Afortunadamente los soldados del jardín habían entrado en la sala al escuchar los disparos.

—Tenemos que encontrar una salida —dijo Hércules al observar la tapia.

Los soldados empezaron a disparar desde el balcón y ellos corrieron hasta una de las partes más frondosas. Allí, en medio de los árboles, había una pequeña puerta disimulada entre las flores. Lincoln sacó su pistola y disparó dos veces antes de que la cerradura estallara.

—Rápido —dijo Hércules.

Los soldados se acercaron hasta ellos y las balas comenzaron a silbar sobre sus cabezas. Lincoln respondió al fuego con su pistola mientras el resto escapaba por la purria, después la cerró. Los cuatro corrieron por la gran explanada empedrada. A pesar de ser de noche, una multitud seguía recorriendo los puestos ambulantes, comiendo alegremente en mitad de la luminosa noche mexicana.

Se encaminaron hasta el dirigible. Enfrente de la cabina, dos soldados mataban las horas fumando un cigarrillo. A Hércules y sus amigos no les costó mucho desarmarles. Corrieron hasta el interior. El capitán Samuel estaba medio dormido en una de las grandes butacas de la sala principal.

—¡Deprisa, tenemos que partir de inmediato! —gritó Hércules.

Samuel corrió a la cabina y encendió los motores. Su rugido de los motores asustó a la multitud. El dirigible inició el ascenso mientras las balas comenzaban a silbar por todos lados. Lincoln se encaramó a la escalinata y respondió al fuego. Cuando el dirigible voló por encima de las farolas comenzó a volverse invisible, pero los fusiles de los soldados no dejaban de lanzar sus dardos de fuego. Una vez que dejaron de estar a tiro, Lincoln cerró la puerta y se dirigió a la cabina.

—Espero que no nos hayan alcanzado —dijo a Lincoln al entrar.

—Es imposible, notaríamos la descompresión —comentó el capitán, después se dirigió hacia Hércules sin soltar el timón—. ¿Puede saberse qué ha sucedido?

—Alguien disparó al presidente y los soldados debieron de creer que habíamos sido nosotros, porque comenzaron a dispararnos sin mediar palabra —dijo Alicia.

—No puede ser —dijo sorprendido el capitán.

—Desde el principio fuimos sus prisioneros —comentó Alma Reed.

—¿Adónde nos dirigimos? —preguntó el capitán.

—El presidente nos dijo que Manuel Gamio está en una prospección arqueológica cerca de Durango —dijo Hércules.

—Tenemos poco combustible, no pude cargar los depósitos —comentó el capitán.

Todos se reunieron en el gran salón. Alma Reed miró a los tres amigos y no pudo evitar ser directa.

—Sé que no es asunto mío, pero una periodista es siempre una periodista. ¿Por qué tienen tanto interés en ver al profesor Manuel Gamio?

Hércules miró a sus compañeros. Alma parecía una mujer de fiar, pero no dejaba de ser una periodista. Alicia se aproximó a la norteamericana y le dijo:

—Hubo un robo en la Roy al Academy of Arts, un códice del monje Bernardino de Sahagún. Al parecer los ladrones eran mexicanos, el gobierno británico nos encargó encontrar el códice y devolverlo a Inglaterra —explicó Alicia.

—Lo leí en un periódico de hace unas semanas —dijo Alma.

—El caso es que el robo pudo ser perpetrado por un grupo llamado «los hombres jaguar» —dijo Lincoln. —¿«Los hombres jaguar»? —preguntó la periodista.

—¿Ha oído hablar de ellos? —preguntó Hércules arqueando la ceja.

—Creo que eran una especie de cuerpo de élite en el ejército azteca —comentó la periodista.

—Encontraron a algunos de los ladrones asesinados, se les había extraído el corazón vivos, lo mismo que a algunos marineros del *Lusitania* antes de que el barco partiera de Nueva York —dijo Lincoln.

—¡Qué extraño! —dijo la periodista.

—No deja de ser una mera coincidencia —dijo Hércules.

Lincoln miró serio a su amigo. Los indicios eran vagos, pero no parecían tener una explicación razonable.

—¿Cuántas personas conoce a las que les dé por arrancar el corazón de la gente viva? Además, apenas hay unas semanas de diferencia entre ambos casos, por no añadir la muerte del famoso empresario de minas... ¿cómo se llamaba? —dijo Lincoln girándose hacia Alicia.

—Su nombre era William Broderick Cloete —dijo la mujer.

—Era muy conocido en México, su postura fue ambigua con respecto a la revolución, aunque en la actualidad apoyaba la causa de Carranza. He escuchado rumores de que en el barco había armas no declaradas —comentó Alma Reed.

—¿Armas? Era un barco civil, que transportaba a pasajeros —dijo Lincoln.

—Seguramente el gobierno norteamericano pensó que era la mejor forma de proteger el cargamento —dijo Alma.

—¿Poniendo en peligro la vida de civiles? Imposible —respondió Lincoln.

—Usted cree que todo el mundo es bueno —dijo Hércules—, pero me temo que la realidad es muy distinta.

Lincoln refunfuñó y todos se quedaron en silencio.

—Se ha abierto una investigación y quiere acusarse al capitán Turner de negligencia. El Almirantazgo y el gobierno norteamericano niegan que hubiera armas en el barco. Lo que parece claro es que alguien retiró la escolta del barco poniéndolo en serio peligro —dijo la periodista.

—¿Dónde está la conexión con los mexicanos muertos en Nueva York? —le preguntó Hércules a Lincoln.

—Cabe la posibilidad de que los mexicanos supieran todo, como el asunto del cargamento de armas y municiones —dijo Lincoln molesto.

—Después, sus compañeros robaron un código en Londres. Todo tiene mucho sentido —dijo irónicamente Hércules.

—El caso es que se está investigando a Winston Churchill y su posible responsabilidad en todo el asunto —dijo Alma Reed.

—Será mejor que nos centremos en recuperar el código —dijo Alicia.

—Estoy de acuerdo —dijo Hércules estirándose en el respaldo.

El dirigible viró bruscamente y todos se movieron hacia un lado. Hércules y Lincoln corrieron hasta la cabina.

—¿Qué sucede? —preguntó Hércules.

—Hay que aterrizar. No es recomendable navegar por la noche. Podemos chocarnos con una montaña. Ya estamos muy lejos de la ciudad de México, y aunque estuvieran cabalgando toda la noche no nos alcanzarían —dijo el capitán Samuel.

—Será mejor que descansemos, los próximos días no van a ser fáciles —comentó Hércules al resto de sus compañeros. Después tomó un rifle y dijo—: Yo haré la primera guardia de la noche.

Los hombres de Ulises Brul cruzaron la frontera y se dirigieron al galope hacia Chihuahua. Cualquiera los habría confundido con un grupo de cuatrerros o de revolucionarios de regreso a su campamento. Sus ropas estaban gastadas y habían evitado cualquier símbolo que los pudiera identificar con el ejército de los Estados Unidos. Tenían prohibido hablar inglés entre ellos, no podían cometer ningún error. Su misión era clara. Llegar a la ciudad, matar a Pancho Villa y regresar a los Estados Unidos. No debían dejarse capturar con vida, en el caso de ser arrestados no podían delatar su condición de soldados ni de norteamericanos.

Ulises cabalgaba delante de sus doce hombres. Apenas los conocía, pero por su aspecto debía tratarse de la peor calaña del ejército. Respiró hondo y el frescor del desierto nocturno inundó sus pulmones. Llevaba mucho tiempo lejos de las tierras áridas de su infancia, pero no podía evitar que aquella llanura interminable le sedujera por completo. Pensó en su esposa Jenny; llevaban apenas tres meses casados y ahora se enfrentaba a la misión más difícil de su vida, para complicar un poco más las cosas. Convertirse en asesino no era su idea de servir a la república.

Había visto a Pancho Villa en los periódicos, aunque creía que no sería muy difícil dar con él. Debían trazar un plan cuidadoso, no tenían que matarle simplemente, debían escapar con vida. Si trascendía la implicación del gobierno norteamericano las consecuencias podían ser terribles.

El sol comenzó a despuntar por el horizonte. Ulises ordenó a sus hombres que se detuvieran un momento. Observó cómo la negrura se convertía en un lienzo de naranjas y rojos, poco a poco la luz de México lo inundó todo. Aquella luz que era capaz de cegarte los ojos, que inundaba el alma rota y la convertía en dichosa con su simple contacto.

El general Buendía prefería los caballos, pero el tren era mucho más rápido y cómodo. Los extranjeros le llevaban más de doce horas de ventaja y ese artilugio volador parecía ir más rápido que cualquier transporte terrestre. Sus planes habían fracasado, los extranjeros habían escapado con vida, pero no lograrían sobrevivir por mucho tiempo. Él conocía el terreno mejor que ningún soldado del ejército federal. Sus hombres eran los más fieros, astutos y rápidos. Además, estaba bajo la protección de los dioses de sus antepasados.

Observó el paisaje por la ventanilla. Tierras fértiles, sembradas de maíz y todo tipo de frutas. Aquella hermosa tierra merecía renacer de nuevo, romper las ataduras que les habían traído los hombres extranjeros y recuperar su destino. El códice les ayudaría a encontrar el camino de vuelta a casa; cuando se cumpliera la profecía, el último *Rey tlatoani* reinaría de nuevo y los mexicas recuperarían su imperio.

El general Huerta tenía el mapa. Así se lo había dicho al gran maestro de los hombres jaguar. Cuando se encontraran en el norte, se pondrían de camino a Aztlán y entonces nadie podría detenerlos. Estaba impaciente por contemplar con sus propios ojos la isla de la que provenían sus antepasados, pensó mientras sus ojos negros se reflejaban en el cristal. Tomó el códice y lo abrió. El libro estaba escrito en castellano del siglo XVI y en náhuatl. Observó el relato del viaje de Gutiérrez a Aztlán. Sintió la emoción que aquel invasor debió experimentar cuando observó los inmensos palacios, las gigantescas pirámides y la fabulosa belleza de la isla. Después volvió a cerrar el códice. Los hombres jaguar habían regresado para vengarse y regarían de nuevo la tierra con la sangre de sus enemigos.

En algún lugar al norte de México D. F., 21 de mayo de 1915

Todos descansaban, pero Hércules permanecía despierto con la mirada perdida en el horizonte. No terminaba de acostumbrarse al hermoso espectáculo del mundo a sus pies. El valle de México era una fértil llanura que se extendía a lo largo de cientos de kilómetros. Las montañas comenzaban a despuntar a lo lejos, pero el lienzo de verdes, rojos y marrones parecía no tener fin. Los lagos rompían la monotonía de la paleta hasta convertir el horizonte en un espejo que pasaba del color plata al azul intenso.

—Es lo más bello que he contemplado nunca —dijo la voz de Alma a su espalda.

—El hombre puede volar. ¿No le parece increíble? —preguntó Hércules sin dejar de mirar el horizonte.

—Somos capaces de hacer lo que nos proponamos, lo bueno y lo malo. Cuánto poder en seres tan débiles.

—El único misterio que se nos resiste es la muerte —dijo Hércules.

—Pues en México saben mucho al respecto. No he dejado de ver muertos desde que llegué. Al principio estuve en Veracruz, allí las cosas parecen más tranquilas, pero cuanto más al norte, más muerte y desolación —dijo Alma.

—¿Por qué ha venido aquí?

—Soy periodista. Tengo que informar de lo que sucede por el mundo —dijo Alma sonriente.

—¿Realmente le interesa a alguien lo que sucede aquí? Hombres que mueren por ideales, por un pedazo de tierra, demasiado cansados para seguir adelante —dijo Hércules mirando con sus grandes ojos negros a la mujer.

—El mundo es cada vez más pequeño. Lo que sucede aquí afecta a mis compatriotas. Hay gente al otro lado de la frontera que teme una invasión mexicana, el petróleo cada vez tiene más importancia...

—He viajado mucho en estos últimos años, créame, y el hombre es igual en todas partes: ambicioso, cruel, generoso e imprevisible.

—He escuchado de sus hazañas. Al parecer su amigo Lincoln, además de ser su fiel compañero, escribe sus aventuras.

—Excentricidades de un norteamericano. No sé a quién le puede interesar nuestra vida. Somos como motas de polvo en la Historia.

Alma Reed se aproximó al cristal y tuvo la sensación de flotar sobre las nubes. Después se dio la vuelta y miró la cara de Hércules.

—¿Por qué dejó España?

—¿España? Llevo más de un año fuera de allí, pero he pasado la mayor parte de

mi vida en Cuba y otros países; era marinero.

—¿Marinero? Que vida tan apasionante —dijo Alma emocionada.

—El mar es más rutinario de lo que puede parecer a simple vista. ¿De dónde es usted?

—De San Francisco.

—¿De San Francisco? Dicen que es una ciudad interesante.

—Hasta que se descubrió el oro era un pequeño pueblo de pescadores.

—Conocí a otra mujer periodista hace mucho tiempo, Helen Hamilton.

—No puede ser. ¿Usted conoció a Helen Hamilton? Cuando estudié en la universidad nos hablaban de ella, la mujer periodista que estuvo de corresponsal en una guerra. ¿Cómo era?

—Además de ser la mujer más guapa que he conocido, era inteligente, decidida, pero al mismo tiempo algo tímida y sensible. No lo tenía fácil en un mundo de hombres. —Sigue sin ser fácil —dijo Alma algo seria.

—Pues creo que usted se desenvuelve perfectamente entre los revolucionarios.

Alma se rió a carcajadas. Hércules la miró sorprendido. No esperaba ese tipo de reacción en ella, siempre tan seria y profesional.

—Perdone, pero no puede ni imaginar el miedo que pasé al principio.

En ese momento entró el capitán Samuel y tomó los mandos de la nave.

—Descanse un poco, Hércules. Si seguimos con el viento a favor, podremos alcanzar los cuarenta kilómetros por hora y en doce horas estaremos muy cerca de Durango.

Hércules se despidió y se dirigió hasta su camarote. En un par de butacones descansaban acurrucados Alicia y Lincoln. El español sonrió mientras caminaba por el pasillo. Había cosas que no cambiaban nunca, pensó mientras entraba en su camarote.

El barco atracó en el puerto. Después de una semana a bordo, Diego Rivera sentía la necesidad de pisar tierra firme. No podía negar que la compañía del general era agradable; el anciano sentía interés por casi todos los temas y tenía nociones de pintura, pero deseaba llegar a México y pasar página.

Diego cogió su equipaje, bajó por la pasarela y buscó un taxi para que le llevara a la estación de autobuses, de allí iría a Monterrey e intentaría ponerse en contacto con su amigo Alfonso Reyes Ochoa, que era el que le había metido en todo este lío, le daría la copia del mapa y se marcharía a Yucatán. Necesitaba un periodo de descanso, llevaba semanas sin pintar y necesitaba volver a tomar los pinceles.

El general Huerta lo llamó desde la cubierta y bajó rápidamente del barco.

—¿Se marchaba sin despedirse?

—Disculpe general, pero estaba deseando pisar tierra firme. Tomo el primer autobús que salga para México.

—Pensé que a lo mejor se animaría a acompañarme a San Antonio.

—Imposible, pero gracias por la invitación —dijo Diego saliendo del paso.

—Lástima, quería presentarle a unos buenos amigos norteamericanos apasionados por el arte mexicano, tendrá que ser en otra ocasión.

Diego le miró por unos momentos, aquel viejo sabía cómo dominar la situación, pero esta vez su deseo de deshacerse del general al era mayor que su ambición, aunque por otro lado era preferible dirigirse a El Paso y desde allí viajar a Chihuahua.

—De acuerdo, le acompañaré hasta San Antonio y allí nos separaremos.

—Me alegra mucho que sigamos juntos esta parte del camino. Está claro que el destino ha unido nuestros pasos —dijo el general Huerta sonriente.

El dirigible aterrizó a las afueras de Durango. Lo último que querían era llamar la atención. Compraron unos caballos y se dirigieron a la ciudad. La Victoria de Durango era una ciudad pequeña cuyo único hecho notorio había sido dar el primer presidente a México. El clima era caluroso y el desierto comenzaba a predominar en el paisaje, aunque aún se podía ver mucha vegetación hacia la costa oeste.

Alicia había recuperado la alegría en los últimos días, su relación con Lincoln parecía estrecharse de nuevo. Podía encontrárseles juntos a todas horas. Hércules prefería verlos así que todo el día discutiendo. Él se había dedicado a descansar o a charlar con Alma Reed, aquella mujer era una de las personas más interesantes que había conocido en los últimos años. No era guapa, pero tenía una fuerza interior que no lo dejaba indiferente. Aquella mujer amaba al pueblo mexicano con esa clase de amor del que solo es capaz el que ha elegido voluntariamente sentirlo.

Durango permanecía fiel al ejército federal y al presidente Carranza, a pesar de estar cerca de Chihuahua y de las tropas de Pancho de Villa, por eso por eso debían extremar las precauciones. Al llegar de México D. F., los hombres de Villa podían pensar que eran espías.

Entraron a la ciudad y Alma les llevó a una pequeña casa donde se alquilaban habitaciones. Estaba en la zona pobre de la ciudad, allí eran mayoría los partidarios de Pancho Villa. Después les aconsejó que no salieran de la casa, y les aseguró que ella iría a buscar a Manuel Gamio, pero Hércules insistió en acompañarla.

Las calles de Durango estaban impolutas y era extraño ver a mendigos o vendedores ambulantes como en Ciudad de México.

—Durango parece una ciudad tranquila —dijo Hércules.

—Está dominada por dos o tres familias, aquí la revolución no ha llegado a cuajar del todo. Aunque mis compatriotas se empeñan en venir aquí para rodar películas sobre la revolución —dijo Alma irónicamente.

Se mantuvieron en silencio hasta llegar frente a un pequeño hotel cerca de la plaza de la catedral. El establecimiento lo regentaba una anciana de pelo canoso y fuertes rasgos indígenas.

—Buenos días, Dolores —dijo Alma a la distraída dueña.

—Alma, me alegro de volver a verla. Que la Virgen de Guadalupe me la bendiga y a la compañía.

—Gracias, buscamos al profesor Gamio.

—El licenciado está ausente, creo que he encontrado piedras antiguas fuera de la ciudad —dijo la mujer sonriente.

—¿Alguien puede llevarnos hasta él? —preguntó Alma.

—Les llevará mi sobrino Andrés. ¡Andrés! —gritó la mujer. Al momento apareció un jovencito de unos doce años, vestido todo de blanco y con el pelo repeinado a un lado—. Lleva a los señores hasta el campamento del licenciado Gamio.

El chico no abrió la boca, les sonrió y tomó su burrito atado en la entrada. Ellos lo siguieron a caballo. Después de una hora por caminos solitarios y polvorientos llegaron a una especie de hondonada. La tierra era muy roja y un río turbio la vestía de verde. Algunos vecinos cultivaban cerca de la ribera todo tipo de verduras y de vez en cuando veían a un campesino trabajando en su pequeño campo.

Llegaron a una zona donde la vegetación se espesaba y el río se hacía más caudaloso. Allí, en un pequeño claro, había plantadas dos tiendas de lona marrón.

—No parece que haya nadie —dijo Alma.

—El licenciado está en la cantera —dijo el jovencito, con voz estridente.

Dejaron los caballos y caminaron unos cien metros. Sentado en el suelo, limpiando una pequeña pieza que parecía la imagen de un dios, estaba Gamio. Era muy blanco de piel, aunque tenía el cuello rojo por el sol del campo. Llevaba un casco parecido al de los exploradores africanos y un traje caqui de pantalón largo, a pesar del calor que hacía. Tenía el pelo oscuro, las cejas pobladas y una nariz grande y redonda.

—¡Profesor Gamio! —dijo Alma, con su singular alegría.

El profesor los miró y por unos segundos no reaccionó, como si le costara salir del trance de su trabajo y relacionarse con meros humanos.

—La princesa gringa —bromeó por fin. Dejó con delicadeza la figura en la tierra y abrazó a la mujer. Después miró a Hércules hasta que Alma les presentó.

—Profesor, este es Hércules Guzmán Fox, un español que lleva desde hace días buscándole por todo México.

—Encantado, no sabía que levantaba tantas pasiones —bromeó Gamio muy serio.

—He oído que es la máxima autoridad en la cultura mexicana.

—Una exageración, pero eso lo iré comprendiendo, los mexicanos somos un pueblo cacareador, por eso nos cuesta tanto aprender de los demás.

—Entonces son como los españoles —bromeó Hércules.

—De ellos salimos, al menos en parte. ¿Puedo invitarles a un café?

—Gracias, profesor —dijo Alma.

Los ayudantes del profesor pararon y uno se adelantó al campamento para prepararles el café.

—Realmente esto es una excepción. Ahora me dedico a estar todo el día encerrado entre papeles, el Gobierno me ha encargado la reordenación de las escuelas públicas, un trabajo agotador.

—Imagino —dijo Hércules.

—La mitad del país no obedece al presidente, aunque eso es lo normal en México, herencia española también. Acato pero no obedezco. En las zonas dominadas por Villa, Zapata y otros revolucionarios, hacen las cosas por su cuenta, aunque he de admitir que emplean más plata para las escuelas.

—Yo vengo de Puebla y es increíble lo que Zapata está haciendo allí —dijo Alma.

—Lo lamentable es que cuando los federales lleguen allí desharán lo logrado, ése es otro de los males de mi querido país, solo nos vale lo que hemos hecho nosotros, lo que hacen los demás hay que tirarlo abajo y volver a edificarlo —dijo el profesor Gamio.

—Lo que se cultiva en los hombres es indestructible —dijo Alma.

—En eso tiene razón, por eso acepté el cargo. Mis trabajos se olvidarán algún día, pero si logro que miles de niños aprendan a leer y escribir, mi vida habrá merecido la pena.

Llegaron al campamento y se sentaron en unas sillas plegables. El ayudante les sirvió el café, dejaron que su aroma les relajara por un momento y contemplaron el río y los árboles, mientras el viento comenzaba a soplar con más fuerza.

—Cuando se levanta el viento tenemos que irnos —dijo el profesor Gamio.

—El aire viene caliente —contestó Alma.

—Hay días que nos encontramos el trabajo tapado por la arena, como si por la noche unos duendes malvados jugaran a destruir lo que hemos conseguido por el día.

—Se preguntará que es lo que me ha traído hasta usted —dijo Hércules.

—Hace tiempo que renuncié a entender a los hombres y qué es realmente lo que les mueve. Me conformo con disfrutar de una tranquila charla y tomar un buen café en mitad de la naturaleza, pero por favor, dígame en qué puedo ayudarles.

Hércules permaneció unos segundos callado, como si toda la urgencia de las últimas semanas se hubiera disipado, con la sensación de haber llegado a casa de alguna manera.

—Hace unas semanas se produjo un robo en Londres, el códice de Bernardino de Sahagún fue robado, llevamos todo este tiempo persiguiendo a los ladrones. Sospechamos que el robo está relacionado con Aztlán, esos pobres diablos seguramente lo robaron con la idea de poder llegar a la isla mítica de los aztecas. Por algunos indicios creemos que pertenecen o imitan a la antigua orden de los hombres jaguar.

Gamio lo miró fijamente, aunque Hércules se dio cuenta enseguida de que tenía la mirada perdida; después regresó de algún lugar en sus pensamientos y dijo:

—Los hombres jaguar no son una leyenda, existieron. Durante siglos han sido los guardianes del secreto de Aztlán, hasta que uno de sus maestros se vendió a los

españoles; imagino que ahora quieren recuperar lo que era suyo y que las profecías se cumplan.

—¿Qué profecías? —preguntó Hércules.

Un fuerte viento comenzó a tirar los cachivaches del campamento. Tuvieron que taparse los ojos y recoger todo con rapidez.

—Hay cosas que es mejor susurrar en un rincón, que hablarlas en mitad del viento —dijo el profesor Gamio mientras entraba en la tienda.

San Antonio, Texas, 22 de mayo de 1915

La ciudad era pequeña, pero tenía el encanto de las localidades del sur de los Estados Unidos. La habían fundado un grupo de franciscanos canarios y aún conservaba un pequeño monasterio de impolutas paredes blancas, rodeado de nuevas edificaciones de madera. Los norteamericanos anglosajones eran minoría en la ciudad y si no hubiera sido por las banderas que colgaban en el ayuntamiento, Diego Rivera hubiera tenido la sensación de encontrarse en México.

El general Huerta lo convenció para que descansara en la ciudad y partiera al día siguiente hasta El Paso. Había organizado una cena con varios ciudadanos importantes de la ciudad que defendían la reincorporación de Texas a México, pero que además podían estar interesados en sus cuadros. A Diego no le interesaba mucho la política y a pesar de sentirse profundamente mexicano no veía realista una guerra con los Estados Unidos. En los últimos años había visitado Nueva York, Washington; y otras ciudades, los norteamericanos eran unos enemigos peligrosos y unos vecinos incómodos, por eso era importante vivir en paz con ellos.

La cena se celebró a las afueras de la ciudad, en un rancho situado en el límite de San Antonio. Los dueños de la casa eran la familia Roldan, una de las más poderosas de Texas. Entraron en la finca por un gran arco de mampostería y atravesaron en coche varios kilómetros antes de ver la suntuosa fachada del rancho. El chófer aparcó junto a la entrada principal. Dos mujeres vestidas con cofia y el mayordomo les recibieron en la puerta. El mayordomo les condujo a un gran salón recargado de trofeos de caza. Las cabezas de búfalos, gacelas y pumas, contrastaban con algunas piezas africanas. Cerca de una gigantesca chimenea había dos sillones. El general Huerta se sentó en uno de ellos mientras Diego se movía nerviosamente por la estancia curioseándolo todo.

—Caballeros —dijo una voz varonil desde el quicio de la puerta. Un hombre muy anciano, con el rostro, de piel muy blanca, surcado de arrugas, se acercó hasta ellos. Saludó al general con un apretón de manos y se quedó mirando a Diego Rivera.

—Éste es mi amigo, el pintor Diego Rivera.

—Encantado —dijo el hombre sin mucho entusiasmo. Después miró al general e hizo un gesto para que entrara a la sala contigua.

—No se preocupe por mi amigo, es un compatriota de total confianza, puede hablar con tranquilidad.

El anciano volvió a mirar a Diego y después se dirigió al general.

—He recibido un telegrama cifrado de México. Últimamente los gringos nos vigilan de cerca, creo que están sobre aviso.

—Tenemos que ser muy cautos, Wilson no se fía mucho de nosotros —dijo el general Huerta.

—Pero, afortunadamente, confía menos en Villa. El secretario de guerra Garrison nos ha ofrecido apoyo y armas para recuperar el poder en México. Eso demuestra hasta qué punto sus servicios de Inteligencia son inútiles. No pueden ni pensar cuáles son nuestros verdaderos planes y qué haremos con las armas que nos den. El presidente no sabe nada de esto, naturalmente.

—Aun así, no debemos bajar la guardia —dijo el general Huerta.

—¿Tiene el mapa? —preguntó el anciano.

—Sí, los alemanes me lo dieron en Madrid, también hicieron un fuerte ingreso en nuestra cuenta bancaria de Nueva York.

—Perfecto, los alemanes son unos aliados más fiables —dijo el anciano.

—Yo no estaría muy seguro de eso, son capaces de aliarse con cualquiera con tal de hacerse con los contratos de las minas y del petróleo —dijo el general.

—Buendía se dirige al norte, al parecer está persiguiendo a unos extranjeros que investigan el robo de Londres, no creo que sepan nuestros verdaderos planes, pero es mejor eliminarles.

—Perfecto.

—En cuanto se haya ocupado de ellos se reunirá con nosotros en Monterrey —dijo el anciano—. Creo que mereció la pena el asunto del barco, aunque todavía no hemos visto sus frutos.

Diego permanecía callado en el sillón. Le sudaban las manos y le faltaba la respiración, pensó en varias ocasiones en excusarse y volver a San Antonio, pero decidió aguantar hasta poder escabullirse del general. Justo en ese momento, el dueño de la casa se giró y se dirigió directamente a él.

—Será mejor que me enseñe alguno de sus cuadros, mi esposa es una verdadera coleccionista.

—Sí, señor —dijo Diego con voz temblorosa. Se acercó a su gran carpeta y extrajo algunos bocetos.

—Muy buenos y genuinamente mexicanos, me gustan mucho los colores planos y los rostros expresivos. No se ve mucho de esto por aquí. ¿No le parece, general?

—Ya le he dicho que es un gran artista y un gran mexicano.

—Usted con sus pinceles y nosotros con nuestros rifles recuperaremos el honor perdido de nuestro pueblo. Tenemos que tener la astucia y la fiereza de un jaguar.

La palabra «jaguar» aún retumbaba en la cabeza de Diego cuando el resto de la familia entró en la sala. Entonces Diego deseó con todas sus fuerzas estar muy lejos de allí; muy pronto sus deseos se verían hechos realidad, pero no de la forma en la que pensaba.

Habían agotado a los caballos, pero en México era difícil encontrar sitios con animales de refresco. Al final decidieron tomar un tren hasta Chihuahua; si todo marchaba según lo previsto estarían en la ciudad en veinticuatro horas.

Ulises Brul se recostó en el vagón de primera e intentó dormir un poco, pero tenía la cabeza llena de preocupaciones. ¿Cómo se presentaría ante Villa? ¿Cómo podían burlar su escolta personal? ¿Cuál era el plan de fuga?

Se cambió de postura y se recostó al otro lado del asiento. El secretario de Guerra Garrison le habría prometido un ascenso y cobertura en cuanto regresaran a los Estados Unidos, pero había más de trescientos kilómetros entre Chihuahua y la frontera. Los hombres de Villa intentarían cazarlos como si fueran conejos, no tenía muchas esperanzas de regresar con vida.

Tenía un plan, el único que podía garantizar la misión y salvarle el pellejo, pero no sabía si tendría el valor de llevarlo a la práctica. Hay ciertas cosas de las que el hombre solo es capaz si con eso consigue salvar el pellejo. Él no era un patriota, nunca lo había sido, el ejército era un escalón para lograr sus ambiciones. Había decidido ser norteamericano, quería borrar su condición de hispano o mestizo aunque para ello tuviera que vender su alma al diablo.

Por un momento su mente se relajó y el sueño empezó a invadirle lentamente. Hacía mucho tiempo que había dejado de tener escrúpulos, los hombres pobres no pueden permitirse el lujo de tener honor. El honor es el refugio de los débiles y él tenía que ser fuerte.

Durango, 23 de mayo de 1915

El profesor Gamio levantó la copa para hacer un brindis.

—Por México, damas y caballeros —dijo mirando a sus invitados.

—Por México —repitieron todos a una.

Se sentó y todos comenzaron a cenar. No había podido reunirse con Hércules y sus amigos desde la mañana del día anterior. El viento había estropeado parte del trabajo y había preferido asegurar unas piezas antes de abandonar la prospección.

—Ahora puedo prestarles toda mi atención, espero serles de utilidad —dijo el profesor.

—Seguro que lo será. Nosotros somos profanos en la materia. ¿Podría decirnos quién era Bernardino de Sahagún y algo sobre el código? —preguntó Hércules.

—Bernardino de Sahagún fue un importante personaje para México, gracias a él se rescataron muchas de las tradiciones y creencias de los mexicas —contestó el profesor.

—Era monje, ¿verdad? —preguntó Alicia.

—Era un fraile franciscano, su verdadero nombre era Bernardino de Rivera, pero muchos frailes cambiaban su apellido por el nombre de la ciudad en la que habían nacido. En 1520 estudió en Salamanca. La universidad se centraba en el estudio de leyes, pero Bernardino tenía vocación misionera, por ello pronto ingresó en la orden de los padres franciscanos y abandonó sus estudios. En 1529 se dirigió a Nueva España para dedicar su vida a las misiones. Después de servir varios años en diferentes puestos fundó el Imperial Colegio de la Santa Cruz de Tlatelolco, la primera universidad creada en América, cuya función era educar a la élite indígena —dijo el profesor Gamio.

—Yo creía que los españoles habían marginado a los mexicas —comentó Lincoln.

—No podemos afirmar que los trataran muy bien, pero sí hubo un intento de adaptación, sobre todo con las capas más altas: también se produjo la mezcla racial entre esas élites —contestó el profesor.

—¿Y cuándo escribió el código? —preguntó Hércules.

—Bernardino se centró en la enseñanza del latín, pero al mismo tiempo aprendió el nahua e investigó la cultura mexica, intentando recopilar sus historias y creencias. Aprovechando los conocimientos de algunos de sus discípulos escribió varios libros, el único que se imprimió fue uno acerca del libro de cantares y salmos para los indígenas, pero sus obras más importantes son: *Incipiunt Epístola et Evangelia*; *Evangelario en lengua Mexicana*, el *Sermonario de dominicas y de santos en lengua*

mexicana y unas *Postillas sobre las epístolas y evangelios de los domingos de todo el año* —dijo el profesor.

—Parecen libros dedicados a la comprensión de los mexicas de la fe cristiana —dijo Alicia.

—También escribió diccionarios y algún tratado de teología, pero sus obras más importantes son: *Historia general de las cosas de Nueva España* y el *Códice de Azcatitlán* —dijo el profesor—. Aunque la mayoría de los manuscritos fueron escondidos por la Inquisición por orden de Felipe II. El rey creía que si los mexicas leían su historia y conocían sus costumbres se rebelarían contra los españoles.

Alma Reed se inclinó hacia delante y preguntó al profesor:

—¿El *Códice de Azcatitlán*? —Sí, después de escribir su *Historia general*, en la que narra la historia de los mexicas y la conquista española, Bernardino se interesó por la leyenda de Aztlán, le recordaba a la historia del pueblo de Israel, un pueblo que emigra en busca de la tierra prometida, pero a diferencia de los hebreos, que abominaron de Egipto y de la tierra de Abraham en Ur, los mexicas siempre quisieron regresar a Aztlán —comentó el profesor Gamio.

—Entonces, ¿Bernardino escribió el código? —preguntó Hércules.

—Todo parece indicar que no, que realmente lo escribió uno de sus discípulos, pero en aquella época los profesores firmaban las obras de muchos de sus alumnos, era una forma de avalarla con su aprobación —dijo el profesor Gamio.

—Pero ¿de qué trata el código? —preguntó Alicia.

—El código narra la historia de los mexicas, centrándose especialmente en la salida de Aztlán, su viaje hasta el Valle de México y la formación de su Imperio. Curiosamente, el libro está repleto de grabados, dibujos y todo tipo de representaciones, pero hay un momento que la narración se interrumpe, como si faltaran unas hojas —dijo el profesor.

—¿Unas hojas? —preguntó Hércules extrañado.

—El código fue descubierto en la Biblioteca Nacional de Madrid después de permanecer perdido más de doscientos años. Su descubridor, Marcelino Sanz de Sautuola, fue el descubridor de las cuevas de Altamira en España —dijo el profesor Gamio.

—Qué interesante —dijo Alicia.

—¿Puede traducirnos esto? —preguntó Hércules, mientras le enseñaba las letras que había encontrado Sherlock Holmes en Inglaterra. El profesor se puso las gafas y tras echar un vistazo al papel dijo:

—¿Dónde han encontrado esto?

—Al parecer lo tenía uno de los ladrones —contestó Hércules.

—No soy un experto en nahua —dijo el profesor después leyó la frase en alto:

«Auh inicompa cenca huecahuaque inicompa catea onoca Chichimeca Azteca in Aztlan ontzon xihuitl ipan matlacpohual xihuitl ipan matlactli onnahui xihuitl iniuh neztica intlapohual huehuetque, inic nican yehual

nenemi».

—¿Qué significa, profesor? —preguntó Lincoln impaciente.

El profesor comenzó a traducir despacio el texto:

—«Por allá permanecieron entonces mucho tiempo, cuando se hallaban radicados, esparcidos allá en Aztlán los chichimecas, los aztecas; durante mil y catorce años, según resulta del cómputo anual de los ancianos; y entonces se vinieron a pie para acá». Es un fragmento antiguo de los hombres jaguar en el que habla de la salida de Aztlán. El principio de las profecías de Aztlán, es la única parte que se ha conservado, el resto se perdió hace tiempo —dijo el profesor.

—Entonces, el códice robado simplemente habla de Aztlán, pero no da pistas de cómo llegar. Tampoco nos dice mucho esta frase —dijo Hércules desanimado.

—Sí, pero en la colección se incluyen una serie de profecías que anunció Tlacaélel —dijo el profesor Gamio.

—En Londres hablamos de este tema —dijo Lincoln—. El investigador Sherlock Holmes nos habló de esta especie de profeta.

—Tlacaélel fue más que un profeta, fue el refundador de la religión azteca. Convirtió a los aztecas en uno de los pueblos más crueles de su tiempo. Al parecer, Tlacaélel era el heredero al trono. Pero fue desposeído de ese honor y buscó venganza durante mucho tiempo, pero también hemos de reconocer que fue el que levantó al pueblo azteca contra sus opresores y se negó a que pagaran tributo. Tras conseguir la victoria de su pueblo, fue nombrado *cihuacoatl*, un título parecido al de primer ministro. En su nuevo puesto comenzó una gran reforma religiosa —dijo el profesor.

—Instituyó los sacrificios humanos —apostilló Lincoln, recordando la charla con los investigadores en Londres.

—Eso simplemente fue una parte. Toda su teología se basaba en el fin del mundo, una visión apocalíptica de la cultura, con la diferencia que el apocalipsis azteca se podía retrasar. Por ello, lo primero que hizo fue quemar los viejos códices de los mexicas, también destruyó los de otras culturas y reconstruyó la historia de su pueblo —dijo el profesor Gamio.

Alma Reed le miró sorprendida.

—Veo que la manipulación del pueblo y su historia no es nada nuevo.

—Por desgracia no, querida Alma —dijo el profesor.

—¿Qué son las profecías de Aztlán? —preguntó Hércules.

—Tlacaélel escribió varias profecías, algunas son muy conocidas, pero otras no lo son tanto. Al parecer este visionario predijo la llegada de los españoles en 1520, al hablar de que Quetzalcóatl o Serpiente emplumada retornaría a la tierra, también predijo el inicio de una gran guerra y otras desgracias que azotarían a la humanidad, y que todo esto acontecería antes del final del quinto sol —dijo el profesor Gamio.

—Dicen que ese profeta instituyó los sacrificios humanos —dijo Alma Reed.

—Miles de personas eran sacrificadas cada año de la manera más cruel, sus propios verdugos se automutilaban para aumentar la cantidad de sangre, después era normal comerse a las víctimas —dijo el profesor.

—Pero ¿cuál es esa profecía? —preguntó Hércules.

—La profecía anuncia algo terrible —dijo el profesor mientras la luz de la velas convertía sus ojos en dos llamas ardientes—, quizás sea mejor que ni la pronunciamos.

El campamento andaba revuelto. El día anterior habían llegado los hombres de Raúl Madero, que habían tenido que evacuar Monterrey. Villa quería atacar a Obregón y cortarle las líneas de suministro, pero Obregón había mandado la caballería hacia Dolores para proteger las vías férreas. Villa había aprovechado la debilidad de Obregón para atacarle y todo el día llevaban sonando los cañones y los tiros.

Félix Sommerfeld se dedicaba a beber tequila y visitar a Sara cada noche. Durante el día la mujer desaparecía, pero en cuanto el sol se marchaba, aparecía de nuevo, con su caminar sinuoso como el de una serpiente. Apenas hablaban, bebían, ella comenzaba a besarlo y terminaban en el cuarto. El alemán sentía como sus fuerzas iban agotándose por las noches de pasión y las jornadas de guerra que le impedían dormir. No había visto a Villa en los últimos días y comenzaba a impacientarse, tenía que cerrar el acuerdo de la venta de armas y regresar a México D. F.

Las noticias que llegaban del frente hablaban de las victorias de Pancho Villa, pero era difícil distinguir la propaganda de la verdad, algunos decían que los carrancistas habían recibido un gran cargamento de municiones y que los villistas estaban gastando sus últimas balas. Lo bueno de aquel asunto era que Villa los necesitaba cada vez más y el acuerdo era inminente, pero la ayuda tenía un precio doble; los acuerdos petrolíferos y el ataque de Villa a los Estados Unidos.

El alemán vio entrar a Sara y sus ojos no pudieron resistir los gestos que la mujer le hacía, se puso en pie y se acercó hasta ella. La mujer le besó con frenesí y Félix se olvidó de sus miedos, se concentró en lo único que le importaba en ese momento. Sentir el máximo placer posible.

Durango, 23 de mayo de 1915

—¿Qué dice la profecía de Aztlán? —preguntó Lincoln impaciente.

El profesor Gamio miró al norteamericano y lanzó un suspiro. Después dejó la mesa y se acercó a la chimenea, cogió uno de los palos del fuego y se encendió un puro. Luego hizo un gesto para que el resto del grupo se uniera a él en los sillones.

—Como ya sabrán, uno de los hombres jaguar traicionó a su orden y ayudó a Cortés, mejor dicho, a uno de sus hombres, a llegar a Aztlán, pero lo que no sabía era que estaba abriendo la puerta a algo terrible —dijo el profesor.

—¿Qué era? —preguntó Alicia expectante.

—Allí se ocultaba su más terrible pasado, lo que Itzcóalt intentó borrar de la historia de los mexicas, el final del quinto sol y la destrucción de su pueblo —dijo el profesor con voz angustiada.

—¿Hay algo terrible en Aztlán? Creí que había un inmenso tesoro o algo parecido —dijo Hércules.

—Eso es lo que esperaban encontrar los españoles, pero fue otra cosa la que encontraron. Si alguien vuelve allí, se desatará la misma devastación —dijo el profesor.

—Los hombres jaguar quieren regresar allí, por eso robaron el código —dijo Lincoln.

—Sí, pero al menos no tienen el mapa —dijo el profesor.

—Debemos encontrarlos y quitarles el código, ya no es simplemente un robo —dijo Lincoln.

—Me parece que todo esto no son más que un montón de patrañas. ¿Qué puede haber en Aztlán? No olvidemos que en la época en la que se escribió el código, los hombres eran supersticiosos y desconocían muchas de las cosas que nosotros hemos descubierto —dijo Hércules.

—El problema es que puede que estén en lo cierto, que las profecías anuncien el fin del mundo —dijo Lincoln.

—El quinto sol y todo eso me parece un cuento de viejas —dijo Hércules.

Alma Reed se puso en pie y comenzó a caminar despacio por la sala. Después se dirigió al profesor:

—¿Dónde está Aztlán?

—Hay muchas especulaciones al respecto. Algunos piensan que está en Aztalan, Wisconsin, pero ese lugar es el más improbable de todos. Otros hablan del lago Yuriria, en torno al cerro Culiacán: cuando se mira desde el lago, la montaña parece una isla, aunque los códigos nos hablan claramente de una isla, por eso yo lo

descartaría —dijo el profesor.

—Yo tenía entendido —dijo Alma Reed—, que Aztlán podría estar en el sur de los Estados Unidos.

El profesor la miró pensativo. No le gustaba especular, pero las pruebas sobre la ubicación de Aztlán eran tan escasas, que apenas había margen para la certeza.

—A mediados del siglo XIX, Ignacio L. Donnelly intentó relacionar Aztlán con el continente perdido, la Atlántida, pero esto es tan descabellado como creer que las culturas americanas proceden de la tribu perdida de Israel —dijo el profesor.

—Entonces, ¿qué podemos creer? —preguntó Lincoln confuso.

—La teoría más fiable es la que propuso en 1887 el antropólogo mexicano Alfredo Chavero, que afirmó que Aztlán estaba en algún punto de la costa del Pacífico, dentro del estado de Nayarit —dijo el profesor.

—Sin el mapa no tenemos nada que hacer —dijo Hércules—. Además, es más importante impedir que alguien llegue allí, que saber dónde se encuentra realmente.

Un fuerte golpe en la puerta les hizo a todos ponerse en guardia. Hércules se levantó apresuradamente seguido de Lincoln y Alicia. La puerta volvió a sacudirse cuando llegaron hasta ella.

Diego había robado el mapa de la maleta del general Huerta y había salido de la habitación sigilosamente. Después tomó el primer tren hasta El Paso e intentó no pensar mucho en qué le sucedería si Huerta le encontraba. La conversación con el hombre jaguar lo había asustado. Aquellos tipos estaban tramando algo muy gordo, algo que terminaría con la revolución y que ponía en peligro el futuro de México y, aunque no tenía madera de héroe, no podía quedarse de brazos cruzados.

Cuando el autobús que le llevaba a San Elisario pisó tierra mexicana se sintió aliviado. En un día de viaje estaría en Chihuahua, allí podría hablar con Alfonso Reyes Ochoa, del que había recibido un telegrama el día anterior, le daría el mapa, después vería a su familia y regresaría para Europa.

Observó el paisaje seco de la frontera, aquel punto de tierra árida había sido disputado por los Estados Unidos y su país durante casi cien años. No comprendía por qué los hombres eran capaces de matar por un pedazo de desierto, pero hacía tiempo que había renunciado a entender a nadie. Amaba a su pueblo, no era la mejor nación del mundo, pero los mexicanos desprendían vida por los cuatro costados y de eso precisamente trataban sus cuadros, de la vida que se abría camino a pesar de las dificultades.

Pensó en un gran cuadro que representara la grandeza y las miserias de México, en el que se resumiera su sufrimiento y alegría. Tendría que ser de un tamaño colosal, tan grande como el corazón de su pueblo. Algún día se atrevería a pintarlo, lo haría sin odio, con la mirada puesta en la verdad, la verdad siempre se abre camino por sí misma, la verdad es siempre fiel a sí misma.

Durango, 23 de mayo de 1915

Hércules se arrepintió de haber dejado su arma en la habitación. Tomó uno de los cuchillos de la mesa y se puso en guardia, Lincoln le imitó y Alicia extrajo una pequeña pistola de la liga. Desde hacía meses, no salía de casa sin la pequeña arma de dos balas.

La puerta cedió y en el umbral aparecieron media docena de hombres armados que les apuntaron con sus rifles. Hércules y sus amigos decidieron no enfrentarse. No querían poner en peligro su vida ni la de la periodista y el profesor. Un hombre mayor pasó entre los soldados y se dirigió a ellos:

—Por fin nos vemos las caras. Creo que me estaban buscando y soy yo el que les ha encontrado, ¿no les parece irónico?

—Los ladrones tienen un sexto sentido para encontrar cosas valiosas y, por lo que veo, nosotros tenemos algún tipo de valor para usted —contestó Hércules.

—Más que valor diría molestia, son el cabo suelto que hay que atar antes de que las cosas se compliquen —dijo el general Buendía.

—Fue usted el que intentó asesinar a Carranza e inculparnos a nosotros —dijo Hércules.

—Si las cosas hubieran salido bien, hubiéramos matado dos pájaros de un tiro, nunca mejor dicho —dijo el general.

—Los planes muchas veces fallan —dijo Hércules.

El general observó el salón y después se dirigió hacia la chimenea.

—Veo que se les ha unido el profesor Gamio. Profesor Gamio, es un placer. Su país le necesita para una misión especial, tiene que hacer un servicio inestimable a México.

El profesor se puso rígido. Intentó controlar sus miedos y se dirigió decidido al general.

—Soy un funcionario del gobierno, le exijo que deponga inmediatamente su actitud, estas personas no le han hecho nada a nadie.

El general arqueó la ceja y con una media sonrisa se dirigió a la periodista.

—Menudo titular, señorita Reed, pero me temo que ninguno de ustedes vivirá para contar lo que va a pasar en esta sala, a excepción del profesor, a no ser que se empeñe en ser un mártir.

Un silencio molesto recorrió la sala, aquel hombre no se andaba con bromas. Tenía órdenes de matar y nada le impediría hacerlo.

Ya era de noche cuando regresó a la ciudad. Llevaba horas en el frente, pero no se sentía cansado, como si la tensión lo mantuviera en guardia. La comitiva lo siguió hasta la casa y después se fue al salón como uno más, quería tomar algo antes de irse a dormir. Los hombres necesitaban verlo y tenerlo cerca. Aquél era el secreto de su éxito, ser uno más, que los soldados vieran que era capaz de tomar un tequila, cantar una canción o jugar una partida de cartas con ellos.

Al entrar al salón vio al alemán, estaba sentado con la bruja. Aquella mujer no le gustaba, no es que le tuviera miedo, pero no se fiaba de ella. Pasó la mesa después de hacer un leve gesto con el rostro y caminó hacia el fondo, pero la voz de la mujer lo hizo pararse en seco.

—General Villa, ten cuidado, vienen a matarte —dijo Sara cuando vio pasar al hombre.

Villa se giró en redondo, el murmullo de los soldados desapareció por completo. Miró a la mujer y le dijo:

—¿Que quieren matarme? No hay que ser adivina para saber eso, cualquiera de mis hombres podría decir lo mismo.

—No he dicho que quieran matarte, he dicho que vienen a matarte, se aproximan y veo tu tumba en el cementerio de la ciudad.

—Nadie matará a Villa hasta que Villa quiera —dijo el general enfadado.

—Tú no decidiste el día de tu nacimiento y no decidirás el de tu muerte —dijo la mujer.

—No estés tan segura.

El general le dio la espalda y se dirigió a su mesa con algunos de sus oficiales. Se sentó y comenzó a reírse a carcajadas. Jugó a las cartas, gritó y bebió como nunca, pero en su mente se repetían las palabras de la mujer. No tenía miedo a la muerte, pero temía dejar su obra sin terminar, que el trabajo de los últimos años, los sacrificios y la muerte de tanta gente hubieran sido en vano.

Durango, 23 de mayo de 1915

—No colaboraré si hace daño a esta gente —dijo el profesor Gamio.

—¿Qué ha dicho? —preguntó amenazante el general Buendía.

—Lo que ha escuchado.

—No es imprescindible, además tengo muchas maneras de hacer que me ayude —dijo el general.

—Pues tendrá que ponerlas en práctica.

El general levantó la mano, pero se detuvo a medio camino. No era buena idea ponerse a pegar tiros en mitad de Durango y que alguien encontrara los cadáveres de cuatro extranjeros. Los llevaría con él parte del viaje y se desharía de ellos en el desierto o en la selva.

—Está bien, seamos civilizados. No les haré nada si prometen no causarme problemas —dijo el general, sonriente.

Todos se quedaron sorprendidos por la reacción del general.

—Gracias, general —dijo el profesor.

—Nos dirigiremos más hacia el norte, ustedes nos acompañarán. Utilizaremos su dirigible —dijo el general.

—Le seremos de utilidad —dijo Hércules.

—Hay oro para todos, no tenemos por qué ser avariciosos —dijo el general volviendo a sonreír. No quería que sus enemigos supieran la verdadera razón de viaje.

—Además, podemos ayudarle a encontrar Aztlán —dijo Hércules—. Nosotros solo le pedimos que nos devuelva el código cuando haya encontrado el lugar. Hemos prometido por nuestro honor restituirlo a Inglaterra.

—Cuando estemos en Aztlán ya no nos servirá para nada —contestó el general.

El ambiente se relajó un poco, los soldados se limitaron a vigilar la puerta y el general pidió a todos que se volvieran a sentar.

—Necesito que me cuenten lo que saben —dijo el general a sus prisioneros.

—No sabemos mucho —dijo Hércules.

—Da lo mismo, cualquier información puede ser vital.

Hércules comenzó a contarle algunos detalles que habían descubierto, aunque intentó eludir muchos de los datos de la investigación. Sabía que aquella asociación era tan circunstancial que solo retrasaba lo inevitable, pero muchas veces es mejor ganar tiempo a la muerte, aunque solo sea para intentar burlarla.

Durango, 24 de mayo de 1914

Apenas habían dormido nada y se sentían agotados. Los soldados les habían dejado descansar en el salón durante toda la noche, pero la incomodidad, el cansancio y la tensión no les había permitido dormir mucho. En cuanto amaneció salieron de la casa hacia el dirigible. Hércules y Lincoln marchaban en primer lugar, seguidos por Alicia, Alma y el profesor Gamio. Tenían soldados a ambos lados y por detrás, caminaban por campo descubierto y las posibilidades de huir parecían nulas.

Cuando divisaron el dirigible, Hércules se inquietó. Tenían que intentar algo antes de que fuera demasiado tarde. Miró hacia un arroyo cercano y un pequeño bosque. Entonces, sin pensarlo dos veces, se alejó de la fila y comenzó a correr. Los soldados cargaron los fusiles y comenzaron a disparar; Lincoln agarró a uno de los soldados y Alicia se lanzó a por otro. Las balas silbaban en los oídos de Hércules cuando llegó a los árboles. Protegido por la maleza, miró hacia los soldados. Dos de ellos estaban atacando a Lincoln, mientras que Alicia estaba inmovilizada en el suelo. Tuvo deseos de regresar, pero era más provechoso alejarse y buscar el mejor momento para liberarles.

Hércules corrió por los campos sembrados de maíz y regresó a Durango, compró un caballo y partió a galope en dirección norte. Por lo que le había oído al general Buendía, se dirigían al encuentro de otro militar que poseía el mapa que les llevaría a Aztlán. El encuentro tendría lugar cerca de los montes de Chihuahua. Hércules pensó que no sería muy difícil localizar a un grupo de extranjeros y soldados que viajaban en un dirigible, pero estaba equivocado: lo único que sabía era que aquello.

Chihuahua, 24 de mayo de 1915.

La ciudad estaba tranquila cuando llegaron. Los controles les dejaron pasar sin problema al anunciar que venían a unirse al ejército de Pancho Villa. Ulises Brul preguntó en la plaza por el cuartel de Villa y unos soldados le indicaron una vieja mansión cerca del ayuntamiento; por las tardes se refugiaba en una villa a las afueras de la ciudad.

El grupo dio de beber a los caballos justo enfrente del Estado Mayor de Villa. Ulises observó a los dos soldados de la entrada e intentó imaginar cuántos podía haber dentro.

—Creo que será mejor entrar y comprobar las fuerzas de seguridad del edificio — dijo Ulises a su cabo.

—Señor, podemos esperar a que salga para atacarle.

—No es muy buena idea, esta plaza no reúne las condiciones. Es demasiado abierta, solo tiene dos puntos de fuga y no lograríamos salir de la ciudad con vida. Tenemos que ganar su confianza y entrar hasta su mismo despacho. Usted y dos hombres más me acompañarán —dijo Ulises.

Los cuatro hombres se acercaron a la puerta y le dijeron a uno de los soldados que habían venido desde lejos para ver a Villa y alistarse en su ejército. Uno de los soldados entró y salió unos minutos más tarde.

—Solo pueden entrar dos de ustedes y tienen que dejar aquí sus armas.

Ulises se quitó la cartuchera y uno de sus hombres le imitó. Siguió al soldado a un gran patio interior y después a un corredor, aquel edificio parecía más un antiguo monasterio que una casa. Después se pararon delante de un gran portalón en el que hacían guardia otros dos hombres. Ulises había contado hasta diez hombres armados.

Cuando abrieron la puerta vieron al otro lado a tres individuos, uno de ellos sentado en una silla labrada recubierta de pan de oro. El hombre de la silla les sonrió y su gran bigote negro se alzó por la presión de los labios.

—General Villa —dijo Ulises con un leve gesto de cabeza.

—¿De dónde vienen? —preguntó el general Villa a los dos hombres.

Ulises se lo pensó unos segundos antes de responder, tenía la sensación que Villa era de ese tipo de personas capaces de mirar en tu interior.

—Venimos de los Estados Unidos, todos somos mexicanos pero llevamos varios años viviendo allí.

—¿De los Estados Unidos? ¿Qué hacen diez hombres norteamericanos tan lejos de su hogar?

—Nuestro hogar es éste, general. Nosotros somos mexicanos. Al otro lado hay

cientos de miles de compatriotas que esperan la liberación de esos malditos gringos —dijo Ulises intentando exagerar su acento mexicano.

—Entiendo, los malditos gringos —repitió el general sin mucho convencimiento.

—Venimos a unirnos a su ejército para luchar por la libertad —dijo Ulises.

—¿Cuál es su nombre y graduación? —preguntó el general Villa.

Ulises lo miró extrañado. Le parecía que no le había escuchado bien.

—¿Perdón, general?

—¿Cuál es su nombre y graduación?

—Capitán —contestó por fin.

—Capitán...

—Ulises Brul. —Capitán Ulises Brul, ¿por qué han abandonado el ejército de los Estados Unidos?

—Señor... —balbuceó el capitán. Notó como se le secaba la garganta, pero intentó controlar los nervios—, ya le he dicho que hemos venido a luchar por la revolución, no queríamos servir más a los gringos.

Pancho Villa se puso en pie y observó cuidadosamente a los dos hombres. Se podía masticar su ansiedad y nerviosismo. El general comenzó a caminar a su alrededor y después se puso a unos centímetros de Ulises.

—Bienvenidos al ejército del norte, no desperdiciaremos a diez soldados experimentados —dijo por fin el general.

Ulises respiró hondo y sonrió a Villa, aunque una sombra de duda cruzó su mente como un relámpago. Aquel hombre le pareció tan excepcional que se preguntó si tendría valor para asesinarle llegado el momento. Después pensó que su vida estaba en Estados Unidos y que nada ni nadie podía cambiar eso.

Cuando Diego observó como el autobús se detenía enfrente de la catedral se estiró en el asiento, tomó la maleta de la red que tenía encima de la cabeza y bajó a empujones hasta el suelo polvoriento. En México la mayoría de las ciudades seguían teniendo las calles de tierra. La capital era la única con las vías principales empedradas, nada que ver con las carreteras asfaltadas de los Estados Unidos. Comenzó a caminar por el terreno polvoriento aferrado a su maleta. Después preguntó a un barrendero por una conocida posada. Al parecer, Alfonso Reyes Ochoa prefería hospedarse allí cuando estaba en la ciudad. Llegó al edificio y entró. La casa era una hermosa mansión con un jardín interior repleto de flores, nada que ver con lo que Diego Rivera entendía por posada. Se acercó a uno de los salones que servían de cantina y preguntó a una mujer mayor por su amigo.

—El señor Alfonso no está en la casa, pero no creo que tarde mucho en regresar. ¿Desea que le reserve una habitación?

—¿Sería tan amable? —preguntó Diego. Se sentía sucio e incómodo con aquella ropa, daría lo que fuera por darse un buen baño, cambiarse de ropa y descansar en una buena cama.

La anciana lo llevó a la planta superior por un corredor al que daban las puertas de las habitaciones. El tintineo de las llaves acompañaba sus andares lentos y cansinos. Se paró delante de una de las puertas y cogió el gran manojito de llaves. Abrió una puerta y le pidió que pasara.

La habitación era amplia, estaba muy limpia y tenía una gran bañera a un lado.

—Les diré a las chicas que le suban agua caliente.

—Muy amable —dijo Diego.

Se quedó solo unos minutos. Se sentó en la cama e intentó relajar la mente. Alguien golpeó la puerta.

—¡Adelante!

Dos chicas muy jóvenes, casi unas adolescentes, cargaban con cubos humeantes. Arrojaron el agua a la bañera y un agradable olor a vapor inundó la habitación. La operación se repitió tres veces, hasta que la bañera se llenó por completo. Después, Diego se desvistió y se introdujo con cuidado en la bañera. Notó como el agua casi hirviendo le relajaba los músculos de la espalda y los hombros, cerró los ojos, respiró hondo y se quedó transpuesto. Por primera vez en varias semanas se sentía seguro y confiado, esa misma tarde vería a su amigo, le daría el plano y al día siguiente se iría de allí. Su trabajo de espía había terminado.

Su mirada se cruzó con la de uno de los cuatro hombres que salían del despacho. Después atravesó el umbral y observó la cara meditabunda de Pancho Villa.

—Con permiso —dijo Félix Sommerfeld, con su incisivo acento alemán.

—Adelante, amigo —dijo Villa.

—¿Se encuentra bien?

—De maravilla, aunque me gustaría poder ver de alguna manera dentro del corazón de los hombres —dijo Villa muy serio.

—Si pudiéramos ver dentro del corazón de los hombres, cualquiera podría ver dentro del suyo —respondió el alemán.

—En eso tiene toda la razón, muchas veces es mejor tener simplemente fe, tal vez la fe sea la única fuerza que realmente mueva al mundo, ¿no cree?

—Yo creo que el mundo se mueve por otros intereses más materiales.

—Los alemanes solo creen en lo que pueden ver sus ojos, no entienden que a los mexicanos nos preocupa más lo que no pueden ver.

—¿Entonces prefiere los a las armas que le ofrezco? —dijo el alemán, muy serio.

—Las armas no ganan guerras, las gana el espíritu de los hombres, las agallas o cobardía que uno halla en el corazón de los hombres. Mis soldados creen en mí, me tienen fe, pero yo no sé en quién creer. ¿Ustedes son de fiar, Félix?

—Mientras cumpla su parte del trato puede confiar en nosotros, el día que lo incumpla dejaremos de estar en deuda con usted.

Pancho Villa rió con una fuerte carcajada y alargó la mano.

—¿Ha traído los papeles? Cuando yo era niño los hombres cerraban un negocio con un apretón de manos, pero ahora lo único que vale son los papeles —dijo el general.

Félix sacó de su carpeta de cuero unos documentos y los puso en la mesa. El general los tomó y comenzó a firmar.

—Tengo la sensación de estar firmando mi sentencia de muerte, aunque no es la primera vez que alguien me sentencia a morir. Morir debe ser como descansar, ¿no cree? —le preguntó al alemán mientras éste recogía los papeles.

—No, general, morir es dejar de existir, desaparecer para siempre.

Pancho Villa lo miró con tristeza. Durante la primera parte de su vida había sido invisible, si hubiera muerto nadie se había enterado de su existencia; después de tanto luchar se daba cuenta de que en unos años nadie se acordaría de él.

Torreón, 25 de mayo de 1915

Durante las últimas veinticuatro horas había reventado dos caballos y estaba a punto de hacer lo mismo con el tercero cuando vio la ciudad. Si el general Buendía y sus amigos se dirigían al norte, posiblemente a algún punto entre Monterrey y San Antonio, en Estados Unidos, lo mejor era ir por la vía más directa. Entró en una cantina y tomó algo de vino y unos frijoles mientras notaba como el cansancio lo invadía de nuevo. Sus amigos estaban en peligro, pero el hecho de ir en un dirigible impedía que pudiera simplemente seguirlos, debía confiar en su intuición y en lo poco que había logrado sonsacar al general.

Se tomó un trago de vino caliente y salió a la calle de nuevo, se dirigió a la oficina de correos e intentó leer el periódico local; la llegada de un dirigible no podía pasar inadvertida en aquella zona. En uno de los periódicos locales se hablaba de un dirigible que había estado en las afueras de Durango y al que se había visto hacia el norte, cerca de la ciudad de Hidalgo del Parral. Eso los situaba bastante más hacia al oeste que él y muy próximos a las montañas de Sierra Madre Occidental. Tendría que desviar su rumbo y dirigirse hacia Ciudad Jiménez. Cerró el periódico y montó de nuevo en el caballo. Decidió no dormir tampoco aquella noche, no sabía cuánto podía resistir en esas condiciones, pero prefería morir antes de cejar en su empeño. Por alguna extraña razón el general no se estaba dirigiendo a su cita con Huerta en Monterrey, como les había dicho en un principio.

El sol era más fuerte a medida que se dirigía al norte, en el camino se encontraba a todo tipo de gente, pero los soldados federales comenzaban a escasear y era fácil ver a bandas de cuatrerros, revolucionarios y todo tipo de campesinos desposeídos que emigraban a las tierras de Pancho Villa en busca de mejor suerte.

Chihuahua, 25 de mayo de 1915.

Alfonso Reyes Ochoa no había regresado desde el día anterior y Diego Rivera comenzaba a perder las esperanzas de verlo. Esa mañana decidió armarse de valor e ir al encuentro de Pancho Villa. Su amigo Alfonso le había hablado muy bien de él, de su carácter campechano, su cercanía y amabilidad. Prefería entregarle al general Villa el mapa e irse cuanto antes.

En la puerta lo saludaron dos guardas, le pidieron que se identificara y transmitieron la noticia a la oficina de Villa. No tardaron mucho tiempo en llevarle ante él. Tenía aspecto de campesino, pero vestía bien y tenía el pelo recién cortado.

—Diego Rivera, es usted la última persona que esperaba ver en Chihuahua —dijo Villa sonriente.

—¿Por qué? —preguntó Diego algo sorprendido.

—Los artistas no son revolucionarios, son demasiado individualistas. La estética está reñida con la ideología —dijo Villa.

—No pienso lo mismo, la guerra es muy estética. Uniformes, colores y la belleza del caos. La revolución es la sangre del pueblo y yo pinto sobre esa misma sangre, aunque con pinceles distintos al suyo.

El general Villa se quedó parado un momento, como si le sorprendieran las ideas del pintor.

—Le hacía por Europa aprendiendo alguna nueva técnica de pintura.

—Allí estaba hasta que unos asuntos me devolvieron precipitadamente a México y, precisamente de eso quería hablar con usted —dijo Diego sin poder disimular su inquietud.

—¿Conmigo? No sé en qué puedo ayudarle, pero si está en mi mano... —dijo el general Villa.

—Más bien es entregarle algo importante, algo que tenía el general...

—Perdone un momento —le interrumpió Villa—, tengo que salir de inmediato, pero está invitado a mí mesa esta noche, allí podremos charlar detenidamente. ¿Hace retratos?

Diego se quedó mudo, pero Villa hizo un gesto con la mano.

—Disculpe, esta noche hablamos. Venga a las diez. Un gusto conocerle, compadre.

El general desapareció por la puerta y Diego se quedó con la boca abierta, se aferró a la chaqueta y al forro roto en el que guardaba el mapa. Desde que lo había robado no se había desprendido de él ni un momento. Tendría que esperar unas horas más para deshacerse de aquella pesada carga.

El general Buendía leyó el telegrama y pegó un puñetazo furioso en el mostrador. El empleado dio un brinco, apartándose de él. Salió de la oficina maldiciendo. Era inconcebible que al general Huerta le hubieran robado en sus narices el mapa, eso ponía en peligro su misión y les retrasaba indefinidamente, a no ser que el profesor Gamio pudiera descifrar las profecías del código y encontrar el camino hasta Aztlán. Por ahora los prisioneros no le habían causado problemas, pero Hércules estaba acechándoles en alguna parte, no soltaría su presa tan fácilmente.

Se dirigió a las afueras de la ciudad con sus hombres y regresó al dirigible. El capitán Samuel le había informado de que no podían continuar a bordo. El aparato necesitaba una revisión en profundidad y con toda seguridad tendría que ir a alguna ciudad grande para buscar algunas piezas.

El general Buendía se aproximó al profesor y le dijo muy serio:

—Hemos perdido el mapa, por la seguridad de sus amigos y la suya propia será mejor que nos lleve hasta Aztlán.

—Eso es imposible, nadie sabe la ubicación exacta de la ciudad, lleva perdida desde hace siglos —contestó nervioso el profesor Gamio.

—No quiero excusas, posiblemente tengamos que recorrer varias regiones hasta encontrarla, pero no pararemos hasta dar con ella. Le dejaré el libro para que pueda leerlo. Tiene toda la noche para estudiarlo, pero mañana deberá indicarnos qué camino tomar —dijo amenazante el general.

Uno de los hombres dejó el código en la mesa. Todos miraron el viejo libro y al profesor. Sus ojos estaban hundidos en unas profundas ojeras grises. Los soldados se retiraron y los cuatro se quedaron solos.

—¿Qué vamos a hacer? —preguntó Alicia.

—Ese hombre nos ha condenado a muerte, es imposible encontrar la isla sin el mapa, hay por lo menos tres ubicaciones posibles en México y otras tres en los Estados Unidos —contestó el profesor.

—Será mejor que lo entretengamos, mientras crea estar en el buen camino nos dejará en paz —dijo Alma.

—¿Cuáles son los lugares más plausibles? —preguntó Lincoln.

—El nombre de Aztlán significa «el lugar de la blancura» o «El lugar de las garzas», por ello se cree que tiene que estar en una gran laguna o zona pantanosa. La laguna debe ser de agua dulce para que habiten las garzas, hay algunas especies en la península de Yucatán, pero allí no hay grandes lagos. En el Estado de Nayarit se encuentra Mexclatlán, muchos historiadores han defendido que Aztlán está justo allí

—dijo el profesor Gamio.

—Eso está más al sur —dijo Alma.

—Por lo menos seguiremos vivos mientras el general comprueba si Aztlán está en aquel sitio —dijo Lincoln.

—Espero que Hércules se dé prisa en encontrarnos —dijo Alicia preocupada.

—No te preocupes —contestó Lincoln rodeándola con el brazo—, yo te protegeré.

—Personalmente no creo que Aztlán esté allí, durante siglos se ha rastreado la zona y nunca se ha encontrado ningún indicio. Mexclatlán es demasiado pequeña, la leyenda habla de una gran ciudad y aquello es un pequeño islote —dijo el profesor.

—Lo que queremos es que no encuentre Aztlán. Según nos dijo podría ser peligroso —comentó Alicia.

—Mucho más de lo que pueda imaginar —dijo el profesor abriendo el código.

CUARTA PARTE

LA ISLA DE LA PROFECÍA

Las ruinas parecían abandonadas y no vimos hombres ni animales en la ciudad. Los templos de Tenochtitlán parecían burdas imitaciones comparados con los suntuosos edificios. Caminamos un día por la calzada que llevaba hasta la ciudad, se encontraba en mal estado, pero me recordó a las de la capital de los mexicas, aunque su tamaño era mucho mayor, hubieran podido caminar por ella veinte hombres a la par, hombro con hombro.

Tardamos medio día en llegar a la gran plaza central, la maleza había invadido los edificios y las aves habían construido sus nidos en las altas pirámides. Los mexicas que nos acompañaban estaban atemorizados, creían que sus dioses los iban a castigar por regresar a aquella tierra prohibida de la que habían huido hacía tanto tiempo. Cuando ascendí a la cumbre de la gran pirámide no podía imaginar que fuera tan amplia en su cima como toda la plaza de Salamanca. A los pies de la gran escalinata había un inmenso altar en el que hubieran podido sacrificarse varias vacas a la vez. El templete era amplio, con varias estancias, y la parte trasera daba a un recinto cercado, pero al aire libre, con unas graderías de piedra. Cuando bajamos de la pirámide nos dirigimos a uno de los palacios más grandes. Nos sorprendió verlos amueblados y ordenados, como si hubieran abandonado la ciudad precipitadamente sin llevarse nada. Después recorrí con mis hombres otros grandes edificios y plantamos el campamento en la gran explanada, que era el único sitio que no había sido invadido por la maleza. Justo cuando el sol comenzaba a ponerse, una gran bandada de garzas blancas revoloteó sobre nosotros con sus temibles graznidos que retumbaron en las calles desiertas. Los mexicas dijeron que era un mal augurio; debió de serlo, pero eso no lo supimos hasta la jornada siguiente.

Aquella mañana cayó el primero de nosotros. Su piel parecía como escamada, los ojos rojos y los labios amoratados nos hicieron pensar en algún mal contagioso y decidimos buscar con presteza los magníficos tesoros que sin duda se escondían en aquella ciudad. No dudaba que aquel fabuloso botín debía de estar oculto como lo había estado el de Moctezuma. Mis hombres y yo regresamos al gran palacio y horadamos todas las paredes, pero no encontramos nada. Aquel no debía de ser el palacio del señor de la ciudad. Continuamos durante otros dos días destruyendo paredes y abriendo túneles, pero no encontramos nada. Cada día uno de mis hombres caía presa de aquella horrible plaga, a pesar de que nos limitábamos a comer de nuestras provisiones.

La segunda noche, algunos de los indígenas huyeron atemorizados por la plaga, pero a los españoles nos mueve el oro, no el miedo. Continuamos un día más, pero las muertes eran muy numerosas y decidimos regresar. Dejamos de beber el agua de Aztlán, pero antes de salir de la ciudad más de la mitad de los hombres habían muerto en medio de terribles dolores.

Aztlán, 18 de julio de 1520

Regresamos agotados y temerosos por la calzada. De todos los que habíamos iniciado el viaje, quedábamos cinco españoles y diez mexicas. En el camino vimos los cuerpos de algunos de los indígenas que habían huido, aquella maldita peste no distinguía a cobardes de valientes. Cuando llegamos a la elevación y dejamos el lago, suspiramos aliviados. Habíamos burlado a la muerte, o eso era lo que creíamos.

Dos semanas después vimos al almirante Hernán Cortés cerca de Tepeaca y le referimos lo que nos había sucedido en Aztlán. Se lamentó mucho de que no hubiéramos encontrado el tesoro y me pidió el mapa para llegar a la ciudad. En aquellos días, alguno de mis hombres cayó enfermo, pero al poco tiempo mejoró. El hombre jaguar que nos había llevado hasta la ciudad escapó del campamento, pero por temor le dije al almirante que le había dado muerte en secreto. Algunos de los mexicas dijeron que había regresado a Tenochtitlán, pero nunca más volvimos a verle.

La fiesta ya había comenzado cuando llegó. No era muy elegante, no esperaba mucho fasto entre los revolucionarios, pero algunas de las mujeres vestían elegantes trajes de seda y joyas. Los hombres, por el contrario, llevaban el modesto uniforme de los soldados de Pancho Villa, pero lavado y planchado. Diego se quedó en la puerta que daba al salón, miró la gran mesa provista de todo tipo de manjares y pensó que poco le faltaba a la revolución para olvidar su verdadera esencia.

—Diego, me alegro de verle —dijo el general Villa, dando un fuerte abrazo al pintor.

—Gracias, general, la verdad es que hace días que no como decentemente.

—Aquí no hacemos nada decentemente, no nos gustan mucho los curas —bromeó el general Villa.

—Entiendo.

—La Iglesia ha sido el opio del pueblo, ¿ha leído a Marx?

—Bueno, por encima —contestó Diego.

—Yo no le entiendo ni la mitad, pero lo claro es que muchos no comen nada, para que unos pocos se coman todo. Las tierras las tienen cuatro caciques que en muchas ocasiones ni las explotan, mientras el pueblo pasa hambre, por no hablar de las tierras comunitarias robadas a los indígenas —dijo Villa emocionado, después paró y sonrió al pintor—. Disculpe, pero a veces me disparo. Será mejor que nos sentemos.

Se dirigieron a la cabecera de la mesa y cuando el general se sentó, todos lo imitaron.

—¿Por dónde iba? —preguntó el general Villa a Diego.

—Por Marx —contestó el pintor.

—Naturalmente, lo que Marx sugiere no se puede llevar a cabo en México, aquí no hay apenas obreros, lo que necesitamos es una reforma agraria, pero cada vez que un nuevo presidente llega al poder, se olvida de ponerla en marcha. Le pasó a Madero, al que admiraba y respetaba, ahora a Carranza y del resto mejor no hablar.

—¿Usted quiere ser presidente? —preguntó Diego.

—No, Emiliano Zapata siempre está con esa babosada, pero yo no sirvo para presidente, daría el Estado a los pobres y se acabaría México; este pueblo también necesita mano dura —dijo Villa mientras devoraba un muslo de pollo.

Por el fondo del salón entraron tres hombres, uno parecía criollo, con el pelo negro y liso pero muy pálido de cara. Observó la sala con sus ojos verde oliva y se sentó en un sitio vacío al extremo de la mesa. Los otros tres hombres se pusieron cerca de la entrada. Pancho Villa observó la escena sin dejar de comer el pollo, su

barbilla grasienta y sin afeitar brillaba bajo la luz de las bombillas.

—Todavía no me ha dicho para qué me necesita —dijo Villa.

—Es difícil de explicar —contestó Diego pensativo.

—No se preocupe, tenemos toda la noche por delante. ¿Quiere más vino? —preguntó Villa llenándole la copa hasta arriba.

Diego intentó exponer los hechos al general desde el principio. Su encuentro con su buen amigo Alfonso Ochoa en Madrid, la petición de éste de investigar al general Huerta, la visita de Huerta a la librería donde le habían dado el mapa y los tratos del general con los alemanes.

—Serán hijos de la gran chingada. Están tratando conmigo y al mismo tiempo lo hacen con ese cabulero —dijo Villa, mientras comenzaba a ponerse rojo.

—La cosa es que mientras estábamos en Texas le quité el mapa y quería dárselo a Alfonso, pero no he logrado encontrarle.

—Alfonso está con una misión ¿Adónde conduce ese mapa? —preguntó Villa.

—Según parece, a la mítica ciudad de Aztlán.

—¿Aztlán? Nunca había oído hablar de ella —dijo Villa extrañado.

—Aztlán es la ciudad originaria de nuestro pueblo mexicana.

—Unas ruinas antiguas —contestó Villa desilusionado.

—Al parecer sí, aunque el general Huerta piensa que hay un tremendo tesoro y algún tipo de secreto que puede ayudarle a ganar la guerra —dijo Diego.

—La guerra se gana con esto —contestó Villa dejando un revolver sobre la mesa.

El golpe alertó a los comensales y todos se giraron a mirarlos. Pancho Villa hizo un gesto con la cabeza y cada uno continuó con su charla.

—Simplemente le digo lo que el general Huerta me contó —dijo Diego.

—El oro es otra cosa, ando muy escaso de dinero. Una buena cantidad de oro podría facilitarme mucho las cosas.

—Es uno de los tesoros que los españoles no lograron encontrar, una especie de El Dorado mexicano —dijo Diego.

—Será mejor que me enseñe ese mapa a solas —dijo Villa levantándose de la mesa. Todos se pusieron en pie y él hizo un gesto con las manos para que se sentaran.

Diego y el general Villa fueron hacia el fondo de la habitación y entraron en su despacho. El hombre sentado al otro lado se levantó y caminó por un pasillo hasta la puerta del despacho que daba al gran patio, después se introdujo con ellos entre las estanterías en las que se guardaban los papeles de la región.

—Si Huerta está interesado en el tesoro sin duda debe ser algo fabuloso, ese viejo zorro no se mueve si no es por dinero —dijo el general Villa.

—Puede que el oro exista o puede que no —contestó Diego.

—Usted ha visto el mapa —dijo Villa colocándolo sobre la mesa—, ¿dónde se encuentra la ciudad?

—Muchas de las referencias del mapa han desaparecido, sin un especialista será difícil dar con el lugar —contestó Diego.

—¿Un especialista en qué? —preguntó enfadado Villa.

—En cultura mexicana.

Un ruido en el otro lado del despacho les puso en guardia. Villa sacó la pistola y apuntó hacia las estanterías.

—¿Quién hay ahí? —preguntó sin inmutarse.

De detrás de las estanterías salieron cuatro hombres, eran los mexicanos que habían venido desde Norteamérica.

—General Villa, está produciendo un verdadero genocidio en su pueblo y el gobierno de los Estados Unidos nos ha enviado para acabar con usted —dijo el capitán Ulises.

Las cuatro pistolas apuntaban al general y a Diego, que había levantado las manos instintivamente.

—No dispare —dijo Diego.

—Lo lamento, pero no podemos dejar testigos —dijo el capitán Ulises.

El general Villa los miró fijamente a los ojos, muchas veces se había encontrado frente a la muerte, pero había logrado burlarla.

—No me estáis matando a mí, estáis asesinando al pueblo de México —dijo el general Villa.

—¿Asesinando? No, estamos liberando al pueblo de la guerra civil y la anarquía —contestó el capitán.

En ese momento alguien abrió la puerta que daba al salón y todos se giraron. Dos hombres entraron disparando a los norteamericanos, pero Ulises logró eliminar a uno de ellos, tomó como prisionero a Diego Rivera, y Villa ordenó el alto el fuego.

—No disparen, carajo.

Ulises tomó el mapa de la mesa y sin dar la espalda comenzó dirigirse a la otra puerta cubierto por sus hombres. Salieron al gran patio y corrieron con el pobre Diego, que apenas podía seguirles el paso. Aquella pesadilla no había terminado del todo, aún le quedaba pasar el trago más amargo.

Huerta había entrado en el país con un nombre falso, se había puesto en contacto con el general Buendía para informarle del robo del mapa y ahora se dirigía a la costa del Pacífico. Según el profesor Gamio, uno de los rehenes que tenía el general Buendía, Aztlán debía de encontrarse en algún punto del Estado de Nayarit, en la laguna de Mexcaltitán. Podía haber ido por el norte, pero había un paso obligado por Chihuahua, por lo que había decidido ir a Monterrey, de allí a Torreón, luego a Durango, y atravesar la Sierra Madre Occidental. Seguramente los interceptaría antes de que llegaran a su destino.

El general Huerta observó el paisaje desde el tren. Desde la revolución, muchas de las líneas podían pasarse días sin funcionar, pero afortunadamente aquel tren marchaba muy bien. Pensó en Diego Rivera, nunca habría imaginado que podría traicionarlo. Lo había traído desde Europa, lo había ayudado en todo, pero él le había traicionado. Los hombres jaguar sabrían darle su merecido.

Intentó dormir un poco, pero se encontraba demasiado nervioso, no dejaba de ser un prófugo de la justicia y los federales podían detenerle en cualquier momento. Tenía contactos en México D. F., pero muchos pedirían su cabeza.

Cerró los ojos e intentó imaginarse con la banda presidencial, mientras el himno nacional sonaba con toda su fuerza. Cuando abrió los ojos apareció ante él Torreón. No tenía que apearse del tren, pararía allí una hora y después seguiría su camino hasta Durango. Se giró hacia un lado o intentó dormir de nuevo, pero la cara de Diego Rivera acudía a su mente a cada momento. Se había atrevido a burlarse de un héroe de guerra y expresidente mexicano, la ira de todos sus dioses caería sobre ese pintor zucho, sería una hermosa pieza para el sacrificio.

Hércules entró en el vagón e intentó buscar un sitio libre, pero no había ninguno en tercera. Le pidió al revisor que le cobrara la diferencia y se dirigió a primera clase. Su ropa estaba sucia y polvorienta, pero no vaciló en entrar en uno de los lujosos compartimentos y, apenas sin saludar, tumbarse a dormir.

El tren le llevaba de nuevo a Durango; por las noticias que había leído, el dirigible había sido visto en la Sierra Madre Oriental. Por mucho que lo intentara no lograría alcanzarlo a caballo.

Cuando se despertó observó a una mujer muy gorda con una niña rubia de largas trenzas. Sonrió a la niña, pero la madre la apretujó contra sí, como si le fuera a hacer algo. Hércules salió al pasillo y comenzó a fumar uno de sus puros, un anciano a su lado no dejaba de observar el cigarro.

—¿Quiere un puro? —preguntó Hércules, solo le quedaban dos de reserva, pero ya compraría más cuando regresaran a casa.

—Muchas gracias, el médico me ha dicho que no fume, pero a mi edad le quedan a uno muy pocos placeres de los que disfrutar.

Hércules le encendió el puro y el anciano puso los ojos en blanco como si hubiera entrado en éxtasis.

—¿Un viaje de placer? —preguntó el hombre mayor.

—No, más bien de negocios.

—¿Es usted español?

—Sí.

—Acabo de regresar de un viaje a Madrid, ¡qué ciudad tan bella!

—¿Madrid? Hace mucho que no voy a la ciudad. ¿Cómo sigue todo?

—Todo sigue igual, Madrid nunca cambia —dijo el anciano sonriente.

—España es un país de costumbres —comentó Hércules.

—En eso nos parecemos los mexicanos y los españoles.

Hércules miró de nuevo al viejo y observó su cuerpo delgado, el traje impecable y sus manos de dedos largos y huesudos. En la mano derecha tenía un anillo con forma de jaguar. Hasta ese momento no se había percatado de aquel detalle, podía ser simple casualidad, no era extraño que en México la gente venerara al jaguar.

—Ha sido un placer, ¿le volveré a ver? —preguntó Hércules.

—Yo continúo hasta la costa, no sé dónde se apeará usted —dijo el viejo.

—Yo también voy a la costa —dijo Hércules—. Si lo desea podemos desayunar juntos.

—Será un placer charlar sobre España.

Hércules se dirigió hacia su compartimento con el corazón acelerado; aquel hombre podía ser un anciano que se dirigía al Pacífico para descansar, pero había algo en su porte, y sobre todo en aquel anillo, que le hacía pensar que no era quien decía ser.

Todo había salido mal. Tenían que haber matado a Pancho Villa cuando estuvo a su alcance, pero ahora se habían convertido en sus enemigos y él no descansaría hasta verlos muertos. Había pensado en regresar a los Estados Unidos, pero con la misión fracasada sus esperanzas de ascender se habían esfumado. Ulises Brul azuzó a su caballo y contempló las montañas. A su lado cabalgaba torpemente aquel mexicano al que habían secuestrado. Por lo poco que había escuchado de la conversación que habían mantenido él y Villa, tenía el mapa de una antigua ciudad en la que había un tesoro, tal vez fuera ésa su última oportunidad de salir de la incómoda vida de chicano que había vivido en los Estados Unidos.

—¿Cómo se llama? —preguntó Ulises con tono áspero al mexicano.

—Diego, Diego Rivera... —tartamudeó el hombre.

—Diego, no tiene nada malo que temer. Simplemente estaba en el lugar equivocado en el momento equivocado.

—Últimamente siempre tengo esa sensación —se atrevió a ironizar Diego.

Ulises sacó de uno de sus bolsillos interiores el mapa y lo ojeó por encima.

—La verdad que, más que un mapa, parece un jeroglífico.

—En cierto sentido lo es, los mexicas escribían y usaban símbolos. Si no se conocen esos símbolos es imposible interpretar el mensaje.

—¿Usted conoce esos símbolos? —preguntó Ulises arqueando la ceja.

Diego lo miró en silencio. Si cooperaba tendría alguna posibilidad de sobrevivir, con toda seguridad los hombres de Villa les seguían, en unos días sería liberado.

—Yo soy pintor, pero he estudiado algunos de estos símbolos.

—Tenga —dijo Ulises dándole el mapa.

Tomó el mapa y lo observó por unos instantes, en los últimos días se había pasado horas contemplándolo, era una verdadera obra de arte.

—Es el mapa para llegar a la mítica ciudad de Aztlán.

—¿Aztlán? Nunca había oído hablar de ella.

—No todo el mundo conoce la leyenda.

—Por favor, cuéntemela.

Diego narró brevemente el origen del pueblo mexica y su llegada al Valle de México. Después le contó la leyenda de Aztlán y la llegada a la ciudad de los españoles enviados por Hernán Cortés.

—Es una hermosa leyenda, pero ¿qué tiene de cierto?

—Es difícil de saber, lo que es indudable es que Aztlán existió y fue la tierra originaria de los mexicas, aunque en la actualidad no creo que quede mucho más que

unas ruinas medio enterradas.

—Eso será mejor que lo decida yo. ¿Por dónde podemos empezar la búsqueda?

—La mayoría de los investigadores creen que las ruinas de la ciudad están debajo de la pequeña ciudad de Mexcaltitán.

—¿Dónde está eso?

—Al sur, cerca del Pacífico, en una zona pantanosa.

—¿Cuánto tardaremos en llegar?

—Cuatro o cinco días —dijo Diego.

—Espero que los hombres de Villa nos pierdan la pista.

—Si atravesamos las montañas podemos ir bordeando la costa —dijo Diego.

—En la costa siguen controlado la situación los revolucionarios. Será mejor que continuemos hacia Durango, a partir de esa ciudad las fuerzas federales dominan el territorio —dijo Ulises.

—Como prefiera.

—Cinco días son muchos días. No sé si tenemos tanto tiempo, las fuerzas de Villa nos pisan los talones, pero tendremos que intentarlo —dijo Ulises con la inocente idea de que podría escapar de la mano del hombre más tozudo de México.

Las jornadas de viaje eran agotadoras. El general Buendía quería llegar cuanto antes a su destino y los obligaba a cabalgar durante la mayor parte del día. En un par de ocasiones, Lincoln había tenido la oportunidad de escapar, pero temía las represalias que el general hubiera podido tomar contra el resto del grupo.

—¿Cuándo llegaremos? —preguntó Alicia.

Alma miró el rostro de la mujer, no había ninguna duda de que se encontraba agotada y desanimada.

—En dos o tres días más. Por lo menos en las próximas jornadas iremos por la sierra y no tendremos que soportar este calor —dijo Alma sacudiendo un poco su larga falda.

—Tenemos que tener un plan. ¿Qué haremos al llegar? Está claro que no regresaremos con vida de la ciudad —dijo Lincoln.

—Yo creo que deberíamos intentar fugarnos antes de llegar —comentó Alma.

—Pero el profesor está siempre vigilado por el general —dijo Alicia.

—Él está seguro, hasta que no encuentre la ciudad el general Buendía no le hará nada malo —comentó Alma.

—Estoy segura de que Hércules nos encontrará —dijo Alicia.

—México es muy grande y su amigo no sabe adónde nos dirigimos —dijo Alma.

—No importa, de situaciones más difíciles hemos logrado escapar, ¿verdad Lincoln?

El norteamericano se quedó pensativo unos instantes, después miró a Alicia. En las últimas semanas había recuperado su amistad, pero era muy complicado estar con la mujer que más quería en el mundo y no poder protegerla.

—Saldremos de ésta, pero tenemos que idear un plan —contestó Lincoln.

—En la sierra será fácil esconderse, aquí estamos en campo descubierto la mayor parte del tiempo —dijo Alma.

—Esperaremos un día más —dijo Lincoln.

Uno de los soldados se acercó y se puso en medio con su caballo.

—No pueden hablar entre ustedes —dijo separando bruscamente a los caballos.

Lincoln observó la colocación de los soldados. Dos exploradores que siempre les sacaban una o dos horas de camino, tres hombres a la cabecera del grupo, después el general con el profesor Gamio y dos hombres detrás de ellos. Después ellos tres y, tras ellos, otros tres soldados. Debían neutralizar a los tres guardias que tenían detrás e intentar escapar, pero no tenían armas y sería muy difícil sorprenderlos. Se encomendó a Dios, Él siempre le había ayudado en situaciones como ésta, y pensó

que volvería a hacerlo.

El ejército de Villa iba a llevar a cabo la última ofensiva para librarse de los hombres de Obregón. El general revisó sus filas y arengó a las tropas antes del combate. Aquella mañana le costó encontrar fuerzas, no dejaba de pensar en los malditos gringos que habían intentado asesinarle. Sus hombres los seguían desde aquella misma noche, pero no tenía muchas esperanzas de que dieran con ellos antes de que llegaran a territorio federal.

Se maldijo por su ingenuidad.

—General, el señor Félix Sommerfeld quiere verle —dijo uno de los asistentes.

Villa refunfuñó, pero dio la orden de que trajeran al alemán.

—General, llevo varios días intentando...

—No pretenda engañarme de nuevo, conozco las tretas de su Gobierno. Estoy al tanto de que negociaron con Huerta. Pensaba que los alemanes tenían honor —dijo Villa, cortando al alemán.

—Desconozco otros acuerdos con dirigentes mexicanos —dijo Félix confundido.

—El señor Diego Rivera me informó de primera mano de los acuerdos de su gobierno con el general Huerta en Madrid.

—No sabía nada.

—Nuestro acuerdo queda roto y le doy veinticuatro horas para que abandone el territorio controlado por mis tropas, **después** se le considerará espía y será ejecutado.

El alemán sabía que Pancho Villa no se andaba con chiquitas. Saludó al general y dejó el campamento. Ese maldito Diego lo había estropeado todo, seguramente era un agente norteamericano. Antes de irse de la ciudad tenía que hacer un par de averiguaciones.

El sonido mortecino del tren le había hecho dormir toda la tarde y la noche. Cuando se despertó por la mañana sintió las fuerzas renovadas, por fin podía pensar con claridad. El anciano que había conocido el día anterior era un tipo curioso. Había estado en Madrid unas semanas antes y llevaba un pequeño anillo con el símbolo del jaguar; podía tratarse de una mera coincidencia, pero no dejaba de sorprenderle que su descripción coincidiera con la de la persona de la que había hablado el general Buendía.

Caminó por el estrecho pasillo del tren hasta el vagón comedor. Apenas había mesas ocupadas, la mayor parte de los viajeros se había apeado en Durango y muy pocos continuaban el viaje hacia la costa. La zona del Pacífico mexicano seguía siendo una parte del país despoblada y prácticamente virgen.

Echó un rápido vistazo a las mesas y contempló la figura del anciano desayunando distraído en un extremo del restaurante.

—Buenos días, ¿está libre esta silla? —preguntó Hércules acercándose a la mesa.

—Por favor, siéntese —dijo el anciano.

—Muchas gracias. No me gusta comer solo todos los días, por lo menos charlando se le pasa a uno el viaje más rápido. ¿Va usted hasta Villa Unión? —preguntó Hércules.

—Sí, allí tomaré otro transporte.

—Me han dicho que esa parte del país es realmente hermosa, aunque no está muy poblada.

—Nunca lo ha estado —dijo el anciano.

—Parece ser que es una zona pantanosa similar a los Callos, en Florida —dijo Hércules.

—Nunca he estado en esta zona. Únicamente sé que hay muchos lagos y lagunas.

—Una tierra muy pobre para cultivar —dijo Hércules.

—Hay zonas en México que continúan siendo muy pobres. Perdona que se lo diga, pero los españoles solo favorecieron las zonas de las que se podía extraer el oro fácilmente o que eran muy fértiles para el cultivo.

—Sin duda, sería absurdo negar que los españoles vinimos aquí en busca de oro. Los mexicanos eran un pueblo rico, la población de aquí es orgullosa y trabajadora, algunos piensan que en esa zona puede estar la tierra originaria de los mexicanos —dijo Hércules.

—No soy un experto, pero algo he oído.

—Debió de ser un pueblo muy valiente y luchador —dijo Hércules.

—Si no hubiera sido por las tribus que nos traicionaron, México no hubiera caído tan pronto. Los pueblos totonacas fueron los primeros en entregarnos. También los tlaxcaltecas se unieron a los españoles después de varias derrotas. Si no hubiera sido por su ayuda, los hombres de Cortés no hubieran conquistado Tenochtitlán —dijo el anciano.

—Pero ha de reconocer la astucia de Cortés, cómo logró vencer a las fuerzas de Narváez que vinieron a arrestarle por rebeldía al gobernador de Cuba, cómo se repuso de la huida de la ciudad de Tenochtitlán y lo inteligente de su estrategia —dijo Hércules.

—Lo de hacer barcos para atacar la ciudad fue un acierto. Los mexicas controlaban las calzadas y convirtieron la ciudad en un verdadero baluarte, pero también era muy difícil abastecer a una población tan grande, los españoles lograron sitiar la ciudad de una manera efectiva.

—Era la única forma de vencer, los mexicas eran un pueblo muy grande y su ejército era temible.

—Cierto, además muchos antiguos aliados de los mexicas se volvieron contra ellos al contemplar a las fuerzas españolas —dijo el anciano.

—Los mexicas habían sido muy crueles con ellos.

—Los imperios se sustentan en el miedo, no nos engañemos —dijo el anciano.

—Los más fuertes sobreviven.

—A pesar de todo, los mexicas no fueron derrotados por las armas, como ya sabrá.

—¿No?

—Los mexicas fueron derrotados por algo más terrible.

Estaban fuera del territorio dominado por Villa. Habían logrado escapar, pero habían agotado a sus caballos. Tuvieron que robar nuevos animales en un rancho y decidieron atravesar las montañas para llegar lo más rápidamente posible a la costa. Diego Rivera se encontraba agotado, los soldados norteamericanos estaban acostumbrados a largas cabalgatas, pero el pobre pintor tenía los riñones destrozados y no sabía cuánto tiempo más podría aguantar a aquel ritmo.

El monte era muy escarpado y en muchos puntos apenas podían pasar al borde de acantilados, lo que hacía la marcha más lenta y peligrosa.

Cuando descansaron al borde de un riachuelo para comer y recuperar fuerzas, alguno de los hombres se acercó para hablar con el capitán Ulises Brul.

—Capitán, estamos cada vez más lejos de la frontera. Hemos fracasado en la misión, pero seguimos siendo soldados de los Estados Unidos —se atrevió a decir el cabo John Gómez.

El capitán levantó la vista, después removi6 con un palo las brasas de la hoguera y se puso en pie.

—Están bajo mis 6rdenes y yo decido cuándo volvemos a los Estados Unidos.

—Si no regresamos para informar se nos considerará prófugos y no podremos volver jamás. Todos tenemos a nuestras familias allí.

—Les doy la oportunidad de regresar convertidos en hombres ricos. Ahora solo son carne de cañ6n del ej6rcito. Nunca podrán ascender en la carrera militar —dijo el capitán.

—Pero usted...

—Yo soy capitán gracias al apellido de mi padre, y aun así para ellos soy medio mestizo, pero ustedes son simples mexicanos jugando a ser estadounidenses, lo único que puede convertirlos en ciudadanos de primera clase es el dinero. Eso es lo que les ofrezco, una fabulosa fortuna.

Varios de los soldados asintieron, pero el cabo se mantuvo firme.

—Con su permiso, Gonzáles, Ramos y yo volveremos a los Estados Unidos.

—Si es eso lo que desean —dijo el capitán.

El cabo hizo un gesto a los otros dos hombres para que tomaran los caballos, pero apenas se había dado la vuelta cuando el capitán Ulises sacó su revólver y le disparó. El resto de sus hombres acribilló a tiros a los otros dos soldados. El capitán se acercó hasta los cuerpos y les dio una patada para comprobar que estaban muertos.

—¿Alguien más quiere regresar? —preguntó desafiante al resto de los hombres.

Los soldados agacharon la cabeza ante la horrorizada mirada de Diego Rivera.

Registró la habitación poniéndolo todo patas arriba. Sacó los bocetos de la carpeta y los revisó uno a uno, hasta que observó algo parecido al dibujo de un mapa hecho a lápiz.

—Debe de ser esto —dijo Félix Sommerfeld, con los ojos desorbitados. Llevaba más de una hora revolviendo la habitación, pero por fin había dado con lo que buscaba.

Se acercó al escritorio y extendió el mapa con cuidado. Estaba dibujado a grandes rasgos, sin color, pero podía distinguirse claramente cada una de las partes de la isla. Félix no pudo evitar sonreír. Aquélla era la oportunidad de su vida. Llevaba años trabajando como espía y periodista, pero quería dejarlo todo y retirarse a algún país de Sudamérica. Si era cierto todo el asunto del tesoro, podría pasar el resto de su vida disfrutando de un merecido descanso. Ésa debía de ser una copia del mapa que su gobierno había dado al general Huerta en Madrid.

Tomó el mapa y lo guardó, bajó por las escaleras y le dio a la casera la recompensa prometida. Después se dirigió a una conocida cantina de la ciudad. Allí estaba Sara. Hacía varias semanas que habían comenzado su relación pasional y ella estaba dispuesta a seguirle donde fuera.

Cuando entró en la cantina, Sara estaba hablando amistosamente con unos hombres. Félix sintió como el corazón se le aceleraba, él sabía a qué se dedicaba, pero no podía evitar sentir celos. Al verlo entrar, ella se retiró de la mesa y se acercó a él rápidamente, se enroscó en su cuello y comenzó a besarle.

—Querido, te he esperado impaciente.

Félix la miró indiferente por unos instantes, pero terminó por abrazarla y la besó.

—Lo tengo, Sara, ese maldito pintor hizo un boceto, como imaginaba.

—Déjame verlo —pidió la mujer con los ojos muy abiertos.

Los dos se sentaron en una de las mesas y el hombre extrajo el mapa y lo colocó con cuidado sobre las tablas desgastadas y sucias.

—Sabía que existía —dijo la mujer emocionada.

—No lo sabemos a ciencia cierta. Únicamente es la copia de un mapa, no será fácil llegar hasta el tesoro.

La mujer comenzó a repasar cada símbolo y después miró al hombre.

—Mis dioses me ayudarán a encontrar el lugar. No te preocupes —dijo mientras volvía a besarlo.

El sol comenzó a ocultarse entre las montañas y el general Huerta miró atentamente la cara del español.

—¿Por qué está tan interesado en la historia de los mexicas y Aztlán?

—¿Interesado? Fue usted el que empezó a hablar del tema esta mañana —dijo Hércules intentando parecer molesto.

—No intente confundirme, soy viejo, pero soy no tonto.

—No pretendo engañarle, desconozco cómo surgió el tema, pero si prefiere no seguir hablando de ello... —dijo Hércules acercándose a la puerta del compartimento.

El general extrajo una pequeña pistola con disimulo. Después sonrió al español, pidiéndole disculpas.

—No entiendo por qué he reaccionado así. Estoy cansado de este viaje tan largo, llevo desde que salí de España viajando sin parar.

—Lo entiendo, no se preocupe, me marcho a mi compartimento.

—Quédese conmigo, aquí hay sitio de sobra —dijo el general señalando el cuarto vacío.

—No, nos veremos mañana.

Hércules se dio la vuelta y abrió la puerta, pero antes de que pudiera salir, escuchó la voz amenazante del anciano.

—Levante las manos, prefiero no matarle hasta estar seguro de saber quién es.

—Ya se le he dicho —respondió Hércules girando con la manos en alto.

—Un comerciante de telas llamado Adriano Gómez; no tiene pinta de comerciante de telas —dijo el general sin dejar de apuntarle.

—¿Por qué iba a mentirle?

—Es uno de los españoles de los que me habló el general Buendía. Me lo describió como alto, con el pelo blanco y largo. No he visto a nadie con ese aspecto en todo el viaje, excepto a usted.

El español sonrió al anciano y sin pensárselo dos veces se lanzó sobre él. Un disparo retumbó en el compartimento; después se hizo el silencio.

La ciudad estaba muy animada. Después de atravesar las montañas sin apenas cruzarse con gente, el mercadillo de comida y todo tipo de cachivaches les sorprendió. El general Buendía comenzaba a ponerse nervioso, no era muy difícil perderse entre la multitud, por lo que ordenó a sus hombres que no se separaran en ningún momento de los prisioneros.

—Ésta es nuestra oportunidad —le susurró Lincoln a Alicia.

Miraron a los soldados, que a pesar de las órdenes se entretenían observando la comida o a las mujeres de la localidad. Alicia le hizo un gesto a Alma para que estuviera preparada.

La multitud se agolpaba en uno de los estrechamientos de la calle. Lincoln miró al profesor, pero éste estaba literalmente pegado al general, era imposible que él pudiera escapar. Después observó a los soldados que caminaban detrás de él e hizo la señal convenida.

—Ahora —susurró.

Los tres corrieron a empujones entre la multitud. Daba la sensación de que no avanzaban mucho en medio de la marea de gente, pero cuando Lincoln miró atrás ya no se veía a los soldados.

—Por aquí —dijo Alicia señalando un callejón.

Sus pasos retumbaron en la callejuela desierta y no dejaron de correr hasta que se sintieron a salvo.

—¿Qué sucederá con el profesor? —preguntó Alicia, preocupada.

—No creo que le hagan nada, por ahora le necesitan para localizar Aztlán —dijo Alma.

—Tenemos que encontrar a Hércules —dijo Alicia.

—Él nos encontrará a nosotros, estoy convencido. Debemos continuar el camino hasta Aztlán —dijo Lincoln.

—¿Continuar? Eso es una locura, volverán a capturarnos e incluso puede que nos maten —dijo Alicia.

—No podemos permitir que encuentren la isla, ya sabes que puede ser peligroso —contestó Lincoln.

—Pero ¿qué podemos hacer nosotros contra todos esos soldados? —dijo Alicia.

—Nos mantendremos a salvo, no te preocupes. Ahora tenemos que buscar un sitio donde escondernos hasta que el general Buendía abandone la ciudad —dijo Lincoln entrando en uno de los portalones de la calle. Los tres se introdujeron en la oscura entrada del edificio hasta que las sombras los devoraron por completo.

Mazatlán, 28 de mayo de 1915

Los soldados confiscaron uno de los barcos pequeños mientras el general Buendía y el profesor Gamio los observaban desde el embarcadero.

—Puede ver las ventajas de pertenecer al ejército federal —dijo el general.

—Robar es una de las atribuciones del ejército mexicano —contestó muy serio el profesor.

—¡No sea insolente, puedo matarle en cuanto lo desee, no crea que es imprescindible para esta misión! —dijo el general alzando la voz.

El profesor se puso pálido de repente y agachó la cabeza.

—Esos malditos extranjeros han escapado por ahora, pero le aseguro que nadie se libra de la ira de los hombres jaguar.

Las miradas de los dos se cruzaron por unos segundos.

—Sí, ha entendido bien. Somos los descendientes de los hombres jaguar. Todo el mundo cree que fuimos exterminados por Cortés en la ciudad de Tenochtitlán.

—Los hombres jaguar desaparecieron hace siglos —dijo el profesor con incredulidad.

—Hemos vivido ocultos hasta ahora, que nuestra venganza está cerca, y construiremos un nuevo imperio que arroje a los extranjeros de la tierra sagrada de nuestros antepasados —dijo el general Buendía.

—¿Por qué quieren ir a Aztlán? —preguntó el profesor, asustado. Pero no obtuvo respuesta, alguien lo golpeó por detrás y perdió el conocimiento por completo.

Dos soldados cogieron el cuerpo del suelo y lo subieron a bordo. El general comenzó a recorrer la pasarela a la vez que le hablaba al cuerpo inconsciente.

—Lo sabrá a su debido tiempo, profesor Gamio.

Mazatlán, 28 de mayo de 1915

Lincoln se adelantó unos pasos cuando observó que golpeaban al profesor. Alicia lo agarró del brazo para impedir que descubrieran su posición.

—¿Estás loco? Si intentas hacer algo, nos descubrirán.

—Pero Alicia, el profesor...

—Tiene razón, no podemos hacer nada —dijo Alma.

Observaron como el resto de los soldados subían a bordo y el barco comenzaba a hacer maniobras para alejarse del muelle.

—¿Qué vamos a hacer? —preguntó Alicia—. Nunca podremos adelantarnos a ellos por tierra.

—Tenemos que subir a bordo —dijo Lincoln.

—¡Es imposible! —dijo Alma.

—El barco está virando, podemos saltar a la cubierta inferior, está casi a la altura del puerto —dijo Lincoln saliendo al descubierto y comenzando a correr como un loco. Alicia y Alma lo siguieron remangándose las faldas. Cuando el barco estaba a un metro de distancia, los tres saltaron a la cubierta.

—¿Ahora qué? —le susurró Alicia a Lincoln.

—Intentemos escondernos en alguna bodega hasta que lleguemos a puerto nuevamente —contestó Lincoln reptando por el suelo.

—Mejor allí —dijo Alma señalando una barca salvavidas tapada con una lona verde.

Los tres se arrastraron hasta la barca, Lincoln levantó la lona y se metieron dentro. Había espacio suficiente para los tres, pero Alicia comenzó a pensar que aquello no era buena idea. Ignoraba el tiempo que tardarían en llegar a su destino, pero sin agua ni alimentos no podían durar mucho.

—No tenemos provisiones —dijo Alicia.

—Por la noche saldré a buscar algo de comida y bebida —contestó Lincoln.

El silencio y la oscuridad terminaron por relajarles, las horas de tensión y perseguir al general los tenían exhaustos y no tardaron mucho en quedarse dormidos.

La marcha no dejaba de intensificarse, no sabía cuánto más podría continuar a ese ritmo. El camino estaba empedrado solo en algunos tramos y cruzaban desfiladeros por los que apenas pasaba una cabalgadura. Diego Rivera invocó a la Virgen de Guadalupe a pesar de no ser muy devoto de las imágenes religiosas. Nunca había pasado tanta hambre y sed, estaba bajando de peso, y a veces se adormilaba sobre el caballo.

El capitán Ulises Brul galopaba a su lado, apenas cruzaban palabra. Desde hacía más de veinticuatro horas no había vuelto a insistir en que le explicara más cosas de Aztlán, lo que le aliviaba tremendamente, ya que Diego apenas sabía nada sobre los mexicas.

Una barba negra y tupida comenzaba a invadirle la cara, su rostro de niño bueno de ojos saltones se estaba convirtiendo en el de un cuatrero de Sierra Madre. El resto de los soldados tampoco hablaban, no sonreían ni cantaban. El incidente que había acabado con tres de ellos parecía haber agriado el viaje.

El capitán Ulises miró uno de sus mapas.

—Según mis cálculos, si seguimos a este ritmo estaremos en la costa del Pacífico en un día de viaje. En Guaymas tomaremos un barco que nos lleve hasta Los Corchos, desde allí ya veremos cómo llegamos a la laguna de Mexcaltitán.

—¿Está seguro de que podremos aguantar este ritmo? —preguntó Diego.

—No es la primera vez que tengo que atravesar México a toda velocidad. Hace unos años, cuando estalló la revolución, mi familia y yo huimos de Guadalajara hasta El Paso. Dos de mis hermanos pequeños y mi madre murieron, pero conseguimos escapar de los revolucionarios.

—¿Quién era su padre? —preguntó Diego.

—Era el alcalde de una ciudad cercana a Guadalajara. Como se negó a aceptar la revolución, lo encarcelaron y lo condenaron a muerte, pero mi madre pagó un soborno para liberarle, tuvimos que huir con lo puesto y comenzar una nueva vida —dijo el capitán Ulises.

—¿Merece la pena tanto esfuerzo?

—Con ese dinero llevaré a mi mujer a Venezuela o Argentina y comenzaremos una nueva vida, me lo merezco, después de sufrir el rechazo de los nuestros y de los gringos.

Diego se quedó pensativo. Los hombres eran capaces de cometer grandes crímenes para vengarse o simplemente para recuperar la fe en sí mismos, y el capitán no era una excepción. En cierto sentido le recordó a aquellos hombres que perdieron

su vida y su honra en la búsqueda de El Dorado.

Cuando Hércules bajó del tren respiró aliviado. Mientras forcejeaba con el anciano, sintió la bala rozarle y la sangre húmeda en el costado, pero no era suya, era del general. Cuando recuperó la consciencia le hizo todo tipo de preguntas, pero al principio el anciano se negó a responder. Después de presionarle, el hombre se había mostrado más colaborador. Hércules no se lo podía creer. Aquel viejo no era ni más ni menos que el general Huerta.

El general le contó todo lo que sabía sobre Aztlán y sobre sus amigos secuestrados. También le indicó que el grupo se dirigía a Mexcaltitán, donde se creía que podía estar Aztlán. Parecía un moribundo intentando limpiar su conciencia. Después de interrogarlo, el hombre comenzó a quejarse y murió. Hércules escapó en cuanto el tren se detuvo. Alquiló un coche, no de los pocos que se veían todavía en México, y tomó rumbo hacia el sur.

Llevaba tanto tiempo solo que comenzaba a sentir el cansancio y el desánimo del viaje. ¿Qué sería de Lincoln y Alicia? Quería creer que se encontraban bien, pero lo cierto era que aquellos locos sanguinarios podían hacerles cualquier cosa. Tras su fuga había pensado que sería relativamente fácil rescatarles, pero todo se había complicado extraordinariamente y ahora temía por sus vidas.

Pisó el acelerador del coche e intentó ir a toda velocidad, pero el estado del camino, la multitud de viandantes y las carretas le frenaban. Después de un par de horas se encontraba en Rosario. Se apeó, compró comida y agua para el resto del viaje y consiguió un viejo mapa de la zona. Después de comer, retomó el viaje con más entusiasmo. En un par de días estaría en su destino. Confiaba en que sus amigos estuvieran bien, Lincoln era un hombre de recursos y Alicia no se dejaba amilanar por nada.

Observó la puesta de sol sobre los lagos y pensó que aquél sería un buen sitio para vivir, rodeado de lagunas, selva y mar.

El océano estaba en calma. La travesía estaba siendo satisfactoria, pero el general Buendía no podía dejar de pensar en aquellos malditos extranjeros. Estaba seguro de que nada podía impedir que se cumplieran las profecías, no eran los hombres, sino los dioses, los que determinaban el futuro.

Observó la costa desde el puente de mando e imaginó cómo sería Aztlán. Había pensado en la ciudad muchas veces mientras los miembros de los hombres jaguar la describían como el lugar idílico en el que vivir, y ahora estaba a un paso de llegar a ella. Sería la primera persona en entrar en la ciudad desde el siglo XVI, ya que ningún hombre jaguar había regresado nunca allí.

Dejó la cubierta y fue al salón, allí estaba el profesor Gamio leyendo el códice. Cuánto hubiera dado él por conocer sus secretos, pero apenas podía leer aquella letra retorcida.

—Profesor, ¿cómo va la lectura del códice?

—No es fácil, general.

—Usted es un especialista —se quejó el general.

—Soy arqueólogo, mi especialidad no es la paleografía. Muchas de las letras están medio borradas y el lenguaje del siglo XVI es enrevesado, además, el escritor utilizó muchas expresiones en náhuatl.

—Pero ¿de qué habla el códice?

—Habla de la partida de los mexicas de Aztlán, de la muerte blanca y del descubrimiento de Tenochtitlán.

—El viaje de nuestros antepasados —comentó el general emocionado.

—Según cuenta la historia de los mexicas, Tlacaélel reconstruyó el pasado hacia el 1428. Los mexicas creían que habían existido varios soles y que el último estaba a punto de apagarse. Por eso se reunieron los dioses, para ver cuál de ellos tendría el honor de encarnar al nuevo astro, pero este sol también tendría que desaparecer, y para evitarlo debía ser alimentado con agua preciosa o *atl-tlachinolli*.

—¿Qué es eso?

—Sangre, lo único que podía frenar la desaparición del sol era la sangre.

—Los sacrificios rituales de nuestros antepasados —dijo el general.

—Los investigadores actuales no creen todo lo que los mexicas contaron sobre sí mismos. Al ser el mayor imperio de la región intentaron crear un pasado mítico más acorde con su situación. Los mexicas serían un pueblo nahua más de los muchos que llegaron al Valle de México entre los siglos II al siglo XIII. El primer gran caudillo de

los mexicas es Tozcuecuxtli, que apoyó la emigración de su pueblo. Junto a él, el pueblo llegó a la sierra de Guadalupe. Cuauhtlequetzqui, un valiente capitán mexica, les ayudó a consolidarse en la región y extender su poder.

El general puso especial atención a las palabras del profesor. Durante siglos no se había enseñado en las escuelas la historia de los mexicas, apenas se hablaba de ellos cuando se impartía la lección sobre la conquista de Cortés, pero su familia, miembros secretos de la orden de los hombres jaguar, sí le había explicado brevemente la historia de su pueblo.

—Entonces los mexicas no eran esos salvajes que nos enseñaron en la escuela —dijo el general.

—Tenían costumbres y rituales que a los españoles les parecieron crueles, pero ellos mismos fueron extremadamente brutales con sus enemigos o no impidieron que sus aliados lo fueran con los mexicas. La matanza del Templo Mayor es un claro ejemplo. Allí los españoles asesinaron a todos los que les salieron al paso, no solamente a los que estaban haciendo los sacrificios humanos. El caso de Cholula fue otra de las ocasiones en la que los españoles no hicieron nada para que sus aliados tlaxcaltecas acuchillaran a miles de cholultecas.

—La crueldad después de la conquista continuó casi hasta la independencia de España.

—Bueno, general, los españoles también hicieron cosas positivas, mantuvieron la cultura, guardaron parte de la sabiduría mexica. Hombres como Bernardino de Sahagún conservaron tradiciones y parte de la historia de los mexicas. Éste códice es un claro ejemplo.

—¿Qué más cuenta el códice?

—Ya le comenté que habla del viaje de uno de los hombres de Cortés a Aztlán justo antes de conquista de Tenochtitlán.

—Pero ¿qué dice de las profecías?

El profesor se quedó en silencio unos instantes y después comenzó a leer:

—«El pueblo elegido por los dioses reinará en la tierra antes de la caída del quinto sol, cuando la plaga vuelva a la tierra para limpiarla. Los hijos de Aztlán regresarán de sus tumbas para cumplir la profecía, los hombres blancos morirán y el imperio mexica ya no tendrá fin». —Es lo mismo que llevamos siglos enseñando en nuestra orden, ¿no le parece increíble?

—Seguramente se mantuvo alguna tradición oral que hablaba de esta profecía y de otras que hay en el libro.

—Mañana estaremos en Aztlán —dijo el general eufórico.

—Si está donde creemos que está —apuntó el profesor.

—No se preocupe por esos detalles. No he llegado hasta aquí para volver atrás. Hace más de setecientos años que las piedras del Templo Mayor de Aztlán no beben

la sangre que detiene la destrucción del sol; antes de veinticuatro horas regresarán los sacrificios y las ofrenda a los dioses.

Durango, 29 de mayo de 1915

Cuando Félix Sommerfeld llegó a la ciudad, preguntó por el dirigible. Sabía que era su única oportunidad de adelantarse a sus competidores. La gente le señaló un pequeño pueblo donde el constructor del dirigible estaba intentando repararlo.

El pueblo parecía abandonado, pero el gran aparato volador se encontraba junto a una casa baja medio desvencijada. Félix le dijo a Sara que le esperara fuera y entró en un gran salón a oscuras. Sus ojos tardaron unos segundos en acostumbrarse a la penumbra, pero cuando lo hicieron no observaron nada sospechoso. Una mesa, unas sillas, un pequeño aparador con platos blancos y algunas cestas de mimbre en un rincón.

—¿Hay alguien aquí?

Nadie contestó. El alemán se acercó al pasillo y miró las habitaciones. No había ni rastro del dueño del dirigible. Salió a la resaca explanada y se dirigió al aparato. A pesar de algunos parches, el polvo del desierto y agujeros de bala en la gran cabina, el aparato parecía nuevo. La mujer miró con asombro el gran monstruo volador y masculló un rezo de protección.

—¿De verdad quieres viajar en esto? —preguntó la mujer.

—No tenemos otra opción.

—Si los dioses hubieran querido que voláramos nos habrían dado alas.

—Si no lo hubieran querido, no nos habrían dado la capacidad de inventar un artilugio que vuela.

Sara se quedó en silencio. Lo principal era llegar a Aztlán, los medios eran poco importantes. Félix dio la vuelta al aparato hasta que vio una pequeña puerta abierta. Se asomó y entonces vio a un hombre vestido con un mono trabajando.

—Perdone.

El hombre se giró y miró a Félix. Sus ojos azules no expresaron sorpresa ni temor, pero sí indiferencia.

—Necesito su dirigible. Si me lleva puedo convertirle en un hombre rico, si se niega, morirá.

Las lagunas comenzaban a rodearle por todas partes. El coche se quedaba atascado en el fango y el camino cada vez se hacía más difícil. Hércules se acercó al pueblo y aparcó junto a lo que parecía el ayuntamiento. No había nadie por la calle y una bruma húmeda tapaba las fachadas de las casas. El único edificio que destacaba un poco era la pequeña iglesia, por lo que se encaminó hacia ella. El portalón estaba entornado, lo empujó levemente y entró. La amplia sala estaba iluminada con algunas velas en los altares, pero la oscuridad era lo único que entraba por los grandes ventanales. Hércules echó a andar hacia el altar mayor, hasta que una voz a su espalda le sobresaltó.

—¿Desea algo?

La cara de rasgos morenos y pelo negro apenas destacaba de la sotana, también negra.

—Padre, me preguntaba si podría ayudarme.

—¿Ayudarle? Siempre que alguien pasa por aquí es porque se ha perdido. ¿Se ha perdido, señor...?

—Hércules Guzmán Fox. Sé adónde me dirijo, si es a eso a lo que se refiere.

—Todos nos dirigimos al mismo sitio —dijo el sacerdote acercándose a uno de los altares y enciende algunas velas más.

—Simplemente quería preguntarle por un pueblo. ¿Está cerca Mexcaltitán?

—Está al otro lado de la laguna, puede ir en barca o tomar el camino hasta Santa Cruz, desde allí hay un desvío a la ciudad, pero, si no es imprudente preguntarle..., ¿qué busca allí?

—Buena pregunta. Creo que solo busco a unos amigos.

—La amistad es el mayor tesoro que nuestro Dios nos ha dado, no en vano dice que el que tiene un amigo tiene un tesoro.

—Muchas gracias por su ayuda.

Hércules se dispuso a abandonar la capilla, pero la voz seca del párroco le volvió a detener.

—¿No estará buscando Aztlán? Cada poco tiempo viene algún viajero persiguiendo la leyenda de la ciudad perdida de los mexicas.

—¿Por qué cree eso?

—Tiene en sus ojos la llama de los que persiguen la verdad.

El español dudó unos instantes antes de responder.

—¿Qué sabe de Aztlán?

—Sé dónde se encuentra la ciudad, y no es en Mexcaltitán —dijo el sacerdote

mientras la luz de la vela alargaba su sombra.

—Pero ¿por qué me cuenta eso?

—He visto nobleza en su respuesta prefiere a sus amigos a las riquezas de Egipto
—dijo el sacerdote parafraseando la Biblia.

El barco se había detenido frente a un delta que servía de entrada a un pequeño puerto de pescadores. Era el punto más cercano a la costa en el que podían atracar. El general Buendía estaba impaciente por desembarcar, pero antes, sus hombres debían asegurarse un transporte.

Lincoln había conseguido sortear la guardia en un par de ocasiones y buscar algo de comida y bebida en el barco, pero desde hacía unas horas estaba empeñado en liberar al profesor Gamio. Alicia y Alma se habían opuesto, pero el norteamericano podía ser muy testarudo cuando se le metía una idea en la cabeza. Cuando cuatro de los soldados desembarcaron hacia la costa, Lincoln intentó aprovechar la oportunidad: salió de la barca y se dirigió al interior de la nave. No sabía cuales eran los camarotes del profesor y el general, pero imaginó que estarían próximos al gran salón de la cubierta inferior.

Mientras Lincoln caminaba por los pasillos en busca del profesor Gamio, un soldado se acercó a la barca donde se escondían Alma y Alicia. El general había ordenado que prepararan el desembarco y tenían que cargar las barcas antes de echarlas al mar. Cuando el soldado levantó la lona escuchó un ruido en el interior. Miró hacia el lugar del que procedía el ruido, pero antes de que pudiera reaccionar, Alicia lo golpeó con un gancho, el soldado se derrumbó y ellas intentaron de salir de la barca. Cuando pisaron la cubierta comenzaron a correr, pero el ruido había puesto sobre aviso al resto de los tripulantes. Los soldados se acercaron. Alicia seguía blandiendo el gancho como si de un cuchillo se tratara, pero todo era inútil, estaban rodeadas.

—Queridas señoras, creía haberlas perdido para siempre, me alegro de que se encuentren bien. Será un placer que nos acompañen hasta Aztlán, seguro que los dioses se ponen muy contentos al verlas —dijo el general con una amplia sonrisa. Sus ojos negros brillaron de excitación al pensar, que, al fin y al cabo, su ofrenda no se había perdido del todo.

La barcaza no era tan rápida como le habría gustado, pero su poco calado la convertía en ideal para navegar río arriba hasta Bocas de Camichin, desde donde viajarían por el río hasta el embarcadero Batanga, el punto más cercano a la ciudad. El capitán se levantó de la silla y se acercó a la cubierta. Diego Rivera tenía mala cara. Su rostro, pálido y delgado, contrastaba con su barba negra y poblada, sus ojos saltones parecían hundidos y apagados. Sentado en una silla con los pies apoyados en la baranda miraba al océano.

—¿Qué hace? —preguntó bruscamente el capitán Ulises Brul.

—Pinto.

—¿Pinta? No le veo papel ni lápiz.

—En mi mente. Los pintores dibujamos nuestro primer esbozo en la mente. Si algún día lograra llevar los dibujos de mi mente al papel, sería el más feliz de los hombres.

—Me parece extraño.

—La imaginación es el refugio del alma. Nunca había visto el océano Pacífico. Yo me he criado cerca del mar Caribe, el Pacífico era poco más que un mito para mí, pero en este lado de México el color y la luz cambian. ¿No lo percibe?

Ulises miró el cielo azul, las olas blancas sobre el agua turquesa y no entendió nada.

—Para mí este océano es el obstáculo que me separa de mi objetivo —contestó secamente el capitán.

—El camino es lo importante, capitán, no lo olvide. Nunca llegamos a la meta, el día que lo hagamos estaremos muertos.

—Los artistas están locos. Claro que llegaré a la meta y conseguiré el premio, se lo aseguro, aunque tenga que teñir este océano de sangre.

El sacerdote le había alojado en la pequeña casa parroquial. Habían cenado a la luz de las velas en silencio. No era común que los hombres religiosos hablaran mientras comían. Después se habían ido a dormir y Hércules había descansado como nunca. Mientras desayunaban, cuando el sacerdote tomó el último sorbo de café, Hércules comenzó a preguntarle:

—¿Cómo descubrió la ciudad?

—¿Casualidad, tal vez? Eso podría pensar gente como usted, pero yo no creo en las casualidades, creo en los designios de Dios.

—Quiere decir que Dios le llevó hasta allí.

—Podemos decir que sí.

—¿Puede contarme cómo sucedió?

El sacerdote lo miró unos instantes y después comenzó a narrarle su misterioso viaje a Aztlán.

—Hace un par de años enfermé del estómago. A pesar del dolor y la pérdida de peso no me preocupé mucho, hasta una noche que vomité sangre. El médico más cercano estaba en la ciudad de San Miguel, así que tomé una de las barcas y fui hasta el embarcadero Batanga, pero me perdí en la laguna. Los viejos del lugar dicen que si te alejas de la luz que se ve al otro lado del lago, los demonios pueden devorarte; yo no creía todas esas supersticiones, pero al encontrarme perdido en el lago, en medio de la niebla, me asusté.

Hércules seguía el relato casi sin pestañear. Si daba con la ciudad antes que el general, podría tenderles una emboscada y liberar a sus amigos.

—Después de un día entero de viaje llegué a lo que parecía una cascada. Un gran volcán estaba delante de mis ojos. Me acerqué con la barca, aunque no pude observar nada extraño, pero justo al lado de la inmensa cascada observé una gran roca tallada. La figura era la de la serpiente emplumada. Miré la gran cascada y pude vislumbrar una especie de reflejo detrás del agua. Entonces remé hacia la cascada y penetré en el torrente de agua. Allí estaba lo que los hombres llevaban siglos buscando.

—¿Era Aztlán? ¿Por qué no dijo nada a nadie?

—Pensé que lo mejor era dejar las cosas como estaban, si hacía público mi descubrimiento, miles de aventureros se acercarían aquí para hacerse con un poco del tesoro de los aztecas. Mi deber es proteger las almas de los pobres habitantes del lago.

—¿Podría llevarme hasta allí?

—Sí, creo que podría encontrar de nuevo el camino.

—Pero primero quisiera ir a Mexcaltitán. Tengo que encontrarme con unos amigos allí.

Llegaron a la ciudad justo antes de que anocheciera. El camino desaparecía bajo el agua y la única manera de alcanzar la villa era por medio de unas canoas largas y estrechas. Varios soldados les vigilaban. El profesor Gamio, Alma y Alicia viajaban junto al general en una de las canoas, en la otra iba el resto de los hombres y el equipo. El profesor observó el gran lago en medio de la bruma y las edificaciones compuestas de casas bajas de diferentes colores. La canoa se detuvo en el embarcadero y se dirigieron por una de las estrechas calles embarradas hasta lo que parecía una taberna. Después los llevaron a una de las habitaciones y los encerraron allí.

—Otra vez prisioneros —dijo Alicia impotente.

—Lo importante es que Lincoln y Hércules están libres, ellos encontraran la manera de rescatarnos —dijo Alma.

—Aztlán no está en esta isla —dijo el profesor, que se había mantenido silencioso durante todo el viaje.

—¿Qué? —preguntó Alicia.

—Aztlán no está aquí. En el código hablan de una gran cascada y un volcán, pero aquí no hay ninguna de las dos cosas.

—Entonces, ¿dónde está la ciudad? —preguntó Alicia.

—El código describe un gran lago habitado por garzas, lo que parece indicar que estaría en esta región, pero todos los que han buscado la ciudad han fracasado —dijo el profesor.

—¿Qué le dirá al general? —preguntó Alma.

—La verdad, espero que entre en razón y nos deje partir.

—¿Usted cree que nos dejará irnos sin más? Pertenece a ese grupo de los hombres jaguar, no nos permitirá regresar con vida —dijo Alma.

—Los hombres jaguar eran hombres de honor, incapaces de actuar de una manera injusta —dijo el profesor.

—El general Buendía es un hombre importante del ejército y no permitirá que una periodista, un conocido arqueólogo y una extranjera cuenten lo que planea su grupo —dijo Alma.

El general entró a la habitación sin llamar y se acercó al grupo. El profesor lo miró indiferente mientras se sentaba en una de las sillas.

—Hemos alcanzado nuestro destino. Ahora tiene que indicarnos cómo llegar a la ciudad —dijo el general, amenazante—. Espero que acierte a la primera, de ello depende la vida de estas dos encantadoras señoras y también la suya.

Lincoln siguió al grupo lo más cerca que pudo, aunque intentó que no lo vieran en ningún momento. No quería que lo volvieran a capturar. Había sido mala suerte que justo en el último momento los hombres del general Buendía hubieran apresado de nuevo a Alicia y a Alma, pero por lo menos él se mantenía a salvo. Cuando divisó el islote en medio del lago se tranquilizó. Se había imaginado la zona como una gran área pantanosa y deshabitada. De alguna manera podría hacerse con un arma; necesitaba poder enfrentarse a los soldados si veía que la vida de las mujeres o del profesor corría peligro.

Tuvo que esperar un par de horas antes de encontrar a alguien que estuviera dispuesto a llevarle al otro lado del río. Los pescadores lo miraban desconfiados, ninguno de ellos había visto un negro en su vida y muchos pasaban de largo cuando lo veían haciendo señales desde la orilla.

Una barcaza con ocho hombres lo recogió y lo trasladaron hasta la pequeña ciudad. Uno de ellos, que parecía el jefe del grupo, comenzó a hablar con él amistosamente.

—Es extraño encontrar a un norteamericano en estas tierras —le dijo en un perfecto inglés.

—Me gusta salirme de las rutas turísticas, me comentaron la existencia de esta isla y he venido a visitarla —dijo Lincoln.

—¿No lleva equipaje? —preguntó el hombre, extrañado.

—No, me robaron todo hace unos días —contestó, incómodo, Lincoln.

Uno de los hombres vestía un traje blanco manchado de sudor, su poblada barba negra no opacaba sus grandes ojos marrones. Lincoln le observó varias veces, porque desde que lo habían recogido, le había parecido advertir algo en su mirada.

—¿Para qué van ustedes a la ciudad? —preguntó Lincoln.

—Negocios, somos hombres de negocios.

Lincoln se extrañó de la respuesta. No parecía que aquella ciudad perdida en medio de la nada fuera un buen sitio para hacer negocios.

—¿Cuál es su nombre? —preguntó el hombre.

—George Lincoln —contestó algo desconfiado.

—Ulises Brul, encantado de conocerle.

El párroco ordenó a uno de sus feligreses que llevara a Hércules hasta la ciudad. Después de rescatar a sus amigos en la isla, regresaría en busca del sacerdote para que, juntos, llegaran a Aztlán.

Hércules descendió de la canoa y comenzó a andar por las calles semidesiertas de la ciudad. Era de noche, apenas se veía un alma por las callejuelas estrechas y poco iluminadas. Se acercó a la plaza central donde estaba la iglesia y preguntó a un grupo de pescadores que descansaban en uno de los asientos de la plaza.

—Perdonen, ¿han visto a un grupo de extranjeros en la ciudad?

Los hombres morenos, ennegrecidos por las duras jornadas de pesca, apenas levantaron la cabeza, como si prefirieran no hablar con extraños.

—Puedo darles una recompensa si me facilitan cualquier información.

El grupo no le hizo el menor caso y continuó charlando en un idioma que Hércules no logró identificar.

Se alejó hacia una de las calles principales, pero apenas había caminado doscientos metros, cuando una voz susurrante a su espalda le detuvo.

—¿Qué recompensa está dispuesto a dar?

Hércules se dio la vuelta y observó a uno de los ancianos que había visto en la plaza.

—¿Qué ha visto?

—Primero los pesos —dijo el anciano con una sonrisa ennegrecida.

Hércules le dio unas monedas y el hombre sonrió mientras las mordía una por una.

—Hoy llegó un grupo de soldados con dos mujeres y un hombre.

—¿Dónde se alojan?

—En la taberna. Es el único sitio en el que se alquilan habitaciones.

—¿Puede llevarme hasta allí? —preguntó Hércules nervioso.

—Está justo enfrente, es esa casa rosada —dijo el anciano señalando algo en la oscuridad.

Hércules miró la destartalada fachada y respiró hondo. Por fin los había encontrado.

—¿Hay alguna manera de acceder a Aztlán desde esta ciudad? —preguntó el general Buendía dirigiendo su gélida mirada al profesor Gamio.

—He leído el códice y habla de una cascada y un volcán.

—¿Un volcán?

—Al parecer, la isla debe estar dentro del cráter de un gigantesco volcán —contestó el profesor.

Alicia, Alma y el profesor esperaron la reacción airada del general, pero éste se mostró tranquilo y cordial, como si la cercanía de su objetivo lo tranquilizara.

—Mañana por la mañana iremos con un guía hacia Aztlán y entonces nadie podrá detenernos —dijo el general con una especie de mueca que simulaba una sonrisa—. Por su seguridad dormirán los tres en la misma habitación, espero que sepan soportar esta última incomodidad.

Alma sintió como un escalofrío recorría su espalda cuando el general pronunció muy lentamente la palabra «última». No sabían cuál era su destino final, pero podían imaginárselo. Cuando el general abandonó la habitación, Alicia abrió la ventana, pero al otro lado había una reja de hierro que hacía imposible la huida.

—No podemos escapar —dijo Alicia, desesperada.

—Mañana en la laguna tendremos nuestra oportunidad —dijo Alma.

—¿En la laguna? No sabemos el tamaño que puede tener, podríamos perdernos y morir en el fango —contestó Alicia.

—Señoras, hay que esperar lo inesperado. La vida se compone de situaciones límite que logramos superar —dijo el profesor Gamio. Aún no había terminado de hablar cuando la puerta se abrió lentamente.

La cara de Hércules apareció entre las sombras del pasillo.

—¿Hércules? ¿Cómo has entrado? —preguntó Alicia.

El español hizo un gesto para que se callaran.

—No hagan ruido, me he deshecho de uno de los guardias, pero será mejor que no alertemos al resto.

Los cuatro salieron de la habitación con sigilo, pero apenas estaban cruzando el patio cuando unos gritos los delataron.

—¡Corran! —gritó Hércules mientras disparaba a su espalda.

Los tres corrieron mientras el español mantenía a raya a los soldados, pero apenas hubieron atravesado el patio, el profesor se tropezó torciéndose el tobillo.

—¿Está bien? —preguntó Hércules inclinándose.

—Váyase, no puedo caminar —dijo el profesor, sujetando su tobillo dolorido.

Hércules titubeó por unos instantes, pero cuando los soldados comenzaron a acercarse corrió hacia las mujeres. Después atravesaron un callejón y llegaron a un pequeño embarcadero, donde les esperaba una canoa. Subieron y el barquero comenzó a alejarse de la isla.

—¿Dónde está Alicia? —preguntó Hércules al echarla de menos en la barca.

—Corría detrás mío, pero en algún momento la perdí de vista —dijo Alma, inquieta.

Los soldados llegaron justo en el momento en el que la embarcación desaparecía en medio de las sombras.

El general Buendía salió con sus hombres antes de que despuntara el alba. Temía que sus enemigos pudieran tomarle la delantera y estaba en lo cierto. Hércules y sus amigos habían partido con el párroco aquella misma noche. Los soldados del general estaban exhaustos y asustados; después de semanas de viaje, ahora debían adentrarse en un territorio misterioso rodeado de leyendas. Aquellos hombres no eran simples soldados, pertenecían a la orden de los hombres jaguar, pero hasta los más valientes temían la maldición de Aztlán.

La barcaza se adentró en la niebla y tuvieron la sensación de que el mismo diablo se los tragaba. No se veía a más de un palmo, únicamente el piloto de la nave parecía saber adónde se dirigía. El general le había dado las indicaciones de la catarata y el marinero había afirmado con la cabeza enseguida, mientras sus ojos negros miraban con indiferencia hacia el lago.

El general se acomodó sobre unas cajas junto al profesor, que tenía el tobillo vendado y descansaba sobre una silla. Alicia se mantuvo a cierta distancia de los dos. La habían atrapado a pocos metros del embarcadero, perdida y asustada. Sin duda estaba perdiendo sus facultades, pero lo que más le aterrorizaba era encontrarse sola, sin sus amigos. No pudo evitar pensar en Lincoln. Cuánto tiempo habían perdido, ahora lo único que pedía era una última oportunidad para decirle lo que sentía.

—¿No está emocionado? Dentro de unas horas estaremos en el lugar en donde se originó el mundo. La tierra de nuestros antepasados. En cuanto recuperemos los secretos del dios jaguar, los mexicas extenderán su imperio por todo el norte de América —dijo el general exaltado.

—No sé lo que espera encontrar en la ciudad, pero no creo que haya mucho más que unas ruinas reducidas a polvo. La humedad y los años habrán destruido la mayor parte de los objetos de valor —dijo el profesor.

—Pero en la crónica se habla de...

—Lo que se narra aquí sucedió hace casi quinientos años. Desde entonces la ciudad ha seguido deteriorándose, cuando los españoles la encontraron apenas tenía trescientos años —dijo el profesor.

—Lo que no entiendo es por qué no regresaron.

—Puede que descartaran encontrar tesoros en la ciudad o que el miedo les impidiera regresar. De todas formas, éste códice estuvo perdido durante cientos de años. Algunos creen que terminó en España de mano de alguno de los soldados franceses que envió la corona española contra el presidente Benito Juárez, pero lo cierto es que lo escondieron los inquisidores por orden de Felipe II.

—Nuestros dioses han reservado ese honor a uno de sus siervos —dijo el general.

Un estruendo les hizo callar de repente. Después, una inmensa cortina de agua apareció ante sus ojos, pero justo en el último momento el barco se detuvo.

—¿Qué sucede? —preguntó furioso el general. Uno de los soldados se acercó.

—El piloto se niega a seguir.

El general enrojeció de furia y con un torpe movimiento se puso en pie. Fue hasta la popa y comenzó una acalorada discusión con el marinero; unos segundos más tarde, el profesor escuchó un disparo y el chapoteo del agua al caer el cuerpo al lago. Alicia dio un respingo y se tapó, temblorosa, la cara.

El barco se puso en marcha con su lento y monótono ronroneo y atravesaron la cortina de agua, que les cegó los ojos hasta que se encontraron al otro lado. Allí no había niebla, un sol resplandeciente iluminaba el día. Aves de todo tipo revoloteaban sobre sus cabezas, mientras la espesa vegetación cubría el otro lado de la catarata. A lo lejos se divisaba una isla, pero no podían distinguir en ella nada más que árboles. El barco pasó junto a una de las calzadas. Estaba rota en algunos tramos, pero podía transitarse con cuidado. El agua estaba repleta de caimanes que nadaban junto a la embarcación.

El general Buendía se puso en la proa y sacó unos prismáticos de una brillante funda de cuero. Después observó el horizonte en silencio.

—¡Es Aztlán, maldita sea! Por todos los dioses, hemos llegado a casa.

Habían llegado de noche a la isla. Después de una larga travesía, la emoción de los acontecimientos y el esfuerzo de ocultar la barca, todos se habían quedado dormidos a la espera de la llegada del general. El párroco había reclutado a un par de hombres, se había hecho con algunas armas y esperaban que aquello fuera suficiente para enfrentarse al general y sus secuaces.

Cuando el sol subió lo suficiente, la ciudad resplandeció en medio de la selva. Los árboles habían invadido las calles, algunos habían nacido dentro de templos o edificios, pero la mayor parte de la ciudad se conservaba intacta. Hércules avanzó maravillado por la gran avenida y miró la descomunal pirámide que se levantaba ante sus ojos. En la parte más alta, un fuerte resplandor le cegó la vista.

—Creo que es oro —comentó el párroco.

—¿Oro? —preguntó Hércules.

—Oro puro. Toda la parte alta de la pirámide está cubierta de oro, como el resto de los edificios —dijo señalando los templos de alrededor.

Alma miró las inmensas moles. Aquello era un verdadero deleite para los ojos.

—Qué pena que no haya venido mi fotógrafo, aunque espero poder traerlo para que el mundo vea esta maravilla —dijo Alma emocionada.

—Nunca había visto algo así, ni siquiera las pirámides de Egipto pueden competir con éstas —dijo Hércules.

El párroco sonrió, no era la primera vez que las veía, pero recordaba la sensación de admiración que habían producido en él.

—Entrarán por el oeste, no hay otro camino. Avanzarán por la avenida principal hasta la plaza, pero luego no podemos prever adónde se dirigirán —dijo Hércules.

—Creo que intentarán escalar la gran pirámide, ese macabro general quiere hacer el ritual completo —dijo Alma.

—¿Qué ritual? —preguntó el párroco.

—Un sacrificio humano, me temo —dijo Hércules, sin poder evitar que un escalofrío recorriera toda su espalda.

La barcaza se paró frente a la catarata. El capitán Ulises Brul se sentía desconcertado. Habían escuchado el tiroteo y el hombre negro que habían recogido les había indicado que aquella gente se dirigía a Aztlán. Sin duda había sido un verdadero golpe de suerte, pero ahora les habían perdido la pista sin más.

—¿No dice nada ese maldito mapa? —le preguntó el capitán a Diego Rivera.

El pintor miró el mapa y, dudando, señaló algo parecido a una catarata.

—Parece que la entrada es eso —dijo extendiendo el brazo hacia la cortina de agua.

—¿La catarata? —preguntó incrédulo el capitán.

Con un grito ordenó que atravesaran el agua. Cuando el agua comenzó a inundar el barco, Diego aprovechó la confusión para acercarse al oído de Lincoln y susurrarle:

—Tenga cuidado, el capitán no es lo que parece.

Lincoln cruzó una mirada con el pintor y éste se alejó rápidamente.

—Sargento, tengan preparadas las armas —ordenó el capitán.

Los soldados se colocaron en los costados mientras el barco avanzaba lentamente por el lago en calma.

Diego Rivera miró asombrado la calzada que discurría a su derecha. Ni en la actualidad había caminos como aquel en México, pensó, mientras sacaba un lapicero y comenzaba a garabatear el perfil de la isla a lo lejos.

Cuando llegaron a una especie de embarcadero vieron una nave algo mayor que la suya.

—Húndela —ordenó el capitán a uno de sus hombres en cuanto puso el pie en tierra—. Hay que asegurarse de que somos los únicos que volvemos a casa.

La sonrisa del capitán heló la sangre de Diego, que dejó de dibujar y guardó su cuaderno. Salieron en fila. El hombre negro y Diego caminaban delante, a su espalda el resto de soldados y el capitán cerrando el grupo. Quería asegurarse de que nadie le traicionaba en el último momento.

Lincoln observó la larga avenida. Manhattan era un pueblucho descuidado comparado con aquel espectacular lugar. Deseó con todas sus fuerzas que sus amigos estuvieran allí y se encontraran bien.

Parecían unas pequeñas motas de polvo cuando los vieron aparecer en la plaza. La pirámide dominaba toda la ciudad. Desde lo alto podían contemplar la isla y el lago encerrado en medio del gran volcán. El párroco estaba en la base con sus dos hombres, oculto entre la maleza, pero Alma respiraba fatigadamente en un recoveco de la roca, muy cerca del gigantesco altar de sacrificios.

El general Buendía miró hacia la cúspide. Le costaría subir los escalones hasta la cima. Echó un vistazo con envidia a la silla transportable donde iba subido el profesor.

Comenzaron a escalar lentamente. Alicia caminaba sujeta del brazo por uno de los soldados, dos hombres llevaban al profesor y otros dos cerraban el grupo detrás del general. En la base esperaban apostados los tres soldados restantes.

A medida que se acercaban a la cúspide, la falta de oxígeno se hacía más evidente. De repente, una gran bandada de garzas cubrió el cielo azul y sus graznidos inundaron el viento de sonidos.

—Los dioses están contentos —dijo el general al contemplar el espectáculo.

Cuando llegaron a la cima se encontraban exhaustos. El general Buendía se apoyó en una de las paredes y miró hacia abajo.

Un par de soldados dejaron sobre la gran piedra del altar un cuchillo. Después, dos de los hombres hicieron beber algo a Alicia. La mujer se intentó resistir, pero entre los dos le abrieron la boca para que tragara el líquido rojo.

—En unos segundos estará preparada —dijo uno de los soldados.

El general se quitó la gorra y la chaqueta, sacó unas ropas rituales de piel de jaguar y se las colocó sobre la cabeza y los hombros. Después comenzó a recitar una serie de fórmulas incomprensibles.

Hércules miraba enfurecido desde su escondite el macabro espectáculo, pero prefería esperar al momento propicio para actuar. La vida de Alicia estaba en juego.

Los dos soldados le quitaron la falda y la blusa a la mujer, pero esta apenas reaccionó. La tumbaron sobre la piedra fría y la sujetaron por los brazos.

El general levantó las dos manos con el cuchillo en la derecha, después comenzó a cantar. Su voz ronca se extendió por la ciudad. De repente se quedó callado, dejando que un silencio espeso lo invadiera todo.

Aztlán, 2 de junio de 1915

Los cánticos resonaron por la larga avenida. Ulises Brul y sus hombres se pararon en seco, pero después el capitán ordenó a los soldados que aceleraran la marcha. Lincoln comenzó a correr hacia la gran plaza. Detrás marchaba Diego Rivera, pero se paraba a ratos para tomar aliento.

Lincoln observó la inmensa plaza y miró hacia la pirámide, ni siquiera advirtió que los hombres del general estaban en la base. Escuchó el último canto y después se hizo el silencio.

El cuchillo descendió con toda su fuerza dirigido justo hacia el centro del pecho de Alicia. Hércules salió de su escondite y disparó contra la espalda del general. Un leve lamento se escuchó entre los gritos de los soldados, que se quedaron paralizados por el terror. El profesor aprovechó para empujar a uno de ellos escaleras abajo. El soldado rodó golpeándose contra las piedras, mientras bramaba de dolor.

Hércules disparó un tiro a bocajarro contra otro de los soldados. Los hombres que sujetaban a Alicia la soltaron y corrieron escaleras abajo para protegerse.

Alicia se sentó aturdida sobre la roca, mientras que el general se retorció de dolor en el suelo. Hércules corrió hasta la mujer y la levantó en brazos. La dejó en el interior de la pirámide al cuidado de Alma y regresó hacia el altar.

El general lo miró desde el suelo e intentó levantarse, pero Hércules le propinó una patada justo en la herida y el hombre se retorció de dolor. Después corrió escaleras abajo. Cuando escuchó tiros en la plaza, pensó que el párroco estaba disparando al resto de los soldados.

Los soldados del general apuntaron a Lincoln, pero el ruido en la pirámide les hizo girarse justo a tiempo para que éste se refugiara detrás de unas piedras. Diego lo siguió, pero los hombres de Ulises Brul comenzaron a disparar a los del general. Cuando Lincoln volvió a asomar la cabeza, varios soldados de ambos bandos estaban inertes en el suelo, y dos de los hombres del general habían arrojado las armas y con las manos levantadas pedían un alto el fuego. Pero, justo en ese instante, de uno de los laterales salieron el párroco y sus hombres. Los soldados de Ulises Brul los abatieron sin dificultad. Después sacaron a Lincoln y Diego de entre las rocas y los obligaron a subir a la cúspide de la pirámide.

Hércules vio el rostro moreno de Lincoln y sintió como la euforia compensaba su agotamiento y tensión, pero enseguida observó que justo detrás de él, unos hombres armados lo apuntaban.

—Tire la pistola —ordenó el que parecía el hombre al mando.

Hércules dejó el arma lentamente sobre la escalinata. Después levantó las manos. Cuando llegaron a la cima las cosas seguían igual. Alicia semiinconsciente, el general tendido en el suelo y Alma y el profesor quietos junto a la chica.

—Pónganse todos juntos —dijo el capitán.

Los siete se colocaron a un lado de la pirámide mientras el capitán caminaba nerviosamente por la plataforma.

—No sé qué está pasando aquí, pero nadie me robará el tesoro. ¿Comprendido? —dijo el capitán, nervioso. Después miró hacia arriba y contempló la gigantesca plancha de oro.

—Con solo ese oro seremos ricos —dijo el sargento.

—Tendremos que realizar varios viajes. Ellos nos servirán de fuerza de carga, pero debe de haber más por toda la isla —dijo el capitán.

Uno de los hombres ascendió hasta la plancha e intentó extraer un poco de oro, pero era tan grueso que apenas lo arañó. Después descendió hasta el suelo.

—Está muy duro —dijo sorprendido el soldado.

—¿Dónde está el resto del tesoro? —preguntó el capitán a Diego.

El pintor lo miró confundido.

—Si lo que quieren es oro miren en el palacio —dijo el profesor.

—¿Qué palacio? —preguntó el capitán observando la plaza.

—Aquél —dijo el profesor.

El capitán obligó a todos a bajar de la pirámide y cuando estaban en la gran plaza se giró hacia el sargento y dijo en voz alta:

—Por favor, elimine a los heridos y a las mujeres, no van a ser de mucha ayuda.

Lincoln y Hércules se pusieron delante de las mujeres. El capitán hizo un gesto para que se detuvieran.

—Dos héroes, un negro y un anciano. No tiene gracia. Disparen.

Pero desde el cielo comenzaron a caer bolas de fuego y pequeños proyectiles que impactaron en dos de los soldados. Cuando levantaron la vista, la sombra de un gran monstruo se aproximó hacia ellos.

El dirigible maniobró y Félix Sommerfeld comenzó a disparar mientras el capitán del aparato lanzaba bolas rociadas de gasolina sobre los soldados. El capitán Ulises Brul disparó hacia el dirigible junto a sus hombres, pero una bala le dio en el hombro y otra en la cabeza. Los soldados siguieron disparando hasta que el dirigible se incendió y comenzó a descender con fuerza hacia la plaza. Todos corrieron para refugiarse. Hércules agarró al profesor y Lincoln al general. Una vez a salvo pudieron ver como el dirigible se estrellaba contra una masa de árboles y un fuerte incendio se extendía por la isla.

Todos corrieron hacia el barco, pero el fuego se propagaba tan rápidamente que comenzaba a cercarles por todas partes. Hércules y Lincoln marchaban exhaustos entre el humo con su pesada carga, Alicia se había recuperado en parte y caminaba a toda prisa apoyada en Alma.

Al llegar al embarcadero contemplaron como uno de los inmensos árboles caía sobre la barcaza y la hundía. Los soldados se lanzaron al agua desesperados, pero Hércules indicó a sus amigos que lo siguieran. Ellos habían escondido su nave cerca de allí, entre unos árboles. Cuando llegaron a la barca, quitaron las ramas y subieron apresuradamente.

Hércules y Lincoln comenzaron a remar con fuerza mientras el barco se separaba de la isla, cuando estuvieron a una considerable distancia pudieron observar la desolada isla, que se deshacía ante sus ojos.

—Nadie más podrá contemplarla en toda su majestuosidad —dijo el general, complacido.

Todos lo miraron sorprendidos. Nadie lo sabía, pero el general había ganado su última batalla.

México D. F. 12 de junio de 1915

Hércules, Alicia y Lincoln entraron en la celda y observaron al general entretenido con unas plantas. El hombre les hizo un gesto para que se sentaran y después se acercó a la mesa.

—Siento no poder ofrecerles un buen café, pero aunque no lo crean, hasta yo tengo mis limitaciones —dijo el general Buendía sonriente.

—No se preocupe —comentó Alicia.

—¿A qué debo su agradable visita? —preguntó ladino el general.

—No es una visita de cortesía. El código se ha perdido para siempre. Usted ordenó su robo en Londres, ¿no es cierto? —preguntó Lincoln.

—Naturalmente que fui yo —comentó orgulloso el general.

—Lo que no entiendo —dijo Lincoln—, es por qué sus hombres mataron a unos marineros del *Lusitania*.

—Nunca podrán averiguarlo, pero fue una jugada magistral —dijo el general.

—Sé perfectamente por qué dejaron que se hundiera el *Lusitania*. Hace unos días se detuvo a un alto funcionario del ministerio de Guerra de los Estados Unidos —dijo Hércules.

—Y eso, ¿qué importancia tiene? —preguntó el general con el ceño fruncido.

—No ha trascendido, pero nuestro amigo Winston Churchill nos ha informado de que funcionarios británicos y norteamericanos vaciaron de armas el *Lusitania*, se las vendieron a usted y después dejaron que se hundiera para borrar las pruebas de su robo —dijo Hércules poniéndose en pie.

—Nunca podrán demostrar mi participación. El contacto fue alemán y está muerto —dijo el general inquieto.

—Lo que no entiendo es qué demonios buscaba en esa isla. Es evidente que a usted no le interesaba el oro —dijo Lincoln.

—Hay cosas más valiosas que el oro, pero me temo que tardarán todavía un poco en descubrirlo. Si recuerdan la última profecía de Aztlán será muy fácil descifrar qué me llevó hasta allí.

Los tres salieron de la celda algo desconcertados. No entendían por qué aquel hombre se sentía tan complacido con su fracaso. El general observó cómo se alejaban por la ventana de su celda, respiró el aire del exterior y pensó que nunca había estado tan seguro como entre aquellas cuatro paredes.

—Que las garzas se lleven mis pensamientos, que las garzas se lleven mi vida —canturreó mientras regresaba a la mesa en la que cultivaba sus plantas.

México D. F., 13 de junio de 1915

El profesor Gamio terminó la conferencia sobre Aztlán y volvió a su mesa. Junto a él estaban Hércules, Alicia, Diego, Alma y Lincoln. Cuando los aplausos cesaron, todos se volvieron a sentar.

—Ha estado magistral —dijo Diego Rivera.

—He tomado nota de todo y le pediré a mi periódico que lo publique en la sección de cultura —dijo Alma. —¿Cuándo regresa a Europa, Diego? —preguntó Alicia.

—Espero volver cuanto antes. No quiero interrumpir mis estudios por más tiempo. Espero tener una vida tranquila y larga, no estoy hecho para las aventuras —dijo.

—Nosotros regresamos la semana que viene —comentó Lincoln—. He pedido la mano de Alicia a mi amigo Hércules, él es el mentor de la joven.

—Felicidades —dijo el profesor Gamio.

—Una boda, es magnífico —dijo Alma—. Brindemos.

Todos alzaron sus copas y bebieron celebrando el compromiso.

—¿Regresan a España? —preguntó Diego.

—No, viajaremos hasta Suiza, queremos casarnos en el viejo balneario de Leukerbad, en el cantón del Valais —dijo Alicia emocionada—. Creo que es el mejor lugar del mundo para casarse.

Hércules se mantenía pensativo, hasta que Alma le preguntó:

—¿No le va a conceder la mano?

—¿Qué...? No, perdonen, es que hay una cosa que no deja de rondarme la cabeza.

—¿En qué piensas, Hércules?

—Profesor, el general Buendía dijo algo a lo que todavía sigo dándole vueltas. Algo de la última profecía de Aztlán.

—«Cuando las garzas esparzan su muerte, nadie detendrá a los hijos de Aztlán. Morirán mil y diez mil, pero los escogidos heredarán la Tierra».

—No entiendo nada —dijo Lincoln.

—¡Maldición! Ya sé que lo fue a buscar ese viejo diablo a Aztlán: la misma enfermedad que diezmó a los mexicas ante los españoles —dijo Hércules.

—¿Quieres decir que hemos desatado una plaga de proporciones incalculables? —preguntó Alma.

—Eso me temo, Alma, eso me temo.

Epílogo

Fort Riley, Kansas, 30 de junio de 1915

El capitán Ulises Brul se bajó del caballo sudando a mares, se acercó a su granja y en cuanto llegó a la puerta se desplomó. Su esposa lo metió en casa, le quitó la ropa e intentó bajarle la fiebre. Aquella misma noche, el doctor se acercó a la casa y visitó al enfermo.

—Emma, me temo que lo que tiene tu marido es una gripe. Muy fuerte, muy virulenta, pero una gripe. En unos días se curará.

—¿Una gripe? —preguntó la mujer.

—Eso parece —dijo el doctor dirigiéndose a la puerta.

El carromato abandonó la propiedad de los Brul y se internó en el bosque. El doctor sintió un escalofrío. Dio un respingo y se echó encima la capa. Aquella noche era muy calurosa, pero se sentía destemplado.

—Maldita gripe^[2] —dijo el doctor mientras se alejaba bajo el estrellado cielo de Kansas.

Algunas aclaraciones históricas. Esta novela trata sobre una época convulsa, una revolución inacabada y un misterio. Las tres cosas se alimentan de ficción y realidad.

Los aztecas o mexicas llegaron al Valle de México entre los siglos XII y XIV, los textos sobre su origen y procedencia citados en esta novela son reales.

Bernardino de Sahagún escribió numerosas obras sobre los mexicas. Intentó recuperar la cultura de los habitantes del Valle de México, pero no escribió el código mencionando en la novela. Sus libros y escritos fueron ocultados por la Inquisición durante siglos.

Hernán Cortes no descubrió Aztlán, pero sí organizó varias expediciones para encontrarla.

La orden de los hombres jaguar existió. Formaba parte de la élite del ejército mexica y fue uno de los grupos que más se resistió a la invasión española.

Se cree que Aztlán existió. Nunca se ha logrado localizar su ubicación, aunque la hipótesis de que se encuentra en las zonas pantanosas de Nayarit es la que hemos considerado más plausible.

El hundimiento del *Lusitania* supuso un acicate en la política no intervencionista de los Estados Unidos de América. Nunca se supo quién dio la orden de retirar la escolta militar al barco.

La Revolución mexicana se prolongó durante casi diez años. El presidente Carranza y la lucha de Pancho Villa y Emiliano Zapata contra los federales son reales.

Alemania trabajó activamente en México para conseguir ventajosos contratos petrolíferos, también procuró instigar a los mexicanos a una guerra contra los Estados Unidos, aunque fracasó en ambos casos.

Diego Rivera, reconocido pintor mexicano, vivió en Madrid y París, pero nunca ayudó a la causa revolucionaria como espía.

El general Huerta fue uno de los dictadores más crueles de su tiempo, murió en el exilio.

Los dirigibles fueron el gran invento de la primera mitad del siglo xx, y se utilizaron en la Primera Guerra Mundial, pero el desarrollo de la aviación los condenó a la desaparición.

La famosa «Gripe Española» comenzó en Kansas entre los años 1917 y 1918, todavía se desconocen las causas de su rápida propagación, aunque siempre se ha apuntado a las aves migratorias como transmisoras de la enfermedad.

FIN



MARIO ESCOBAR Golderos (Madrid, 23 de Junio de 1971). Novelista, ensayista y conferenciante. Licenciado en Historia y Diplomado en Estudios Avanzados en la especialidad de Historia Moderna, ha escrito numerosos artículos y libros sobre la Inquisición, la Reforma Protestante y las sectas religiosas. Publicó su primer libro *Historia de una Obsesión* en el año 2000. Es director de la revista *Historia para el Debate Digital*, colaborando como columnista en distintas publicaciones.

Apasionado por la historia y sus enigmas ha estudiado en profundidad la Historia de la Iglesia, los distintos grupos sectarios que han luchado en su seno, el descubrimiento y colonización de América; especializándose en la vida de personajes heterodoxos españoles y americanos.

Su primera obra, *Conspiración Maine* (2006), fue un éxito. Le siguieron *El mesías Ario* (2007), *El secreto de los Assassini* (2008) y *la Profecía de Aztlán* (2009). Todas ellas parte de la saga protagonizada por Hércules Guzmán Fox, George Lincoln y Alicia Mantorella. *Sol rojo sobre Hiroshima* (2009) y *El País de las lágrimas* (2010) son sus obras más intimistas. También ha publicado ensayos como *Martín Luther King* (2006) e *Historia de la Masonería en Estados Unidos* (2009).

Sus libros han sido traducidos a cuatro idiomas, en formato audiolibro y los derechos de varias de sus novelas se han vendido para una próxima adaptación al cine.

Notas

[1] N. del autor: Señora de la noche. <<

[2] N. del autor: Se cree que la famosa Gripe Española se originó en esta pequeña ciudad de Kansas, convirtiéndose en la pandemia más terrible del siglo xx. Millones de personas en todo el mundo fallecieron. Hoy en día siguen sin conocerse las causas que produjeron dicha enfermedad. <<